

Michael Chabon

Los misterios
de Pittsburgh



Lectulandia

El joven Art Bechstein ha terminado sus estudios en un college de Pittsburgh. Se inicia entonces un verano que resultará decisivo para su asentamiento en el mundo de los adultos. Art es hijo de un gángster que actúa como asesor financiero de una poderosa familia de la Mafia y él tiene plenamente asumida esta circunstancia cuando inicia la búsqueda de su propia identidad. Así, Art empieza a asomarse a un mundo insospechado. Se enamora de Phlox, una joven bibliotecaria, y también de Arthur, otro empleado de la Biblioteca Pública. Una serie de personajes fascinantes se instalan también en el universo de Art: Cleveland, un motorista que ha despilfarrado su herencia; Jane, una acaudalada burguesa; el libanés Mohamed... Junto a ellos, el joven protagonista va descubriendo algunas de las claves que han condicionado hasta entonces su existencia: por un lado, la misteriosa dependencia que tiene respecto a su padre; por otro, el reconocimiento de su homosexualidad.

Con un estilo muy directo, “Los misterios de Pittsburgh” capta eficazmente esos momentos mágicos que jalonan el paso de la adolescencia a la madurez.

Lectulandia

Michael Chabon

Los misterios de Pittsburgh

ePub r1.0

Titivillus 26.01.2017

Título original: *The Mysteries of Pittsburgh*
Michael Chabon, 1988
Traducción: Marcelo Cohen

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Nos hemos repartido como ladrones
el asombroso caudal de noches y días*

J. L. BORGES

ASCENSOR DE SUBIDA

A comienzos del verano comí con mi padre, el gángster, que el fin de semana había venido a la ciudad para concretar alguno de sus vagos negocios. Acabábamos de atravesar un período de silencio e inquina: un año que yo había pasado enamorado de una chica frágil y extraña con la cual compartía el apartamento, y a quien él, de sólo verla, había detestado con una sinceridad y una furia que no le eran usuales. Pero hacía un mes que Claire se había mudado. Ni mi padre ni yo sabíamos qué hacer con nuestra libertad.

—Esta mañana he visto a Lenny Stern —dijo él—. Me ha preguntado por ti. Supongo que recordarás a tu tío Lenny.

—Claro —dije, y por un segundo pensé en el tío Lenny manipulando tres medios sandwiches en la trasera de su tienda de baratijas de Hill District, un millón de años atrás.

Yo estaba nervioso y más que comer bebí; mi padre despachó cuidadosamente su filete. Después me preguntó qué planes tenía para el verano, y en el ardor de no sé qué emoción intensa yo respondí, más o menos: Empieza el verano y me encuentro en el vestíbulo de un gran hotel de cien pisos, donde una batería de ascensores de una milla de largo y una interminable fila de ridículos conserjes con galones dorados esperan para llevarme arriba, más y más arriba, a través de *suites* de magnates, de espías, de jóvenes estrellas, velozmente hasta el amarre para zepelines de la cúspide *art déco*, donde mantienen atado y cabeceando en los vientos de altura el enorme dirigible de Augusto. En el camino hacia la brillante aguja de la cima usaré un montón de pajaritas, me compraré cinco o seis obras de genio en 45 rpm, y acaso me halle demasiadas veces mirando el borde mordisqueado de una rodaja de limón en el fondo de una copa. Dije:

—Vislumbro una inminente temporada de tiempo dilatado y de mujeres totalmente confundidas.

Mi padre contestó que estaba sobreexcitado y que Claire había ejercido una lamentable influencia en mi forma de hablar, pero algo en su rostro me dijo que había entendido. Aquella noche regresó en avión a Washington, y al día siguiente, por primera vez en años, yo leí el periódico en busca de algún informe espeluznante sobre los efectos de la visita, pero desde luego no había nada. No era un gángster de esa clase.

Claire se había mudado el 13 de abril, llevándose todo lo de Joni Mitchell y la grabación completa de los diálogos de *Romeo y Julieta* de Zeffirelli, un álbum de cuatro discos que se sabía de memoria. A cierta altura del final asexuado e incommunicativo de *Art y Claire*, yo le había informado que, en opinión de mi padre, ella sufría de *dementia praecox*. La influencia que mi padre ejercía en mí era fuerte, y yo estaba convencido de aquello. Más tarde le dije a la gente que había vivido con una loca, y también que estaba harto de *Romeo y Julieta*.

El último período de mi último año de universidad chisporroteó durante una semana bajo una andanada de exámenes y sentimentales conferencias alcohólicas con profesores a quienes yo sabía que no iba a echar de menos, por mucho que les diera la mano y les llevara cervezas. Había, sin embargo, un último trabajo sobre las cartas de Freud a Wilhelm Fliess, a raíz del cual me daba cuenta de que tendría que hacer una exasperante visita postrera a la biblioteca, centro muerto de mi educación, blanca y silenciosa casilla de innumerables domingos pasados intentando que los débiles encantos de los estudios económicos, mi triste y cínica especialidad, me cautivaran de una vez.

Así pues, a comienzos de junio doblé la esquina de hormigón que llevaba a los marmóreos escalones de la biblioteca. Mientras caminaba frente a las ventanas marrones que llegaban hasta el suelo, busqué en ellas el reflejo de mi paso, mis mocasines, mi pelo enmarañado. Entonces me sentí culpable, porque durante la comida mi padre, el psicólogo amateur, me había llamado «narcisista devoto» y había dicho que le preocupaba la posibilidad de que estuviese «condenado a la adolescencia terminal». Yo había desviado la mirada.

A estas alturas del curso, que oficialmente había concluido, pocos estudiantes utilizaban el edificio. Escasos bedeles de ojos enrojecidos y mejillas sin afeitar vagaban detrás del gran mostrador de pedidos, mirando el sol pardo a través de las enormes ventanas sombreadas. El golpeteo de mis mocasines contra las baldosas resonaba con fuerza. Mientras llamaba al ascensor para subir a la sección Freud, una muchacha levantó la vista. Estaba detrás de una ventanilla; tenía el pelo atado con una cinta transparente. La ventanilla era una especie de reja, como las de los bancos, situada al otro extremo del pasillo en donde yo esperaba el ascensor, y la chica de la ventanilla sostenía un libro en una mano y un trozo de cable en la otra. Nos miramos durante unos tres segundos, y luego yo me volví, con los músculos del cuello tensos y encendidos, hacia la flecha de subida repentinamente iluminada. Cuando entraba en el ascensor le oí decir tres palabras claras y extrañas a alguien que yo no había visto y que estaba con ella detrás de los barrotes.

—Es ése, Sandy.

No me cupo duda de que lo había dicho.

Las cartas de Freud a Fliess abundan en la interacción casi cósmica entre la nariz

humana y cuestiones de salud sexual. El trabajo, por lo tanto, resultó relativamente entretenido y estuve mucho tiempo escribiendo, deteniéndome sólo de vez en cuando para beber de la fuente o, sencillamente, alzar la vista de mi cómica monografía. Cuando caía la larga tarde vi que un joven me miraba por encima de su libro. El título estaba en español y en la cubierta aparecía el sangriento dibujo de un cuchillo, una mujer con mantilla y un forzudo moreno y semidesnudo. Le sonreí y levanté una ceja como saludo escéptico a lo que debía de ser un libro de lo más picante. Daba la impresión de que él hubiese podido mantener los ojos en mí un rato más, pero me dije que ya había suficiente con uno de esos intercambios por día, sobre todo si era con una mujer, y me enfrasqué de nuevo en la nariz, nexo de todo deseo humano.

Cuando dejé el lápiz eran casi las ocho. Me levanté con el habitual y silencioso «Aahh» y fui hasta una de las altas ventanas estrechas que daban a la plaza de abajo. A través del cristal ahumado el cielo del ocaso era de un marrón blanquecino. Pequeños grupos de niños corrían por el pavimento lanzando gritos de una manera que me hizo pensar en comer algo. Lejos, a la izquierda, hacia el frente del edificio, restalló una luz. Junté mis libros y papeles y vi que el Chico del Folletín Español se había marchado. Sobre el pupitre había un botecito vacío de zumo de piña y una pequeña pajarita de papel que parecía un perro o un saxofón.

Al bajar en el ascensor me acordé de la Chica Tras los Barrotes, pero en la planta baja estaba todo cerrado y detrás de las rejas habían puesto un postigo articulado. Detrás del mostrador de pedidos había ahora un sujeto desgredado del tipo dramático, que me saludó con la mano, sin alzar la vista, cuando pasé frente al detector de robos haciendo ruido con los mocasines.

Estuve un rato parado, sintiendo el aire y fumándome un cigarrillo, hasta que oí un estrépito de voces policiales por radio y volví a ver el destello de la luz giratoria a la izquierda. Había grupitos de gente que titubeaba entre quedarse por ahí o seguir caminando. Me acerqué y me abrí paso entre el primer círculo.

En el centro había una joven de pie, con la cabeza levemente inclinada, murmurando. A su izquierda, un policía con un tajo en la cara consiguió arrodillarse y luego intentó ponerse en pie, mientras dirigía gestos de amenaza, no muy convincentes, a un muchacho enorme. A la derecha de la chica, al otro lado de la improvisada arena que formábamos, otro policía intentaba sujetar los brazos de un segundo muchachón que maldecía a los policías, a la chica, al rabioso gemelo que tenía enfrente y a todos los que estábamos mirando.

—Suéltame, cabrón —decía—. Hijoputa, cabrón, gilipollas. ¡Te mataré! ¡Suéltame de una vez!

Era decidido y violento, y se soltó con un breve tirón que dejó al diminuto policía caído en el pavimento. Los dos muchachos se acercaron uno a otro hasta quedar ambos a un brazo de distancia de la mujer. Volví a mirarla. Era delgada y rubia, y tenía un indescriptible rostro rústico de ojos verdes y nariz pequeña, y una falda floreada. Los tobillos finos le vacilaban sobre tacones de diez centímetros y los labios

se le movían silenciosamente. Ahora los dos policías estaban de nuevo en pie con las porras listas. Hubo en la acción un extraño intervalo, como si los policías y los gigantes aguardasen una suave orden de la azorada mujer antes de tratar las diversas y difíciles cuestiones que les habían convocado. Una nueva sirena profirió a lo lejos su amenaza creciente. Al oírla la muchacha levantó la vista y se volvió hacia el chico que acababa de soltarse. Se apretó contra el enorme pecho de él.

—Larry —dijo.

El otro muchacho abrió los puños, se quedó mirando y luego se giró hacia nosotros, los ojos llenos de lágrimas y una expresión desconcertada en el rostro.

—Lo tienes mal, tío —dijo alguien—. Ha elegido a Larry.

—Bravo, Larry —dijo otro.

Para mí era suficiente; la gente aplaudía. Los policías derribados se abalanzaron, los refuerzos vociferaban, Larry besó a su chica.

—Otro corazón destrozado en Pittsburgh —dijo una voz a mi lado. Era Folletín Español.

—Hola —dije—. Sí. Cierto. En Forbes Avenue hay uno por cada titi.

Nos alejamos juntos con la locuaz retirada general de los que no se interesaban por el trámite de las detenciones.

—¿Cuándo llegaste? —me preguntó. Sin duda hablaba con sarcasmo, pero al mismo tiempo parecía impresionado e incluso conmovido por lo que acababa de ver. Tenía el pelo corto y muy rubio, ojos pálidos y barba de un día, lo que prestaba al rostro infantil una suerte de madurez decadente.

—En la mejor parte —dije.

Se rió. Un ja perfecto.

—Qué locura —continué yo—. ¿Tú los viste? Nunca he comprendido cómo la gente puede ser así de sincera en la calle, en público.

—Algunos —dijo él— sí que saben pasárselo bien.

Desde la primera vez que oí a Arthur Lecomte usar aquella frase no pude evitar la ligera impresión de que le servía de eslogan. Cada vez que la decía, un locutor de radio le reverberaba en la voz.

Intercambiamos nombres y festejamos con un apretón de manos el hecho de que los dos nos llamáramos Arthur; encontrarse con un tocayo es la más delicada y breve de las sorpresas.

—Pero a mí me llaman Art —dije yo.

—A *mi* me llaman Arthur —dijo él.

En Forbes Avenue, Arthur dobló a la izquierda, la cabeza medio vuelta hacia el otro lado en dirección a mí, el hombro derecho ligeramente retrasado, como si esperase que yo lo alcanzara o estuviese estirándose para agarrarme y llevarme con él. Tenía puesta una camisa blanca de vestir, todavía brillante a la luz tenue del anochecer, de corte extravagante, holgado, antiguo, que ondulaba por encima de los téjanos azules. Se paró y dio la impresión de que estaba por cometer la petulancia de

hacer golpetear los pies con impaciencia.

Yo estaba seguro de que era gay, de que estaba aprovechando el encuentro para confirmar el breve intento inicial de la biblioteca, y de que probablemente me suponía homosexual a mí también. La gente solía cometer este error.

—Por cierto —dijo—, ¿para dónde ibas antes de toparte con Jules y Jim?

—Jules y Larry —dije yo—. Mmm, tengo que ir a cenar con una amiga, mi ex novia —mastiqué bien el «novia» y se lo escupí.

Él volvió a acercarse con el brazo extendido y por segunda vez nos dimos la mano.

—Bien —dijo—. Yo trabajo en la biblioteca. En Adquisiciones. Me gustaría mucho que pasaras —había hablado rígidamente, con una extraña cortesía.

—Desde luego —dije. Por un momento pensé en Claire, en la cena que habría podido estar preparándome de no ser porque la cita me la había inventado yo; de no ser porque le bastaba verme para que se le revolviere el estómago.

—¿A qué hora tienes que estar en casa de tu amiga? —preguntó Arthur, como si no nos hubiésemos dado ya la mano y yo estuviese libre.

—A las ocho y media —mentí.

—¿Vive muy lejos?

—En Carnegie-Mellon.

—Ah, bueno, ni siquiera son las ocho. ¿Por qué no bebemos una cerveza? A ella no le importará. Al fin y al cabo es tu ex novia —había acentuado la sílaba «ex».

Me tocaba elegir entre beber con un marica o soltar una novatada como «Es que en realidad era a las ocho y cuarto» o «Pero es que yo no...». Tenía miedo de parecer torpe o bobo. Y no era que tuviese objeciones firmes o temerosas contra los homosexuales; en ciertos libros de escritores gays creía haber apreciado el peso y el temblor secreto del pensamiento; y admiraba tanto la buena ropa que usaban como el cortante ingenio que constituía su mejor arma. Era sólo que procuraba evitar, como dicen, los malentendidos. Y sin embargo aquella mañana precisamente, mientras contemplaba una procesión de chicas africanas de rostros marcados, pechos enormes y mantones rojos que pasaban por Ward Street bailando claqué, ¿no me había reprochado por quincuagésima vez la incapacidad de encontrarme, de aventurarme, de aterrizar en situaciones nuevas e incomprensibles; de ceder, en definitiva, al malentendido? Y fue así como, con un ademán fatalista, fui a tomar una cerveza.

UN ÁTOMO LIBRE

Sólido, rosado, apuesto, mi padre solía decir que era golfista profesional y pintor aficionado. El conocimiento de su carrera real fue algo a lo que no tuve acceso hasta la edad de trece años, cuando me fue conferido junto con el derecho a leer la Torá. A mí siempre me habían gustado sus acuarelas, anaranjadas, pálidas, con reminiscencias de Arizona, pero no tanto como me gustaban los personajes cómicos que era capaz de improvisar —nunca cuando uno se lo pedía o se lo rogaba, sino cuando súbita, perversa, mágicamente le poseía el impulso de dibujar, sobre la pizarra de mi cuarto, un payaso con sombrero de copa con tizas de siete colores.

Sus idas y venidas por la casa, siempre acompañadas por un hedor de cigarros y el crujido de cualquier mueble que eligiese para depositar el peso de su cuerpo de gángster, eran para mí una notable fuente de misterio y especulación durante las noches que ambos pasábamos en vela con insomnio, el mal de la familia; a mí me daba rabia que, por el mero hecho de ser mayor, él pudiera vagar por ahí, pintando, leyendo libros, mirando la tele, mientras yo tenía que quedarme en la cama, intentando brutalmente conciliar el sueño. Ciertas mañanas de domingo bajaba las escaleras, muy temprano, para encontrarme con que él ya había despachado el titánico *Sunday Post* y, a punto de alcanzar su trigésima hora de vigilia continuada, estaba haciendo flexiones en el porche trasero.

Antes de que llegara el día de mi *bar mitzvah* yo estaba seguro de que, con sus increíbles pero pocas veces exhibidos poderes mentales y físicos, mi padre poseía una identidad secreta. Me daba cuenta de que la identidad secreta *debía de ser* mi padre. Cientos de veces busqué en sus armarios, en el sótano, bajo los muebles, en el maletero del coche, en una vana persecución del multicolor traje de superhéroe (o supervillano). Él sospechaba que yo tenía mis sospechas, creo, y cada dos meses solía alentarlas demostrando que podía conducir el coche sin tocar el volante, o atrapando infaliblemente, con tres dedos, moscas e incluso abejorros en pleno vuelo, o martillando clavos en la pared con el puño desnudo.

Había estado a punto de contarme la verdad sobre su trabajo, me diría mucho después, el día del entierro de mi madre, cuando faltaban seis meses para que yo cumpliera trece años. Pero su medio hermano, mi tío Sammy «Red» Werner, le había hecho atenerse al plan original de esperar a que me pusiera por primera vez un taled. De modo que, en lugar de contarme la verdad sobre su trabajo, aquella mañana de

sábado vacía y resplandeciente, sentados los dos a la mesa de la cocina con la azucarera de por medio, me contó, suavemente, que mamá había muerto en un accidente automovilístico. Recuerdo que me quedé contemplando las flores pintadas en la azucarera. Del entierro apenas tengo memoria. A la mañana siguiente, cuando como de costumbre le pedí a mi padre las tiras cómicas y el suplemento deportivo, una expresión rara le cruzó el rostro y desvió la mirada:

—Hoy no han venido —dijo.

Durante la noche Marty se había instalado en casa. Muchas veces antes había pasado temporadas con nosotros, y a mí me caía bien; sabía un poema sobre Christy Mathewson que recitaba cuantas veces yo se lo pidiera, y una vez, por un instante, yo había visto la pistola que llevaba dentro de la chaqueta, bajo el brazo izquierdo. Era un hombrecito flaco que siempre usaba corbata y sombrero.

Marty ya no se fue. Me llevaba al colegio por la mañana, o a veces a Ocean City, a pasar repentinas vacaciones, y entonces no hacía falta que me levantara temprano. Transcurriría mucho tiempo antes de que me enterase de las circunstancias en que mi musical madre había sido abruptamente retirada del mundo, pero debí de intuir que me estaban mintiendo porque nunca preguntaba por ella y raramente la mencionaba.

Cuando la tarde de mi *bar mitzvah* papá me reveló cuál era su verdadera profesión, declaré con entusiasmo que quería seguir sus encantadores pasos. Él frunció el ceño. Largo tiempo atrás había decidido pagarme estudios y unas «manos limpias». Él había sido el primero de los Bechstein en obtener un título universitario, pero la muerte de un tío crucial, así como las posibilidades que acababan de abrirse para un hombre con un diploma en economía y un certificado de contable público, le habían arrastrado hacia la Familia (los Maggio de Baltimore). Me instruyó con severidad, casi con furia. Tras años de búsqueda, por fin yo había descubierto la naturaleza del trabajo de mi padre, y él me estaba prohibiendo admirarle por ello. Como vi que le inspiraba una furiosa vergüenza, con la vergüenza acabé por asociarlo, y con el advenimiento de la virilidad, que de dos maneras distintas parecía separarme de mis padres. Desde entonces nunca sentí el menor deseo de contar el secreto a ningún amigo mío; de hecho, lo oculté con ardor.

Mis primeros trece años, años de curiosidad estática, incómoda, inarticulada, seguidos por seis meses de desastre y desaliento, me convencieron de que cada nuevo amigo venía equipado con un secreto pavoroso que un día, deliberadamente, decidiría revelar; todo lo que hacía falta era mantener un silencio discreto, devoto y temeroso.

Cuando conocí a Arthur Lecomte me preparé de inmediato a esperar su revelación. Imaginé decenas de preguntas sobre la homosexualidad, que no me atreví a formular. Quería saber cómo había llegado a decidir que era gay, y si nunca había sentido que la decisión era equivocada. Me hubiera gustado mucho saberlo. En cambio, bebí cerveza, y no poca, e inicié la paciente vigilia.

Unos cinco segundos después de comprender que estábamos en una esquina ruidosa de la calle, rodeados de *mohawks* y negros con salchichas, y ya no en el bar con un cenicero repleto y una jarra vacía entre nosotros, un Audi verde descapotable con un árabe dentro frenó y nos tocó el claxon.

—Mohamed, ¿vale?

—¡Eh, Mohamed! —gritó Arthur, corriendo hacia el asiento del acompañante para sumergirse en el ampuloso interior rojo.

—Hola, Mohamed —dije yo. Permanecí en la acera. Había bebido mucho y muy deprisa, y no seguía bien la película. Todo me parecía inverosímilmente veloz, iluminado y estrepitoso.

—¡Anda, ven! —gritaron la cabeza rubia y la morena. Recuerdo que íbamos a una fiesta.

—¡Muévete, besugo! —gritó alguien a mi espalda.

—¡Arthur! —dije—. ¿En algún momento de esta noche me viste llevando una mochila?

—¿Qué? —gritó él.

—¡Mi mochila! —me precipité dentro del bar. Estaba todo más oscuro, más tranquilo; echando un vistazo al partido de los Piratas que, en atroces colores, destellaba sobre la calva del dueño, corrí a nuestro compartimento y cogí la mochila. Allí, en la luz mortecina, se estaba mejor, y me paré un momento; sentía como si por unos minutos me hubiese olvidado de respirar.

—Mi mochila —le dije a la retraída camarera que mascaba chicle y bebía café en una mesa junto al tragaperras apagado.

—Huy —dijo ella—. Ja, ja.

En Pittsburgh, más que en cualquier otro lugar de nuestro lánguido país, a las camareras les importa todo un pito.

Mientras volvía a salir, de golpe lo vi todo claro: Sigmund Freud metiéndose cocaína en el tabique, el clamor creciente de la última hora y media, el ocioso Audi pleno de imprudencias que me estaba esperando, el verano detonante; y porque se trataba de una percepción ebria fue perfecta, completa, y duró alrededor de medio segundo.

Fui hacia el coche. Me dijeron sube, sube. Entre los respaldos de los asientos bajos y la tapa del maletero había un resquicio del ancho de una tostadora.

—Acomódate ahí —dijo Mohamed, estirando el cuello para mostrarme el moreno rostro de galán de cine—. Dile que se siente en el baúl, Arthur —hablaba con acento francés.

—¿En el baúl? —arrojé dentro la mochila—. Allí no quepo —dije.

—El maletero. Él lo llama baúl —dijo Arthur sonriendo. Lecomte tenía una sonrisa dura y sarcástica que raras veces hacía aparición, por lo general cuando quería persuadir a alguien o ridiculizarlo, o ambas cosas. En ocasiones sólo afloraba para aportar una suerte de advertencia cruel, en exceso tardía, sobre los planes que

albergaba para uno: era una sonrisa falsamente tranquilizadora, como la que Montresor, empuñando el arma en el bolsillo, le dirigió a Fortunato—. Tienes que sentarte al borde del maletero, donde se dobla la capota.

Y aquello, aunque siempre he sido muy miedoso, fue lo que hice.

Nos internamos en el denso tráfico de sábado por la noche de Forbes Avenue y, tal vez a causa del incidente que había presenciado antes, el tumulto de luces traseras a mi alrededor —¡tan rojas, tan cercanas!— me hizo pensar en sirenas policiales.

—¿Esto que estoy haciendo está permitido? —aullé entre el apabullante clamor.

Arthur se volvió. Unos mechones le cruzaban la cara y el cigarrillo que había encendido despedía cenizas refulgentes, como un chispero.

—¡No! —gritó—. ¡Así que cuidado con caerte! Mohamed ya tiene un montón de multas.

La gente de los coches que se las arreglaban para avanzar junto al Audi me dedicaba el mismo meneo de cabeza, la misma mirada que a menudo yo había dirigido a otros jóvenes borrachos sentados en coches deportivos. Decidí no pensar en ellos, lo cual resultó sencillo, y mirar el viento y la sostenida corriente de farolas. Poco a poco, pulido y aplacado por las cinco rápidas copas, sólo fui prestando atención a la velocidad que Mohamed, con pericia, iba imprimiendo, y al siseo de las gomas en el asfalto, íntimo y fragante. Luego paramos ante un semáforo en Craig y el viento cesó.

Saqué los cigarrillos y en la quietud momentánea encendí uno. Arthur volvió a girarse, ligeramente sorprendido de no verme lívido, mareado o semiinconsciente.

—Oye, Arthur —dije.

—¿Qué pasa?

—Tú trabajas en la biblioteca, ¿no?

—Sí.

—¿Quién es la Chica Tras los Barrotes?

—¿Quién?

—En la planta baja, cerca de los ascensores. Una ventana. Con rejas. Detrás de las rejas hay una chica.

—Ha de ser Phlox.

—¿Phlox? ¿Se llama Phlox? ¿Existen chicas que se llamen así?

—Está chiflada —dijo Arthur, con una mezcla de desprecio y entusiasmo. Luego se le agrandaron los ojos como si se le hubiese ocurrido algo—. Es *punk* —dijo con lentitud—. La llaman Mau Mau.

—Mau Mau —repetí yo.

Cuando cambió la luz Mohamed dobló rápidamente a la izquierda, poniendo el intermitente sólo cuando ya había hecho la mitad del giro.

—¿Qué haces, Momo? —dijo Arthur.

—¿Momo? —pregunté yo.

—¡Mierda! ¡Si vamos a casa de Riri! —dijo Mohamed. Al parecer acababa de

recordar hacia dónde estaba dirigiéndose.

—Momo —volví a decir—. Riri.

—Tendrías que haber seguido recto —dijo Arthur riéndose de mí—. Riri vive al final de Forbes Avenue.

—Vale, ya lo sé, así que calla —gritó Mohamed. Giró en U en plena Craig Street, que por suerte estaba vacía, y con un fuerte rumor de llantas retomó la avenida. Pese al viento de ciento veinte kilómetros por hora, el pelo se le mantenía oleoso, brillante e inmóvil contra el cráneo, como si fuera de cartón piedra y barniz. Una nueva y feliz nube de sopor surgió para depositarse sobre mis sentidos. Tiré el cigarrillo y me afiancé en mi posición, aferrando la parrilla cromada que tenía detrás y sorbiendo grandes bocanadas de aire, como la turbina de un avión.

La casa de Riri era una inmensidad Tudor, vecina al campus de Chatham College, donde el padre de la chica, un viudo —me contó Arthur mientras avanzábamos hasta la puerta por el paseo—, enseñaba persa moderno, y de la cual se ausentaba muchas veces, aquella por ejemplo. Desde las ventanas se derramaba luz sobre todo el enorme parque, y los alrededores resonaban de música estridente.

—Tú verás como estás contento de venir —me dijo Mohamed, estrechándome la mano con cierta irrelevancia. En seguida entró en el palpitante vestíbulo.

—Caray, gracias —dije.

—Qué suerte que tu ex sea tan comprensiva —dijo Arthur casi sonriendo.

Fingiéndolo hacer a Claire una llamada de disculpas, yo le había explicado al tono de marcar que me había surgido un compromiso, que no podría ir a cenar, y que lamentaba que se hubiera molestado tanto para nada; lo cual, reflexioné, era cierto.

—Ah, sí. ¿De dónde es Momo?

—Del Líbano —dijo Arthur, y en ese momento se nos acercó una morena adorable, vestida con un *sarong*, que con expresión de encanto y los brazos abiertos se preparaba a grandes achuchones.

—¡Momo! ¡Arthur! —exclamó. Llevaba los ojos, grandes y castaños, maquillados con pecas doradas y tres sombras diferentes, y el pelo sembrado de objetos multicolores: palillos lacados, plumas y crespones.

Me quedé junto a la puerta, observando el intercambio de abrazos con una gran sonrisa falsa y paciente. Momo lanzó un grito, maldijo en francés y, corriendo, se precipitó dentro de la casa con una expresión siniestra y demencial, como al encuentro de una presa que, tras una cacería de un millón de años, por fin hubiese logrado acorralar. Nuestra anfitriona, de quien deduje que sería Riri, tenía unos hombros espléndidos que blandamente, no estorbados por prenda alguna, resbalaban hacia el robusto escote de la túnica. Como la de muchas mujeres persas, su belleza tenía una cualidad águila, ganchuda y oscura, con un destello de maldad en la

mirada. Después de haber besado a sus dos amigos se volvió hacia mí tendiendo una jovial mano hospitalaria.

—Riri, éste es mi amigo Art —dijo Arthur.

—Encantado —dije yo.

—¡Oh, encantada! —dijo Riri—. ¡Qué cortés! ¡Todos tus amigos son de lo más corteses, Arthur! ¡Venid! ¡Dentro están todos! ¡Pasad al salón!

El salón era un lugar amplio, con cortinas rojas, que merecía su anticuado nombre. Había muchos jarrones, gente bebiendo y un piano.

—¿Tanto se nota? —susurré al oído de Arthur, pero procurando no acercarme demasiado.

—¿Que eres muy cortés? —se rió—. Sí, se nota tanto que es incómodo. Acabarás por convertirte en un bobo atento.

—De acuerdo, pues pongámonos groseros —dije yo—. ¿Hay un bar aquí?

—Espera —contestó él agarrándome del codo—. Quiero que conozcas a una persona.

—¿Quién es?

Me guió a través de una red de jóvenes, la mayoría de los cuales parecían extranjeros, que tenían copas en las manos y fumaban cigarrillos de lo que fuera. Algunos interrumpían las estridentes conversaciones para volverse a saludar a Arthur, quien a todos respondía con un «Hola» eficiente, lacónico y algo altivo. Daba la impresión de que era popular, o al menos despertaba respeto. Muchos de los grupitos intentaban incluirlo en sus charlas.

—¿Adónde me llevas? —pregunté. Intentaba mostrar aprensión.

—A presentarte a Jane.

—Ah, vale. ¿Y quién es?

—La novia de Cleveland. Creo que debe de estar por aquí... Espera un segundo. Quédate aquí un momento, ¿de acuerdo? Lo siento. En seguida vuelvo. Lo siento, pero he visto a alguien que... —dijo Arthur. Me soltó el brazo y desapareció.

Allí me quedé, contemplando maravillado la abundancia de mujeres guapas de distintos países. Arthur me había aparcado en un rincón del salón donde había un mueble imponente, contra el cual me apoyé para refrescarme la mejilla. Muchas de las personas que veía eran de piel morena, de los más diversos y encantadores matices: iraníes, saudíes, peruanos, kuwaitíes, guatemaltecos, indios, norteafricanos, kurdos... y quién sabía qué más. Mujeres caucásicas se esparcían entre los demás como retazos de encaje pálido; y había muchachos con raros tocados y polos Lacoste, o con arrugados trajes de gabardina, que sonreían y miraban a las chicas. Arthur estudiaba en ese departamento de la universidad al cual concurren los hijos de todo extranjero rico, o agresivamente afortunado, para aprender a administrar grandes sumas de dinero internacional y las miserias de sus países. En la diplomacia, me había respondido al preguntarle yo dónde se buscaría el futuro.

—Voy a esas fiestas a entrenarme —había dicho—. Suele haber facciones,

alianzas, secretos, deudas y muchos enredos... Quiero decir enredos sexuales, desde luego. Y aunque ellos se consideren iraníes, brasileños, lo que sea, yo... yo no me considero americano. Yo soy un átomo, me muevo por todas partes como un mercenario. No, como un mercenario no: como un agente independiente... Un átomo libre... ¿No existe algo así en química? Pues yo siempre estoy fuera de la órbita de las demás... moléculas.

—No creo que sea eso —había respondido yo—. Ya me he olvidado de lo que es un átomo libre. Me parece que te lo has inventado tú.

El salón estaba saturado de humo, ruido, gente y esplendor. A la caída del sah, el padre de Riri había conseguido introducir en un avión un modesto cargamento de alfombras y estatuillas, y aquellos objetos siniestramente alegres convertían la fiesta en algo oscuro, recargado y en cierto modo perverso. Eché una mirada a las vitrinas del armario contra el cual me había apoyado; estaban repletas de dagas y de huevos. Los huevos, por el tamaño, bien podrían haber sido de emú, y estaban decorados con pinturas e incrustaciones. Delicadas puertecillas con goznes, recortadas en las cáscaras, se abrían a diminutas escenas tridimensionales de amor persa, cortesanas y enrevesadas. El artista había prestado más atención a las extremidades y los genitales que a los rostros; contorsionados, los minúsculos amantes exhibían la bovina expresión que suele encontrarse en el arte erótico de Asia, tan contradictoria en relación a los agónicos nudos de los cuerpos. Las dagas dejaban ver los mangos, pero escondían las hojas en fantásticas vainas de terciopelo azul o cuero estampado. Dispersos en varios puntos de los estantes había utensilios de plata tan inidentificables como inquietantes.

—¿En qué estás pensando?

Era Arthur. Aunque había empleado un tono ligero, daba la impresión de estar contrariado, o preocupado, quién podía saberlo.

—Pienso que el padre de Riri ha de ser tratante de blancas. Oye, esta fiesta es fenomenal —intenté dar a mi voz cierto tono publicitario. Luego lo cambié por un matiz de leve indiscreción—. ¿Has encontrado a «alguien que...»?

Esquivó físicamente la pregunta. Apartando los ojos, se ruborizó como una doncella, como Fanny Price en *Mansfield Park*. En aquel momento empezó a gustarme: su firme gracia para tratar con los demás, su improbable modestia, las fiestas exóticas que frecuentaba. El deseo de hacerme amigo suyo me invadió, seguro y apremiante, y mientras reflexionaba y decidía no volver a estrecharle más la mano, se me ocurrió que la premura y la seguridad habían marcado todas mis amistades durante la infancia, hasta el largo y desgraciado período de la pubertad durante el cual tenía miedo de intimar con los chicos y era palmariamente incapaz de hacerlo con las chicas.

—No —dijo él por fin—. A «alguien que» ya lo ha encontrado otro y no está disponible —echó una mirada al fragor del salón.

—Lo siento —dije yo.

—Olvidalo. Vamos a buscar a la adorable Jane.

ALGUNOS SÍ QUE SABEN PASÁRSELO BIEN

A fin de encontrar a Jane Bellwether, que adquirió apellido y algunos rasgos vagos durante la búsqueda, dejamos atrás el saltarín serrallo y una larga serie de estancias más oscuras y tranquilas, hasta llegar a la cocina, que era blanca. Todas las luces del techo estaban encendidas y, como suele ser el caso con las cocinas en las grandes fiestas, bajo la fluorescencia se habían dado cita, en insalubre grupo, todos los borrachos y todos los tragones. Ni uno de ellos dejó de mirarnos cuando entramos, y tuve la clara impresión de que, antes de que llegáramos, durante varios minutos nadie había pronunciado palabra.

—Eh, hola, Takeshi —le dijo Arthur a uno de los dos inhibidos japoneses que estaban junto a la nevera.

—¡Arthur Lecomte! —exclamó Takeshi. Estaba considerablemente colocado—. Éste es mi amigo Ichizo. Estudia económicas.

—Hola, Ichizo. Es un placer.

—Mi amigo está muy cachondo —continuó Takeshi alzando la voz—. Mi amigo dice que si yo fuera mujer me follaría aquí mismo.

Yo me reí, pero Arthur se mantuvo rígido, por una décima de segundo se mostró bellamente comprensivo, y al fin asintió con esa cortesía delicada y vacía que parecía prodigar. Poseía un fluido talento para los buenos modales; tanto más notable, quizá, justamente por ser insólito entre gente de su edad. Me pareció que, con su antigua y extraña caballerosidad, podría triunfar en cualquier escenario que eligiese; que en un mundo castigado por la franqueza, su elegante condescendencia, su elitismo y su total falta de candor eran dones decisivos, y quise alistarme en su ejército y ser socialmente agraciado.

—¿Alguno de vosotros conoce a Jane Bellwether? —preguntó.

Morosos, sobrealimentados y embebidos de alcohol, ambos patanes dijeron que no. Ninguno de los dos nos miraba y, a la exagerada manera en que se me presentaban las cosas aquella noche exagerada, se me antojó que no podían soportar la presencia de Arthur, ni de mí en su mágica compañía, destellantes como estábamos de salud y buen ánimo en tecnicolor, y comprometidos en la búsqueda de la indudablemente espléndida Jane Bellwether.

—Probad en el jardín —dijo al fin alguien, una especie de árabe, con la boca llena de langosta—. Hay mucha gente jugando.

Salimos a la luz amarillenta del porche trasero, esa antigua, estival luz de linternas que tantos jardines y falenas de veranos pretéritos ha iluminado. No era cierto: no había mucha gente jugando en el césped sombrío, aunque un grupo grande, abrigados todos con jerséis ligeros, se había reunido a beber. Jugando sólo había una muchacha, y los demás la miraban.

—Ésa es Jane —dijo Arthur.

Estaba sola en el centro tenue del enorme jardín, lanzando imperceptibles pelotas de golf contra el vecindario. Mientras bajábamos los crujiertes escalones hacia el suave susurro de la hierba, observé su golpe. Era el ideal de mi padre: una leve inclinación filosófica de la cabeza, el balanceo como una tácita amenaza, la pose final prolongada durante una aristocrática fracción de segundo. Era alta, delgada y, bajo la escasa luz, tenía un aspecto algo gris vestida con falda y camisa de golf. El esfuerzo de concentración le vaciaba el rostro. ¡Zas! Y sonrió, agitando el pelo rubio, y nosotros aplaudimos. Sacó una nueva pelota del bolsillo y la colocó en el *tee*.

—Está borracha —dijo una chica, como si fuera toda la explicación que necesitábamos.

—Es preciosa —me oí decir. Algunos espectadores se volvieron para mirarme—. Quiero decir, tiene un golpe increíblemente perfecto. Mirad.

Nuevamente se balanceó, y segundos más tarde se oyó el remoto sonido de la pelota chocando con algo metálico.

—¡Jane! —gritó Arthur.

Se volvió y bajó el palo, y la luz amarilla le dio de lleno en el rostro, derramándose sobre la falda impecable. Se llevó una mano a la frente intentando distinguir a quien la llamaba entre las sombras del jardín.

—¡Eh, Arthur! —dijo, y se acercó sonriendo.

—Arthur, ¿de quién es novia?

Me respondió media docena de voces.

—De Cleveland.

Momentos después, en una de las habitaciones menos ruidosas, los tres estábamos sentados en algo que sólo podría llamarse canapé. Jane exhalaba un interesante olor a ligera fatiga, cerveza, perfume y hierba recién cortada. Arthur me había presentado como un amigo nuevo y yo había observado la cara de ella en busca de algún gesto de complicidad, pero no lo había encontrado. Empecé a preguntarme si no habría confundido las intenciones de Arthur, y a recriminarme por haber desconfiado de lo que bien podía ser mera cordialidad. Una vez que Jane y yo hubimos intercambiado informes sobre nuestras carreras —la de ella era historia del arte— y coincidido en que no podíamos explicar qué nos había llevado a elegir las, pero que nos alegrábamos de estar a punto de acabarlas, la conversación giró hacia los planes para

el verano.

Me cuidé mucho de exponer mis verdaderas intenciones, que eran más bien vagas, y lo bastante bajas como para incluir sin esfuerzo la persecución de Jane y de la fuente última de su exquisita fragancia, a despecho de ese Cleveland, quienquiera que fuese.

—Voy a poner esta ciudad patas arriba —dije—. Luego, en otoño, tendré que convertirme en un adulto responsable. Ya sabéis, hacer carrera. Mi padre exige tener algo en orden.

—¿Qué hace tu padre?

Manipula cuentas suizas con dinero proveniente del juego, las putas, la protección, los usureros y el contrabando de cigarrillos.

—Está en las finanzas —dije.

—Jane se marcha a Nuevo México —dijo Arthur.

—¿De veras? ¿Cuándo?

—Mañana —dijo Jane.

—¡Jesús! Mañana. Caray, qué pena.

Arthur se rió, leyendo rápidamente, supongo, el avance de mi cabeza y la proximidad de mi muslo envuelto en dril con el depilado muslo de ella.

—¿Qué pena? —Jane tenía acento sureño, y el «Qué pena» se le alargaba en tres extrañas sílabas—. ¡No es ninguna pena! Me muero de ganas... ¡Mis padres y yo siempre hemos querido ir! ¡Hace catorce años que mi madre toma clases de español! Y yo quiero ir porque...

—Jane quiere ir —dijo Arthur— porque quiere tener contacto carnal con un zuñi.

Ella se sonrojó, o casi; sus palabras siguientes sonaron sólo un poco irritadas, como si Arthur la fastidiase a menudo con el amor de los indios mexicanos.

—Yo no quiero tener «contacto carnal» con ningún zuñi, gilipollas.

—Caramba —dije yo—. «Gilipollas».

Por la manera como había saboreado la palabra mientras le salía de la boca, deduje que pocas veces la empleaba. Había sonado más bien como un signo de aprecio, de su intimidad con Arthur, y por un momento me sentí muy celoso. Me pregunté cómo sería posible conseguir que Jane me llamara gilipollas a mí también.

—Pero los nativos me *intrigan*, ¿sabes? Eso es todo. Y me intriga Georgia O’Keeffe. Quiero ver esa iglesia que pintó en Taos.

En el salón alguien comenzó a tocar el piano, una mazurca de Chopin que durante unos compases no se mezcló muy agradablemente con la estrepitosa música que emitían media docena de altavoces repartidos por la casa, hasta que otra persona atacó al intérprete con un chillido y un cojín de seda. Nos reímos.

—Algunos sí que saben pasárselo bien —dijo Jane, confirmando que, por cierto, la frase le pertenecía; y yo tuve de pronto unas ganas locas de poder usarla.

—Sí —dijo Arthur, y le contó la escena frente a la cual nos habíamos parado, y encontrado, unas horas antes.

—Pero yo ya te había visto en la biblioteca —dije—. A propósito, ¿qué era ese folletín español que estabas leyendo?

—*La muerte de un maricón*^[1] —dijo él con un cómico floreo.

—Ah. ¿Y qué quiere decir eso?

—Pregúntaselo a la madre de Jane, la hispanófono.

—No digas una sola palabra más de mi madre, ¿vale? —dijo ella—. Cierra el pico de una vez —borracha como estaba, Jane hablaba como si fuese Nancy Drew. A mí me volvían loco las chicas refinadas—. Mi madre no se pasó un año golfeando en México ni enferma de hepatitis como tú, Arthur.

—Claro, gracias a Dios —dijo Arthur.

—¡No lo puedo creer! ¿De veras que... golfeabas? —pregunté.

—Como en las buenas épocas —dijo él.

—¿Y qué harás este verano, Arthur?

—Viviré en la casa de Jane y cuidaré el perro. Tienes que ir a visitarme. Después de que se vayan los Bellwether será un lugar divertidísimo.

Arthur y Jane habían llegado a la parte en que la azafata ciega, palpando la frente y la nariz de Cleveland con las manos pecosas y enojadas, le acusa de ser Octavio, el resplandeciente hombre de otro planeta que la amó muchos años atrás, pero que luego retornó a su propio mundo dejándola sin vista y con un resplandeciente niño de extraña forma —«esa clase de cosas que siempre le ocurren a Cleveland», había dicho Arthur—, cuando Mohamed irrumpió en la salita oscura gritando:

—¡El conde! ¡El conde!

—El conde —dijo Arthur frunciendo un poco el ceño.

—Amigo mío —dijo Momo, casi como si fuese sincero—. ¡Mi amigo, mi tremendo amigo Arthur, el conde! Dime, ¿qué puedo hacer por ti? ¿Qué no haría yo por ti, amigo mío?

Se tambaleaba, de la boca le caía una baba de whisky, y las ampulosidades que decía, se me ocurrió, había que descartarlas como a la típica afabilidad en cinemascopio de un rufián. Pero Lecomte le miró sin responder, le escrutó los ojos oleosos, mientras una réplica obviamente sopesada se debatía por salir de sus labios cerrados.

—Venga, Arthur. No tienes más que pedir. Sólo eso. ¡Lo que sea!

—Podrías —dijo Lecomte— dejar de sobarle la polla a Richard.

El alboroto de la fiesta, librado a sí mismo, se transformó en nada. La obscenidad fulguró y se extinguió en la blancura cegadora de un segundo. Fue como el eco de un hachazo que hubiese llenado el aire entre Arthur y Momo. De inmediato éste se ruborizó, avergonzado de haberse ido de la lengua.

La mano de Mohamed, que él había intentado ofrecer a su amigo, quedó colgando

de la muñeca como privada de músculos. El árabe, valiéndose de su corazón alcohólico, se sacudió el azoramiento y nos sonrió, primero a mí y luego a Jane.

—Jane —dijo—, explícale que yo le voy muy bien a Richard y que todo está muy bien, y que él no tiene derechos sobre nadie, como se cree. Díselo ahora mismo.

—Vámonos fuera —me dijo Jane a mi—. Sé cómo hacer que todos los perros del vecindario se pongan a ladrar juntos.

—Bien, sí, perfecto —dijo Mohamed—. Así que suficiente por ahora. Volveré más tarde —entrando en el gran salón oscuro desapareció en la música enorme y oscura que se oía.

—Arthur —dijo—. ¿Richard era...?

—No hablemos de ello —dijo Arthur.

Jane acercó a mi oreja sus húmedos morritos y, haciéndome erizar los pelos, susurró:

—Richard es el primo de Cleveland.

—¡Ah, Cleveland! —dije yo. Me maravillaba aquella complicada torre Eiffel de relaciones que se alzaba a mi alrededor. ¿Estarían todos vinculados? ¿Serían Arthur y Richard un par fijo? Observé a Lecomte. Tenía la mirada fija en el tibio, espumoso vasito plástico de pena. El pelo le caía sobre el perfil chato ocultando un ojo.

—El tema —me murmuró Jane al oído, bajando en mi interior el cierre de una gigantesca cremallera.

Le cogí la mano rígida.

—¿Qué tema?

—Que lo cambies —cuatro sílabas.

—Bueno Arthur —dijo—, al fin no me contaste nada sobre el bebé de la azafata. ¿Cómo resultó ser? ¿Tenía la belleza de Cleveland y su fabuloso sentido del humor?

De sólo pensar en Cleveland se reanimó, cobró fuerzas, y unos minutos después yo escuchaba cómo Cleveland había atravesado todo Black Hills en auto-stop, rumbo a Mount Rushmore, con un oficial de demoliciones del ejército que se había tomado licencia sin permiso y llevaba la furgoneta llena de trinitrotolueno y goma 2, y de tanto reírse, a Arthur se le llenaron los ojos de lágrimas.

Más tarde, avanzada ya la noche cada vez más mortecina, cada vez más estruendosa, miré en derredor como si fuese la primera vez en muchas horas.

—Cleveland —dije.

Los bordes de mi visión y mi memoria reciente se habían empañado por completo, y se habían ido contrayendo con cada nueva copa, hasta que dos caras, la de Jane y la de Arthur, sorprendentemente parecidas, balbuceantes, acabaron por colmar el estrecho centro de todo. Necesitaba a Jane, necesitaba silencio, necesitaba parar; de modo que, heroicamente, me levanté y salí al aire libre a darme tres

cachetes en la cara.

¡Cleveland, Cleveland, Cleveland! Casi no habían hablado de otra cosa que de sus hazañas. Cleveland metiéndose en una piscina montado a caballo; coescribiendo un libro sobre béisbol a los trece años; recogiendo a una prostituta sólo para llevarla a la iglesia donde se casaba una prima; viviendo en una buhardilla de Filadelfia y regresando seis meses más tarde a Pittsburgh, tras haber estado completamente aislado de sus amigos, con un par de tatuajes indecentes y un ensayo cómico y erudito sobre las cucarachas, con las cuales había compartido la vivienda.

Yo tenía la impresión de que, por lo que concernía a Jane y Arthur, Cleveland volaba, o había volado, tan por encima de sus gemelas cabezas rubias como yo los veía a ellos volar por encima de mí; pero que había caído, o estaba cayendo, o los tres se estaban precipitando juntos. No lo habían dicho; pero en sus recuerdos se vislumbraba que los grandes días, la época en que Cleveland y Arthur habían sido dos, angélicos y veloces, habían terminado. Heme aquí, pensé, después de haberme sentido sucio, amargo y reseco, dispuesto a comenzar el primer verano de mi nueva vida, y ellos vienen a decirme que he llegado tarde, que me lo he perdido todo.

Aunque había tratado de volver al amarillo calor del porche trasero, mi condición y el desconocimiento de la casa me habían hecho tomar un camino equivocado y de pronto me encontré asomándome a otra parte del inmenso jardín, una parte totalmente iluminada, conmocionado por el verdor. Un par de nadadores conversaban a media voz en la piscina; el muchacho seguía intentando, suavemente, convencer a la chica de que hicieran aquello cuyo momento, era muy probable, se había presentado y desaparecido varias horas antes. No podía oír las palabras, pero la urgencia en la negativa de ella me resultaba clara y familiar. Habría rechazo, silencio, y por fin el veloz choque del agua.

Alguien me tocó el codo y me volví.

—¿Qué tal? —dijo Arthur.

—Tomando un poco el aire —respondí—. Creo que estuve demasiado tiempo sentado. Y bebiendo mucho.

—¿Te gusta bailar? ¿Te gustaría ir a bailar?

Me pregunté qué me quería decir. La verdad era que yo no tenía ganas, sobre todo porque nunca había «ido a bailar» (Claire no bailaba), pero también porque había en el tono de él, y en la idea toda de una discoteca, algo que me asustaba.

—Claro —dije—. Claro que me gusta bailar.

—Bien. En East Liberty hay un club. No está lejos.

—De acuerdo.

—Bien. Es un club gay.

—Ah.

Había habido una época, en el bachillerato, en que me había debatido en la sospecha de mi posible homosexualidad; un período de seis meses, culminación de años de impopularidad y escasez de chicas. Por las noches, en la cama, me informaba

fríamente a mí mismo de que era homosexual y lo mejor que podía hacer era aprovecharlo. Los vestuarios se habían convertido en una sala de torturas, llenos como estaban de genitales masculinos expuestos que parecían mofarse de mi fracaso en evitar mirarlos por una fracción de segundo que, no obstante su apariencia accidental, era, yo me daba cuenta, un amargo síntoma de perversión. Ardiendo del típico deseo de los catorce años, intentaba enfocarlo sucesivamente en cada uno de los muchachos que conocía, con la esperanza de encontrar una salida para mi calentura, no importaba que fuese perversa, secreta y destinada al desaliento. Estos intentos, sin excepción, no lograban producir más que perplejidad, cuando no verdadero disgusto.

La crisis de autoestima se había cancelado abruptamente con el advenimiento de Julie Lefkowitz, a quien de inmediato había seguido su hermana Robin, y luego Sharon Horne, la pequeña Rose Fagan y Jennifer Schaeffer; sin embargo, nunca había olvidado mi período de profunda duda sexual. De vez en cuando me cruzaba con algún hombre arrebatador que, tenue pero perceptiblemente, conmovía los cimientos contruidos por Julie Lefkowitz, y entonces, por un momento, me preguntaba debido a qué truco del destino había resuelto que no era homosexual.

Miré a Arthur. Tenía un débil vello rubio en las mejillas y cierto rubor en la piel rosada del cuello. Los ojos eran claros y pálidos, como si no hubiese bebido. Sentí algo. Aleteó en mi pecho como un murciélago que entrara en una casa, me horrorizó por un instante y luego se desvaneció.

—Pues entonces me parece que no, Arthur. A mí me gustan las mujeres.

Me dedicó una sonrisa cortés.

—Eso es lo que dicen todos —estiró la mano y casi me tocó el pelo. Retiré la cabeza—. De acuerdo, te gustan las mujeres —era como si yo hubiese pasado un examen y no lo hubiese aprobado.

—Pero podemos ser amigos, ¿no?

—Veremos —respondió y, girando sobre los talones, volvió a entrar en la casa.

En el último tramo de la fiesta de Riri los objetos empezaron a cambiar: la frágil cartera de satén, partida en dos, de una de las chicas, se convirtió en botín de una guerra entre dos jóvenes fugazmente iracundos; una lámpara, hecha añicos, fue insultada, barrida y echada a un lado; y la piscina, que al comienzo de la velada probablemente había resumido todas las nociones sobre la azul, bella diversión de los ricos, ahora se veía ramplona, verde y casi vacía. De todos modos yo había pasado toda la noche en una penumbra dulce y sutil, bien acompañado, y cuando llegué al borde del agua ya me había desabotonado la camisa.

LA FÁBRICA DE NUBES

La peor de mis pesadillas era una pesadilla aburrida: una visita a un sitio vacío donde, con espantosa lentitud, no pasaba nada. Solía despertarme cansado, en posesión de unos vestigios escasos e insulsos que nunca parecían hacer justicia al miedo anodino que había sentido durante el sueño: el recuerdo del leve murmullo de un reloj eléctrico, de un desorientado sabueso albino, de una voz anunciando horas de partida por un sistema público de altavoces. Y precisamente de esta clase era el sueño en donde yo estaba trabajando aquel verano. Siempre había querido encontrar empleo en una librería antigua, de las de verdad, atestada de una mezcla de aromas de literatura y olores de Pittsburgh que se filtraran por la puerta abierta. En cambio me había hecho contratar por Libros Acera.

Acera, una cadena comercial, vendía libros baratos con un estilo de supermercado, chillón y aparatoso, un estilo impregnado de displicencia y de incompreensión por una mercancía que no proporcionaba grandes beneficios. La tienda, de largos pasillos blancos y pilas megalíticas de novelas policíacas de ocasión y manuales de gimnasia, estaba organizada como si el gerente, decidido a vender carne enlatada o abono para el jardín, hubiese sido embaucado por un mayorista sin escrúpulos. (Yo podía imaginarme el descorazonado «¿Y ahora qué diablos haremos con estos malditos libros?», repetido por los propietarios, quienes se habían iniciado vendiendo postales y recuerdos en la costa de Jersey. Para ellos, un buen libro seguía siendo la gorda novela de bolsillo capaz de caber en una bolsa de playa y mantener la boca cerrada.)

La literatura estaba constreñida en una alcoba diminuta y por lo demás inútil entre Acción Bélica e Ideas para el Hogar, y de todos los empleados, muchos de los cuales eran gordos y querían ser enfermeros, yo era el único que encontraba anómalo el hecho de que vendiéramos los comentarios de Monarch a obras tales como el *Tristram Shandy*, que en realidad no figuraban entre nuestras existencias. Me tocaba pasar los días de verano aturdido por el aire acondicionado, privado de ideas casi por completo, esperando la cita de la noche. El verano empezaba después de la cena. El trabajo no me atraía en lo más mínimo.

Un atardecer de comienzos de junio, pocos días después de la fiesta de Riri, cancelé por fin el contrato del «apartamento de Claire». Tras echar la llave a la puerta de Libros Acera me despedí de Gil Frick, reulé un poco ante el súbito calor de la

calle y, con los últimos restos de las viejas posesiones en un saco, cogí el autobús hasta mi nuevo hogar en el Terrace.

Muchos años atrás el Terrace había sido una zona residencial distinguida. Suerte de herradura de grandes, idénticas casas de ladrillo que encerraba una amplia extensión de hierba, conservaba aún algo del carácter señorial antaño atrayente para familias con servidumbre y carruajes. Esto último lo deduje del hecho de que el lugar que yo ocuparía era una especie de cochera, con pequeños cuartos para los criados que daban al patio, detrás del Terrace propiamente dicho. Ninguno de los vecinos parecía tener mucho que ver conmigo: un anciano, bebés, padres.

Una vez hube dejado el saco marrón entre las dispersas reliquias de mi vieja casa, salí a descansar y fumar un pitillo al borde de los veintiséis agrietados escalones de cemento que llevaban hasta mi puerta. A la izquierda, el Terrace, niños y perros grifones correteando; a la derecha, y ante mí, el laberinto de establos y cocheras destartalados, algunos sin puerta, la mayoría albergando automóviles o esquís. En los techos de todas las cocheras había apartamentos como el mío, con largas enredaderas en las ventanas y diversas músicas de radio saliendo por los postigos de tela metálica. El sol del ocaso seguía siendo el hecho central del día: arrancaba crujidos de los coches aparcados en derredor y calentaba la barandilla metálica contra la cual yo había apoyado el cuello. Una brisa tibia transportaba gorjeos y olores de comida por el vecindario, me lamía el rostro sudado y agitaba el vello de mis brazos. Tuve una erección, me reí y con mucha paciencia la dominé. Cuatro años de familiaridad e indiferencia hacia Pittsburgh se convertían de pronto en amor y excitación, y cerré los brazos sobre mi propio cuerpo.

El día siguiente lo tenía libre, y había hecho planes. En camiseta sin mangas y gafas de sol fui a la biblioteca Hillman dispuesto a comer con Arthur. Habían empezado las vacaciones (¡aunque no para mí!) y la biblioteca estaba relativamente llena de estudiantes en pantalón corto que pugnaban por mantenerse sentados, dóciles y estudiosos. Arthur escribía a máquina formularios de compra de libros en un despacho que daba al mismo corredor de la Chica Tras los Barrotes, y para llegar hasta él tuve que pasar frente a la reja, detrás de la cual volví a verla. Me acerqué lentamente, contento de llevar zapatillas y no mis ruidosos mocasines, porque ella estaba absorta en sus pilas de libros y, como no alzaba los ojos, pude observarla a mis anchas.

Llevaba varias prendas blancas y rojas superpuestas, camisetas casi todas, alguna que otra falda y muchos pañuelos y brazaletes. El pelo castaño rojizo, cortado al sesgo y con una gran onda, al estilo años cuarenta, sólo dejaba a la vista parte del perfil inclinado; pero la mirada era de concentración profunda, de modo que no me oyó cuando pasé rumbo a la sección de Arthur. Según él, recordé, era una *punk*, pero

ni la actitud ni la apariencia lo corroboraban, y estaba claro que hacía esfuerzos nada *punk* por exhibir una feminidad un tanto tradicional, uñas pintadas y cintas de pelo incluidas. Me pregunté qué sería, entonces.

Arthur tenía preparada la bolsa de la comida y cuando entré se apresuró a deslizar una cartulina para señalar lo que estaba copiando.

—Hola —dijo—. ¿Listo? ¿Has visto a Phlox?

—Sí, la he visto. Phlox, ja. Qué nombre más increíble.

—Pues le gustas mucho, chaval. Te conviene enterarte.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo lo sabes? ¿Qué te ha dicho?

—Anda, vamos a comer. Te lo contaré por el camino. Adiós, Evelyn... Oh, lo siento mucho. Evelyn, te presento a mi amigo Art Bechstein. Art, ésta es Evelyn Masciarelli.

Evelyn era una de sus compañeras, formalmente su superior. Era una anciana pequeña que se había pasado la vida temblando en la biblioteca y, según Arthur me contó más tarde, estaba «una unidad térmica» por encima de él. Me acerqué a ella y le di la mano, consciente de la formalidad con que Arthur había hecho la presentación y algo más cómodo con el estilo. Sintiendo que podía escoger la personalidad que quisiese, me incliné por la de joven resplandeciente, renovado por el sol del mundo exterior y libre, al contrario de Evelyn, de retornar a él. Después de estrechar por un instante la húmeda manecita, enseñando mis encantadoras hileras de dientes, me despedí gentilmente y salí con Arthur.

Por el camino, desde luego, nos cruzamos con Phlox, que estaba bebiendo en la fuente del vestíbulo. Para evitar que todos los adornos que llevaba se metieran en el chorro, tenía que apretarse una mano defensiva contra el pecho.

—Phlox —dijo Arthur con un tono ligeramente burlón—. Hay alguien que me gustaría presentarte.

Enderezándose, se volvió hacia nosotros. En medio de tanto pelo y fulares, sus ojos eran los más azules que yo había visto, y al descubrirme se agrandaron. El hecho de tener los hombros desnudos me hizo sentir desprotegido. Ella tenía la cara alargada, la piel suave, una frente amplia y despejada; era incuestionablemente bella, aunque en su aspecto y su ropa había algo extraño: algo un poco excesivo, desde la mirada en exceso directa de los ojos azules hasta los calcetines excesivamente rojos que llevaba. Era como si hubiese estudiado a gran distancia las nociones americanas de la belleza y hubiera hecho un largo viaje sólo para encontrarse con que había exagerado los detalles: una debutante llegada de otro planeta.

—Art Bechstein, te presento a Phlox —continuó Arthur—. Lo siento, Phlox, no conozco tu apellido, pero éste es mi amigo Art. Es una persona maravillosa —concluyó extrañamente, y de pronto, como abrumado por la mirada de ella y la rimbombante presentación de Arthur, me sentí forzado a impresionarla y sin ganas de hacerlo. Pues lo que quería, en realidad, era huir, ponerme gafas de sol con montura de carey y una chaqueta pesada, y volver a presentarme, esta vez hecho un vago y

lleno de tics grotescos.

Phlox, entretanto, no había abierto la boca. Allí estaba, las manos suspendidas en el aire, las muñecas hacia arriba, los dedos ligeramente separados: una pose verdaderamente clásica que clamaba por una banda sonora sentimental, abundante en cuerdas, esa ráfaga de Borodin que señala el Momento Con Que Toda Muchacha Ha Soñado. Me miró por un largo par de segundos.

—Hola, Art —dijo al fin—. Es increíble que os conozcáis... Bueno, es increíble que Arthur nos conozca a los dos. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias. ¿Y tú?

—Bien. Yo... Arthur dice que no eres de Pittsburgh.

—¿De veras? —miré a Arthur, que se estaba mirando las manos—. No. Soy de Washington. O sea, no, es casi como si fuera de Pittsburgh. La familia de mi madre vive en Newcastle —dije.

—Ha muerto, ¿no?

Volví a mirar a Arthur. Sus delicadas manos le tenían obsesionado.

—Oh, sí. Hace mucho. ¿Tú eres de aquí?

—Yo —dijo ella— soy una parte fundamental de Pittsburgh —y me clavó los gemelos azules.

En la acción hubo una pausa.

—Bien —dijo Arthur—, tenemos que irnos —me cogió del codo.

—Eem, ¿vendrás... eem, a la biblioteca... a visitar a Arthur? ¿Vais a comer juntos?

Adoptando un tono doctoral, Arthur explicó la naturaleza de la cita, el hecho de que yo tenía el día libre, su desafortunada falta de tiempo para comer y me arrastró, no sin antes prometerle por mí a Phlox que volvería a verla. Luego salimos al mediodía cegador.

—Jolines —dije—, qué chica más rara. ¿Cómo me dijiste que la llaman?

—Mau Mau. Pero eso cuando era *punk*. Tengo entendido que ahora se ha hecho cristiana.

—Me pareció que algo de eso había. ¿Y después qué será?

—Joan Crawford —dijo Arthur.

Nunca nadie ha conseguido explicarme satisfactoriamente la *razón* del enorme agujero, atravesado en tres zonas distintas por sendos puentes de acero, que transforma en un precipicio todo el extremo sudeste del distrito Oakland de Pittsburgh. Entre la arrogante proa estúpida de la Universidad de Carnegie-Mellon y la horrible fachada posterior del Instituto Carnegie, entre los altarcillos a María alineados en los jardines de Parkview y el propio parque, se extiende la amplia hondonada seca que contiene, esencialmente, cuatro cosas: el Barrio Perdido, la

Fábrica de Nubes, vías de tren y una tremenda cantidad de basura.

Fue desde un semisecreto mirador para meriendas, en lo alto de una escalera de cemento que se alzaba al menos diez pisos por sobre el nivel del agujero, cuando por primera vez pude contemplar el Barrio Perdido: un misterioso par de calles y una o dos hileras de casas, diorama que sólo se aprecia desde arriba, si es que uno llega a notarlo. Probablemente yo lo había visto una o dos veces en los cuatro años que llevaba viviendo en Pittsburgh, pero ignoraba que, repartidas por el sur de Oakland, había media docena de escalinatas que conducían hasta él, y no me había dado cuenta de que lo habitaba gente. Hasta había una escuela y un campo de béisbol; y allí, en el fondo de Pittsburgh, era posible divisar diminutas siluetas de niños que corrían de una base a otra.

Aquel escalón supremo, donde el sol nos calentaba las espaldas y marchitaba la lechuga de nuestros sandwiches, lo había elegido Arthur. Y sentado allí tan cerca de él, detrás de la Escuela de Bellas Artes y el verde fondo de uno de los cien abruptos confines de Oakland, yo me sentía incómodo, extremadamente consciente del aislamiento y la intimidad de nuestra posición, y de la clara posibilidad de que él me hubiese llevado para sacar a colación, como habría podido decir, un tema delicado. A cierta altura del almuerzo decidí reiterar mi postura; por desgracia, mi postura era que estaba loco por imitarle. Yo quería ser como Arthur Lecomte: beber, coger, negar, dominar; y, con la salvaje amistad de Cleveland, desplegar la encantada bandera del verano.

—Qué sitio más raro para vivir —dije, señalando el Barrio Perdido con mi sandwich de jamón y queso.

—¿Alguna vez has estado?

—No. ¿Y tú?

—Sí, claro. Cleveland y yo íbamos muy a menudo. Nos escapábamos del colegio —aquí hizo un gesto por encima del hombro, presumiblemente en dirección al Colegio Central Católico— y bajábamos por allí —trazó la ruta con la manga a rayas azules y blancas—, rodeando el museo y la Fábrica de Nubes, hasta el vertedero. Entre la basura y las ruedas solía crecer marihuana.

—¿La Fábrica de Nubes?

Se rió, se miró las manos y luego volvió a alzar los ojos, como siempre evitando los míos y sonrojándose un poco. Aunque por cierto era más bien rosado, yo nunca había conocido un hombre que se ruborizara tan a menudo.

—Sí, la Fábrica de Sueños. ¿No la habías visto nunca? Cuando cruzas por el puente de Schenley Park, saliendo del parque en dirección a Oakland, pasas por encima de ella. En una época solíamos preguntarnos qué hacían allí dentro. ¿Por qué de esa construcción junto a los raíles surgían grandes nubes, perfectamente blancas y limpias como flamantes pelotas de béisbol? Cada vez que Cleveland y yo veníamos después de huir del colegio, ciegos y sin corbata, allí estaba la Fábrica lanzando al aire una nueva hornada de nubes vírgenes.

Yo había visto el edificio un millón de veces, me di cuenta, y en verdad no podía ser otra cosa que una fábrica de sueños. Lo dije en voz alta, y luego me puse a pensar en el colegio católico, en lo típico que resultaba que un muchacho hubiese ingresado como monaguillo y saliera convertido en sodomita.

—¿Cleveland es católico? —pregunté.

—No, no es nada —dijo Arthur—. Es alcohólico. ¿Quieres un poco de pera?

Le di las gracias y cogí una tajada tibia y granulosa. La reafirmación de mi heterosexualidad empezaba a abandonar su apremiante posición en la punta de mi lengua, y de pronto se me fueron las ganas de estropear el ritmo suave de la charla, llena de pausas ociosas y de los ruidos de masticar.

—¿Cuándo podré conocer a Cleveland?

—Oh, le he hablado de ti y él también quiere conocerte. Bueno, este fin de semana haré una fiestecilla en casa de los Bellwether... Y, oye, Bechstein, todavía no has venido a visitarme... Una de estas noches tendrías que venir a dormir.

—Ahá —dije.

—Mohamed ha venido. Y rompimos las reglas. Profanamos la ropa de cama de Al y Nettie.

—¿Ah, sí? —dije—. ¿Y eso va contra las reglas?

—¿Hablas en serio? ¡Tendrías que verlo! Hay una lista de doce páginas con las cosas que supuestamente puedo o no puedo hacer. Su cama me está prohibida.

La revelación casual de que se había acostado con Mohamed tras el incidente de la fiesta era tan compleja, tan prodigiosa, que me dejó a un tiempo aliviado, confundido, asqueado, sorprendido y lleno de curiosidad. Se me ocurrieron ocho o nueve preguntas incoherentes, y las rechacé, antes de comprender que todas giraban alrededor de un modelo del tipo «¿De veras que te acostaste con Momo?». En lugar de ello, dije:

—Imagino que el fin de semana iré a la fiesta. ¿Estará Cleveland?

—Bueno, él también figura en la lista.

—Se supone que...

—Está prohibido. Definitivamente. Pero ya veremos.

—¿Por qué le prohíben entrar?

—Porque en todas partes le temen y le desprecian —dijo Arthur—. Según mi madre, es el Demonio Encarnado.

—Ya —dije, riéndome.

Él se puso en pie, encendió un cigarrillo y giró la cabeza hacia la biblioteca.

—Tengo que volver —dijo.

Frente a la puerta le estreché la mano y me fui, agradeciéndole la estupenda media hora que habíamos pasado y, silenciosamente, el que no la hubiese echado a perder con una caricia furtiva. Al regresar al despacho, me enteraría después, él invitó a Phlox a la fiesta y le dijo que yo pensaba ir únicamente para bailar con ella.

Durante un rato fumé mirando el fondo de Pittsburgh, los niños que jugaban un

ínfimo partido de béisbol, las distantes figuras de los perros que ladraban al paso de un coche, una diminuta ama de casa que sacudía un retazo de alfombra roja en el porche trasero, y súbitamente juré no ser nunca así de pequeño, consagrarme a ser cada vez más grande, cada vez más grande.

INVASORES

A las seis y media de la mañana de un húmedo jueves de junio, que sólo prometía las secas revelaciones de otra jornada en Libros Acera, me di una ducha (con la radio a todo volumen en el vapor del cuarto de baño), bebí mi zumo de naranja, mastiqué una dura corteza de pan moreno blanqueada con margarina y me puse a dar ruidosas vueltas por la casa —aún llena de cajas—, probándome y descartando una camisa tras otra, y buscando al mismo tiempo, sin marcado propósito, una foto que tenía del huevo del cual naciera Godzilla.

Había dormido mal y me había despertado demasiado pronto; pero para un dormilón es bueno despertarse temprano de vez en cuando y no tener nada que hacer. Bebí café instantáneo y contemplé las gotas de agua en la contraventana de tela metálica y, a través de ellas, la lluvia que corría silenciosamente por los desagües, al enano que, con un alarmante chapoteo, colocaba los periódicos en el distribuidor automático encadenado al poste de la luz en la esquina de Forbes y Wightman, y a mi vecina de al lado, la enfermera, que había terminado su guardia en el Psiquiátrico del Oeste y venía balanceando el paraguas y librándose el largo pelo rubio del moño que lo sujetaba. El estar de pie tan temprano me hizo sentir parte de una ciudad nueva, o una suerte de neoyorquino endurecido que, habiendo subido al fin a lo alto de la Estatua de la Libertad, no logra divisar la cisterna en la terraza de su casa y con extraño gozo comprende cuán grande e inalcanzable es la urbe.

Encontré la mal envuelta y arrugada foto (en una playa lánguida, minúsculas figuras rodean la manchada cáscara del monstruo) y la tiré. Como había parado de llover y aún faltaba tiempo para que Libros Acera requiriese mi presencia y la de mi mal humor, decidí prescindir del autobús e ir hasta Oakland caminando.

La mañana era cálida; rizos de vapor se elevaban del asfalto fragante y de la hierba del campo de golf. Un trozo de cinta antigua pareció separarse de los algodones de niebla que circundaban el mástil del club. Cuando llegué a la entrada de Schenley Park, los cuidadores estaban trepando a las segadoras mecánicas y llenaban el aire con un distante sonido de húmeda mañana estival. Saltando por encima de la baja baranda, busqué como siempre la pequeña maraña de *grafitti* que dos años antes había garrapateado con Claire, una noche de risas y narices goteantes. Avancé por el largo e impecable sendero de hierba, hasta que los años de jugar al golf con mi padre impusieron su acumulación de escrúpulos y, abandonando los inviolados *links*, salté a

la plataforma de cedro que rodeaba el edificio del club y la pista del hoyo dieciocho.

Mientras dejaba correr los dedos por la valla tambaleante de estacas y alambre, mientras mis zapatos recogían plateadas gotas de lluvia antigua, sentí una súbita punzada al pensar en mi padre; y luego, en tanto pronunciaba la palabra «Papá» e inhalaba el perfume de la hierba, recordé que al día siguiente él vendría de nuevo a Pittsburgh, que comeríamos juntos, que yo exclamaría «¡Arriba, ascensor!» y él menearía la gran cabeza, pagaría la cuenta y por décima vez me hablaría de la chica de los Weitzman, que era encantadora, notablemente inteligente y tenía una beca de investigación en Brandéis.

El campo de golf acababa por dar paso a los contornos ajardinados de la Universidad de Carnegie-Mellon, y éstos al puente, el barranco y Oakland. En la Fábrica de Nubes no había actividad; aquella mañana no se producía nada. La Fábrica de Nubes, un edificio de ladrillo blanco, dos chimeneas beige, una enigmática serie de andenes y puertas cerradas, se alzaba al otro lado del puente, al pie de la colina del Museo Carnegie, al borde de las vías de tren que corrían bajo el puente. La metálica confusión de andamios y cables que la rodeaba parecía conectarla tanto con el museo de arriba, repleto de geodas y dinosaurios, como con los trenes cargados de automóviles que pasaban junto a ella todas las noches.

Al acercarme eché una mirada en la distancia, hacia el barranco, y traté de imaginarme a dos colegas de corbata que, moviéndose entre la arena y las latas de Coca-Cola, discutían sobre la plenitud de la vida como si fuese algo lejano, como si no lo tuviesen ya encima. Como no tenía idea del aspecto de Cleveland, sin embargo, la imagen se mantenía borrosa; y de todos modos, acabé por pensar, seguramente habrían estado fumados, hablando nada más que de trigonometría, de John Lennon y de los padres.

Donde terminaba el puente doblé a la derecha, guiado por un impulso, y bajé por un tramo de escalones de cemento que nunca había visto y que desembocaba en una de las entradas de la Fábrica de Nubes, una reja de hierro cerrada con candado. Desde allí, una escalinata de madera descendía hasta el suelo arenoso del barranco, y por ella bajé echando una mirada a mi reloj; tenía una media hora. Cuando llegué al fondo contemplé el corroído puente rojo que se extendía sobre mi cabeza y reverberaba al paso de cada coche. Bordeé un poco la Fábrica de Nubes intentando atisbar a través de las opacas ventanas blancas.

Supongo que Arthur se conformaba con considerarla una fábrica de nubes; pero antes de *fingir* que yo estaba igualmente contento, tenía que averiguar cuál era su verdadero objeto. No logré discernir si el edificio estaba relacionado con el museo o con las vías, a pesar de todo, y tras examinar tan breve como infructuosamente unos oxidados carteles ilegibles caídos en la suciedad que rodeaba los muros, volví a trepar los escalones.

Algo se puso en marcha dentro del edificio, y muy pronto un leve estrépito se convirtió en rechinante tamborileo. Ajusté el paso al metálico redoble de la Fábrica

de Nubes y empecé a sacudirme la somnolencia de martes lluvioso que me había acompañado. Había llegado casi al último peldaño cuando, al echar una mirada atrás, vi que por una gigantesca válvula surgía una onda blanca y, elevándose, se ensanchaba en el aire hasta que por encima de mí quedaba suspendida una nube modelo, una nube de manual parecida a una oveja, a un trozo de algodón y a todos los clichés que existieran sobre las nubes. Al mismo tiempo, con bastante prisa, Phlox cruzó el puente en bicicleta dejando una estela de finos fulares, la postura perfecta, el rostro protegido por gafas oscuras concentrado y fijo, probablemente, en la blanca biblioteca que aguardaba en la distancia. Parecía haberse vestido maravillosamente. Me quedé inmóvil, semioculto tras uno de los fríos pilares rojos del puente, hasta que la nube empezó a desmenuzarse y desapareció entre el tráfico. Volví a espiar a Phlox. Había algo en ella que me daba miedo, pero me faltaba la palabra para definirlo.

Al llegar a la librería capté las inconfundibles señales de que se estaba «festejando una cosa» en la trastienda. Habían dejado a Gil Frick —ex estudiante del Talmud, tirador aficionado y colosal muermo entregado al estudio de la ingeniería— atendiendo la caja de la entrada, procedimiento insólito teniendo en cuenta que la administración solía reservar a Gil para tareas consideradas en exceso serviles y entumecedoras incluso para mi malsano inconformismo, tales como quitar las etiquetas de precios a enormes pilas de novelas no vendidas, o enterrar en la remota frigidez del sótano los sobrantes de biografías de grandes desconocidos. Para colmo, los alrededor de quince clientes que hurgaban ente los libros de lucha, las revistas masculinas y la sección de deportes, tenían las cabezas vueltas atentamente hacia el despacho del fondo; algunos parecían reírse, en gesto de honda estima por lo que allí fuese que ocurría de divertido: gritos, histéricas risas femeninas, alguien que cantaba.

—Hola, Gil —saludé—. ¡Caray! Se diría que allí atrás se lo están pasando en grande —siguiendo el ejemplo de Arthur, yo había empezado a emplear unas maneras pulcras y supergramaticales para dirigirme a personas como Gil Frick, a fin de evitar, como suponía era el propósito de Arthur, que sintieran ganas de hablarme.

—Psé, parece —dijo él.

Noté que exhibía un pequeño juego de hematomas faciales y un flamante apósito de cinta aislante en las gafas.

—¿Te has visto implicado en alguna clase de refriega o forcejeo, Gil?

—No —respondió poniéndose rojo.

No le presioné. Pasando de las pegajosas baldosas blancas de la parte delantera a los anaqueles llenos de abismales libros infantiles (esta semana: *Tuffy el Huevo* y *Los 1.000.001 chistes más cómicos del mundo para contar y colorear*) situados junto al despacho del fondo, decidí que los festejos que se desarrollaban debían ser producto del alcohol, a despecho de la hora temprana, o más probablemente de cinco

o seis docenas de donuts, semillas ambos de la bestial alegría que periódicamente se dejaba caer, con patética eficacia, sobre el generalmente grave paisaje lunar de nuestra tienda.

El caso es que había tanto whisky como donuts, aunque el motivo de la risa no era ése sino Ed Lavella, de ciento veinte kilos, y su hermano Joey, de ciento catorce, quienes, dotados de vestidos, tacones altos y maquillaje, llevaban a cabo demostraciones de reanimación cardiopulmonar.

—¡Bechstein! —gritaron al verme entrar—. ¿Me das una cita, maricón?

Algo en mi interior titubeó, por mucho que Ed y Joey siempre me trataran así; era la primera vez, como si la amistad con Arthur me hubiese hecho gay por asociación, que me lo tomaba un poco en serio. Desde luego, recordé, «maricón» no significaba para ellos exactamente homosexual; lo que significaba era: «tipo flaco y debilucho que nuestros tremendos puños podrían aplastar con mínimo esfuerzo». Me reí.

—¡Ja, ja! ¿Cómo se llama la película? ¿*Con faldas y a lo gordo*?

—¡Ja, ja! —rieron todos.

En el «todos», además del gigantesco par de futuros enfermeros, estaban incluidas tres jóvenes fumadoras bulímicas que ocupaban diversos puestos de altura en la bizantina jerarquía administrativa de Acera; Rodney, un negro alto, silencioso, que había estado en la cárcel por negarse a ir a Vietnam y se hallaba ahora en pleno proceso de conversión al catolicismo, con la aspiración final de hacerse monje trapense «como Thomas Merton», quien, según Rodney me contaba a menudo, había muerto de un modo tan terrible como ridículo; y Calvin, otro retoño de enfermero, aficionado a los cuchillos y las pequeñas armas de fuego, único amigo de Gil en el trabajo —claro que yo no tenía ninguno. Estos individuos vendían libros entre las sombras de la Universidad de Pittsburgh.

—Hoy por la noche hay Baile de Disfraces en la estación —dijo Ed poniéndose en pie. Joey permaneció echado boca arriba, con el torso hecho un lío de escote abierto, tirantes enredados y Kleenex sucios—. Estábamos probándonos los trajes.

—Son unos disfraces soberbios, socios —dije yo—. Sorprendentes. ¡Ejem! ¿verdad que aún no son las diez? Perdonadme. Tengo que hacer una llamada.

Volví a la tienda con las manos temblando y fui hasta el teléfono que estaba a la entrada.

En casa de los Bellwether comunicaba. Intenté discernir si lo que sentía era miedo o ansiedad. ¿Qué te pasa —me pregunté—, a qué viene eso? En la trastienda seguían riéndose; casi al lado de la puerta había dos clientes, probablemente con los ojos puestos en los donuts. ¿Con quién estaba hablando Arthur? ¿Qué iba a decirle yo cuando contestara?

Aunque desde el último año de colegio había hecho el amor con varias chicas, la debilidad y las dudas sexuales de mi infancia, el sufrimiento acumulado como «marica» bajo los insultos y golpes de muchachos más fuertes, y el enamoramiento que ahora parecía haber despertado Arthur, me habían convertido en víctima fácil del

involuntario ataque por sorpresa de los dos gordos travestidos. De esa manera práctica y militar en que uno suele plantearse esa clase de interrogantes, con el teléfono aún zumbando en mi mano, me pregunté si tenía ganas de acostarme con Arthur.

—¡Art! —gritó Valery, la mujer más lista, importante y alarmantemente delgada de Libros Acera—. ¡Supongo que estabas a punto de colgar! —me miró con severidad. Valery consideraba que la severidad era la técnica más efectiva para tratar con los subalternos, y era capaz de valerse de una tremenda gama de expresiones severas, más efectivas aún a causa de sus cejas largas y espesas y su cara de sabueso afgano.

—Sí, Valery, desde luego. ¡Caray! —dije, colgando rápidamente—. ¿Cómo lo sabías?

—Y ahora, a limpiar la sección de Ideas para el Hogar —dijo ella—. Parece que hubiesen estado jugando al frontón allí.

—En seguida —le arrebaté a Phil el plumero y me encaminé a la sección de Ideas para el Hogar dispuesto a poner orden y dejar los estantes relucientes; dispuesto a quitar el polvo hasta tener la cabeza completamente rodeada de nubes de sombra y partículas.

Todo el día, como de costumbre, trajiné entre clientes con los brazos cargados de libros, repitiendo «Excúseme» tantas veces sin obtener respuesta, que al fin empecé a sentirme auténticamente inexcusable. Como la creciente evidencia de una perturbación maligna y sutil de la vida cotidiana en un filme de invasores extraterrestres (pájaros muertos y teléfonos estropeados, la repentina sobriedad del *sheriff* borrachín, los niños del barrio cantando, en un círculo hipnótico, en el patio desierto de la escuela), cada diez minutos irrumpía una señal de homosexualidad en el mundo generalmente inexpresivo de Libros Acera: un par de hombres muy guapos, un volumen de *Nuestra Señora de las Flores* en el cual nunca me había fijado, una gastada revista de hombres desnudos que, como un miembro amputado, caía de entre las páginas de un libro de electricidad. La cosa culminó con la entrada de un niño que se paró a mi lado.

—Oiga, señor —dijo.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Busco algún libro sobre maquillaje.

—¿Maquillaje? —dije—. ¿Hablas de cosméticos y esas cosas? ¿De libros sobre Salud y Belleza? ¿Seguro que es *maquillaje* lo que buscas?

—Sí, pero no eso —aulló casi, interrumpiendo el ataque e impidiendo, en el último momento, que la Tierra entera cayese en manos de los alienígenas. En absoluto era eso lo que buscaba. Lo que buscaba era un libro sobre cómo maquillarse de hombre lobo o de monstruo con el cráneo roto. Tuve ganas de arrodillarme para agradecerse.

Yo no era, insisto, tan estúpido como para creer que el mero hecho de tener un

amigo gay —aunque nunca antes, que supiera, había tenido uno— significaba que yo mismo fuese homosexual. Sin embargo era lo bastante inseguro (y estúpido) como para imaginar que Arthur carecía de otro motivo que seducirme para cultivar mi amistad, que no encontraba en mí nada admirable como, al contrario, lo encontraba yo en sus modales, su inteligencia, su ropa o su soltura para con los demás; en resumen, que yo no le gustaba verdaderamente. Si cualquiera de los intentos que aquel día hice por comunicarme con Arthur hubiese tenido éxito, no le habría comunicado nada. Sólo me habría puesto a escuchar cómo me hablaba, en busca de signos de amistad: la sencillez, comodidad y falta de estilo que caracterizan una charla entre amigos.

Después del alborozo matutino el día, para los demás, se disolvió en una extrema gravedad y seis o siete resacas de media tarde. Estaba mirando cómo el reloj barría los últimos diez minutos de trabajo, tal como un abanico pliega sus varillas, cuando una enorme moto BMW de 1500 cc saltó el bordillo frente a la tienda e hizo vibrar el escaparate. El motociclista, con pantalones de cuero, chaqueta negra y un impenetrable visor también negro, desmontó sin apagar el motor. Tanto rugía la moto que Ed y Valery salieron corriendo del despacho, Valery con las manos contra las sienes.

El motociclista no era grandote, en absoluto, pero tenía agallas, y cuando abrió violentamente la puerta las botas sonaron estrepitosamente contra las baldosas. ¿No podías esperar ocho minutos más?, pensé yo. Por lo general los motociclistas iban derecho a las revistas, *Easyrides* y otras, y antes de robar un *Hustler* y escabullirse, echaban un vistazo a la Motogatita del mes; *por lo general* apagaban el motor, dejaban el casco colgado del manillar, o de donde fuese, y no se cernían sobre el mostrador delantero como heraldos del Cuero Letal del Siglo Veinte. Miré a Valery, que intentaba componer una expresión severa, y luego me volví hacia el motorista, que se había levantado la celada. Llevaba gafas Clark Kent.

—¿Puedo ayudarle en algo? —pregunté.

—Sí —dijo el motociclista, pero permaneció inmóvil, examinándome sin abrir la boca. La mirada paseó hasta mi pelo, que pareció recordarle algo, y volvió a bajar.

—Se ha olvidado de apagar la moto, jefe —dije.

—Qué cabeza tengo —dijo él.

—¿Puedo ayudarle?

—Estoy buscando *Hijo de un gángster*, de Art Bechstein —dijo, y sonrió. Tenía dientes grandes.

Por un momento la mente me quedó en blanco; toda actividad mental se interrumpió. Luego tuve miedo, y en mi perplejidad abrí la caja y volví a cerrarla. Miré el reloj, incapaz de interpretar el mensaje que me enviaba. Y sin embargo la

llegada del Motociclista Caído no me *sorprendía* nada. Era como si al fin me hubiesen capturado por un delito cometido mucho tiempo atrás. Y pensé: Aquí estamos.

Habían venido a buscarme para que rindiese cuentas de los pecados de mi padre; iban a saldarse viejas deudas. Decidí hacer lo que me ordenaran. No veía ningún arma, pero tampoco tenía tiempo de examinar muy meticulosamente la escena. Sencillamente, me rendí.

—Puedes secuestrarme, ¿de acuerdo? —dije—. Funcionará. Sé cómo piensa mi padre.

—Andando —dijo él. Parecía razonable. Volvió a sonreír. Tenía un incisivo partido.

—¿Qué significa esto, Art? —dijo Valery.

—Estamos en el País de los Gángsters —dijo el motociclista.

—Tal vez necesite unos días de permiso —dije yo.

Arrancándome de la caja, me arrastró hasta la acera. Miré hacia la tienda y vi que Valery cogía el teléfono. Ed y Joey salieron tras nosotros y por un instante dudaron.

—No pasa nada —dije yo—. No montéis un escándalo. Marcad la tarjeta por mí.

—¿Quién es este tipo? —dijo Joey. No parecía tan decidido a actuar como interesado.

—Soy la Muerte —dijo el motociclista.

—Vale, hombre —dije yo—. Vámonos ya. Sé andar solo.

—Sé andar solo —repitió él.

No bien trepé al gigantesco sillín me eché a temblar, y tuve que aferrarme a la barra caliente que tenía detrás. Me imaginé transportado a un garaje de Bloomfield y arrojado contra una pared sombría antes de recibir un tiro. Tendrían que rastrear todo el Monongahela para encontrar mi cadáver. Pegado al teléfono, mi padre les rogaría a sus amos que aplicaran la ley del Tabón. En el entierro, mi primo Debbie cantaría *Blackbird o Moonshadow* acompañándose con la guitarra.

Tiramos por Forbes Avenue y, cuando al fin nos detuvo una luz roja, el motociclista se volvió para tenderme la mano derecha. Se la estreché.

—Art Bechstein —dijo el verdugo potencial—, ¿cómo diablos estás? —se rió. Un momento después el semáforo se ponía en verde, la moto avanzaba hacia Highland Park y el tipo seguía riéndose. Y así siguió un buen rato.

—¡Cleveland! —exclamé.

OBEDIENCIA

Arthur me había contado la historia de Happy, la perra más bella del mundo, y de cómo la señora Bellwether, que estaba loca, la había destruido.

Varios años atrás, Happy había aparecido un día a los pies de Jane, juegetona y sin collar; era una cachorra grande, de diez u once meses, casi toda blanca, bien enseñada, mansa y conmovedoramente adorable. La familia no hizo esfuerzo alguno por descubrir quién la había entrenado con tanto amor para después perderla, y de inmediato la acogió en su torturado regazo, dándole aquel nombre trágico e idiota^[2]. Envuelta en un pelo extravagante, dueña de una cara larga y noble y un andar elegante, Happy era, en todos los sentidos, la Anna Karenina de las perras, al punto de expresar, aseguraba Jane, una clara mezcla de miedo y fascinación por los trenes ante los cuales debían detenerse en el curso de las maratónicas caminatas que ambas daban juntas. Cuando Jane sacaba a Happy a la calle, la gente frenaba los coches para contemplar el perfecto paso del animal, que convertía la correa en algo superfluo, inadecuado y vulgar.

Jane amaba a la perra y la cuidaba mucho; le permitía tomar medias fresas de sus propios labios, la dejaba suelta para que corretease por el cementerio de Highland Park (porque, decía, a los perros les encantaban los camposantos), y pintaba de rosa las negras uñas de la colly; por desgracia, sin embargo, Happy se pasaba la mayor parte del día con la madre de Jane, de modo que con el tiempo había adquirido no sólo colitis sino un nervioso temor por las mujeres, aun por el ruido de sus pasos, y el pelo se le había vuelto de ese color tostado que ahora, con los años, degeneraba en un castaño frágil e inestable.

Así pues, la perra se había transformado en una genuina Bellwether, que visitaba al doctor Link, el veterinario, tan a menudo como la señora Bellwether, siempre aquejada de migraña, acudía a la consulta del doctor Arbutus, el internista; como el eccematoso doctor (en filosofía) Bellwether recurría al doctor Niyogi, su dermatólogo; y como la enclaustrada, temerosa Jane iba a llorar frente al doctor Feld, su psicoterapeuta. Aunque en principio parezca un poco tonto considerar la dependencia de Happy de los cuidados de un médico resultado inevitable de su adopción por parte de tal familia, la impresión desaparece cuando uno se entera de que cierto día, al bajar Jane al sótano para hurgar entre los palos de golf del padre, encontró a la madre administrando golpes, con un martillo de bola, a la

insoportablemente bella cabeza de Happy, y todo porque la perra se las había ingeniado para vaciar sus atormentadas tripas en aquel lugar.

Bien, si es cierto que cada familia desdichada lo es a su modo, al menos en mi experiencia también es cierto que todas sus casas se parecen. Los Bellwether vivían en la única casa de aspecto corriente de la parte rica y arbolada de Highland Park, por lo demás repleta de piezas de colección, excesos estilísticos y adornos excéntricos. Tejado en punta, ladrillos rojos y madera blanca, blancas cortinas de «encaje» ondulando tras las abiertas ventanas de la cocina, arbustos de azalea, avenida de entrada de cemento, una manguera como un corno francés en el jardín delantero. Nada de lo que yo había oído sobre los Bellwether hubiese podido prepararme para el descubrimiento de que la casa donde Jane se había criado era exactamente igual a la de mis abuelos. Cleveland dejó la moto en la calle y, mientras me apeaba y hacía un par de dolorosas flexiones, observé sucesivamente las diversas construcciones del barrio para decidir en cuál vivirían los Bellwether. Pero Cleveland, bastante divertido, volvió a agarrarme del codo como si siguiéramos jugando al Delito, y me empujó por el sendero de lajas que, típicamente, llevaba hasta la puerta.

—Es aquí. Ésta es la casa simpática y corriente que Arthur les cuida a los Bellwether durante las vacaciones.

Por primera vez le observé a mis anchas. No tenía para nada la cara que yo había esperado. Errónea pero naturalmente, había supuesto que sería parecido a Arthur, rosado y rubio. Pero en absoluto. Hasta cierto punto, tenía cabeza de motociclista: despeinada, de piel enrojecida, pesada, con el incisivo roto. Pero la arrogancia y las gafas Clark Kent lo trastocaban todo: lo hacían peculiar.

—¿Cómo sabías lo de mi padre, Cleveland? —dije cuando llegábamos a la puerta.

Por un instante giró el rostro hacia mí. Tenía una mirada brillante y sagaz.

—Todo el mundo lo sabe —dijo—. ¿O no?

—No lo sabe nadie —dije, cogiéndole por la manga de cuero—. Absolutamente nadie.

Volvió la cabeza y me apartó la mano, con tal violencia que me golpeó el muslo.

—Lo sabe tu primo David Stern.

—Ése no es primo mío —dije yo—. En una época jugábamos juntos a la guerra. Hace mucho tiempo.

—Pues se ha convertido en un gilipollas completo.

—Es un bocazas —reflexioné un instante, y luego dije—: ¿Cómo es que conoces a David Stern? ¿Trabajas para su padre?

—Yo no trabajo para nadie. Los Stern, simplemente, son mis socios.

—No es como para jactarse.

—En algo hay que ganarse la vida —dijo Cleveland. Subió los escalones y de pronto se giró para enfrentarse conmigo—. Y esto —me dirigió una mirada amenazante y cómica— no lo sabe nadie. Absolutamente nadie —como un maníaco

sacudió la antepuerta de aluminio hasta que se le quedó en la mano—. ¡Ale! —dijo.

—¡Cristo! —dije yo—. Eres un monstruo.

—Yo siembro la destrucción —cantó—. Soy un ser demoledor.

Pasamos al interior, que no se parecía en nada al de la casa de mis abuelos, y empecé a tranquilizarme. El rasgo más inmediatamente memorable de la decoración era la moqueta. De una suerte de celeste «relajante» e incómodamente sintético, iluminaba el suelo todo del lugar como un cielorraso encendido; de modo que, desde el momento mismo en que pisé la casa de Jane, tuve la sensación subliminal pero innegable de hallarme cabeza abajo. Los muebles, más que elegidos, parecían acumulados. En un rincón de la sala colgaba una jaula de mimbre vacía, con el suelo todavía forrado de periódicos y la botella de agua llena hasta la cuarta parte. Habían separado la sala del comedor con una horrible estantería metálica, pintada de marrón, que albergaba los numerosos trofeos de golf ganados por Jane, y fotos de ésta con su papá, una versión frágil de Alee Guinness. Me gustó ver las fotos de Jane, su rostro de fresa, su silueta notablemente elegante.

—¡Hola! —dijo Arthur, surgiendo de la cocina sin más ropa que unos calzoncillos. Limpiándose las manos sucias de harina en las desnudas piernas bronceadas, tendió la derecha para que se la estrecháramos—. ¡Cleveland! —exhibía la única mirada de sorpresa, sin defensa alguna, que yo le había visto—. ¿Qué demonios ha pasado?

—¿Cómo que qué ha pasado? —dije yo—. ¿No le enviaste tú a buscarme?

—Pues claro que no —dijo Cleveland—. Se me ocurrió a mí solo. Arthur no dejaba de hablarme de su nuevo amigo Art Bechstein —aquí Cleveland me dirigió una compleja, falsa mirada de reojo, como diciendo «Sé que vosotros dos no os enrolláis, pero en el fondo no se puede estar seguro»—, que trabaja en esa mierda de Libros Acera en Forbes Avenue, donde no tienen un solo libro de Brautigan o Charles Bukowski, y yo me dije «Bien, yo sé quién es ese Art Bechstein; y apuesto a que en este preciso instante el vacío atardecer se está cerniendo sobre él como una sombra. *Como una sombra*». —Sacudió la melena negra.

—¿Vosotros os conocíais? —dijo Arthur. Se había vuelto hacia la escalera azul, y sospeché que arriba habría alguien.

—Sólo de nombre —dijo Cleveland—. ¿A quién tienes guardado arriba, Artie?

—A una persona. Estaba preparando la cena. No le conocéis.

—Cleveland me secuestró —dije yo.

—Me lo puedo imaginar —dijo Arthur—. Oíd, tíos, ¿no podríais volver dentro de media hora?

—¡No! —dijo Cleveland. Jugaban un juego, lo comprendí en seguida, consistente en pincharse mutuamente con sus respectivas habilidades, locuaces y grotescas las de Cleveland, serenas y amaneradas las de Arthur, a fin de manipular situaciones, vislumbrar razones detrás de las razones, captar y desnudar la historia oculta en un parpadeo. Al fin solían arreglárselas para entenderse; a la mayoría de la gente le

resulta imposible—. ¿Sabes qué? Échalo por la puerta de atrás para que se sienta pegajoso, desnudo y despreciado. ¿O por qué no lo traes aquí? ¿Quién es? ¿El primito Richard? No... no. Apuesto a que es Mohamed. Apuesto a que os habéis liado de nuevo. Él necesita que le escribas un trabajo sobre Andrew Jackson, de modo que se ha presentado con unas rodajas de dorada, te ha puesto unos morritos seductores y todo se ha arreglado.

Arthur se rió. Parecía encantado.

—¡Mohamed! —gritó—. ¡Baja!

—¿Dónde está la perra? —dijo Cleveland.

—En el sótano, temblando como siempre. Creo que está en celo —Arthur se volvió hacia mí—. Un tío alarmante, ¿verdad? En realidad, el programa era Declaración de Independencia y escalopes. Estoy preparando la ternera al marsala.

Teníamos los estómagos repletos de ternera y espárragos, y hacía rato que estábamos bebiendo; se había puesto el sol y el vecindario estaba en silencio. Entre canciones de la radio yo podía oír en la distancia el murmullo de una cortadora de césped, el ladrido de algún perro. Los Bellwether no tenían mosquiteros en las ventanas, y en el centro de la sala había una nube de zancudos.

Arthur hacía mucho hincapié en el hecho de que Momo fuera medio cristiano maronita. Eso le otorgaba un encanto especial. El delgado barniz de modales franceses y reticencia se extendía sobre un hirsuto corazón de árabe (a Arthur le gustaban oliváceos); era el rutilante hotel de Beirut que escondía una bomba por estallar. Hacía mucho tiempo que mantenían aquel *affair* ocioso y habían logrado insertarlo en un esquema cómodo. «Cada semana —me explicó Arthur— tenemos una sesión de lucha sexual y luego una pelea tierna y apasionada.» Ceñudo, Momo se había pasado la cena masticando y luego se había marchado enseguida, proclamando que era un «jodido» porque había olvidado que su prima dependía de él para volver a casa tras la clase de música y debía de estar esperándole en la puerta de la academia con un buen surtido de frases en francés.

Arthur, después de que Cleveland le obligase a mostrar lo que tenía escondido, no había dado muestras de la menor incomodidad. La presencia de Cleveland había cambiado su comportamiento; abandonando su sitio habitual en el centro de la atención, se limitaba a reír, en camisa y calzoncillos. Cleveland bebía y bebía. Mi relación con Phlox ya se daba por sentada, a pesar de que prácticamente no habíamos cruzado palabra, y fui sometido a varios minutos de intensa burla. Cleveland aseguró que se había acostado con ella, me fastidió con extraños detalles, me proporcionó unos cuantos «datos útiles», pero luego aceptó que acaso hubiese sido Floss, y no Phlox, la muchacha con quien se habían disfrazado, él de Batman y ella de Robin, para revolcarse en un garaje a oscuras. Cambié de tema y le pregunté por Jane.

—Yo soy la Columna Exterior de los Proyectos de Temporada de los Bellwether —dijo Cleveland, aplastando otra lata vacía y propulsándose mediante el respaldo del sillón reclinable del doctor Bellwether, con el cual, según figuraba en la página ocho de la lista, estaba prohibido jugar. Al salir Cleveland catapultado hacia la nevera, el sillón dejó escapar exactamente la clase de estertor metálico que, supuse, más debía de temer su dueño.

—¿Eso incluye también a Jane? —dije, intentando no delatar esperanzas. En realidad no era que las tuviese; pero ciertas preguntas, sencillamente, arrastran un tono peligroso.

—A veces sí y a veces no —dijo Arthur—. Jane y Cleveland han estado enamorados más o menos tres de los seis años que han pasado enamorados —sonrió irónicamente: un nuevo tanto—. ¿Me traes una cerveza, Cleveland?

—El problema —dijo Cleveland arrojando una lata esmeralda de Rolling Rock al hueco entre las piernas estiradas de Arthur, donde encajó a la perfección, y volviendo a desplomarse en el desgraciado sillón— son sus padres. Tal como lo ven ellos, desde luego, el problema soy yo.

—El Demonio Encarnado —dije.

—Ah, sí. También para la madre de Arthur el problema soy yo. Lo cierto, sin embargo, es que no soy *ningún* problema.

—Sólo está un poquitín inadaptado socialmente —dijo Arthur.

—Lo único que tengo es que estoy enamorado de Jane Bellwether —dijo Cleveland, y a continuación lo repitió dos veces—. Es una realidad que Nettie y Al no tendrán más remedio que aceptar. Por desagradable que sea. Ojalá se murieran. No sabes cómo les odio.

—¿Cuándo regresan de Nuevo México? —pregunté.

—Pronto —dijo Arthur—. Y yo tendré que irme.

De la radio emergió uno de los grandes éxitos del verano.

No bebes, no fumas, ¿qué te pasa?

No bebes, no fumas, ¿qué te pasa?

Sutiles indirectas dicen:

«Ha de ser mi corazón.»

Antes de la canción siguiente hubo un silencio y oímos que alguien gritaba —no era un grito de enfado, sino más bien como diciendo «¡El teléfono!»— en la casa vecina.

—El chico de al lado es bien insólito —dijo Cleveland—. Cría *pit-bulls*. Desde luego que Nettie y Al lo odian; porque, como seguramente habrás visto en la tele, esos perros se comen a los niños indefensos y también a los mayores. Y Jane asegura

que Teddy es violento y... ¿cómo dice ella?... taimado. Hace mucho que oigo hablar de él pero nunca le he conocido, ¿sabes? En general no es más que un bufón. Una Figura Cómica. De hecho... —dijo y, levantándose, se asomó a la ventana y gritó—: ¡Teeeeddy!

Desde la casa de al lado alguien respondió «¿Qué?» y nosotros nos reímos.

—Vamos atrás —dijo Cleveland—. Que a los Bellwether les den por el saco.

Arthur fue a ponerse los pantalones.

Los dos jardines traseros estaban separados por unos arbustos medio secos y nada más. Formaban un único parque lleno de luciérnagas.

—¡Eh, Teddy! —dijo Cleveland.

Teddy salió al jardín con los *pit-bulls*, tres de los cuales, en un despliegue de obediencia, se echaron a sus talones, como un escuadrón de cazas de la marina antes de una exhibición. Lo saludamos.

—Hola, Teddy —dijo Arthur, de nuevo en tono frío y condescendiente.

—Pensamos que es subnormal —me dijo Cleveland *sotto voce*, y yo le interrogué con la mirada—, porque Jane siempre se refiere a él como «el pobre Teddy», ¿sabes? Fíjate, lleva el pelo demasiado corto, como los niños retrasados, como si no le preguntaran cómo quiere cortárselo. Y como es capaz de quedarse mucho rato quieto, pues lo sientan y se lo cortan —atravesó el aire con dos dedos rígidos como tijeras—. Qué zapatos más guapos. Eh, Teddy, ¿nos enseñas tus perros?

—Espera —dije yo—. Para un momento. No irás a torturar a un subnormal y sus mascotas.

—Espera un momento —dijo Cleveland.

—No, no estoy dispuesto a que hagáis nada desagradable. Podéis ser todo lo sórdidos que queráis, pero no crueles o brutales, ¿de acuerdo? Todavía no os conozco bien.

—Espera. No ocurrirá nada malo.

Teddy y los *pit-bulls* pasaron por entre los arbustos.

—¿Dónde están los Bellwether? —dijo el chico—. ¿Qué les habéis hecho? —sonrió. De inmediato quedó claro que no era subnormal. Tendría alrededor de dieciocho años y era despierto, pero el atroz corte de pelo, los ojos y la nariz pequeños y las mejillas regordetas le hacían parecer más joven y más estúpido. Arthur le preguntó si le apetecía una cerveza y fue a la casa a buscársela.

—¡Qué perros más increíbles! —dijo Cleveland.

—Los adiestro yo mismo —dijo Teddy—. Están adiestrados a la perfección.

Sentados en fila, jadeando casi al unísono, eran tres educadísimos nudillos de músculos caninos alertas al menor movimiento de las manos de Teddy. Él les ordenó que pararan de jadear y, ¡plip!, las tres lenguas se metieron en las bocas.

—Alucinante —dijo Cleveland. Se arrodilló para palmear las tres cabezas. Luego dejó escapar una risita siniestra—. Bien —dijo—, ¿y qué se supone que deberíamos haber hecho con los Bellwether?

—Convencerles de que se vayan a otra parte.

Arthur salió con la cerveza para Teddy.

—Oye, Artie —dijo Cleveland—. ¿No dijiste tú que Happy estaba en celo?

—¡Oh, no! —dije yo—. No, por favor, no lo hagas.

—Es uno de los puntos de la lista —dijo Arthur, intentando, al parecer, recordar las palabras exactas—. Está hacia el final... «No te alarmes... no te alarmes si Happy tiene una conducta extraña, pues está atravesando el período de estro.» La Reina del Celo. Como si la perra pudiese volverse más rara de lo que es. ¿Por qué?

—Bien, mira un poco a estos sujetos —dijo Cleveland—. Imagino que se mueren por una colita aristocrática. Y tienen su derecho. ¿No es cierto, chavales? —les preguntó a los perros, casi como si fuese su abogado—. Lo más probable es que durante años y años hayan padecido por Happy, y le hayan enviado flores y regalos y cartas de amor que Nettie siempre intercepta y echa a la basura. Piensa en la cantidad de veces que a estos chicos les han destrozado el alma.

EL PUNTO DE CONTROL

Fue imposible, pues, impedir que Cleveland trajera a Happy de uno de sus escondites del sótano y la reuniera con los tres *pit-bulls* de Teddy, los cuales, una vez presentados a la hembra en la sala de los Bellwether, mostraron gran avidez por conquistar las distantes alturas de su vagina.

Al principio Happy quedó helada y se mantuvo rígida, la cola caída, las orejas apretadas contra la larga cabeza y los ojos semicerrados, en ese estado casi catatónico que Cleveland denominaba trance del martillo de bola. Manny (los perros habían recibido sus nombres en homenaje a los Pep Boys), el primer consorte, tuvo que vérselas con una suerte de estatua temblequeante e insensible; pero cuando le llegó el turno a Moe (quien confusamente se presentó media hora después, dado que a Manny le había llevado bastante tiempo deslindarse de las apretadísimas profundidades de Happy), la perra empezó a soltarse un poco, e incluso llegó a dar la impresión de que se divertía. Durante su sesión con Jack (en el intermedio Cleveland salió para volver corriendo con más cervezas), Happy olisqueó al perro casi tanto como él a ella, y hasta se agachó un poco para facilitar las cosas. Nosotros aullábamos, alentábamos a los muchachos y bebíamos cerveza.

Pero entonces llegamos al Punto de Control, como lo llamaba Cleveland: la ruina de su carrera de individuo siempre decidido a llevar las cosas al extremo; y en el inevitable Punto de Control de la Diversión Excesiva, por el cual sólo se circulaba en una dirección, nos encontraron los papeles en regla y nos dieron paso al invisible país de la Mala Suerte. La madre de Teddy —vamos, al fin y al cabo el chico sólo tenía quince años— vino a buscarlo y se encontró con que el señor Gentil, el Demonio Encarnado, su propio hijo, normal pero de pelo mal cortado, y yo estábamos en el suelo del salón de los Bellwether, rodeados de numerosas latas de Rolling Rock vacías y cuatro perros exhaustos, dos de los cuales, unidos todavía, llevaban a cabo una penosa danza de separación. La lívida (de un azul blanquecino) mujer agarró a su hijo, inhumanamente le ordenó que liberase a Jack y, tras haber conminado a Arthur para que le dijese en qué motel de Albuquerque se hospedaban los Bellwether, partió hacia su casa arrastrando a su aturdido vástago y un impecable triángulo de perros.

Los Bellwether, sin embargo, ya no estaban en la Casa del Highway, en la carretera 16 de Albuquerque; estaban llegando a su propia casa. No habían acabado de desabrocharse los cinturones cuando la mamá de Teddy derramó sobre ellos un

furioso y bastante preciso informe de nuestra mala conducta; podíamos oír cada palabra desde donde nos encontrábamos. Levantándose de un salto, Arthur empezó a recoger velozmente el desastre de latas retorcidas que cubrían los muebles y la titilante moqueta celeste.

—¡Lárgate, Cleveland! —dijo—. Sal por la puerta de atrás.

—¿Por qué? —dijo Cleveland. Fue hasta la nevera y cogió otra cerveza.

En aquel momento el gesto me pareció tonto, impostadamente cinematográfico. Pero me equivocaba. En la inocencia de mi cinismo, no comprendía que Cleveland no se estaba haciendo el duro; sencillamente, lo que pudiera ocurrir le importaba un bledo. En otras palabras: sabía que era alcohólico y se sentía, si no contento de ello, al menos resignado. Y un alcohólico no es sensible a otra cosa que el momento y el sitio adecuados para la próxima copa; para él la muerte es uno de los sucesos más cuidadosamente planeados y preparados. Así que Cleveland se limitó a prever la inminente necesidad de una nueva cerveza. Toda una época de odio encubierto y toma de distancia entre él y los Bellwether estaba a punto de culminar, de un modo previsiblemente desagradable, y él no dejaba de desearlo; pero necesitaba ayuda.

Había quitado la tapa de la lata cuando una elefantina y rosada versión de Jane Bellwether, con un gran vestido floreado, se plantó en la puerta. La señora Bellwether estudió durante un lapso inusitadamente largo la contrapuerta arrancada y apoyada contra el frente de la casa, como si por el momento fuese incapaz de comprender que hubiese más destrozos. Detrás de ella, en la sombra, se recortaron la cabeza y el brazo izquierdo del doctor Bellwether, quien llevaba un bolso colgado del hombro. Nos habló sin apartar a su tremenda mujer.

—Os vamos a demandar —dijo, muy suavemente, con acento inglés.

La señora Bellwether entró e intentó arrodillarse frente a Happy; pero la perra, relajada, juguetona y contenta hacía sólo unos instantes, eludió la caricia de su ama y se escabulló por el recibidor.

—¿Qué le has hecho a nuestra perra? —preguntó la señora Bellwether, decidí yo que dirigiéndose a Cleveland.

Arthur empezó a balbucear «Nada», pero Cleveland le interrumpió.

—Le abollamos la cabeza con un martillo de bola —dijo.

El doctor Bellwether, que también había entrado, echó una veloz mirada a su esposa, quien se ruborizó.

—Tenías prohibido entrar en esta casa —dijo él; o, más bien, eso fue lo que más tarde comprendí que debía de haber dicho. Cada una de sus palabras era un blando chorro de puré inglés de patatas. La frase, última que yo le oíría pronunciar, al parecer era muy dura para él; se sentó en un cojín, y dejó que la mujer manejase la situación.

—¿Dónde está Jane? —dijo Cleveland.

—Márchate —dijo la señora Bellwether.

Cleveland la apartó de un empujón; la mujer dio contra la jaula de mimbre, por

suerte vacía. Él desapareció más allá de la puerta.

—¿Y tú quién eres? —me preguntó la señora Bellwether.

—Art Bechstein.

Frunció el ceño.

—Si te largas de mi casa ahora mismo, Arthur —dijo—, y te llevas a tu joven amigo hebreo, te pagaremos los doscientos cincuenta dólares y no llamaremos a la policía. Teniendo en cuenta lo que habéis hecho con la casa y la perra, es un arreglo muy generoso. Pero a Cleveland no le perdonaremos. Tendrá que pagar.

—¿Dónde está Jane? —dijo Arthur. Se había enderezado, como suelen hacer los alcohólicos cuando el alcohol, cobardemente, los abandona a la vista de los problemas que ha causado, y se acomodaba la camisa como disponiéndose a trabajar.

—Se ha quedado. Regresará dentro de unos días. Pero no para Cleveland.

Cerveza en mano, Cleveland volvió a entrar con un sombrero de fieltro negro, bordado de plata, que debía de haber encontrado en el coche de los Bellwether.

—¿Dónde está ella?

Con la cara repentinamente iluminada, la señora Bellwether dijo que Jane había muerto.

—Fue espantoso, ¿no, Albert? —el señor Bellwether meneó la cabeza y masculló algo—. Y resulta que volvemos al hogar apesadumbrados, sin otro deseo que recordar a Jane en paz, ¿y qué encontramos? ¡Depravación! ¡Un animal maltratado! ¡Y a ti!

Arthur iba a abrir la boca —supongo que para negar la mentira más ridícula que yo había oído en mi vida, una mentira inventada con tal desconsideración por las posibilidades de éxito que me hizo comprender lo loca que estaba esa mujer, y que una mentira simple y eficaz podía ser una buena prueba de cordura—, pero Cleveland lo frenó con una imperceptible sonrisa.

—¡Ha muerto! No, no lo puedo creer —dijo—. ¡Oh, Dios, no! Jane no... ¿Cómo... cómo fue que ocurrió? —se echó a llorar; lo hacía maravillosamente.

—Una disentería —dijo ella con menos dureza, amilanada acaso ante el efecto que la mentira había tenido en Cleveland.

—Y este sombrero... —embargado de pena, por momentos él no lograba articular las palabras—. Este sombrero... es todo lo que ha quedado de ella, ¿verdad?

—Así es. La ropa tuvimos que quemarla.

—Mire, Nettie: dentro de un minuto yo saldré por esa puerta y nunca volveré a ensuciar su felpudo. Se lo prometo. Sé cuánto me odia, y lo cierto es que también yo la he odiado siempre a usted... hasta hoy... Pero a su hija la amaba apasionadamente. Y sé que usted lo sabe. Por eso... ¿Podría quedarme con este sombrero?

En este punto el doctor Bellwether alzó una pálida mano con la intención de decir algo, pero su mujer, pasando por encima de él, le dijo a Cleveland que sí.

—Gracias —dijo él, y se acercó a ella, y con la reverencia de un hijo le besó la gorda mejilla. Se puso el sombrero, se lo quitó, graciosamente barrió el suelo con el ala y se retiró. Algo había ganado: muerta a manos de su madre, Jane era ahora otra

persona, una muchacha sin padres, lo cual constituye el sueño de todo joven como Cleveland, si no de todo joven a secas.

La señora Bellwether caminó hacia el sillón de muelles y se desplomó. También ella había ganado algo, pero algo fraguado y muy estúpido.

—Se lo ha creído —dijo Arthur en un tono apropiadamente pasmado—. Ha de estar loco de dolor.

—Espero que no haga una locura —dije yo.

—Pues que se tire de un puente —dijo la señora Bellwether—. Y en buena hora —una súbita idea pragmática pareció abrirse paso en su mente totalmente yerta—. Vosotros se lo diréis. No debería habéroslo contado. ¡Vosotros le diréis que está viva!

—Caramba, señora Bellwether, es lo que me correspondería hacer —había vuelto a sentarse y se estaba atando las zapatillas.

—No se lo digas. Por favor. Déjale pensar que ha muerto.

—Pero ¿y si se encuentran en el autobús? ¿O en una mesa del Dirty O?

—La enviaré de viaje. La enviaré a Virginia, a la granja de mi madre. Allí estará a salvo. ¡No se lo digas!

Arthur se enderezó en la silla y clavó en la demente mujer esa mirada clara e inflexible que le forjaría una carrera en el Departamento de Estado.

—Doscientos cincuenta dólares —dijo.

Mientras, satisfecha de sí misma en apariencia, la señora Bellwether llenaba el cheque de Arthur en la mesa de la cocina, yo llevé fuera la maleta de mi amigo.

—¡Shalom, señora Bellwether! —grité—. Ha sido un placer.

Volvimos hasta mi casa caminando. Por alguna razón yo me sentía deprimido, y ninguno de los dos se reía. Arthur fumaba un cigarrillo tras otro; lo único que hizo cuando le conté la historia de mi secuestro por parte de Cleveland fue soltar un suspiro. Maldijo la humedad.

—¿Te sientes mal por haberte portado como un irresponsable con los Bellwether o alguna estupidez semejante? —dije.

—No.

Llegamos a la esquina de Forbes y Wightman, ancha, desierta y artificial a la luz de las luces halógenas. Encadenado a uno de los postes estaba el distribuidor automático de periódicos, ahora vacío, que por la mañana yo había visto llenar al enano. Al sur, sobre los molinos de acero, el cielo se veía maligno, anaranjado y miasmático. Llegamos al Terrace y atravesamos el laberinto de garajes hasta mi apartamento, donde me costó meter la llave en la cerradura. Aún estaba muy borracho.

Mientras abría la puerta Arthur me puso la mano en el hombro. Me volví.

—Art —dijo. Me tocó la cara. Tenía la barba muy crecida, ojeras, y se tambaleaba como si en cualquier momento fuera a derrumbarse. Tan borracho y desagradable lo veía que me acobardé.

—No —dije—. Estás agotado. Anda, ¿no ves que estás agotado?

Y entonces, como dice la canción, me besó, o más bien apretó los labios contra la parte superior de mi barbilla. Con un paso atrás yo me metí en el apartamento y él cayó hacia delante, logrando quedar de rodillas.

—Por Dios, lo siento —dije.

—Qué gilipollas soy, ¿no? —dijo él, incorporándose con dificultad.

—Lo sé —dije yo—. Pero no te preocupes.

Se disculpó, volvió a decir que era un gilipollas, y yo repetí que no se preocupara. Yo le quería y deseaba que se fuera. Pero durmió en el suelo, entre mis cajas, mientras yo temblaba bajo un edredón ligero y húmedo. Cuando a la mañana siguiente me desperté, se había marchado. Había usado el papel de su paquete de Kool para hacer algo que parecía un perro, o un saxo, y dejármelo en la almohada, junto a la cabeza.

EL CATÁLOGO DE MAU MAU

Al día siguiente el trabajo no fue el circo que yo esperaba. La gente siempre está dispuesta a oír que el hecho más perturbador no ha sido sino una travesura; tendencia ésta que incluye a la policía, la cual se había presentado poco después de mi brusca partida. Los llamé para explicarles, como les expliqué a mis compañeros, que el Motociclista Negro era un miembro de la hermandad Pi Kappa Delta molesto porque me había visto bailando con su chica, pero en lo esencial un buen muchacho que sólo quería hacerme más temeroso de Dios. Esta historia, muy festejada, me hizo ganar varios puntos en el extraño aprecio de los aprendices de paramédico y la policía de Pittsburgh, por haber tenido los cojones de bailar con la novia de un Encapuchado, cuya secta era notoria por el tamaño de los integrantes. Hacia las once de la mañana pude volver a mis tareas como si nunca me hubiesen arrancado de la cabina de la caja, arrastrado a la calle y secuestrado en una moto gigantesca, y el pasajero vórtice surgido en la superficie habitualmente serena de Libros Acera se cerró sobre mí.

A la salida, débil tras una jornada de aire acondicionado, recurrí al último cigarrillo del paquete. Arthur y Phlox, juntos, se aproximaban desde el lado de la biblioteca. Phlox llevaba perlas, un vestido blanco sin tirantes, con flores azules estampadas, y sandalias blancas de tacón; Arthur, pantalones gris claro y un *blazer* verde-azulado, corbata y zapatos de cordón sin calcetines, como el príncipe Felipe. Todavía estaban lejos, y observé cómo volvían la cabeza admirados los que pasaban junto a ellos; resultaban tan atractivos como una publicidad sobre el verano, la belleza y el saludable sexo americano. El sol les daba en la cara, pero no apartaban los ojos ni miraban de soslayo; la luz destellaba en el collar de Phlox y en el cabello de Arthur y la plateada pulsera de su reloj, que le asomaba por el puño de la camisa. Volví a sentir uno de mis arrebatos de amor, el deseo de correr a abrazarlos a los dos, de que me viesan con ellos, de vivir entre hombres y mujeres que, así vestidos, caminasen por la calle como reyes del cine.

—Hola, Art Bechstein —dijo Arthur cuando llegaron hasta mí. Aún me quedaba medio cigarrillo.

—Hola, Art Bechstein —dijo Phlox.

—Hola, Phlox; hola, Arthur. ¡Caramba!

Ambos estaban sin aliento después de aquella veloz caminata a través de la luz, las miradas elogiosas y los lujosos parajes y manantiales de mi imaginación. Finos

hilos de sudor les resbalaban por las frentes.

—¿Habéis ido a trabajar así? —pregunté.

—Claro —dijo Arthur—. El día parecía muy apropiado.

—Los dos tuvimos la misma idea. Por telepatía. Ir a la vieja biblioteca arregladísimos. Causamos sensación. Por telepatía. Y para complacerte a ti —el franco asombro que yo mostraba ante su rostro adorable, y el hecho de tener al lado un hombre guapo cuyos dedos casi le rozaban, increíblemente, la muñeca, la excitaban abiertamente.

—Pues me siento muy complacido —dije.

—A mí, tu placer no me preocupa tanto —dijo Arthur.

—A Dios gracias —dije yo.

Intercambiamos extrañas miradas, como si ninguno de los dos supiera de qué estaba hablando exactamente.

—¡Ja! —dije.

—Bebamos algo frío y refrescante —dijo Phlox, inclinando la cabeza y agrandando los ojos como una lujuriosa, ladina reina bíblica.

—Cerveza —dijimos Arthur y yo.

—Jane ha muerto —decía Arthur— y todo está en orden. Nada más —estaba borracho.

—Pero ¿qué hicisteis? —preguntó Phlox. Ya lo había preguntado seis o siete veces, y otras tantas Arthur, sonrojándose, había bajado los ojos sin responder.

—¿Quieres saberlo?

—¡Ah! —dijo ella, acaso imprudentemente—, al fin estás lo bastante borracho para confesar.

—¡No! —dijo él, inclinándose ligeramente hacia Phlox, que se había sentado junto a él en el compartimento, y derramando el fino cabello sobre el hombro desnudo de ella—. No te lo voy a decir.

—Piénsatelo —dijo ella, sin quitarme los ojos de encima, mientras delicadamente devolvía a Arthur a su rincón. Con cada sorbo frío y refrescante que tomaba, la presión de su sedoso pie descalzo contra mi tobillo desnudo parecía acentuarse. Yo había perdido la cautela que tan sólo un día antes me había hecho ocultarme tras el pilar del puente de Schenley Park. Súbitamente me pregunté (tan súbitamente como mis ojos, por centésima vez, cayeron sobre las flores azules que cubrían sus pechos) si Phlox llevaría o no sostén.

—Phlox —me oí decir antes de poder meditarlo—, ¿llevas sostén?

—¡Qué va! —dijo ella—. Nunca lo llevo a mediados de junio —había hablado sin timidez, sin conmovirse ni airarse por mi impertinencia.

—¡Oh, Blanche DuBois! —dijo Arthur— «Nunca a mediados de junio.»

Phlox seguía mirándome fijamente, casi sin pestañear. Empezó a invadirme la segura impresión de que esa chica me deseaba de un modo prosaico, práctico y serio. Creo que Arthur tenía la misma impresión. Volviendo a sonrojarse, se levantó y pidió excusas, pero con un tono profesional, como si tuviera que irse a trabajar.

—¡No, por favor! —exclamé yo—. No me dejes solo con esta mujer.

Aquí, delante de mí, tengo ahora una foto de Phlox, la única en la que se la ve sin maquillaje. La frente, sinceramente, es tremenda. Ha adoptado una pose falta de toda rigidez, de martes-por-la-noche-en-casa-con-mi-amigo, el amplio cuello del chándal abierto sobre un hombro oliváceo, el rostro atípicamente mediterráneo (su padre era pariente de los grandes Tambellini de Pittsburgh) y beatífico. Tenuemente, algo, quizás los ojos un poco irritados, sugiere que ha estado llorando; los párpados inferiores parecen ligeramente hinchados. Y sin duda ha estado llorando. La nariz, como siempre, luce grande, recta y radiante. Uno que otro rizo cae sobre las cejas abovedadas y la pantalla de plata de la frente; y sobre los ojos, los legendarios ojos azules de la Muerte en Persona. Tal cual.

Arthur regresó del lavabo pálido pero considerablemente más aplomado. Observó con gran interés que yo desenlazaba rápidamente mis dedos de los de Phlox, cuyas uñas estaban pintadas de color lavanda.

—A Art Bechstein le gustas, Phlox Lombardi —dijo.

—¿Oh, lo dices de veras, Arthur Lecomte? —dijo Phlox. El pecho se le hinchó considerablemente.

Arthur se deslizó junto a mí sin agitar siquiera la espuma de las cervezas. Le había cambiado la expresión; evidente, aunque inusualmente, un sentimiento agudo, de una u otra clase, se había apoderado de él. Habló escudándose en el cuello de la camisa, la cerveza, la mesa encharcada, las solapas, con los ojos bajos e invisibles.

—Te detesto, Phlox Lombardi —dijo.

Yo me eché a reír. Arthur alzó la vista y esbozó una especie de sonrisa blanca como el radio, elegante, anticuada, adinerada y triste, como una reliquia de la lejana época en que el radio aún era amigo nuestro. Sin reparar en mí, descargó esa sonrisa sobre Phlox; y allí estaba yo confrontado, imaginé, con la inconcebible, turbadora repugnancia de la homosexualidad perversa.

—Perdonadme —dije. Arthur se levantó para dejarme pasar.

El bar aquel era muy apreciado por la calidad o al menos la profusión de los *grafitti* estampados en los lavabos tanto de damas como de caballeros, que rara vez se limpiaban o volvían a pintar. Leí el siguiente intercambio:

¿QUÉ TIENEN DE FABULOSO LAS MUJERES AL FIN Y AL CABO?

Y más abajo:

CADA MUJER, TÍO, ES UN VOLUMEN DE HISTORIAS UN CATÁLOGO DE MOVIMIENTOS UN ESPECTACULAR DESPLIEGUE DE IMÁGENES.

Luego:

ADEMÁS ESTÁ EL MISTERIO DE SU INFANCIA.

Un cuarto visitante había concluido:

Y DE LO QUE LLEVAN BAJO LA ROPA.

Cuando volví a la mesa, Arthur se hallaba en medio del relato, habiendo dominado ya, al parecer, el revelador arranque de unos momentos atrás.

—Y cada vez que Cleveland gritaba «Teeeddy», en la casa de al lado alguien contestaba «¿Qué?», y nosotros nos partíamos de risa.

—Vale, vale —dijo Phlox—. Pero cuéntame lo que hicisteis.

—No, ¿por qué no le dejas mantener el suspense? —dije yo—. Así es más interesante.

—Es que, ¿sabes?, yo odio el suspense, Arthur. Arthurs. ¡Ja, ja: Arthurs! En serio: ¿qué fue lo que hicisteis?

—Nos emborrachamos.

—Bah, por eso los Bellwether no pueden haberse enfadado tanto.

Me senté frente a Phlox y me quité las zapatillas. Arthur le contó que el dominio de Teddy sobre sus perros era impresionante; y en ese punto de la confesión de Arthur, justo en la palabra «impresionante», Phlox y yo dimos comienzo a un delicado, agotador, casi inmóvil juego de pies, uno de esos clásicos de la tortura que cada uno jugaba decidido a ganar, empleando para ello hasta la última de las señales de lujuria o promesa que un pie tiene a su alcance. En ningún momento apartamos los ojos de Arthur; sólo en parte yo era consciente de la arrobada atención que Phlox fingía prestarle. Ella había librado sus dos pies de las sandalias. En circunstancias similares, es decir, borracho como estaba, probablemente yo habría hecho lo mismo con cualquier mujer atractiva que hubiese estado al otro lado de la mesa descalza y con las mejillas arrebatadas; pero no con la misma abrumadora precaución técnica ni el mismo deseo de habilidad que me inspiraba Phlox. Ninguno de los dos prestaba excesiva atención al relato de Arthur, narrado como estaba por un borracho, en un bar saturado de música, a dos individuos cuyo pensamiento, nublado de por sí a causa de la cerveza, se hallaba en gran medida absorto en la lenta, plumosa lucha que se desarrollaba bajo la húmeda superficie de la mesa. Más tarde yo tuve que volver a contarle a Phlox la historia íntegra.

—Estoy avergonzado de mí mismo —concluyó Arthur—. Hacía siglos que no sentía tal humillación.

—Ah, y por eso hoy te has vestido tan bien —dije yo.

Phlox resopló.

—Es increíble —dijo. Bruscamente separó el pie del mío, dejándolo solo y ansioso, y por un momento me invadió una intensa sensación de soledad—. Cuando estáis borrachos, los tíos sois capaces de cualquier cosa. No me extraña que los padres de Jane se hayan puesto furiosos. Dios mío... Un chico de quince años.

—No fue por eso, Phlox. Teddy les importa un pimiento. Hay dos cosas: el hecho de que yo haya dejado entrar en la casa al Malvado Cleveland, y el hecho de que permitiera que tres perros más brutos que Stanley Kowalski se aprovecharan de su

deliciosa mascota.

—Pues tenían todo el derecho de enfadarse.

—Las mujeres siempre os estáis apoyando —dije yo. La frase no era especialmente ingeniosa, pero tenía dificultades para pensar y echaba de menos la suavidad de nailon del pie de Phlox.

—¿Y qué piensas hacer, Arthur?

—Creo que hay otro matrimonio que quiere que les cuide la casa. Éstos no tienen perro.

El éxito de Stevie Wonder de aquel verano surgió del tragaperras. Creí entender que hablaba de un beso como una sandía o una chocolatina.

—¿Quieres bailar conmigo, Art? —dijo Phlox.

El bar estaba construido alrededor de una especie de jardincillo central. Cuando subían el volumen de la música, la gente podía bailar al aire libre, entre mesas de hierro pintadas de blanco y árboles sumisos. Aquel día había demasiadas parejas; Phlox y yo nos vimos arrinconado, rodeados de gente que desconocíamos y no nos prestaba la menor atención, y nuestra charla extraña pero previsible tuvo el sabor excitante del aislamiento total. Inadvertidos, abandonados, nos dejamos ganar por la intimidad, la locuacidad, la borrachera, la excitación. El césped artificial del patio me hacía cosquillas en los pies descalzos.

Phlox se había cubierto de perlas; llevaba perlas en las orejas, el cuello, la muñeca. Mientras, hablando sin cesar de sí misma, movía las manos en la fija luz del crepúsculo, las perlas parecían ensartarse una y otra vez en el invisible cordel de sus gestos. Esta derivante nebulosa que rodeaba su cabeza y pechos, como un súbito ataque de fosfenos, primero me fascinó, luego me distrajo, y al fin acabó por sacarme de mis casillas. Empecé a sentirme como si me hubiese levantado demasiado temprano, a tener la impresión de que veía estrellas, lo que en último caso hubiera debido inducirme a bajar la ración de *gintonic*s, dos de los cuales había tenido la dudosa precaución de llevar al patio para dejarlos a mano sobre una mesita. Un *gintonic* bajo su pequeño dosel de lima, me había dicho, eleva la moral y favorece la conversación chispeante.

Seguíamos bailando; Phlox intentaba hablarme en francés. Me decía palabras de amor. Yo me apresuré a responderle en inglés, asegurando que, según había leído, en nuestra época hablar de amor en francés se consideraba de mal gusto. «No seas malo», dijo ella riéndose. Yo me reí también. Continuamente se agitaba en el vestido sin tirantes. Estudié mejor su maquillaje y, al verla echar una mirada por sobre el hombro, descubrí que sin duda había sido *punk* hasta hacía no mucho; más que resaltar sus rasgos, la sombra de ojos y el colorete los contravenían, se había perforado varias veces las orejas y le quedaba incluso, me pareció, una tenue traza de otra perforación en la nariz.

—Mira —dijo—, mira allí arriba. Hay una especie de galería. Tienen cosas colgadas de la pared. Mira, Art, son obras de arte. Máscaras africanas.

—Por cierto, Phlox —dije yo—. Hablando de África...

Supongo que lo estaba esperando, o poco menos, porque instantáneamente paró de moverse y se enfureció.

—No, no. De ninguna manera. Si alguna vez llegas a llamarme Mau Mau, no volverás a verme nunca.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué te llaman así?

—Nadie me llama así. Y no lo hagas tú tampoco.

—De acuerdo —dije—. Nunca te llamaré así.

—*Merci* —vacilando un poco, estiró la mano y me tiró del pelo—. *Que tu es beau, Arthur* —dijo.

—No me llames así. No me llames nunca *Arthuuuug* —me burlé—. Y ese *que tu es beau...* Anda, Phlox...

Deslizó los dedos por mi brazo. Yo no podía dejar de mirarle la supersofisticada sombra de ojos tricolor.

—Eso es lo que me dice Daniel. *Que tu es belle*, Phlox. Al menos lo intenta. Tiene un acento espantoso.

—Ya. Y por cierto, ¿quién es Daniel?

El nombre había sido mencionado a veces por Arthur, muy de vez en cuando, sin llevar adheridos estigma o virtud específica algunos, pero con bastante frecuencia como para pensar que el tal Daniel era uno de los atributos menores de mi amigo; y en cierto modo resultaba perturbador oírlo en boca de Phlox.

—Un amigo. Trabaja en la biblioteca. A veces vamos de copas los tres juntos.

Esta breve declaración me dejó dos claras impresiones: que tenía un rival en los favores de Phlox, y que obviamente Arthur la conocía a ella mucho más de lo que me había dado a entender, y hasta cierto punto me había engañado. De acuerdo, pensé, soy un tío competitivo, así que vamos a divertirnos. Pero también sentí, o sin duda debería haber sentido, que Arthur tendría que responderme un par de preguntas importantes.

—Daniel dice que soy bella en un estilo post-godardiano.

—Ese Daniel es un seductor.

—Pero hay algo en él que no me gusta. Me gustas mucho más tú. Él es caprichoso, cruel. Sufre de *spleen*. ¿Sabes lo que es el *spleen*? Es que Daniel, bueno, es artista. Ya me comprendes. En cambio tú eres una persona feliz, estoy segura. Eres todo una sonrisa. Un sol. Te llamaré Sunny^[3].

—¡La siguiente! —exclamé yo, apartándola ligeramente y chasqueando los dedos con impaciencia, como si no hubiese superado la prueba.

—Vale, no sigo. Pero ya encontraré cómo llamarte. Lo juro. ¿Piensas besarme alguna vez, Art Bechstein? —dijo.

—A la larga sí, no lo dudo.

—Ahora.

—Estás muy guapa, Phlox —dije; y con mi ridículo corazón latiendo como si

hubiese sido aquel primer trabajador alemán a quien, sin saber nada de ingeniería, le tocó quitar el primer soporte de madera de la primera cúpula de cemento armado, que pesaba mil toneladas, hice con los labios un movimiento fraccional dirigido a los de Phlox; luego la arrastré suavemente a la sombra de un arbolillo y la besé; alguien tosió. Oí el ruido que hacía el vestido de ella al raspar las ramas y los débiles murmullos de sus labios, que eran húmedos, carnosos y sabían a ginebra y a lima. Abrí los ojos.

—Vaya —dijo ella—. ¿Tan poco?

Continuamos.

Cuando volvimos a nuestra mesa, sentado con Arthur había un chico alto, delgaducho, vestido de jugador de baloncesto, con cigarrillos sin filtro y cara de italiano. Estaba encendiendo el cigarrillo de Arthur y noté que ya se habían programado la noche. Ahora éramos dos parejas que se irían cada una por su lado.

—Phlox, Arthur, él es Bobby.

Le saludamos. Pegados como estábamos Phlox y yo, no habría podido decir si el objeto del cuidadoso examen de la cabeza a los pies hecho por Bobby era ella o yo. Me deslicé junto a Arthur, pero Phlox se quedó de pie, mirando su bolso.

—Bien —dije—, creo que nos vamos.

—Creo que sí —dijo Arthur—. Adiós —apartó la mirada, Bobby le dio a Phlox el pequeño bolso, yo dejé unos dólares sobre la mesa y salimos.

—¡Qué extraño! —dije.

Ella me cogió el brazo con cierta brusquedad.

—A mí me parece repugnante —dijo—. Me parece terrible que el pobre Arthur sea gay.

—¿Por qué? —dije yo—. No veo...

—Lo siento, a mí me parece repugnante y creo que es una vergüenza. Los hombres que se acuestan con hombres no son más que unos cobardes —tembló una sola vez, se aferró a mi brazo con más fuerza y me sonrió—. Vamos a mi casa, Art.

La besé detrás de la oreja, alzándome con un mechón de pelo.

—Mmmm —dijo—. ¿Prefieres coger el autobús o andar?

—Vamos andando —dije—. Así podré quemar parte de esta rabiosa energía heterosexual.

—Apuesto a que tienes batería para rato, ¿verdad?

—Eh, Phlox, ¿no podrías controlar un poco esas expresiones? «Mmmm», «batería para rato». Pareces una *vedette*, Mamie Van Doren o una de esas.

—Me encanta Mamie Van Doren —dijo Phlox, abofeteándome blandamente—. Yo soy una *vedette*.

UN CORAZÓN DESTROZADO

Admito tener una desagradable propensión a las generalizaciones, así que espero se me excuse si declaro que las futuras licenciadas en lengua francesa siempre albergan algo misterioso. En primer lugar, una mujer tal ha iniciado los estudios sabiendo perfectamente bien que sólo pueden llevarla a ser profesora de francés, oficio éste más bien sombrío, el menor de cuyos males es el bajo salario, la perspectiva del cual debería bastar para desviarla hacia las ciencias empresariales o las relaciones públicas. Lo que, en cambio, la ha forzado a infligirse el estudio del francés, desdeñando las terribles consecuencias, es el hechizo que sobre ella ejerce ese idioma, el cual ha arruinado más mujeres americanas que cualquier otro.

Segundo, si los estudios se limitaran simplemente a la gramática y el vocabulario, acaso la futura licenciada no devendría muy diferente de aquellas que estudian español o alemán; pero la infeliz muchacha que pasa del segundo curso entabla contacto directo e inevitable con la literatura francesa, potencialmente una de las fuerzas más destructivas de la humanidad, y comienza a prodigar elementos léxicos previamente tan poco agradados como *langueur* y *funeste*, en tanto al hablar en inglés invierte el orden de los adjetivos para que sepamos que a veces incluso piensa en francés. Los autores que llega a apreciar —Breton, Baudelaire, Sartre, de Sade, Cocteau— le producen un efecto alienante, sobre todo en su actitud hacia el amor, y la forma de expresar sus emociones se vuelve complicada y teatral; por el contrario, desarrolla cierta repulsión por novelistas cuya influencia podría resultar saludable, como Stendhal o Flaubert, dándose a leerlos en traducciones, en las cuales su efecto sobre el pensamiento o el habla es nimio; o bien, premeditadamente, lee mal *Madame Bovary* o *La Chartreuse*, convirtiéndolas en oscuros romances. Colegí que Phlox, en particular, se consideraba «unida por el destino» (*liée par le destin*) tanto a Nadja como a O. Tal es la mecánica mental de la futura licenciada en francés.

Phlox vivía en un apartamento del segundo piso de una casa antigua, en una zona vaga y silenciosa entre Squirrel Hill y Shadyside. Mientras subíamos la escalera iluminada yo contaba los peldaños y miraba el juego de las flores sobre el amplio, algo chato trasero de ella. Sabía lo que iba a ocurrir pero no me detuve a pensar; al menos no a pensar en otra cosa que el hecho de saber lo que iba a pasar.

—Podemos hablar fuerte —dijo ella, entrando en el apartamento y encendiendo la luz—. Sólo son las diez. Y de todos modos mi compañera no está nunca.

—Perfecto —grité yo.

La sala era pequeña y sencilla como la de cualquier estudiante, con muebles de segunda mano que probablemente siempre habían parecido viejos, un póster de Renoir en una de las largas paredes y un terrible retrato casero de un gato en la de enfrente. Sobre la mesita de café había un gato persa de porcelana blanca, suerte de montículo de nata con grotescos y realistas ojos azules. La mesa estaba repleta de ejemplares de *Paris-Match* y *Vogue*.

—¿De quién es ese ídolo? —pregunté señalando la estatuilla.

—Es mi Cloe —dijo Phlox. Se acercó al desagradable gato y empezó a acariciarle la barbilla de porcelana—. Cloe, Cloe, Cloe, Cloe —dijo con voz de muñeca—. El auténtico vive en casa de mi madre. Aquí no me dejan tener gatos. Éste es el sustituto de mi Cloe. Lo hice en la clase de arte, en el bachillerato.

—Es muy bonito. Pero ¿Cloe no es un nombre de chica?

—Ven a ver mi habitación —dijo ella. Me atrapó los dedos y suavemente me empujó hacia la oscuridad del pasillo.

La habitación me pareció apta y excitante: ordenada, pintada de color salmón, con cortinas de encaje blanco, tenía en un rincón un maniquí, parcialmente desmembrado, que llevaba un vestido de boda y una sortija en la nariz. Las paredes estaban cubiertas por grandes carteles de Diana Ross y The Supremes, Arthur Rimbaud y el inmenso rostro convexo de Greta Garbo. Sobre el espejo del tocador colgaba un rosario; encima del mueble había un vasto surtido de frascos y botellitas de líquidos femeninos. Me senté en el borde de la cama, inhalando remanentes de colonia, mientras ella iba al cuarto de baño. Entre los pocos libros que había en la mesilla de noche, los favoritos de Phlox eran, me figuré, *El gigante egoísta* y *El príncipe feliz* de Oscar Wilde, la *Historia de O* y el *Marilyn* de Mailer.

Cuando volvió no llevaba más que una camisola amplia color melocotón. Tenía la cara cobriza y recién lavada y el pelo atado hacia atrás con una cinta blanca. Parecía salida de una foto de los años cuarenta, la mujer de un soldado que estaba combatiendo en Alemania, y en un escalofrío sentí por un instante que era un intruso.

—Usas Opium —dije.

Se sentó a mi lado y apretó la cara suavemente contra mi cuello.

—Qué encanto eres. Hasta sabes de perfumes —dijo, y me mordió.

—Vamos a ello —recostándola sobre la colcha de felpa, aspiré el aroma de jabón y de Opium en la base de su mentón, donde el pulso se revelaba.

Mientras Phlox, desnuda, cascaba huevos en un bol para hacer tortillas de tocino, yo llamé al Duquesne y pedí que me pusieran con la habitación de mi padre. Estaba en un rincón de la deliciosa cocina blanca, acunando ociosamente el auricular en el hombro y contemplando el patio soleado mientras me olía los dedos.

—Bechstein —dijo mi padre en tono jovial.

—Bechstein —respondí—, soy tu hijo.

—Ah, sí. Mi hijo. ¿Cómo estás, hijo? ¿Cómo vas pasando el verano?

—Bien, papá. Te llamo desde la cocina de una chica, y ella está aquí desnuda y, sabes, papá, ahora veo que realmente algunas mujeres parecen guitarras.

—Bien.

—¿Puedo convidarte a otro almuerzo caro en el centro?

—Tengo que trabajar, viejo.

—Entonces te propongo una cena enormemente cara en Mount Washington.

—Muy bien. Podemos subir en el cremallera.

—Sí, el funicular —dijo mi padre. Era una de sus palabras favoritas.

—Pasaré por el hotel sobre las seis —dije, y colgamos.

—Pues sí que sois rápidos —dijo Phlox.

—Cuando le llamo al hotel siempre tenemos la misma conversación. Es la conversación que más me gusta del mundo.

Me senté ante la mesa y la contemplé. Profesaba el amor a la cocina; abría y cerraba eficientemente muchos cajones, y ponía lonchas de tocino en la sartén como si exigiese cierta ciencia, pero no parecía disfrutar realmente. Atormentaba las tortillas con la espátula, controlando la parte de abajo cada cinco segundos, y maldecía irritada cuando la grasa del tocino saltaba. Salió de la cocina para buscar una bata y poner un disco de Vivaldi, y cuando regresó se estaba quemando todo. Yo comenté que rara vez desayunaba, que me bastaba con una taza de café, pero esto la molestó muchísimo. Así que comí como un cerdo.

—Cuéntame de ti —dije, masticando.

—Nací, me hice alta y bonita, conocí la alegría y el llanto, envejecí y morí en una abadía —habiendo aceptado muy pronto que carecía de un agudo sentido del humor, o en todo caso de habilidad para hacer chistes, había memorizado cientos de pasajes extraños tomados aquí y allá de los libros; y, a falta de humor, había desarrollado la capacidad de dejar caer aquellas bombas durante las conversaciones, a veces con una precisión tan incongruente como asesina. De hecho, poseía un buen número de técnicas coloquiales, o mejor dicho ardidés. Conocía, y era capaz de explicarlos con admirable claridad, los secretos de diversas maquinarias: cómo distinguían los ascensores el tercer piso del cuarto, por qué aparece un punto que en seguida se esfuma cuando uno apaga el televisor. Podía ordenar alfabéticamente, sin lápiz ni papel, las listas de palabras más largas y azarosas; y, lo más impresionante, recordaba todo cuanto uno le hubiera contado de sí mismo, aun las cosas más triviales: el nombre que le había dado a un pez de pequeño, el de un primo lejano. Esta última habilidad la convertía en la ruina de los mentirosos. Hacía falta mucho cuidado y atención para engañarla.

—Creo haber entendido que te volviste a bautizar —dije.

Ruidosamente puso el vaso de zumo en la mesa e hizo girar los ojos como si la

paciencia con Jesús se le hubiese acabado hacía muy poco.

—No, ése sólo fue un *rollo*. Y no estoy diciendo que no crea en Dios, porque sí que creo, aunque no creer sea más *branché*. Pero ¿sabes qué me dijeron los cristianos aquellos? Me dijeron que debería aprender a vivir sin sexo. Yo no puedo vivir sin sexo, Art. Es ridículo. Si Jesús me ama de verdad, quiere que me acueste con hombres.

—Amén —dije yo—. ¿Y qué otros *rollos* ha habido?

—Bien, veamos. He estado en el rollo *punk*, en el rollo ciclista, en el rollo de coser, el rollo del bachillerato y también me lo monté de ama de casa, aunque no estaba casada. El matrimonio no me ha enrollado nunca.

—¿Eras costurera?

—Coso como un ángel.

—¿Y ahora qué vendrá? —dije, pensando que era una carrera meridianamente clara.

—No lo sé —dijo con ligereza—. Probablemente me destrocen el corazón.

—¡Ja! —dije yo.

Ese atardecer fui hasta el centro sentando en la última fila de un autobús inexplicablemente vacío. Delante se veía una nubecita de humo elevándose por encima de la cabeza del conductor.

—Eh, jefe, ¿puedo fumar? —pregunté.

—*Te lo permito* —dijo el conductor.

—Le adoro —contesté.

En el inmenso, suntuoso y rancio salón del hotel Duquesne aún es posible cortarse el pelo, hacerse limpiar los zapatos, hacer la quiniela hípica o comprarse un Tootsie Roll. Cuando yo era niño y veníamos a Pittsburgh a visitar a los parientes de mi madre, solía pensar que mi padre, quien acaso haya nacido cuarenta años tarde, se había hecho construir el Duquesne para él. Mi padre creía en la página de deportes entregada en la habitación, con la bandeja del desayuno, y en la joven vendedora de tabaco que recorría el bar con la caja de Luckies y Philip Morris Commander. Aunque en muchos sentidos era un hombre de gustos modernos, en lo concerniente a música, sombreros y hoteles se había quedado en la época de la Depresión: no le gustaba nada que no fuera Benny Goodman, el ala ancha y el Duquesne.

La puerta de la habitación no estaba cerrada con llave. Empujé y me lo encontré sentado en un sillón, junto a la ventana, hablando por teléfono. Hice ruido, para que acabara la conversación si se trataba de algo que no me correspondía oír, pero él me

saludó con la mano, frunció los labios y siguió hablando. Intenté deducir con quién lo hacía por las respuestas murmuradas.

—Bien, bien —dijo—. Oye, acaba de entrar Artie. Sí, sí, se le ve muy bien. Descuida, se los daré. De acuerdo. Treinta y siete con cinco. De acuerdo. Te veré mañana. Adiós.

—El tío Lenny —dije.

—Dice que deberías ir a cenar.

—No soporto a la tía Elaine.

—Ni yo. ¡Dios mío, Artie, qué pelo...! Te queda horrible. ¿Necesitas dinero para comprarte un peine?

—No, papá, gracias. Me haré uno en casa, empleando cosas viejas. Tienes un aspecto espléndido.

—Los negocios marchan bien.

—¡Ah!

Ambos fruncimos el ceño. Yo nunca sabía qué decir cuando oía que los negocios marchaban bien; era como si mi padre me contase jubilosamente que se había hecho un fuerte seguro de vida poniéndome como beneficiario.

Luego dijimos los dos que teníamos hambre y bajamos a la calle en el viejo y laborioso ascensor. Estaba por desatarse una tormenta; el viento arrastraba por Smithfield Street polvorientas cadenas de periódicos y tapas plásticas de vasos de batido. Por el puente Smithfield cruzamos al South Side y mi padre se acordó de aquel día, quince años atrás, en que, mientras cruzábamos el puente en coche, yo le había sorprendido deletreando Monongahela sin que nadie me lo pidiese.

—Eras un niño muy listo —dijo.

—¿Qué me habrá pasado después? —dije yo, y me reí, y él también se rió y dijo «Eso es lo que me pregunto».

Yo había decidido preguntarle por Cleveland, aunque sabía que si Cleveland no conocía personalmente a mi padre, un hombre bastante importante, no era muy probable que mi padre hubiese siquiera oído hablar de Cleveland, a quien yo suponía una suerte de recadero de la familia Stern. Raras veces le hacía a mi padre preguntas sobre su trabajo; no era algo que me gustara mucho.

—Oye, viejo —dije, mojando un trozo de pan francés en la crema de langosta para fingir indiferencia—, ¿conoces a los chicos que trabajan para el tío Lenny?

—¿Si les conozco? —dijo—. He ido a las bodas de la mitad de ellos. He bailado con sus esposas.

—Sí, claro. Pero me refiero a los de los escalones más bajos.

—¿Por qué? ¿Conoces a alguno de ellos? ¿A uno de esos chicos? —parecía molesto—. ¿Por dónde andas para encontrarte con esa clase de gente?

—Bueno, pues en el Symphony, en el Instituto Carnegie, en la ópera, en el departamento de económicas. Ya sabes, por ahí.

—Escúchame —dijo, y el rostro eternamente rosado se le enrojeció—: siempre has despreciado los negocios de tu familia. Y esos muchachos son gente que no tiene nuestra educación, es cierto, pero han trabajado duro toda la vida, tienen mujeres e hijos, y si ganan dinero, es para dárselo a ellos. Y ahora resulta que tú, señor Catedrático, te mezclas con *punks*. Con imbéciles ambiciosos que le dan su dinero a otros imbéciles.

—Vale, viejo, vale. Yo no me mezclo con esos gorilas del tío Lenny. Sólo te he preguntado si les conocías.

—Por suerte no —dijo él con su mejor voz cortante.

Nos quedamos callados. Desde nuestra atalaya en el restaurante más alto y caro de Pittsburgh miré las luces del centro, y la negra nervadura de ríos, y el estadio sobre la otra ribera, iluminado para un partido nocturno, y por un par de minutos pensé en los encuentros de béisbol de antaño.

Mi padre trabajaba como administrador para la familia Maggio (pues ya hacía mucho que los Bechstein, como los Stern y otras familias judías relacionadas con el delito, habían declinado y acabado por ser absorbidos), pero también servía como una especie de nexo entre la gente de la capital y la de Pittsburgh. Para mi padre, venir a Pittsburgh era al mismo tiempo una cuestión de negocios y de placer, como había conocido a mi madre en Squirrel Hill, tenía aquí mucha familia; conocía las calles, el demencial sistema de autovías de circunvalación, los suburbios y los campos de golf, y era uno de los más veteranos hinchas de los Pirates. Yo había estado en el campo de golf de Forbes siendo aún casi un bebé, y había ido mil veces al estadio de Three Rivers. El día que conseguí registrar en mi libreta de béisbol nueve entradas seguidas sin equivocarme, mi padre me regaló doscientos dólares en juguetes de Kaufmann, mucho más de lo que yo había deseado nunca.

—Viejo, he conocido a una chica nueva.

Vació la copa de agua mineral.

—¿Por qué pones esa cara? —pregunté.

—¿Y qué cara quieres que ponga, después de Claire? Lo siento, Art.

—¿Qué es lo que sientes?

—Es que... Tengo que confesarte que ya no... no confío más en ti. Art, te has vuelto un joven sumamente extraño.

—Papá...

—La última vez que nos vimos hablaste como un demente. ¿Qué significaban todas esas ridiculeces? Fue muy triste oírte hablar de ese modo. Me chocó muchísimo.

Mi padre tenía una forma de mirar que consistía en sugerir que, si bien estaba por echarse a llorar, haría un esfuerzo sobrehumano por contener las lágrimas, que infaliblemente me desarmaba. Empecé a llorar en silencio mientras masticaba un

trozo de pan húmedo e interminable.

—Papá.

—No sé qué pensar de ti. Por supuesto que te quiero, pero... mira lo que estás haciendo este verano. ¿Qué estás haciendo? Pues trabajar en esa librería absurda. No puedo creer que un trabajo así te satisfaga.

Ahora que ya había disparado el mecanismo y me tenía allí, hipando y sorbiéndome los mocos, de tal modo que la gente se volvía a mirar cómo un padre distinguido le hablaba serenamente a un hijo desgreñado y sollozante; ahora que me había reducido al rol de niño y demostrado cuán bajo había caído en su aprecio, tiernamente se fue calmando y empezó a hablarme como si acabase de caerme con la bici, o me hubieran pegado en el colegio, y él, con suavidad, me estuviese aplicando una fragante tirita.

—Veamos, ¿qué tal esta chica nueva?

—¡Bah, papá!

El camarero apareció con los platos, yo lloré un poco más y después apenas si hablamos hasta que él me preguntó si quería irme. Bajamos en el traqueteante funicular, y yo contemplé cómo las luces de los edificios se volvían menos y menos espectaculares a medida que descendíamos, y brevemente mi padre me apoyó la mano en el hombro y luego la retiró.

—Lo más probable es que la odies, viejo; lo más probable es que odies a todos los que conozca y todo lo que haga este verano.

—Sí, es lo más probable —dijo él.

—Cuando nos despedamos iré a su casa y me acostaré con ella —dije yo, y entonces el tren tocó fondo bruscamente, y la súbita cesación del movimiento me dio náuseas, y mi padre contestó que no estaba nada impresionado.

SEXO Y VIOLENCIA

Junio se extinguía; Jane Bellwether continuaba en Nuevo México, y sólo había llamado a Cleveland un día para anunciarle que habían terminado («¿Es la novena o la décima vez?», le preguntó Cleveland); hacia el veintinueve, Phlox y yo estábamos firmemente embarcados en un «rollo» que —prematuramente, en mi opinión— ella definía como amor, aunque yo estaba empezando a asombrarme y una noche, mientras escuchaba «Te has apoderado de mí», me encontré pensando: ¡Ah, preciosa!

Phlox se había habituado a venir al Terrace todas las noches, cuando yo salía del trabajo, y nos sentábamos en la escalera a fumar, a veces marihuana, o beber tequila, mordisquear las limas y lamer la sal cada uno en el hueco de la mano del otro. Una noche había una enorme Luna llena que, gorda, pendía apenas encima del horizonte como si se sintiese demasiado abatida o decrepita para elevarse más. Nosotros estábamos colocados, y la negra aguja de la iglesia de la esquina, que quería ser románica, se recortaba contra la luna, enlazada con las ramas de un árbol muerto, como en una paradigmática escena de un filme de vampiros. Fue precisamente lo que dije. Phlox se apretó contra mí, castañeteando los dientes.

—¿Por qué tienes miedo? —dije.

—No lo sé —dijo ella—. Porque los vampiros son hermosos.

En otra ocasión lloró amargamente una hora entera porque aquel día Arthur la había tratado con crueldad en el trabajo, diciéndole que el vestido a cuadros que llevaba la hacía gorda.

—Sé que está celoso —dijo—. Art, estoy segura de que te desea.

—¡Bah! —dije—. Si le gustas mucho.

—¡Oye lo que te digo, Art! —gritó ella—. Oye y deja de tratarme como a un bebé. Sé que te desea, que quiere hacer el amor contigo, amor homosexual, asqueroso amor homosexual con mi Artilugio —pues así me llamaba.

—Phlox, ¿qué tienes contra los gays? A mí todos los gays que he conocido me han caído bien, sobre todo Arthur, pero también sus amigos. Son muy simpáticos.

—Claro que son simpáticos. Son *hermosos*, y es una condenada vergüenza que sean una panda de maricones horribles. Algunos son más guapos que yo.

Esto último lo negué.

El veintinueve de junio, la noche que Phlox me dijo que me amaba, que Daniel era un tonto, que tenía un horrible pene rojizo y yo no debía volver a preocuparme por él, bajo la luz amarillenta de mi porche me leyó pasajes de la *Historia de O*. (Yo había leído el libro años atrás, antes de que muriese mi madre; lo había encontrado en su biblioteca y no había logrado entenderlo. Únicamente me habían excitado las escenas de sexo más convencionales, y los látigos, las máscaras de búho y las perforaciones de labios me habían parecido confusas, exóticas y desagradables.) Mientras Phlox leía, sentada contra los ladrillos con las rodillas contra el pecho, sin bragas bajo la minifalda de cuero verde, me chocó descubrir lo maligno que era el libro aquel, por bellamente escrito que estuviese, y el hecho de que fuera el predilecto de ella me resultó perturbador. Sintiendo el temblor de su voz, no obstante, tuve una erección, difícil de disimular, que estirando una mano ella puso al descubierto y desahogó, para después parar de leer y desahogarse a sí misma.

—¡Qué maravilla! —dijo cuando se cansó de la lectura.

—Te acompañaré a tu casa —dije yo, y le di el jersey.

—Yo quiero quedarme contigo, Art.

—Preferiría acompañarte a tu casa.

—Te quiero, Arthur.

—Y yo me niego a azotarte —respondí.

Ella se echó a reír y me dijo que era un tonto. Y, como hubiese dicho mi padre, vaya si lo era.

La noche siguiente Cleveland, Arthur y yo nos emborrachamos y decidimos hacer un viaje a la casa de verano de la familia de Cleveland, en el norte del estado de Nueva York. Iríamos los tres solos. A una altura todavía sobria de la velada, Arthur se puso a hablar mal de Phlox descaradamente. Esa noche tenía un aspecto deslumbrante; había tomado el sol y llevaba un suéter de algodón turquesa que daba a sus ojos unos reflejos alarmantes. Dijo que Phlox estaba loca, y sonrió, y que me liaría la vida, y volvió a sonreír.

—Fuiste tú quien me la presentó —dije yo.

—Es verdad —dijo él.

Había estado leyendo en español el nuevo libro de García Márquez, y me tradujo el más bien terrible epígrafe que le había impresionado.

—«El amor es como la cetrería» —dijo—. ¿No te parece que es cierto, Cleveland?

—Nunca digas que el amor es como algo —dijo Cleveland—. No lo es.

Hacía ya tiempo que yo había notado en Arthur el hábito de consultar su reloj cada cinco minutos. Siempre había en el fondo de su mente algún plan, algún itinerario que se desplegaría largamente durante la noche, que no nos revelaría sino

paso a paso. Esa vez se le veía particularmente atento al reloj, y Cleveland, como de costumbre, se burlaba de él de un modo que, supuse, por mucho tiempo habría sido parte de sus juegos. Arthur echaba una mirada rápida a su reloj y Cleveland decía «¿Qué hora es, Arthur?». Cuando cinco minutos después Arthur volvía a mirar la hora, Cleveland le hacía la misma pregunta, ridiculizándolo, y la cosa se repetía y se repetía, y cada vez Arthur se ruborizaba más, hasta que echándose a reír dijo por fin que debía marcharse.

—¿Y adónde te vas, Artie? —le preguntó Cleveland.

—Al Mass —dijo Arthur.

—Oh, claro —dijo yo—. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste en el Mass?

—El domingo pasado —dijo Arthur. Dejó dinero en la mesa, nos dio la mano y se marchó.

Cleveland y yo bebimos hasta que el bar cerró. Era una noche calurosa, y los ventiladores del techo nos arremolinaban el pelo y desmenuzaban el humo de los cigarrillos. Cada botella de Rolling Rock, perlada por la condensación, nos llegaba arrastrando una estela de vapor frío. Cleveland me contó viejas historias de la casa de verano: el caballo que había metido en la piscina de unos vecinos, la dama del Eterno Buen Humor que le había quitado la virginidad. Luego hablamos de Frank O'Hara y de cómo había muerto en Fire Island atropellado por un *buggy*. Apoyado en el asiento, los ojos en el techo, Cleveland se puso a recitar.

—«¡Ah!, quién fuese un ángel (si es que los ángeles existen) —dijo— para subir al cielo, echar una mirada y luego regresar.»

Después se quedó en silencio. Tenía los ojos ebrios y amables.

—Me gustas, Art Bechstein —dijo, lo cual me hizo ruborizar, al tiempo que se me llenaban los ojos de lágrimas—. Por Dios, Bechstein, no llores. No te creas que me gustas tanto. Anda, pidamos unos huevos en escabeche —una vez le trajeron el pedido, procedió a zamparse, uno a uno, alrededor de una docena de pequeños nódulos color remolacha—. Mientras en los bares siga habiendo huevos en escabeche —dijo— será posible mantener la esperanza.

Cuando la camarera anunció que iban a cerrar, Cleveland me dijo que el bar estaba muy cerca de la casa de su padre, y que iría a dormir allí porque su propio apartamento quedaba muy lejos.

—A esta hora ya no hay autobuses —dijo—, y tú también tienes casi una hora de caminata hasta tu casa. ¿Por qué no te vienes conmigo? Puedes dormir abajo. Te gustará; es un poco fantasmal.

Antes de suicidarse, cuando su hijo tenía diecisiete años, la madre de Cleveland Arning, una mujer con sentido del humor, le había enseñado a bromear y poner las cosas en ridículo. El padre, alto y delgado, llevaba perilla y unas grandes patillas

coloradas que subían hasta unas sienes por lo demás calvas. También se llamaba Cleveland, y aunque sin duda poseía sus propias y siniestras nociones sobre lo que era una broma, se reía raras veces, por lo general en la intimidad de su estudio. Cuando en la cocina Cleveland y la madre oían aquella risa atravesar la puerta de cedro, la historia que Cleveland le estaba contando a ella para hacerla reír, cualquiera que fuese, se le moría en los labios. Entonces se hundían ambos en el silencio, ponían ruidosamente los platos en la pila y se iban a sus habitaciones. El mayor de los Cleveland era psiquiatra.

Ahora descubro que Cleveland me contó muy poco de su infancia. Una vez mencionó que había vivido en el campo, al noroeste de Pittsburgh, aunque sólo para referirse, naturalmente, a los muchos problemas en que se había metido. En uno de los bares que frecuentábamos había un camarero que años antes había sido vecino suyo. «Éste es Charlie», dijo una noche al presentármelo. «Sus padres me prohibieron poner los pies en su casa.» Y sin embargo, pese a no tener más que unos detalles, se me hace clara la sensación de singularidad que debía de transmitir el hogar de los Arning: el padre taciturno y encorvado cuyos amantes eran hombres; la madre nerviosa, escuálida, musical, que durante todo el tiempo que pudo se debatió con el secreto de su marido; Cleveland, brillante y violento, que a los doce años ya se consideraba «predestinado y salvaje»; y Anna, la pequeña, blanco de su hermano y primera admiradora suya.

Sólo estuve en la casa aquella vez, durmiendo en el sofá de abajo; no obstante, los diez minutos que a las tres de la mañana, a solas con el sonido de la cadena de lavabo que Cleveland había accionado en algún lugar de la enorme casa, pasé explorando las penumbras del primer piso, me bastaron para sentir los conflictos, las tensiones que el lugar había albergado.

Los muebles eran costosos, antiguos y fríos al tacto aun a fines de junio: grandes relojes, sillas con brazos fabulosamente tallados, vieja parafernalia médica de aspecto maligno y alfombras que no cedían bajo mis pies sin zapatos. Entré en todas las habitaciones que pude encontrar, reculando como un ratero al menor crujido del suelo, y al cruzar cada umbral me preguntaba si habría sido aquél el lugar. ¿En dónde había ocurrido? La gente suele hacerlo en el lavabo. O en el garaje.

Lo cierto era que Cleveland nunca me había hablado del suicidio de su madre, que había ocurrido ocho o nueve años antes. Yo lo sabía por Arthur, que en realidad me lo había contado sin querer.

En el estudio del doctor Arning —¡cómo se me encogió el pecho al tocar el pesado interruptor de la luz en el entrepaño!— había una foto de Anna, la hermana de Cleveland, vestida de negro, sin sonrisa, con un diamante colgando sobre el pecho. La habitación olía a perfume, colonia masculina acaso, aunque terriblemente fresca y floral. En el enorme escritorio, en hileras y columnas, las plumas de oro y utensilios del doctor Arning se desplegaban sobre el pupitre de mármol; y el mueble todo, bajo la luz tenue de la lámpara, se veía tan desnudo y ominoso como el escritorio del

doctor Moreau.

Hubiese querido detenerme a examinar el millón de libros que había en los estantes, pero algo, urgente, me instó a apresurarme para que no me descubrieran, y eso aunque supiese que la casa estaba dormida y, si lo deseaba, podía tomarme la noche entera para satisfacer la curiosidad. Bajo la camisa hawaiana el cuerpo se me estremeció, y apagué la luz.

Después de haber rondado el inmenso territorio de la planta baja, regresé al largo sofá de color limón en el cual Cleveland había arrojado una velluda manta y un cojín de seda a rayas. Me senté. Después de quitarme los calcetines me recosté, dejando la lámpara encendida, y fijé la mirada en la bombilla hasta que la luz me cegó. Me volví a contemplar cómo las burbujas ópticas de color flotaban sobre las paredes inmaculadas de la sala. Aunque no tenía nada de sueño me sentía borracho, pero no tanto como para no ponerme de pie y recorrer descalzo el pasillo.

Al final del pasillo había una pesada reja de hierro forjado con incrustaciones de plata, una jaula adornada con hojas y zarcillos. Arthur me había contado que el padre de Cleveland tenía un ascensor en la casa. Experimenté un impulso fugaz pero abrumador de subir al piso de arriba, donde dormían Cleveland y el doctor Arning con su «amigo». ¡El piso de arriba! Me volví. En el otro extremo había una escalera; elegí los escalones de la izquierda y silenciosamente empecé a subir, hundiendo los dedos de los pies en la blanda alfombra roja que conducía al sueño inquietante de la familia Arning.

En el corredor había siete puertas, tres a mi izquierda y cuatro a mi derecha, todas cerradas. La de Cleveland, la del doctor, un cuarto de baño, un armario empotrado... ¿La de la madre? ¿La de Anna y dos armarios? ¿Dos cuartos de baño? Doblé a la izquierda y me detuve ante la última puerta. Estaba ligeramente entreabierta. Acercando la oreja procuré oír la respiración de alguien dormido, no distinguí nada, llevé el ojo a la rendija buscando la fosforescencia de un reloj o una radio y tampoco la encontré. Al apoyarme con suavidad contra la puerta, se abrió silenciosamente.

Había estado mirando una parte de la habitación donde no había nada que descubrir: una pared vacía. Desde el otro lado una ventana amplia y lechosa arrojaba luz sobre una cama blanca, la cama de una niña, y sobre todo el cuarto de suaves cortinas, cojines pálidos y carteles infantiles en las paredes. El corazón me latía con violencia y durante un buen rato no hice más que recuperar el aliento. Solo en un lugar prohibido me sentía más seguro y protegido, y sin embargo aún en peligro. Por otra parte, jadeando como un fugitivo en un cuarto forrado de satén, fotografías de gatos y dibujos de unicornios, me sentía ridículo. Me reí en silencio del gusto de la niña y eso me tranquilizó un poco.

La cama de Anna cedió enormemente bajo mi peso. Me incliné a oler las almohadas. Esperaba detectar un perfume a muchacha, pero las almohadas apenas olían a colada, incluso ligeramente a polvo, y la punta de mi nariz las encontró frías.

Cuando Anna tenía doce años y Cleveland quince, la familia, al borde del

desastre, había ido a pasar la temporada habitual a la casa de verano que el padre de Cleveland compraría pocos meses después de la muerte de la señora Arning.

Los hermanos se pusieron los trajes de baño rayados y salieron corriendo hacia el lago. Cleveland, inalcanzable, varios metros por delante de Anna. Los tres años de diferencia entre ambos marcaban una distancia mucho mayor que nunca y el muchacho, retraído e irascible, no quería saber nada de una hermana que le adoraba y siempre estaba pegada a él. Se zambulló en el agua verde y, nadando con todas sus fuerzas, dejó a Anna gritando su nombre en la playa de grava, secándose lágrimas y mocos con una mano de niña. Veinte metros más allá se detuvo a pedalear, mientras el sol le daba en los hombros y del largo cabello le caían gotas de agua que le refrescaban. Aunque al ver cómo la hermana temblaba de rabia y decepción se sintió terriblemente culpable por un instante, pronto el sentimiento, demasiado intenso, se convirtió en ira. Se puso furioso con ella porque no le dejaba estar solo, porque era una pesada, una cría y la única persona en el mundo que realmente le quería.

Impulsado por esa furia volvió buceando a la costa y, sin salir a la superficie, atrapó a Anna por las flacas rodillas y con una voltereta la lanzó fuera del agua. Al principio ella se rió y gritó «¡Hurra!», pero no tardó en darse cuenta de cómo la miraba Cleveland. Un segundo después estaba bajo el agua, con la mano de él inmovilizándole la cabeza. Otras veces la había hundido y el juego siempre la asustaba, pero ahora la cosa iba en serio y, segura de que la mataría, tuvo un ataque de pánico. Cuando por fin la mano asesina retiró su presión, Anna salió a la superficie frenética, confundida, disparando gritos y llanto al mismo tiempo. Llamándole «jodido», arrojó dos puñados de limo que en el pecho de él se disolvieron en delgadas vetas grises. «Mierda», dijo Cleveland; y llenándose los puños de fango y guijarros los lanzó contra la enfurecida carita, donde las piedras más diminutas entraron en los ojos y los cegaron. Anna cayó en el agua temblando, golpeándose desesperadamente la cara y manoteando el aire, mientras Cleveland le gritaba «¡Estúpida! ¡Estúpida!» y, con el agua hasta las rodillas, en tres segundos reflexionaba sobre la espantosa traición que le había hecho a su hermana y en lo mucho que la odiaba por haber estado allí para aceptar su cólera.

Por fortuna —una fortuna mucho mayor que la que me correspondía esperar— me desperté en la cama de Anna a las seis y media de la mañana siguiente y, tomando prematura conciencia de una resaca ya inocultable, me deslicé escaleras abajo hacia el sofá de color limón. A las diez y media Cleveland me puso contra la mejilla una Pepsi helada y me desperté por segunda vez. Mientras temblorosos y sedientos caminábamos hacia Oakland, donde yo tenía que entrar a trabajar a la una, le hice algunas preguntas inocentes sobre su hermana, en cuya cama había dormido la noche anterior, y él me contó la historia que he relatado más arriba, si bien de un modo diferente. Arthur, más tarde, me la transmitiría adornada. Pero puesto que después de una operación de urgencia Anna había recuperado la vista por completo, Cleveland podía concentrarse en las minuciosas sensaciones de un adolescente solitario y, por

obra de su genio narrativo, lograba convertir el incidente en una historia muy divertida. De modo que pese al dolor de cabeza no pude sino reírme.

Aquella noche llevé a Phlox a cenar al Elbow Room, pero tenía el estómago tan estropeado que sólo comí hojas de espinaca mientras la veía a ella despachar un tazón de *chowder*, una montaña de tortellinis y una preciosa copa helada.

—Sólo estaremos fuera unos días —me excusé—. Y, como dice mi padre, la ausencia hace que el corazón eche fronda.

—Pero ¿por qué no puedo ir yo? —preguntó Phlox—. Dime la verdad: es porque Arthur me odia. ¿No es cierto?

—No, el que te odia soy yo —el chiste no funcionó—. Vamos, Phlox, nadie te odia.

—¿Me quieres?

—Te adoro —dije—. Pero comprende, queremos ir Arthur, Cleveland y yo solos. Bromas pesadas, partidas de póquer, charlas de béisbol, borracheras sentimentales... Ya sabes, cosas de chicos.

Ella frunció el ceño. Yo sabía que estaba diciendo frivolidades, pero me sentía malvado y sobre todo, creo, quería huir de ella; tener un respiro. No sabía bien por dónde, en los últimos dos días, había detectado la subrepticia irrupción de lo macabro en mi inseguro verano, algo como un crujir de maderas, y tenía la impresión de que debía quedarme muy quieto, sin respirar siquiera, atento a lo que pudiera producirse, a la siguiente pisada reveladora.

REFLECTORES Y MUJERES GIGANTES

A la mañana siguiente, antes del alba, me acomodé en el asiento trasero del viejo Barracuda de los Arning limpiándome aún los restos de azúcar de donuts que llevaba en los labios y luchando por reconocer los imperceptibles efectos de una sola taza de café. Cleveland y Arthur cantaban a coro con una antigua cinta de John y Yoko mientras señalaban los restaurantes con forma de molino, los desguaces flanqueados por gigantescas estatuas de osos y mujeres gordas, las armerías y carteles de gospel que constituían los amados mojones del camino a Librelandia. Me puse a cantar *Salud, Librelandia*, la canción de la película de los hermanos Marx. No había hecho un viaje largo desde que, con todas mis pertenencias, llegara a Pittsburgh desde Washington cuatro años antes para empezar la universidad, y ya me había olvidado de cuánto me gustaba ir echado en el asiento trasero de un coche, con el pelo colgando por una ventanilla y los pies asomando por la otra, mirando pasar los postes de teléfono y escuchando música, el ruido del motor y el bramido del viento.

Después de haber escuchado dos veces a Lennon y de que yo hubiera dormido, al parecer, a lo largo de la otra casete de Cleveland, sólo persistieron los sonidos del Barracuda y de Patsy Cline en la radio, surgidos de quién sabía dónde, y se hicieron las ocho de la mañana y contemplé feliz las nuca de mis amigos. Paramos en un área de servicio a tomar otro café y entonces me dieron ganas de conversar. Les pregunté cuánto hacía exactamente que eran amigos.

—Nueve años. Nos conocimos en el primer curso del Central Católico —dijo Cleveland—. Descubrimos que estábamos apartados juntos, por decirlo así.

—Lo que quiere decir es que nos odiaba todo el mundo —dijo Arthur.

—Habla por ti mismo —dijo Cleveland—. Lo único que yo notaba era que no nos parecíamos a los demás chicos de ese excelente colegio.

—A mí el Central siempre me recordó el castillo de Santa Claus —dije yo.

—Pues nosotros no éramos como los demás elfos —dijo Arthur.

—Nuestro amigo Arthur ya tenía, pienso yo, cierta vaga intuición de los deseos sexuales perversos y pecaminosos que en breve harían de él un ser tan acatólico como puede concebirse...

—Y Cleveland ya se bebía seis latas de cerveza por día y fumaba tabaco y marihuana. Y leía todos los libros del *Index librorum prohibitorum*. Y en aquellos tiempos —dijo Arthur volviéndose para mirar a su amigo con tristeza, pero sin

abandonar el tono sarcástico—. Cleveland *escribía*.

—Pues sí. Oye, ¿no es demasiado temprano para discutir esto? ¿No podíamos reservarlo para cuando esté lo bastante borracho para ignorarte y dormirme en medio de una respuesta? Lo cual me da una idea —dijo, y sin disminuir la velocidad apartó el coche de la angosta estatal, y paramos en el aparcamiento desierto de una tienda de comestibles, donde Cleveland se bajó y abrió el maletero.

—¿Qué hay en el maletero? —le pregunté a Arthur, quien bostezó, se desperezó y volvió hacia mí su cara rosada y sin afeitar.

—Olvido —dijo—. En el maletero hay olvido.

Cleveland volvió a sentarse con un paquete de seis latas extraído del enfriador, y cuando llegamos a la casa del lago ya estaba por acabar la segunda Rolling Rock, y aunque aún podía conducir aceptablemente, me alegré de que no fuéramos más lejos. La carretera se hizo más estrecha y tortuosa, los árboles más densos y a la izquierda, entre los pocos resquicios que dejaban los pinos y los plátanos, empezaron a divisarse retazos de lago plateado y toldos a rayas de casas distantes; pronto llegamos a una avenida de grava, a un racimo de buzones como una hilera de desvencijadas casas de alquiler, con las banderitas de metal abolladas y caídas en diversos ángulos. Íbamos avanzando por la avenida, levantando un ruido de guijarros, cuando Cleveland paró el coche, lo aparcó y se bajó.

—Voy a dar una vuelta —dijo. Cerró de un portazo y se alejó, llevándose una lata de cerveza. Arthur y yo nos quedamos sentados, mirándole arrastrar los pies rumbo a la casa vacía, con un paso decidido y no obstante cuidadoso. Laboriosamente el motor empezó a enfriarse. Pasaron dos o tres minutos. Arthur apoyó los pies en el salpicadero.

—¿Y bien? —dije.

—Siempre hace lo mismo —dijo Arthur—. Ya volverá.

—¿O sea que debemos quedarnos aquí esperando?

—¿Sabes conducir?

—¿Y tú no? —pasé por encima del respaldo y me coloqué al volante, que estaba tibio sólo en los dos lugares donde Cleveland había puesto las manos—. Eres una auténtica reliquia —dije.

—Siempre ha habido gente dispuesta a llevarme —dijo él, encogiéndose de hombros mientras yo ponía el motor en marcha—. Gente como tú.

Aunque Cleveland había dicho que su padre iba cada dos semanas, la casa de verano se veía abandonada. Era de madera blanca con adornos azules, y tenía una galería que la rodeaba por completo y un bote blanco de remos pudriéndose en el parque; este parque, lleno de hierbajos y mosquitos, comenzaba al borde de la playa, rodeaba la casa y terminaba abruptamente frente a la hilera de árboles, en una combada cerca de

tablas cubiertas de parras, como si a duras penas pudiera detener la intrusión del bosque —y lo cierto era que entre los hierbajos amenazaban ya algunos arbustos e incluso árboles jóvenes. Uno de los escalones de la entrada se había desclavado, las columnas de la galería estaban desconchadas, el asiento de una hamaca de porche colgaba de una sola cadena bajo la ancha ventana delantera, y parándome ante el umbral tuve una aguda conciencia de todas las vacaciones que habían transcurrido allí durante los últimos cincuenta años, de los fantasmales gritos (¡Un colibrí! ¡Una estrella fugaz!), de los amargos suspiros y fogatas de un docena de familias desvanecidas.

Cuando entré en la casa, oscura y fragante de olor a cedro, Cleveland estaba de pie en la sala, dándome la espalda, frente a una fotografía enmarcada que había sobre el hogar. Me acerqué a mirar por sobre su hombro. Era una foto de él a los dieciséis años; tenía una sonrisa angelical en el rostro, los ojos brillantes y el pelo largo y más claro; ya sostenía una lata de Rolling Rock en una mano y un cigarrillo en la otra, pero había en la pose característica algo diferente, algo entusiasta y fulgurante; y la afectada sonrisa era la de un novicio que acababa de conocer el Secreto y apenas puede creer que sea tan sencillo. En la foto se veía guapo, casi magnífico; y observándole ahora, grande, marcado e inmóvil, comprendí por primera vez lo que debían encontrar Arthur y Jane cuando le miraban: una suerte de disminución en el crecimiento, de pérdida a través del aumento, una estrella que había virado del amarillo al rojo. Tal vez yo leyese demasiadas cosas en aquella foto, pero pronto la reacción de Cleveland confirmó lo que sentía. No pude evitar decirle:

—Caray, Cleveland, estás increíble en esa foto.

—Sí —dijo él—. Me sentía feliz.

—¿Era verano?

—Ahá. Aquí, en el lago.

—¿Y el verano no te hace sentirte siempre un poco como en la foto?

—Claro —dijo él, pero era evidente que sólo intentaba animarme, mientras su voz más sincera confesaba: No, ahora ya no. Golpeteó el cristal con un dedo y luego se volvió.

—Te enseñaré tu habitación —dijo, eludiendo mi mirada. Dio un paso, se volvió de nuevo hacia la fotografía y una vez más la golpeteó.

Mi habitación era la galería cubierta del fondo de la casa, que cuando las aguas subían colgaba sobre el lago Erie. Lentamente me puse el bañador y luego, entumecido aún por el viaje, bajé corriendo a la playa, donde encontré a Arthur y Cleveland tendidos sobre sus toallas y riéndose, las latas de cerveza medio enterradas en la arena como pequeños *bunkers*. Del agua llegaba una ligera brisa, y ambos se habían dejado puestas las camisetas. La de Arthur decía ÚLTIMO AVISO. Bebimos,

nadamos, descansamos en la arena sucia y miramos las barcas. En un momento Cleveland desapareció en la casa para volver con un rifle de aire comprimido y una bolsa de basura llena de botes de conservas. Sentado sobre mi toalla, observé cómo disponía una línea de blancos sobre la valla, apuntaba y uno a uno los volaba sin errar un tiro.

—¿Cómo es capaz de hacerlo borracho? —le pregunté a Arthur.

—No está borracho —dijo él—. No se emborracha nunca. Simplemente bebe y bebe y bebe hasta que se derrumba, pero nunca se emborracha.

Me acordé de la foto de la repisa, de la lata de cerveza.

—¿Qué era lo que escribía?

—Ah, ensayos. Supongo que se podría llamarlos así: ensayos anormales. Ya te hablé de aquél sobre las cucarachas. En el colegio teníamos una profesora, una mujer fenomenal. Por ella empezó a escribir.

—¿Y?

—Y después, claro, ella se encontró con aquel desastre.

—¿Qué desastre?

—La muerte —girando sobre su cuerpo apartó la cara, de modo que ahora yo no le veía más que la nuca y apenas si podía oírle porque el viento se llevaba la voz—. Así que, teóricamente al menos, ésa fue la razón de que lo dejara. Pero es la misma mierda de siempre. Una excusa perfecta para cada fracaso. Por lo general alguna clase de desastre.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo que su madre se suicida y su padre se convierte en el marica más pavoroso que yo haya visto, y los he visto pavorosos, puedes creerme, de modo que Cleveland queda excusado de toda obligación de hacer algo bueno o productivo —se quitó la camiseta para cubrirse con ella la cabeza, dejando desnuda la espalda flaca y rosada.

—¿Pero quería él ser escritor? —dije, e intenté quitarle la camiseta de la cabeza, pero él la agarró y permaneció escondido.

—Claro que le hubiera gustado; pero ya ves, ahora tiene unos pretextos inmejorables. Es mucho más fácil arruinarse la vida casi todas las noches.

—Tú bebes mucho.

—Es diferente.

—Mírame.

—No. Mira, Cleveland ya ha vivido demasiado el rollo este del Fin de Semana Loco. Yo soy el que más culpa tiene por reírme de él y respetarle por ser un fiasco. Conoce a montones de personas y todas quieren ser amigas tuyas. Al menos al principio. Después cambian de idea.

Era verdad. Había logrado deteriorar su encanto y su brillantez de borracho al punto de que, de vez en cuando, uno se encontraba con alguien que ante la sola mención de Cleveland exclamaba «¿Ese monstruo?».

—Ya te he contado que, al suicidarse, la madre le dejó cerca de veinte mil dólares. Pues se han esfumado. Se los gastó todos. La mayor parte en droga, cerveza, discos y viajes para ver a Grateful Dead en Charleston, Boston, Oakland o incluso, una vez, en California. En mierdas. ¿Sabes qué hace ahora?

—Sí —respondí.

Arrojó la camiseta y se revolvió para mirarme, aunque desde luego su cara no delataba sorpresa alguna.

—¿Te lo ha dicho?

Me levanté.

—Soy un fracaso —dije—. ¿Cuántas dianas crees que podré hacer?

Eché una siesta en la terraza cubierta, sobre el rumor de las aguas, y de repente olí a chile. Permanecí en el catre, despertándome lentamente por etapas, mientras el cálido olor rojo penetraba en mi cerebro, hasta que se me abrieron los ojos. Fui hasta la cocina y me paré junto a Cleveland, que abrió un bote tras otro hasta reunir dos docenas de blancos para el día siguiente y un galón de chile en la sopera. Llevaba el torso desnudo y tenía una magulladura de borracho en el hombro izquierdo, otra en la barbilla y otra en el antebrazo.

—Caray, sí que tienes estómago —dije.

Paró de remover la aromática pasta marrón y se palmeó orgullosamente el vientre.

—Vaya si tengo —dijo—. Me encuentro en pleno proceso de devorar el mundo entero. País por país. La semana pasada me limpié Bahrain y Botswana. Y Belice.

Nos sentamos a la rayada, hermosa mesa de roble con los respectivos tazones de chile y yo empecé de nuevo a beber cerveza, que estaba fría y me despejó la cabeza. Después de la cena salimos. El crepúsculo era tranquilo. Arthur encontró una pelota Wiffle y un bate de béisbol, de modo que fuimos a la playa y él, diestramente, se puso a golpear largas bolas que nosotros íbamos a buscar nadando. Después de haber vuelto a la costa, la brisa nos dio escalofríos y nos pusimos los chándales. Cleveland me enseñó a encender una cerilla protegiéndola con el cuenco de la mano, «como el hombre de Marlboro», y luego cómo arrojar una colilla a diez metros después de haber fumado el cigarrillo. Aunque el sol se puso nos quedamos en la playa, mirando las luciérnagas y algún que otro murciélago. El bosque estaba lleno de grillos, y la música de la radio en la galería se mezclaba con el ruido de los insectos. Me senté en la arena y por un momento pensé en Phlox. Cleveland y Arthur se alejaron por la orilla, demasiado para que yo oyese de qué hablaban, fumando sendos, largos cigarros Antonio y Cleopatra que después enterraron en la arena. Se quitaron los chándales y corriendo se lanzaron al agua en el lugar donde años antes Cleveland había maltratado a su hermanita.

Sentí alegría —o bien una emoción tenue y agradable centrada en el estómago,

producto de la cerveza— al contemplar el agónico azul del cielo, atormentado en los bordes por relámpagos de calor, y al oír los grillos, y los gritos que venían del agua, y la voz de Jackie Wilson en la radio, pero era una alegría tan parecida a la tristeza que un momento después abatí la cabeza.

—¿Cómo puedes pasar tanto tiempo con ella? —estaba diciendo Arthur, mientras arrojaba agujas de pino al fuego que Cleveland había encendido en la playa, donde eran capturadas, ardían y se consumían tal como mis estados de ánimo lo habían hecho el día entero—. Se cree tan encantadora...

—Igual que tú —dijo Cleveland. Dos pequeñas fogatas se reflejaban en las lentes de sus gafas oscuras—. ¿Y qué tiene eso de malo? Se exagera a sí misma. Es saludable, ¿no?

—Es insufrible —dijo Arthur.

—Es una muestra de genio —dijo Cleveland—. Un genio del que tú careces. ¿Acaso no proclamo yo que estoy en pleno proceso de comerme el mundo? Una exageración patente. ¿No proclamo que soy el Demonio Encarnado?

—Sí —dije yo—. Sí —y les conté de mi rascacielos, de mi zepelín, del estruendoso ascensor, y Arthur gruñó, abrió otra cerveza y comentó que eso también era insufrible.

—Al contrario, es grandioso... Él tiene razón, es grandioso —dijo Cleveland—. La grandeza es la meta de la vida, de la evolución, de los hombres y las mujeres. Piensa en los dinosaurios. Comenzaron como tritones, pequeños tritones. Todo crece. Las culturas, los edificios, la ciencia...

—Los hígados, los problemas de alcohol... —dijo Arthur y, poniéndose en pie, se dirigió a la casa a buscar más cervezas.

—No lo comprende —dije.

—Sí que lo comprende —dijo Cleveland—. Ha oído lo mismo un millón de veces. En una época teníamos... una imagen de nosotros... Bien, no de nosotros sino, bueno, era como lo tuyo en el hotel. ¿Cómo lo llamarías, Bechstein?

—Una imagen. ¿Una imagen de las grandes cosas que buscabais?

—Anda, tú puedes decirlo mejor.

—¿Qué tal «una manifestación de la voluntad de grandeza»? —dije.

—¡Exacto! —me arrojó un guijarro a la cabeza—. Qué imbécil. Vale, pero la cosa iba de mujeres. Era la época en que Artie tenía aún inclinaciones ambisexuales. Bambisexuales. Y ambisexuales.

—Vamos...

—Cierra el pico. Teníamos una visión... Imagínate tu hotel rascacielos, sólo que con la ciudad entera alrededor; piensa en todo un horizonte de grandes edificios *art déco* con reflectores, cuyos haces rasgan el cielo loca, frenéticamente. Y de pronto

allí están ellas, barridas por los haces de los reflectores.

—¿Allí están, quiénes?

—¡Las mujeres gigantes! Mujeres espléndidas, como Sophia Loren o Anita Ekberg, pero del tamaño de montañas... Y patean edificios, aplastan coches con sus tremendos pies de uñas pintadas, atrapan aviones en el aire.

—Ya entiendo —dije.

—Ésa era la manifestación de nuestra voluntad de grandeza —hubo un largo silencio. Dentro de la casa se dejó oír la cadena del lavabo—. Eemm, Bechstein, una cosa...

—¿Sí?

—¿Cuándo podré conocer a tu padre?

—Tú estás chiflado.

—No, estoy seguro de que me gustará. Él también es grande. He oído hablar. He oído que es uno de esos individuos realmente sabios. Me gustaría que me lo presentaras. Si no te molesta. E incluso aunque te moleste.

—¿Qué es exactamente lo que haces con Dave Stern? ¿Cuestiones de dinero?

—R y E.

Se refería a la recogida y entrega del dinero de un préstamo. Una vez prestado el capital a algún desdichado, cada semana pasaba a recoger los ridículos intereses.

Aunque al principio me había resistido, de pronto comprendí que debía tomarme en serio las relaciones de Cleveland con el submundo. Cleveland era capaz de trepar. Derribaría la barrera que se alzaba entre mi familia y mi vida, y escalarla el muro que yo constituía.

—Pero, Cleveland, tú *no puedes* conocer a mi padre —si es posible combinar un murmullo y un gemido, tal era el tono de mi voz—. Anda, cuéntame más sobre los reflectores y las mujeres gigantes.

—Las recuerdo muy bien —dijo Arthur, que acababa de regresar—. Era él quien deseaba eso, no yo. Lo único que yo quería era saber quién había construido la Fábrica de Nubes. Ambición que, por cierto, es más bien reducida.

—La Fábrica de Nubes la construyó Dios —dijo Cleveland—. Y Dios es el más grande de los grandes.

—Incorrecto —dijo Arthur—. La Fábrica de Nubes no existe. Tampoco Dios, ni las mujeres gigantes, ni los zepelines.

—Que te den por el culo —dijo Cleveland—. Uno de estos días vendrán a buscarme. También a vosotros vendrán a buscaros. Preparaos. Prepara también a tu padre, Bechstein.

Se levantó, entró en la casa y no volvió a salir.

—¿Qué era eso de tu padre? —dijo Arthur.

—Vete a saber —dije yo—. Probablemente me ha confundido con Jane.

A la mañana siguiente, mientras me contemplaba la resaca en el espejo, meciendo cuidadosamente mi dolor de cabeza con las dos manos, oí gritos, luego pasos frente a la casa, y por fin una voz femenina de familiar acento sureño. Salí a observar.

Junto a dos bolsas de provisiones, Cleveland y Jane estaban enmarcados por la puerta delantera, y Arthur, en calzoncillos y la camiseta que decía ÚLTIMO AVISO, los contemplaba con los ojos redondos, cauteloso pero sonriente. Pensé en nuestro primer encuentro en la acera de la biblioteca. Jane, bronceada y saludable, con el pelo casi descolorido, llevaba un vestido de algodón a cuadros rosas y amarillos que no armonizaba con los puños crispados a los lados del cuerpo, ni con los hombros musculosos, ni con la feroz mirada.

—Adelante —dijo Cleveland—. Atrévete.

—Claro que me atreveré —dijo Jane—. Te pegaré.

—Hola, Jane —dije yo—. Estás estupenda.

Se volvió a mirarme, abrió los puños, sonrió y luego, enfrentándose a Cleveland, le descargó un gancho de derecha en la mandíbula. Cleveland fue a dar contra la pared; se tocó la comisura de la boca con un dedo y contempló la sangre con una expresión divertida. Por un momento le sonrió a ella, luego a Arthur y a mí. Entonces, arrojándose contra Jane, la tumbó en el suelo de tablas con un ruido seco. Empezaron a luchar, dejando escapar gruñidos e insultos. Aunque Cleveland tuviera la ventaja de su peso, yo dudaba de que fuera más fuerte que ella.

—Vamos, chicos, parad ya —dijo Arthur suavemente. Me miró y alzó una ceja, pero se mantuvo inmóvil. Yo traté de interponerme pero un puño me golpeó en la ingle. Dolorido, caí al suelo sin aliento. Jane, debajo de Cleveland, le puso la rodilla contra el pecho y empujó. Él salió despedido hacia atrás y Jane se le echó encima gritando «¡Cleveland!». Cesó el movimiento. Jadeaban ellos y jadeaba yo. Poniéndome de rodillas, vi que Cleveland empezaba a reírse y Jane a llorar.

—Oh, Cleveland —dijo ella.

—¿Has conducido más de doscientos kilómetros sólo para machacarme?

—Sí —dijo ella, y en un alarde de orgullo sorbió aire por la nariz y echó la cabeza atrás alzando la barbilla.

—¿De veras?

—No —dijo ella apoyando la frente en el pecho de él y besándole el enorme vientre. Y en ese momento Arthur, a quien yo no había visto abandonar la sala, volvió a entrar con una jarra de agua que, sonriendo, les vació en las desesperadas cabezas.

—Ellos están bien —dije yo—. Por el amor de Dios, échame un poco de agua en los huevos.

—No sabes cuánto he deseado que me lo pidieras —dijo Arthur.

Así que ahora Jane estaba con nosotros y, aunque echara de menos la intimidad del día anterior, me pareció tan impactante, tan austera y *deportiva*, que agradecí que hubiese aparecido —y no fui el único. Volvió a su coche a buscar el equipaje, cantando no sé qué triste himno con fuerza y fervor, como una niña que hubiese

acabado de aprenderlo aquella mañana. Al entrar en la casa paró de cantar, dejó caer los bultos y suspiró. De un bolso a cuadros extrajo dos arrugados vestidos de lunares y los colgó del picaporte de la puerta de la sala; luego llevó las bolsas con las provisiones a la cocina y las vació sobre el tablero.

—Oh, no, ensalada —dijo Arthur.

Jane había traído varios kilos de verduras, y procedió a hacer una ensalada gigantesca mientras, un poco mecánicamente, volcaba su irritación sobre Cleveland.

—Violaste a nuestra perra... —dijo, cortando finas, traslúcidas rodajas de pepino en una ensaladera del tamaño de una rueda de bicicleta—. Es decir...

Cleveland se transformó por completo. Cambió la cerveza por el zumo de naranja que ella había traído, y no dejaba de abrazarla, de olería, como para asegurarse de que realmente estaba allí. Sentados a la mesa de la cocina, Arthur y yo comíamos uvas contemplando el reencuentro. Nos habíamos olvidado totalmente de nosotros mismos, o al menos eso fingíamos.

—Me dijeron que te habías muerto —dijo Cleveland alegremente—. De disentería.

Sonrojándose, Jane dijo:

—Tú los obligaste a inventarlo —mientras convertía las zanahorias en dólares anaranjados y las cebolletas en verdes cuartos—. No les dejaste otra alternativa —hizo como si fuese a cortarse el cuello con el cuchillo Sabatier, y sacó la lengua—. Tengo entendido que lo encajaste muy bien.

—Estaba destruido —dijo él. Su expresión se volvió sombría, y por un momento pareció verdaderamente un hombre destrozado—. ¿Qué tal Nuevo México?

—Maravilloso.

—¿Fue colosal? ¿Colosalmente sensual? —lento como Júpiter, él había estado girando en torno mientras ella picaba las verduras, pero con la última palabra se detuvo y suavemente cayó sobre su cuerpo.

—«Colosalmente sensual» no sirve siquiera para empezar a describirlo, gilipollas —dijo ella.

Jane y Cleveland habían estado juntos durante casi seis años y, si bien el trato que se daban era flagrantemente familiar, circulaba entre ambos ese rencor intoxicado de las parejas flamantes. Era como si aún no hubiesen decidido si se gustaban. Cuando ella le miraba con amor, sus ojos no se despojaban de la pena y el reproche intensos que siente una madre ante un hijo convicto. Y aunque al hablar con ella Cleveland estuviese más cerca de abandonar su afectación que ante cualquier otra persona, la afectación persistía. Creo que fundamentalmente estaba celoso: no de algún amante fantasmal —porque Jane no los tenía— sino de *ella* misma, de su demencial optimismo semiinglés y de su manía por las ensaladas y las caminatas interminables. Y pienso que Jane tenía miedo de Cleveland, miedo del día en que inevitablemente lo echara todo a perder.

—¿A todos os gustan los ajos tiernos? —dijo ella—. He traído unos cuantos

frescos. Apuesto a que no habéis comido una sola verdura desde que llegasteis.

—Comimos judías —dije yo.

Miramos en silencio cómo preparaba el condimento, echando hierbas en la vinagreta sin mirar siquiera las etiquetas de los frascos. La vi poner nuez moscada en la mezcla, y luego curry. Después de haber puesto la ampolleta a contraluz para examinarla durante medio minuto, observando cómo las partículas se hundían bajo la línea que separaba el aceite del vinagre, se volvió hacia Cleveland.

—Sabes, la verdad es que Nuevo México me encantó. Hay tantos animales interesantes, y los indios son tan amables... He visto una serpiente de cascabel, Cleveland. Y cientos y cientos de motos. Estoy segura de que te gustaría. Se me ocurrió que quizá alguna vez podríamos ir juntos.

—Claro —dijo Cleveland. Desplegó las manos como preguntando: ¿Por qué no partir ahora mismo?

—No hablas en serio —dijo ella.

—Espera a que consiga algo de dinero. Entonces podremos ir a cualquier parte. Podremos comprar una caravana.

—Tú nunca tendrás dinero —dijo Jane. Agitó el condimento y luego lo vertió en la ensalada—. ¿O sí?

Estudí el rostro de Cleveland, que no revelaba nada, pero al volverme hacia Jane descubrí que me estaba mirando fijamente, y tuve conciencia de que me había ruborizado.

—Es una ensalada magnífica —dije.

—Pues bien, vamos a comerla, Art —dijo ella—. Vamos, muchachos. A comer un poco de verdura.

Para mi asombro, después de comer Jane me pidió que la acompañara al pueblo. Alzando la lata de cerveza, Cleveland me dirigió una sonrisa de madera; era obvio que ella le había anunciado lo que planeaba hacer.

—Todos los informes de conducta que puedo darte son brillantes, Jane —dije.

Me puse las zapatillas de tenis mientras intentaba reunir fuerzas para rechazar la invitación. Ya la había visto venir durante la comida: Jane sabía algo, algo había oído, estaba preocupada por Cleveland. Arthur entró en la sala con un libro de Manuel Puig de largo título en español. Siempre estaba enamorado de algún nuevo escritor latinoamericano.

—¿Adónde vais, gente? —dijo mirando a Cleveland.

—Al pueblo —dijo Jane—. ¿Necesitas algo?

—¿Puedo ir?

—Tienes que hacerle compañía a Cleveland.

—Claro que puedes venir —dije yo.

Arthur volvió a mirar a Cleveland.

—No, mejor no —dijo—. Prefiero leer.

Jane abrió la puerta; por unos segundos permanecí inmóvil, molesto porque me hubiera elegido y repentinamente temeroso de hablar con ella. Pero cuando salí, el domingo estaba en flor, el aire vibraba con el olor del lago y rápidas nubes pasaban frente al Sol. Di unos cuantos saltos, sintiendo cómo cedía la tierra bajo mis pies.

—¿No es maravilloso este lugar? —dijo Jane—. La próxima vez deberías traer a Phlox.

—La habría traído si hubiese sabido que tú venías.

—No te estoy regañando. Sé bien por qué los hombres venís aquí.

—Vale —dije—. Y yo también sé por qué has venido tú.

—Perfecto. Mira. Allí arriba, ¡un buitres! En Nuevo México he visto muchos. ¿No son bellísimos?

—No creo que en Nueva York tengan buitres —dije.

—Hay buitres en cualquier sitio donde haya animales muertos —dijo ella—. Por aquí.

Bajamos hasta los buzones por la avenida de grava, pero, en vez de tomar por el agrietado camino de asfalto, ella señaló una sucia senda que pasaba por encima del terraplén y se despegaba en dirección opuesta a la casa.

—Por este lado es más corto —dijo.

Anduvimos por entre calabazas semienterradas, zanahorias silvestres, cataratas de madreSelva; Jane recogió una rama y se puso a machetear perezosamente las zarzas y hiedras que invadían la senda. Parándose un momento, arrancó un frágil tallo de zanahoria silvestre y me acercó al rostro la espesa raíz marrón.

—¿A que huele bien? —dijo.

—Mmmm —dije yo, inhalando el olor a tierra y a caldo. Me sentí como si volviese a ser un niño en vacaciones, de paseo con un primo mayor. Al pasar junto a un minúsculo arroyuelo, ella me arrastró hasta el borde y se arrodilló junto al agua centelleante. Yo encontré una varilla y la partí en dos. Me sentía un poco alerta, pero deseoso de soltarme.

—Hagamos una regata —dije. Lanzamos las barquitas y las miramos cabecear hasta que se perdieron de vista. Luego ella recuperó el bastón y nos pusimos en marcha, hasta que llegamos a un lugar donde el arroyo se ensanchaba y había un basto puente de madera para cruzarlo. Nos apoyamos un minuto en la baranda.

—Escupamos —dije. Escupimos. Era divertido, y volvimos a hacerlo. Aún me estaba riendo cuando ella me cogió por la muñeca, con los ojos llenos de lágrimas, y dejamos de ser dos niños en una excursión campestre. Me había atrapado.

—Sé que tú lo sabes, Art —me dijo—. Dime qué hace Cleveland.

—¿A qué te refieres?

—Me he cruzado con ese tipo barato que tiene de amigo, Dave Stern.

—Es mi primo.

—Lo siento; en realidad no es tan barato.

—No es nada —dije yo—. No es primo mío de veras. ¿Qué te dijo?

Ella controló el llanto. Se pasó la mano por la frente, se apartó el cabello de los ojos; pero en seguida empezó de nuevo. La falda rosa onduló mientras corría unos metros. Después se paró a esperarme.

—La verdad es que no dijo nada. Sólo sugirió. Se ve que quería fastidiarme. Contó que Cleveland estaba trabajando para su padre. Entonces yo le pregunté a qué se dedicaba su padre.

—¿Y qué te dijo?

—«Mi padre hace negocios.»

—Y luego se rió como un besugo.

—Cuéntame —dijo ella, y sonaron cuatro sílabas.

—No sé nada —dije yo. Era tan evidente que estaba mintiendo que me mordí el labio—. ¿Le has preguntado a Cleveland?

—Sí, y me dijo que te preguntara a ti —se detuvo y acercó la barbilla, clavándome los ojos, y sentí en la cara el golpe de las palabras—: Así que cuéntamelo.

—¿Te dijo que me preguntaras a mí? —intenté imaginar si Cleveland me estaría probando. ¿Pensaría realmente que yo podía contarle a Jane la verdad?—. Te ha embaucado. Yo no tengo ni idea de lo que hace Lenny Stern.

—¿Lenny Stern? —dijo ella.

—Es una especie de tío mío.

—¿Es traficante en drogas? ¿Se dedica Cleveland a traficar?

Agradecí la oportunidad de decirle la verdad.

—No —dije—. Eso sí que lo sé.

Pareció sentirse aliviada a pesar de sí misma, a pesar de saber que debía seguir preocupándose.

—Bien, si al menos sabes eso... —dijo, y se apartó de mí para escrutarme cuidadosamente. Comprendía que yo le había mentido y, aunque hubiese elegido creerme, nunca volvería a confiar del todo en mí.

Cuando regresamos, Jane y Cleveland empezaron a beber y Arthur y yo los miramos pelearse toda la tarde. Durante un rato, sin decir palabra, intenté darle a entender a Cleveland que no me había chivado. Él me ignoró; parecía sentirse muy bien. Se levantó, aspiró profundamente y exclamó:

—¡Ah, el dulce olor a meada de la madera de cedro!

Al fin nos limitamos a apartarnos de su camino. Y sin embargo nos los seguimos encontrando, besándose en el estrecho triángulo formado por las dos puertas del vestíbulo abiertas, o a la sombra del nogal que había en el jardín delantero. Al ponerse el sol nos reímos de sus remotas siluetas, que se movían juntas a lo largo de la playa. Nosotros estábamos en el marco de la puerta, apoyados uno en cada jamba y fumando. De pronto dejamos de reír. Yo sentí envidia de sus manos, que cada uno

llevaba en el bolsillo del tejano del otro, y también sentí envidia de su historia, de los días tranquilos y los frenéticos, de la simple suma de años que se extendía a sus espaldas.

—Por más que pase mucho tiempo con vosotros, tíos, nunca podré alcanzaros.

El cigarrillo colgaba laxo del pelado labio inferior de Arthur, y me di cuenta de que él también tenía sus razones para esa súbita tranquilidad.

—¿Alcanzarnos en qué? —el Kool se movía con las palabras.

—En el tiempo. En todos los días y atardeceres como éste que habéis vivido.

—Ah —sonrió muy tenuemente.

—¿Qué piensas?

—La verdad, estaba pensando que volver a ver juntos a Cleveland y Jane me produce cansancio. Ya sabes, tantos días y atardeceres como éste... Pero no puede durar mucho más.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que... nada. Aquí vienen —lanzó la colilla en dirección a ellos con un balanceo exageradamente formal del brazo, como disparando una salva o desatando una llamarada.

LA ENFERMERA DEL AMOR MALIGNO

De regreso en la gran ciudad, me sentí contento, alarmantemente contento, de volver a ver a Phlox. Aquel lunes, a la hora de cenar, nos encontramos en la calle ardiente, frente a la puerta de Libros Acera, y sin siquiera pensarlo yo la alcé en brazos, la columpié y la besé, en medio de los treinta y cinco grados de calor, como un soldado a su novia. Levantamos algunos aplausos. Cogí en mis puños la cintura de su delgado, tosco vestido de algodón, y apreté sus caderas contra las mías. Dijimos montones de tonterías y, con los pies separados y las cabezas juntas, como el tejado de una casa de naipes, caminamos hacia el Wok Inn. Le pregunté por las mechas rojizas que llevaba en el pelo.

—Limonos y sol —dijo ella—. Te pones un sombrero de paja viejo, haces pasar unos mechones de pelo por los agujeros y los empapas en zumo de limón. Pasé un fin de semana de lo más solitario, mojándome con zumo.

—Pues yo igual. Eso de los limones lo has sacado del *Cosmopolitan* —dije—. La otra mañana lo leí en tu cuarto de baño.

—¿Leíste mi *Cosmo*?

—Leo todas tus revistas. Respondo todos los tests amorosos haciéndome la cuenta de que soy tú.

—¿Y cómo lo hago?

—Haces trampa —dijo yo.

Pasamos frente a una tienda de compra-venta que tenía el escaparate lleno de ruinosos maniqués con vestidos de lentejuelas, viejas tostadoras y lámparas cuyos pies eran pequeños galeones españoles. En un rincón había una caja chata, multicolor.

—¡Un Twister!^[4] —dijo Phlox—. Oh, Art, comprémoslo. ¿Te puedes imaginar?

Agarrándome del brazo me arrastró hacia la tienda. La vendedora sacó el juego del escaparate y nos mostró que estaba intacto; la ruleta todavía giraba y el tapete se veía bastante limpio. Durante la cena quedó bajo la mesa entre mis pies y los de ella y, primero mientras continuábamos la alegre charla vacía, luego cuando yo le resumí el fin de semana en la casa del lago, la caja del Twister se sacudía y me raspaba con cada golpe del inquieto tobillo de Phlox.

En la sala de su apartamento hicimos a un lado las sillas y la mesita de té para desplegar el tapete de plástico sobre la alfombra. Los cuadrados de colores primarios, las desordenadas, rojas letras *gogó* que en ambos extremos formaban la palabra

«Twister!», acarreaban en aluvión recuerdos de fiestas de cumpleaños de los sesenta y sábados de lluvia en el sótano. Phlox se deslizó hacia su cuarto para «despojarse del recluyente ropaje de la civilización», según dijo, y yo me senté en el suelo a desatarme las zapatillas. Me inundó una extraña alegría. Aunque los muebles de Sears, el Renoir falso, la estatuilla del gato y lo demás siguieran pareciéndome bastante feos y de mal gusto, descubrí que había hecho uno de esos habituales esfuerzos estéticos que consisten en tragarse, sin pensarlo, un sistema entero de horteradas —Las Vegas, o una bolera, o las películas de Jerry Lewis— para después hallarlo bello y divertido.

En cierto modo, reflexioné, yo había hecho lo mismo con la propia Phlox. Todo en ella tenía un aura de chica de película de serie B, de amante de pandillero, de cortesana de mala novela, o de *adrice* de un filme francés sobre la alienación y el hastío; el maquillaje y los cariños exagerados; todo aquello que era de un gusto dudoso y hubiese podido molestarme o producirme risa, yo había llegado a aceptarlo, lo esperaba e incluso lo alentaba. Phlox me complacía tanto como Elvis Presley o los peinados airosos. Cuando salió del cuarto con un quimono de nailon y grandes pantuflas de piel turquesa me sentí casi mareado de reconocimiento, y el chillón tapete de plástico del Twister, extendido a mis pies, me pareció la auténtica matriz o el plan impreso de todo lo que en ella me gustaba.

—¿Quién hará girar la ruleta? —pregunté—. ¿Está Annette en casa?

Annette era la compañera de piso de Phlox, una enfermera grande y estruendosa, las extravagancias de cuyo horario de trabajo yo era incapaz de memorizar.

—No. Tendremos que ponerla aquí cerca y arreglarnos.

Gateando hasta el otro lado del juego me senté sobre las pantorrillas, y otro tanto hizo Phlox. Durante un instante nos contemplamos por encima del tapete. Luego ella disparó el brazo negro de plástico que hacía girar la ruleta.

—Mano derecha en azul —dijo.

Me incliné y puse la mano derecha en el centro de un casillero azul. Ella hizo lo mismo, y al caer un poco hacia delante, se le abrieron los bordes del quimono y el pelo se le derramó sobre la cabeza. A través de las ondas del cabello veteado espí en las sombras de la bata. Ella volvió a disparar la ruleta.

—Pie derecho en verde.

Esto nos dejó a los dos mitad dentro del tapete, mitad fuera. Las hileras del verde y del azul estaban más cerca de mí que de ella; yo había adoptado una especie de postura en cuclillas alargada, con la mano y el pie derechos sobre el tapete, uno detrás de la otra, pero Phlox había tenido que estirarse más para apoyar la pantufla delante de la mano derecha. Levantó unos centímetros la brillante pierna izquierda para consolidar la postura, y al fin se tambaleó unos segundos antes de caer de lado.

—Has perdido —me reí; pero ella respondió que no valía y empujó la ruleta hacia mí antes de enderezarse de nuevo, mientras la piel del muslo tenso le temblaba por el esfuerzo. Disparé.

—Pie izquierdo en azul.

Como ella tenía la mano derecha en el casillero azul donde a mí más me hubiera convenido poner el pie izquierdo, y como me había arrebatado la mejor alternativa — el que estaba junto a mi mano derecha— me vi obligado a pasar el pie izquierdo a través del triángulo formado por su pierna y brazo derechos, y bajo el tejano sentí el contacto mudo de mi muslo contra su tobillo desnudo. Ahora ambos estábamos apoyados en tres puntos del tapete, inclinados hacia delante, y tan juntas teníamos las cabezas que las orejas se besaban. La profunda risa italiana de ella, cerca de mi oído, parecía brotar de esa oscuridad que el quimono apenas ocultaba, y sentí que ambos extremos de mi espina dorsal intercambiaban ansiosos mensajes. Moví la cadera y volví a disparar.

—Mano derecha en amarillo.

El equilibrio se desplazaba hacia su lado del tapete. Se dejó caer hacia atrás, apoyándose en la mano derecha, y yo me encontré prácticamente encima de ella, ahora también riéndome, con su pelo flameando tan cerca de mi boca que me bastó abrirla para poder masticar las puntas más cercanas. Crujieron de un modo extraño y luego, al caer de mis labios, quedaron colgando húmedas y pegadas unas a otras como pequeños pinceles.

—Dispara —dijo ella.

—Ya disparo.

Ella me observó, la boca firme pero los ojos prestos a soltar la risa en cualquier momento, y después, con una dulce flexión de los músculos de la cara, se mordió el labio inferior con una expresión atribulada, como si sintiese que estaba por caerse. Volví a disparar con la mano izquierda, que un instante después perdía su libertad.

—Mano izquierda en verde.

Me lancé hacia el mejor casillero, pero ella, apartándose de mi camino, cruzó el cuerpo en el mío y me obligó a meter el brazo por debajo de sus muslos. Tuve que girarme hasta quedar boca arriba. Me encontré mirando el fragante hueco de la axila de ella, con la cabeza acunada entre sus costillas y su cadera. Mis dedos se debatieron por tocar el casillero verde. Me temblaban los muslos, y las rodillas y los hombros me dolían. No sé cómo, ella se las había ingeniado para mantenerse erguida. Podía reírse de mi temblorosa lucha a cuatro patas por evitar la caída, pero lo cierto es que de pronto yo estaba volcándome entero en el juego.

—Dispara tú —dije apretando los dientes.

—No puedo.

—Anda, dispara, maldita sea —el retorcido apoyo que mi pie derecho había consolidado en el casillero verde empezó a ceder.

—No puedo.

—¡Phlox! —dejé caer la cabeza contra el suave nailon que le cubría el muslo. Por el pecho jadeante resbalaban gotas de Opium y de sudor. Tuve una erección —pido excusas por mencionar una vez más el estado de mi pene—, que se estrelló contra las

paredes de algodón de su solitaria celda. Sentí que mis dedos se estaban deslizando.

Sonó el teléfono. Una, dos, tres veces.

—¡Cae! —dijo ella. Arqueando como un pájaro el largo cuello, se inclinó para besarme.

—No —sudorosos, mis manos y mis pies se deslizaron por el plástico haciendo breves ruiditos delatores. Ella me mordió la punta de la nariz.

—¡Cae!

Y caí, a una velocidad de diez metros por segundo.

Durante las primeras semanas de julio mi vida se acomodó a un esquema, manera ésta en que uno suele enterarse de que ha llegado julio. Pasaba las noches en el apartamento de Phlox, los días en Libros Acera y las últimas horas de la tarde, bien con Cleveland y Arthur, bien con la Enfermera del Amor Maligno, como Cleveland se había acostumbrado a llamar a Phlox últimamente. Cierta compulsividad heredada de mi padre, así como una especie de delicadeza innecesaria, me había llevado siempre a mantener separadas mis amistades, a rehuir las excursiones en grupo, pero durante aquel sereno par de semanas bajo el prisma del verano me sentí libre de la culpa que solía acompañar mis malabarismos con los amigos, y libre también de la sensación de duplicidad emanada de mi costumbre de arrinconar a la gente que quería en distintos ángulos de mi vida; de modo que de vez en cuando almorzaba con Phlox y con Arthur, los tres sobre el mismo trozo de hierba.

Cleveland pasaba la mayoría de las noches con Jane. Ella había mantenido durante años la amistad de una ficticia muchacha llamada Katherine Tracy, una persona de temperamento artístico y desequilibrado que a veces intentaba suicidarse, o bien enfermaba seriamente de colitis, anorexia, herpes, miocarditis o hemorroides. En tales períodos Katherine Tracy requería atención y compañía permanentes, y tanto el doctor como la señora Bellwether, que con los años habían llegado a apreciar a la insegura e intensamente susceptible muchacha, aprobaban comprensivamente que Jane se marchase unos días del hogar para atender a su amiga, quien era presa de un miedo neurótico al teléfono y jamás había querido que se lo instalaran. A qué dedicaba Cleveland los días era algo que yo no tardaría en descubrir.

En cuanto a Arthur, el comienzo de julio le acarreó dos exámenes finales de cursos de verano y un feo brote de sarna, enfermedad ésta que, aparte del herpes, era el peor de los males venéreos imaginables en aquella época. La sarna lo mantenía la mayor parte del tiempo encerrado en su casa, estudiando y envuelto en olor a pomada Kwell. Yo no sentía impulso alguno por comprometerme más con una parte de mi vida que con otra. Phlox (quien se me había adelantado en la sospecha de que ella y Arthur se estaban volviendo inconciliables, y a quien acaso Arthur no le había gustado nunca —pues, como de hecho confesara ella misma una vez, «A mí los

hombres nunca *me gustan*; o los amo o los detesto») y Arthur, por cierto, echaron a perder la única noche que los cinco salimos juntos, no sin antes haber destruido el mediodía que la precedió.

Una vez más, la velada se inició para mí con una visión obtenida a través del escaparate de Libros Acera. Unos quince minutos antes de la hora convenida para que fuesen a recogerme, Phlox, Arthur, Cleveland y Jane pasaron frente a la tienda y, si bien yo les vi, tardé un rato en reconocerles. Iban de a dos. Primero apareció el par de mujeres, una de ellas extrañamente ataviada con una acumulación de ropas de tres o cuatro eras distintas, hablando y examinando el brazalete de la otra, que llevaba una falda a rayas color caramelo y un suéter amarillo brillante. Los cabellos de ambas ondeaban al viento como cortas bufandas, y los rostros parecían cínicos y alegres. Detrás iban los dos hombres, uno con una negra cabeza leonina y botas negras, el otro con botas blancas de baloncesto, sonrosados y saludables ambos bajo el sol y sosteniendo cada uno su cigarrillo de distinta forma: el más fornido con una negligente soltura, el delgado filosa, bruscamente, como si el pitillo fuera una herramienta verbal. ¡Dios mío!, pensé yo en un instante vertiginoso, antes de que me saludaran con la mano. ¿Quién es esa gente tan bella?

Siguieron de largo y yo apreté la cara contra el cristal para seguir las menguantes siluetas. Me sentí como un nativo de los Mares del Sur mirando a los dioses blancos subir a un brillante avión para alejarse de la isla, con la impresión añadida y adecuada de que al sentirme así me estaba engañando. Violentamente me di la vuelta para ver si alguien más en la tienda había presenciado la teofanía, pero al parecer no había sido así, o al menos nadie se había conmovido como yo. Abrí y cerré la caja registradora, me sacudí dentro de la cabina, golpeé el reloj. Cuando a las seis en punto ellos regresaron, salí disparado hacia la calle y allí me detuve, confundido aún tras el desastre del mediodía, sin saber a quién abrazar primero; por fin le di la mano a Arthur antes de estrechar a Phlox. El error estuvo a punto de reavivar las discordias del almuerzo. Mientras la apretaba, Phlox me pellizcó ligeramente el brazo y, desde luego, Arthur se dio cuenta.

—Un apretón de manos antes de un achuchón —le dijo a ella—. Tenlo en cuenta.

Abracé también a Jane, por un instante me vi envuelto en unos brazos suaves y una fragancia de Chanel N.º 5, y luego me enfrenté con Cleveland, quien se alzó las pesadas gafas negras y frunció el ceño.

—Suficiente magreo, de momento —dijo.

Volvimos hacia la biblioteca, donde Cleveland había aparcado el Barracuda. Yo me hallaba en un estado de perfecta ambivalencia, el más grave que había experimentado nunca. Llevaba el brazo alrededor de la cintura de Phlox, contra el gracioso cinturón de cuero blanco que ella usaba para ceñirse el vestido, pero una y otra vez retrasaba el paso para volverme hacia Arthur, Cleveland y Jane. Aunque me di cuenta de que a Phlox aquello la molestaba, reflexioné que en los últimos tiempos me había dedicado mucho a ella, y cuando Jane soltó la mano de Cleveland y se

adelantó para hablarle, yo me uní a los hombres. A Jane le gustaba Phlox; lo decía siempre. En cambio, Phlox pensaba que Jane era insulsa, que se comportaba como una estúpida al seguir arrastrándose en el barro por Cleveland y, desde luego, que estaba secretamente enamorada de mí.

—Al fin lo conseguirás —dijo Arthur, y sonrió.

—Me alegro de veros, tíos.

—También nosotros nos alegramos de verte —dijo Cleveland. Parecía estar de un humor inmejorable. Caminaba resoplando, los tacones de las botas repiqueteando en las baldosas, el vientre hacia dentro—. Oye, Bechstein, ¿cuándo tienes el día libre?

—El miércoles —dije yo, y miré a Phlox. Se reía de algo que Jane le contaba agitando las manos bronceadas. Contemplé los dos traseros y los cuatro pies en tacones altos. Le había prometido a Phlox dedicarle el miércoles.

—Pues veámonos.

—¿Dónde?

—Aquí, en Oakland. En la Fábrica de Nubes, por ejemplo.

—¿Para qué?

No respondió. Arthur, que iba entre los dos, me dirigió una mirada de leve fastidio. Me sorprendió entrever que, aparentemente, Cleveland no le había contado a Arthur lo de mi padre. Descubrir que entre Cleveland y yo había algo de lo cual Arthur se hallaba excluido, algo al margen de la amistad común, me produjo un breve escalofrío, y con la misma rapidez cierta tristeza, incluso cierta vergüenza, me invadieron al pensar en la naturaleza de ese algo. No era lo que más me atraía compartir con Cleveland. Sin embargo, la invitación, por supuesto, era indeclinable.

—De acuerdo —dije—, pero preferiría que fuese por la mañana. Se supone que la tarde he de pasarla con Phlox.

—Perfecto —dijo Cleveland—. Digamos que a las diez —inspiró con fuerza y de la nariz llena de mocos emergió un ruido de matraca—. ¿Estamos obligados a caminar tan deprisa?

Phlox giró la cabeza; entornó, abrió y volvió a entornar los ojos a la luz del crepúsculo, y su mirada, antes y después protectora, por un momento se mostró vulnerable.

El plan era cenar e ir a ver a Ella Fitzgerald, que esa noche actuaba en el Point Park. Cleveland aseguró que la traerían a Pittsburgh en helicóptero, colgada de un gancho como Jesucristo en *La Dolce Vita*; y alguna vez, concluyó, lo mismo harían con él. En el restaurante me senté junto a Phlox y enfrente de Arthur; Jane estaba al lado de éste, en tanto Cleveland acaparó todo el espacio de la cabecera, obstaculizando el paso de la camarera, a quien, en relación con algo que varias veces puso roja la cara de Jane, aparentemente conocía. Arthur y Phlox ya habían empezado a pincharse en el coche de manera más o menos suave, con chistes hostiles y mucha sonrisa.

No era más que la continuación del espectáculo del mediodía. Ciertamente, en los

últimos tiempos lo tres nos habíamos reunido de vez en cuando para comer —detrás de la biblioteca, en el jardín del Soldiers and Sailors o en el parque—; pero aquel mediodía a mí se me había acabado la suerte, y en medio de una discusión de terrible importancia me había visto apoyando a Arthur.

Estábamos hablando de *Born to Run*, el disco de Bruce Springsteen. Yo dije que era el LP más católico que hubiera hecho nunca.

—Fíjate un poco en las canciones —expliqué—. Está María bailando frente a la casa como una aparición mientras suena la radio. Hay gente intentando en vano respirar el fuego en medio del cual nacieron, cabalgando a través de mansiones de gloria. Hay ángeles en automóvil, vírgenes, prostitutas.

—¡Y «Ella es la única»! —dijo Arthur—. Es mariolatría pura.

—Estoy de acuerdo.

—Gracias asesinas y rincones secretos.

—Destesto esa idea —dijo Phlox, abriendo en dos una mandarina con los largos pulgares—. Detesto eso de los «rincones secretos que ningún hombre puede colmar». No me lo creo. Esos rincones no existen.

—Vamos, Phlox —dijo Arthur—. Estoy seguro de que tendrás un par de rincones secretos.

—Claro que sí —dije yo—. Sé que los tiene.

—Pues no. ¿De qué *serviría* un hombre si no pudiese llenar todos los rincones?

Arthur y yo presentamos un frente unido en apoyo de las inconmensurables grutas de la mujer; Phlox, con firmeza y rabia crecientes, defendió su accesibilidad total, y algo en la situación toda empezó a entristecerla. En parte, me figuré, era el hecho de que la discusión fuese tan trivial, y en parte que fuéramos dos contra una; pero sobre todo la evidencia de que el acuerdo entero se estaba derrumbando.

Quizá yo no conociera todas las razones que tenía ella para sentirse molesta conmigo; quizá me bastara alzar simplemente una punta de mi velo para descubrir que no había en las mujeres misterio alguno. El caso es que el almuerzo había sido desagradable y ahora, sobre los rojos platos de pasta, los conflictos se intensificaban velozmente.

—Es porque eres una insegura —estaba diciendo Arthur—. Y además, admítelo, te encanta estar todo el día sentada en esa ventanilla.

—No es verdad —dijo Phlox—. Odio estar allí. Y me habría gustado verte en mi lugar.

—Vale, vale —dijo Cleveland.

—Tú estás chiflada —dijo Arthur—. Lo más probable es que esas señoras ni siquiera se fijaran en ti.

—¡Pero si me viste llorar! ¡Tendrías que haber oído las cosas que dijeron!

—¿Qué dijeron? —preguntó Jane con mucha dulzura. No bien oía que alguien estaba pasando o había pasado un mal momento, se transformaba en un generador de comprensión y corría a asistirlo. Se inclinó sobre la mesa y acarició la mano de

Phlox.

—No podría repetirlo. No me acuerdo.

—Yo sí que me acuerdo —dijo Arthur.

—Artie, *ya vale* —dijo Cleveland.

—Dijiste que te habían llamado puta blanca y estrafalaria que porque se pasaba el día meneando el culo a los chicos se creía la gran sensación.

El grupo entero se hundió en el silencio. Orgullosamente Phlox echó la cabeza atrás y las aletas de su nariz se hincharon. Yo ya había oído la historia algunas veces, pero la vida de Phlox estaba tan repleta de incidentes con mujeres que le atacaban con la rabia de los celos, que el odio rítmico y poderoso de las señoras que limpiaban la Biblioteca Hillman no había llegado a afectarme realmente. Sentí contra Arthur una cólera desconocida, terrible e involuntaria.

—Bueno —dijo Cleveland.

Unas lagrimitas se encharcaron en los ángulos de los ojos de Phlox, y, una, dos, tres, rodaron por su cara. El labio inferior tembló por un momento. Yo le apreté la otra mano. Ahora éramos dos quienes la consolábamos.

—¡Ejem!, Arthur —dije—. Creo que deberías disculparte.

—Lo siento —dijo él de inmediato, sin mucha convicción. Bajó la mirada.

—¿Por qué me odias, Arthur?

—Eres tremendo, Arthur —dijo Jane—. No, Phlox, no te odia. ¿Verdad, Arthur? —y le dio un golpe en el hombro.

Yo miré mis *linguine* en salsa de almejas. Todo calor parecía haberlos abandonado, la capa de parmesano que yo había espolvoreado se congelaba en estrato grumoso de la superficie, y el plato, con sus grises fragmentos de almeja, parecía en general un ungüento rojizo puramente biológico.

—Me marchó —dijo Phlox. Se tragó las lágrimas y cerró su monedero.

Me levanté al mismo tiempo que ella y trabajosamente pasamos al lado de Cleveland.

—Parece que nos espera una noche de fábula —dije en voz baja. Puse algo de dinero sobre la mesa.

—Aquél a quien los dioses quieran destruir —dijo Cleveland— primero le convertirán en pasta —estiró la mano para tocarme el codo—. El miércoles.

—El miércoles —dije yo, y eché a correr.

En la calle, Phlox, algo más compuesta, acababa de cerrar el bolso. Me acerqué por detrás y hundí la cara en su pelo. Ella inspiró profundamente, retuvo un momento el aire y luego lo exhaló; y entonces se le relajaron los hombros. Y en ese instante —precisamente cuando volvía a mí un rostro sereno— todas las cigarras de los árboles se desquiciaron, váyase a saber por qué, y su música creció repentinamente, alta y desagradable como un millar de televisores transmitiendo las noticias. En Pittsburgh hasta las cigarras son industriales. Con los oídos tapados, vociferamos uno frente al otro.

—Uy —gritó ella.
—Vámonos de aquí.
—¿Qué?
—Me estoy volviendo loco.
—¿Qué?

Empujé la puerta de un restaurante contiguo al que acabábamos de abandonar, en realidad un café; nos paramos en la entrada, junto a la máquina de chicles Kiwani, y ante el silencio del Muzak y los tenedores empezamos a besarnos.

OJOS ROSADOS

Por entonces Arthur vivía en su tercera residencia del verano, la casa de una joven pareja rica de Shadyside. Tras la temporada en el hogar de los Bellwether había pasado diez días exultantes y pecaminosos, según contaba, en un lindo apartamentito de Shadyside que tenía un rosetón auténtico, del cual tuve breve conocimiento un tórrido domingo en que me dejé caer por allí. Ahora, con este tercer lugar, continuaba su viaje ascendente por el Mundo de los Hogares. La joven pareja rica, amigos de unos amigos, se había ido a pasar el mes de julio a Escandinavia. Yo había visto muchas veces a la mujer por la tele (leía el pronóstico del tiempo), y ahora resultaba extraño mirar la postal de Maxfield Parrish enmarcada en su tocador, o ponerme las maravillosas camisas oxford del marido, o verme simplemente allí, tendido en la alfombra de una dama que, con la cabeza coronada de relámpagos y pequeñas borrascas de cartón, solía aparecer en la pantalla. Arthur había ganado la batalla contra los «bichitos infernales», pero ahora estaba volviendo a crecerle el vello afeitado, lo cual en apariencia escocía muchísimo y le incapacitaba para permanecer sentado más de unos minutos seguidos.

La mañana siguiente a la noche en que Phlox y yo nos perdimos a Ella Fitzgerald, pasé por mi casa a cambiarme de ropa para ir al trabajo. Mientras luchaba con la puerta sonó el teléfono; en el buzón había un grueso fajo de cartas, la mayoría informaciones, a primera vista, de inminentes descuentos en carne de ternera, mangueras de jardín y comprimidos de carbón. El apartamento estaba desolado, falto de ventilación, y el timbre del teléfono resonaba solitario o plañidero, como si durante días nadie le hubiese hecho caso. Era Arthur.

—Hola —dije—. No, acabo de cerrar la puerta.

—Llamo para decirte que siento lo de anoche.

—Ah. Bien... —no se me ocurría nada. Es tan sencillo y tan complicado a la vez aceptar una excusa.

—Me comporté como un grosero y me odio por haberlo hecho.

—¡Ejem...!

—Oye, ¿crees que podríamos vernos hoy?

—Me parece que no. Bueno, no sé —había en su voz un calor desusado, un matiz de sencillez o de franqueza—. De acuerdo. Quizá más tarde. Supongo que debemos hablar de la cuestión.

—Yo estaré en casa. Llámame después del trabajo. Ah, y...

—¿Sí?

—Que tengas un buen día, Art.

Libros Acera no sólo sufría el sino de tener que vender libros; el terreno mismo parecía ser objeto de una maldición que continuamente obligaba a remediar uno u otro desastre menor. Algunas veces reventaba una tubería en el sótano, estropeando las existencias almacenadas y llenando el lugar de hedor a libros húmedos, otras se averiaba el aparato de aire acondicionado, y otras algún vándalo rompía el cristal del escaparate; aquel día hubo un incendio. Fue un incendio pequeño, ocasionado por el cigarrillo de un paramédico, pero Valery decidió cerrar la tienda ligeramente ahumada y enviarnos a todos a casa.

Yo resolví ir andando, a través del caluroso lunes, hasta la Casa de la Mujer del Tiempo.

Por algún motivo, por los tejados de la zona este de Pittsburgh se habían repartido varias cuadrillas de hombres con carretillas de alquitrán ardiente, y el olor hacía al verano más bochornoso, más amarillento, más intenso. En la esquina de St. James vi pasar un descapotable Audi verde que diez metros adelante frenó con un chirrido. Hombre moreno, gran sonrisa: Mohamed. Lo alcancé y nos dimos la mano. Dije hola, *comment ça va*, adónde vas, de dónde vienes. Momo me contó dos largas semihistorias sobre su obligación de presentarse en el juzgado por un asunto de tráfico y la pasión de su prima por Charles Bronson, que de alguna manera estaban conectadas. Periódicamente, a fin de puntuar el relato en las alternativas cruciales, apretaba el acelerador para que el motor rugiera.

—¿Cómo está hoy el humor de Arthur? —pregunté después de que volviésemos a darnos la mano.

—Está con un ánimo más negro que el demonio —dijo Mohamed. Sonrió y puso la primera.

O Mohamed carecía de experiencia en interpretar a Arthur, o el humor de éste había cambiado después de que el árabe se fuera, o el cambio se produjo con mi inesperada llegada; la cuestión fue que, cuando abrió la puerta, la sonrisa que me dedicó se parecía a la que a veces dedicaba a Cleveland: relajada y traviesa. Me sentí conmovido.

—Maravilloso. Pasa, pasa —dijo—. Bonita camisa. Bonitos pantalones. Bonitos zapatos —ambos llevábamos los pantalones toscos, las camisas blancas y los mocasines de costumbre. Yo me había afeitado, él no. Ninguno de los dos mencionó a

Mohamed.

Me condujo hasta la sala, muy iluminada e incómoda. Al parecer el decorador se había esforzado por crear la ilusión de que la casa entera pertenecía a cierto futuro remoto: los años macilentos y vacíos posteriores a la desaparición del mueble y los cojines de la faz del planeta. Me senté en tres espigas de caña unidas por una lona beige, procurando no reclinarme.

—¿Hace fuera tan buen tiempo como parece? ¿De veras? Deberíamos dar un paseo —dijo. Giró sobre los talones y se alejó—. ¿Quieres café?

—Sí, por favor. ¿Sabes por qué tengo el día libre? —grité hacia la cocina.

—¿Por qué? ¿Has renunciado? —oí el ruido del chorro del café, luego el tintineo de la taza y la cucharilla.

—En efecto, he renunciado. No, no es verdad. Hubo un incendio.

—¡Dios santo! ¿Qué ocurrió?

—El único volumen de una obra de Swift que hay en la tienda, *Los viajes de Gulliver*, harto de soportar la indignidad de vivir en semejante lugar, estalló en justas llamaradas.

—Ya.

—Fue un incendio muy pequeño.

Arthur regresó con dos tazas blancas.

—¿Cómo sabes que lo empezó Swift? Tal vez fue *Fahrenheit 451* —se dejó caer en otro de los extraños trípodes y, con una expresión de falsa elegancia, demostró lo fácil que le resultaba arrellanarse.

—Por los nacidos al estilo del siglo xxv —dije, y me reí. Me sentía un poco nervioso. No estábamos hablando de nada en particular.

—Un estilo de lo más sencillo, ¿verdad? ¿Tienes tabaco?

Le di un cigarrillo y fuego, y me tembló la mano. Luego permanecimos sentados, mirando las paredes color crema. Yo decidí que en realidad no tenía ganas de hablar de Phlox, aunque me había gustado oírle a Arthur que lamentaba lo de la noche anterior, y más me hubiera gustado que lo repitiese.

—Bien, pues —dijo al fin, y las palabras surgieron en medio de un fluctuante anillo de humo—. ¿De verdad quieres caminar? Podríamos dar un paseo por Chatham.

—Claro —me levanté de esa cosa parecida a una silla, o más bien me caí—. Por cierto, ¿cómo se llama esta clase de muebles? —dije, y me bebí el tibio y agrio poso del café.

—Se llaman muebles científicos, hijo mío —dijo él—. Diseñados para la columna vertebral del mañana.

Cerró la puerta a nuestras espaldas; salimos al día magnífico y pestilente y nos encaminamos hacia Chatham College, destino éste que me hizo pensar en la fiesta de la noche en que nos habíamos conocido, en la breve presentación en el vestíbulo de Riri, en la abundancia de mujeres morenas, en aquel junio ya distante al cual yo me

había rendido con el advenimiento de Phlox. Por uno o dos segundos medité en silencio; pero las antenas de Arthur operaban inexorablemente.

—Podríamos hacerle una visita a Riri —dijo—. Cada vez que la veo me pregunta por ti.

El tono que había empleado, el ligero aire de alcahuete que asumía a veces, me trajeron a la mente otra imagen de aquella noche que hasta entonces no había recordado: el cambio que se había producido en su expresión, el «¡Ajá!» de sus ojos, cuando en el Audi yo le había preguntado por Phlox.

—Oye, Arthur, ¿tú...? ¿Tú...?

—¿Qué?

—Nada. No tiene importancia.

—Vale. Dios mío, cómo apesta el aire, ¿no? —Observamos cómo sus pies dejaban marcas en el asfalto blando y caliente—. Y con Phlox, ¿qué?

—La quiero; es así de sencillo, Arthur.

—Oooh, para ya.

—Pues paro. Pero ya estamos de nuevo, ¿lo ves? No puedo comprenderlo. ¿No te das cuenta de que es mejor hablar de ello? La quiero, y la quiero porque *necesito* quererla; pero siempre he sentido que si Phlox y yo estamos juntos de algún modo es a causa de ti. Claro que nunca alcanzo a discernir exactamente por qué siento eso. Es como un problema de álgebra. No puedo conservarlo todo en la cabeza el tiempo suficiente para manejarlo bien. Pero el caso es que de vez en cuando todo se acomoda perfectamente y por un segundo, digamos, veo claramente que fuiste tú quien lo ideó todo. Tú estás detrás. No sé bien cómo. Y esto es cierto, pues no logro comprender por qué dices cosas como la que acabas de decir. O por qué te comportas como anoche.

Hubo otro largo silencio, que nos acompañó mientras cruzábamos la Quinta Avenida y subíamos la empinada calle de entrada al colegio. De los alrededores llegaban ruidos de cortadoras de césped y voces de mujeres jugando.

—No pensaba que este lugar pudiera gustarte —dijo él por fin.

Llegamos al estanque y nos sentamos cerca de la orilla, a la sombra de unos arces. Los patos parloteaban entre chapoteos.

—¿Te has enfadado? ¿Me odias? Espero que no, Art Bechstein. A mí me alegra que pienses que Phlox es maravillosa. Claro que también me asombra... No, es una broma; te lo digo sinceramente. Lo siento mucho, muchísimo. De verdad. Estoy convencido de que Phlox te hace bien.

Me puso en el muslo una mano conciliatoria y luego la retiró, dejándome lleno de indulgencia, del cálido hechizo de su voz y, por haberlo desenmascarado en lo peor de sus manipulaciones —¿acaso había concebido a Phlox como una especie de castigo?—, de una extraña y fresca virilidad, como si hubiésemos acabado de boxear. Arranqué manojos de hierba y los lancé al aire.

—¿Por qué eres tan puñeteramente maquiavélico, Arthur? —dije.

Él aplastó la colilla en la hierba, la arrojó, pareció sopesar cuidadosamente el paquete y divertirse con la operación.

—¿No es evidente? —dijo al fin—. Porque mi madre me hizo así.

Sonaron bocinas, pasó una radio gruñona, los patos salpicaron y chillaron. Nos miramos.

—Vamos a nadar —dijo él.

La joven pareja rica, y me sorprendió ligeramente descubrirlo, pertenecía al mismo club de campo —institución en la cual habían tenido la gentileza de inscribir a Arthur como invitado— que mi tío Lenny Stern. Años atrás, durante la recepción que en el comedor del club siguiera al *bar mitzvah* de Davy Stern, yo había vomitado mousse de vainilla en el vestido color lavanda de mi madre. La piscina era olímpica y estaba repleta de niños alborotados. Bajo sombrillas rojas había mujeres con pañuelos y un aire de rigidez, y las sombrillas proyectaban sombras sobre las mujeres sentadas, los termos, las gafas de sol de los chicos y las pilas de toallas secas dispuestas sobre mesas metálicas al borde de la piscina. A cada hora sonaba un silbato, los niños se quejaban y el agua volvía a la calma mientras la piscina era invadida por un minúsculo ejército de mujeres embarazadas y blancos bebés. Por todas partes había familias sin hombres, y nosotros nos echamos uno al lado del otro, en sendas hamacas, para intercambiar ociosas frases bajo el sol intenso.

De vez en cuando yo le miraba, y le veía extendido, con los ojos cerrados, las pestañas relucientes y el cuerpo casi desnudo. Nunca le había visto así, con la piel tan expuesta, y tuve la impresión de que nunca antes había dedicado al cuerpo de un hombre la atención que ahora dedicaba a aquél, por furtiva y de reojo que fuese. Me sentí, me siento ahora, falto casi del vocabulario para describirlo, como si palabras tales como muslo, pecho, ombligo, pezón, correspondieran al erotismo femenino y no pudieran aplicarse aquí. Es cierto que cada una de esas partes estaba cubierta por un espeso vello rubio que en los bordes del bañador y en el pecho se volvía castaño rojizo. Me di cuenta de que lo observaba intentando eliminar el pelo, los bultos de músculos, la silueta del pene entre las piernas, el brillo de la barba en las mejillas. Paré de hacer aquello. Le miré bien. Estaba sudado; su vientre era plano; el dorso de la larga, húmeda mano estaba cubierto de vello. Y le miré también la entrepierna, y el extraño puño —éste sí, totalmente imberbe— ceñido por la suave Lycra azul. Pero lo más extraño, aquello de lo cual más me costaba apartar los ojos, era su piel; completamente jaspeada de pequeñas sombras, tenía una apariencia a un tiempo tersa y áspera, como de gamuza o de arena; y, tensa como estaba sobre los huesos y los músculos, daba la impresión de que, al contrario que la de una mujer, nunca cedería a la presión de mi mano. De pronto él se incorporó y, apoyándose en los codos, con la cara enrojecida y los ojos como el agua brillante de la piscina, me sorprendió

mirándole la piel. Atónito, me hallé masticando la frase que durante todo el verano me había prohibido pensar: estaba enamorado de Arthur Lecomte. Le deseaba.

—¿Qué hay? —dijo él con una media sonrisa.

—¡Ja! Nada. ¡Ejem...! Ya había estado aquí, sabes —dije—. Hace mucho tiempo. Era un fiesta de *bar mitzvah*, y yo vomité en el vestido de mamá —mamá. Hacía años que no pronunciaba esa palabra. Se me había escapado, y en medio de la turbación me mordí el labio. Arthur se volvió de lado y, alzándose sobre un brazo, aguzó la atención.

—¿Y entonces?

Me coloqué boca abajo, tanto para esconder la hinchazón en el bañador que él me había prestado —ya lo había visto dirigir la mirada hacia allí— como para eludir la conversación. Hablé por entre las tablillas de la hamaca, la vista fija en el cemento húmedo del suelo.

—Eso fue todo. Una de tantas historias baratas sobre un judío asqueado.

—Pues ya me las conozco todas —dijo él, y tras una larga pausa volvió a recostarse mirando el sol. Yo respiré hondo.

En la piscina nadó blandamente, con un crol australiano pulcro y algo anticuado; yo miraba cómo las olitas recogían la luz y desmenuzaban el cuerpo sumergido en astillas blancas y azules. Luego salté yo, expulsando todo el aire de los pulmones para poder llegar al frío fondo de la piscina. Hice el muerto y miré el cielo a través de la fluctuante ventana de agua.

Volvimos a Shadyside en autobús y, en rincones separados de la enorme Casa de la Mujer del Tiempo, nos pusimos ropa limpia. Apelamos a las finas camisas del marido. Arthur anunció que me acompañaría a mi casa. Cuando llegamos al Terrace el teléfono estaba sonando de nuevo. Abrí la puerta y entré corriendo, pero al llevarme el auricular a la oreja no oí más que los ruidos de un túnel vacío. Colgué.

—Phlox —dijimos los dos.

Mientras Arthur iba al lavabo yo cogí de la nevera uno de esos botellones gigantes de Coca-Cola y lo llevé a la escalera de delante. Tragué un par de sorbos burbujeantes y observé algunas cosillas que pasaban: una hormiga, un avión lejano. Cuando reapareció, Arthur traía entre los dedos un cigarrillo de marihuana.

—Mira lo que he encontrado en mi paquete de tabaco —dijo.

Lo fumamos con los dedos húmedos y conversamos perezosamente, mirando más que nada el cielo, que era celeste como ropa de bebé. Yo tenía la sensación de estar hablando con un amigo de cuarto curso, en la época en que sentarse al sol a conversar era algo diferente, más lleno de posibilidades que de realidad. Aquello me provocó un deseo tan intenso de llevar zapatillas que estuve a punto de llorar. Pero lo que tenía puesto eran mocasines de joven, que resultaban insoportables. Poniéndome en pie,

pude divisar los arcos y almenas de la catedral de Learning, allá en Oakland. Ah, pensé, la Ciudad Esmeralda del siglo XII. El sol estaba deslumbrante. Oí claramente el golpeteo de unos tacones de mujer en la acera distante. No había en derredor nada que me recordase qué año era: ni coches nuevos, ni música de *rock-and-roll*, sólo el cielo, ladrillos rojos, asfalto agrietado y la brisa; y me deslicé en una de esas brechas del tiempo en las cuales uno puede decirse «Estoy en el verano de 1941», y no hay nada, ni dentro ni fuera, capaz de demostrarle que se equivoca. La luz del sol era la de cuarenta años antes. Miré a Arthur, el torso desnudo, las puntas del cabello húmedas todavía, las esquinas de los ojos rojas de cloro y de yerba, y el momento se prolongó. Le toqué la cara. Él inclinó la mejilla hacia mí, casi fatigadamente, alzando una ceja escéptica. Sonó el teléfono.

—Has de hacer algo con esa chica.

—No, calla. Apuesto a que es mi padre —torpemente entré en la casa corriendo—. Seguro que ha estado llamando cada cinco minutos desde las nueve de la mañana —al llegar al teléfono me quedé mirando cómo sonaba un par de veces más—. No sé si podré arreglármelas.

—Deja que conteste yo.

—¿Sí? Hola, papá. Pues muy bien. Estoy hecho un primor —oí que Arthur murmuraba «uh, ay»—. ¿Cómo está Bethesda?

—¿Bethesda? Bethesda es un infierno. Hay un bochorno tremendo —dijo mi padre a través de los chasquidos y chirridos de la ionosfera—. Hay mucha humedad. Tenemos que usar botellas de oxígeno. Y tu abuela, por la manguera de su aparato, manda decir que le escribas.

Me eché a reír (demasiado bruscamente, me dije). Me descubriría, se daría cuenta.

—Realmente deberías escribir. Oye, no te retengo. Está claro que te he pillado en medio de algo...

—No, papá, en absoluto...

—¡Ja! —dijo Arthur.

—Sólo quería decirte que acabo de descubrir que mañana he de estar en Pittsburgh. Probablemente tenga que quedarme una semana entera. Deberías reservarme varias comidas. Y tal vez una película.

Le contesté que lo esperaba. Una vez hube colgado y vuelto a salir, Arthur dijo:

—Pero ¿qué es esto? ¿El colegio? ¿Qué pasa si se da cuenta de que estás colocado?

—No lo sé —me dejé caer en el escalón.

—Tienes miedo. No puedes hacer nada que le moleste, o te quedas sin blanca.

—No, no es eso.

—Piensa un poco. Eres licenciado en económicas cuando deberías estar dirigiendo películas, o viajando, o haciendo crítica gastronómica, o cualquier frivolidad.

—De acuerdo.

—Vives en Pittsburgh cuando deberías vivir en Nueva York, Los Angeles, Tokio o algún lugar frívolo.

—De acuerdo.

—Dejaste a tu amiga porque estaba chiflada y te conseguiste otra, que también es frívola pero al menos usa lápiz de labios, perfume y tiene un trabajo. Toda tu vida es un continuo agradecerle el talón del mes a tu padre.

—De acuerdo, *de acuerdo* —por unos segundos, con las mandíbulas apretadas y temblando, tuve ganas de golpearle la cara, de partirle la nariz perfecta; pero en seguida, confundido, me eché a reír—. De acuerdo.

Y de repente me invadió un hambre demencial.

MARJORIE

El caso es que Phlox fue la primera en saltar el Muro.

Toda la tarde, después de haberme despedido de Arthur, me rompí la cabeza pensando cómo decirle de qué modo había pasado el día, pergeñando y ensayando diversas verdades a medias, pero cuando al anochecer llamó desde su casa ni siquiera tuve oportunidad de decirle que había estado trabajando, porque me contó que había pasado por la librería a la hora del almuerzo y visto, pegado con cinta adhesiva en la puerta, el cartel que anunciaba el cierre por incendio.

—¿Y adónde fuiste?

—Oh, anduve por ahí.

—¿Has visto a Arthur? —golpeteó el auricular con un lápiz, un bolígrafo o sus propios dedos. Era una costumbre nerviosa que tenía.

—Sí, estuve paseando con Arthur. Un rato.

—¡Ah! —hubo un largo silencio—. Bueno, Art, ven, por favor —dijo por fin—. Ven en seguida.

—No sabes lo voluptuosa que sueñas cuando dices estas cosas.

—En la iglesia de mi corazón el altar está en llamas.

—¡Jesús! Voy en seguida.

—Muy bien.

—Por cierto, ¿eso de quién era? —yo intentaba no perder las pistas de sus cientos de citas y referencias, como si estuviese preparando una Guía para la Lectura de Phlox. Mi amor por ella (y lo digo pese a la advertencia de Cleveland) era como la erudición (no como la cetrería): un esfuerzo por dominar el Corpus del amado, que en el caso de Phlox era un tapiz de retazos tan vasto como África.

—Oh, lo escribió un ruso. Para mí. Anda, ven —y con eso colgó, igual que en las películas.

Recorrí las calles, silenciosas a la hora de la cena, pensando en una sencilla comida fría y en sexo susurrado, y pensando, con más culpa, que debería compensar el día pasado con Arthur murmurando cosas al oído de Phlox toda la noche; pero cuando llegué el apartamento era una barahúnda y el aire olía fuertemente a carne y especias. En el tocadiscos sonaba a toda pastilla algo de Vivaldi, o una música igualmente atrinada, algún aparato molía ripio en la cocina, y Annette y dos de sus amigas enfermeras se habían apropiado de la sala y, sentadas en la alfombra, reían a

la vera de enormes daiquiris. Las saludé a gritos y fui hasta la cocina, donde Phlox estaba agachada ante el horno, pinchando algo con un largo tenedor.

Llevaba un minivestido heliotropo, con un enorme escote en la espalda, que arrojaba un triángulo de sombra de buen augurio sobre la parte superior de sus muslos. Se había atado el pelo en la nuca, y sobre las mejillas le colgaban libremente unos mechones húmedos. Parecía la sudorosa, sonriente fogonera de la sala de calderas de un apartamento alborotado. Al abrazarnos, mis manos resbalaron por su espalda, y se deslizaron bajo el vestido en la cintura, y ella gimió.

—Qué locura es esto —dije—. Tienes un olor increíble.

—Huelo como un maratonista. Lo sé, lo siento, no sabía que esta noche Annette pensaba divertirse. Deja que al menos apague el estéreo.

Cuando se fue me puse a abrir todas las ollas que estaban al fuego y a pinchar las patatas del horno, rasgándoles la cubierta crujiente con las púas del tenedor. La comida era prematura en unos cuatro o cinco meses —una especie de carne guisada, un grueso manojo de espárragos y patatas al horno, cada una del tamaño de un zapato—, pero yo no era tan tonto como para sugerir que acaso hubiera sido más apropiada una ensalada del *chef* con un plato de verduras salteadas. De todos modos el menú era de lo más *seductor* para fines de julio, y yo tenía un apetito inmenso pese a que menos de tres horas antes había comido tostadas con salmón. Cuando Phlox apagó el estéreo, el ruido blanco que saturaba el apartamento se hundió abruptamente bajo el risueño azul verdoso de la charla de las enfermeras.

Me paseé por la cocina, parlotando, mientras ella acababa de preparar todo. Logré eludir el tema de Arthur magnificando, con una buena dosis de energía, la historia del incendio en la librería; y, enfrascada como estaba en la comida, Phlox prácticamente me ignoró. El relato del incendio llegó hasta el momento en que nos sentamos a comer bajo la brisa que entraba por la ventana abierta.

—Ah, sí. También he hablado con mi padre —dije sin pensarlo—. Mañana vendrá a la ciudad. Se quedará una semana entera.

—¡Oh, qué bien, Art! Yo quiero conocerle.

¿Por qué durante aquel verano yo caía tan a menudo víctima de la perplejidad?

—Claro, puede que sí. Claro —dije, incapaz de masticar.

—Bien, se supone que puedo, ¿no?

—Es que el problema es el trabajo, sabes. Casi todo el tiempo está ocupado. En este momento no lo sé. Es difícil preverlo —estaba empezando a recobrarme.

—Bueno, pero por la noche no trabaja, ¿verdad? Podemos ir a cenar —dejó el tenedor y me miró fijamente.

—Habrà que ver.

—Creo que te avergüenzas de mí, Art Bechstein.

—Vamos, Phlox. Yo no me avergüenzo de ti.

—Entonces ¿por qué no quieres que tu padre me conozca?

—No tiene nada que ver contigo. Es sólo que...

—¿Por qué te doy vergüenza? ¿Qué es lo que no te gusta de mí?

—No hay nada que no me guste. Te amo, eres magnífica.

—Entonces ¿por qué no puedo conocer a tu padre?

¡Porque nadie consigue conocer a mi padre!

—No quiero que nos peleemos por esto.

—No es una pelea, Art; es que te pones insoportablemente extraño —una lágrima asomó y rodó por su rostro.

—Phlox —extendí el brazo por encima de la mesa y pasé un dedo por el brillante sendero—. No llores, por favor.

—Vale, ya he parado —recogió el tenedor e hizo un ruidito con la nariz—. Olvídalo.

—¿No puedes entender que no...?

—No *pasa nada*. Olvídalo.

En silencio pusimos las mandíbulas a trabajar.

El martes por la noche el autobús del centro estaba lleno de chicos que iban al Warner a ver una nueva película de ciencia ficción, un romance entre mutantes que a la larga hacía furor. (Yo la vi dos veces: una con Phlox y otra sin Phlox.) El aire acondicionado del autobús se había averiado y yo me sentía incómodo con americana y corbata; polvo y basura entraban por la traqueteante ventana abierta.

—El frescor de mis mejillas está ajado y marchito —dijo Phlox.

Le miré a la cara y, a través del maquillaje, advertí inconfundibles señales de lozanía. Se lo dije, y ella sonrió, meditabunda.

—Art, ¿tu padre es de esos padres tontos?

—No comprendo.

—¿Bebe muchísimo, habla de dinero, se enfada, cuenta chistes verdes y se ríe a voz en cuello?

Acababa de describir a mi tío Lenny y sus íntimos amigos Eddie «Burbuja» Martino y Jules «Guantes» Goldman (un pariente lejano).

—No, mi padre es un tipo serio —dije—. Sólo bebe en las bodas. No es vulgar. Casi nunca se ríe. Sin embargo, cuenta muchos chistes. Es más gracioso que yo.

—Entonces ¿cómo puede ser un tipo serio?

—Todos los cómicos judíos son tipos serios.

—Tú no eres serio.

—Bueno, muy divertido no soy —dije. Tragué saliva—. Estoy nervioso.

Ella apoyó los dedos en mi manga. Íbamos a encontrarnos con mi padre en su restaurante italiano predilecto. Al preguntar si podía llevar a Phlox, yo había intentado detectarle en la voz algún signo de fastidio, pero él, deportivamente, me había contestado «Por supuesto». Después de Claire, Phlox era la primera de mis

amistades que iba a conocer a mi padre —y Claire sólo lo había visto dos veces, la primera vez con coraje y pesar, y la segunda nada más que con pesar. Yo apenas podía recordar cómo era comer en un restaurante con mi padre y otra persona, pero conservaba reminiscencias vagas y dulces de mi padre pasándoselo en grande en cumpleaños celebrados en pizzerías o mini-golfs. Podría haberme sentido mucho más nervioso (capacidad, por cierto, no me faltaba), pero tantas veces habíamos comido los dos solos en el restaurante aquel, que estaba seguro de que al menos el hecho de estar allí, en la penumbra rojiza, sería reconfortante. Un restaurante desconocido puede resultar de lo más desorientador.

Phlox y yo llegamos sólo dos minutos tarde, y con un suspiro nos sumergimos en la fresca atmósfera que olía a ajo. Divisé a mi padre en la mesa que habíamos llegado a considerar nuestra, un poco al fondo, camino de los lavabos y la máquina de cigarrillos. Lo primero que noté fue que su denso rostro estaba más rosado que de costumbre, casi rojo, y recordé que últimamente se había empezado a quejar de que el jardín de mi abuela parecía una selva. Llevaba un elegante traje beige de verano con una corbata color salmón. Yo sabía que a Phlox iba a parecerle guapo.

—¡Chist! —dije. Se le veía apuesto y enorme.

Mi padre se levantó para tomar la mano de Phlox, y el destello de sus ojos se tornó más claro mientras pronunciaba el floral nombre de ella, que le causó tanta gracia, me di cuenta, como me la había causado a mí una vez; le elogió el vestido (el de flores azules y blancas que llevaba puesto la primera noche que salimos) y le dedicó una sonrisa complacida y paternal; luego, sin parar, dijo algo que la hizo reír. Desde luego que todas esas cortesías no significaban nada. Era un hombre extremadamente gentil. Yo no iba a saber lo que pensaba hasta el día siguiente. Cogimos los menús y por encima de los bordes dorados nos quejamos del calor. Mis ojos recorrieron ciegamente los vigorosos nombres de las pastas; nunca he sido capaz de leer un menú y conversar al mismo tiempo. Ingeniándomelas para internar a mi padre y Phlox en un diálogo sobre la biblioteca, aproveché los treinta segundos de libertad para elegir ravioli rellenos de salchicha. Mi padre pidió lo mismo.

Se volvió hacia Phlox con una expresión grave.

—¿Es Arthur cortés contigo?

—Mmm, sí, infaliblemente.

Mi padre alzó las cejas, sonrió, y se puso rojo como un pimiento.

—¡Ah! —dijo.

Hicimos el pedido, y el camarero vertió expertamente un poco de vino en cada copa, y mi padre habló, y vino la comida, y mi padre habló un rato más. A la altura del minestrone y las ensaladas me sometió a un largo momento de zozobra relatándole a Phlox un memorable domingo pasado en Forbes Field con mi madre y el niño que yo era entonces: una historia muy vieja y muy bonita que a mí me producía sarpullido en los brazos. Phlox no le quitaba los ojos de encima. Hacía preguntas breves, discretas y básicas acerca de mi madre. ¿Qué color de pelo tenía?

¿Me parecía yo a ella? ¿Cuáles eran sus dones y virtudes? Después de cada pregunta mi padre me miraba confundido, y yo clavaba los ojos en la comida. Pedazo de idiota, pensé, cómo no te diste cuenta de que iba a ocurrir esto.

—Era una mujer muy bella —dijo mi padre—. Se parecía a Jennifer Jones. Supongo que no sabrás quién es.

—¡Jennifer Jones! —dijo Phlox—. Por supuesto que sé quién es. ¡*Retrato de Jenny* es mi película preferida en toda la historia del cine! —y echó la cabeza hacia atrás, fingiendo que la habían ofendido.

—¿Verdaderamente? Mis excusas, pues —dijo mi padre, y frunció los labios y alzó una ceja simulando haber acrecentando el respeto hacia ella, o quizá porque su admiración por Jennifer Jones le había causado franca impresión.

—A Art se le nota —dijo ella, volviéndose para pasarme un dedo por el borde del ojo izquierdo, y yo pensé: Oh, no—. Tiene las cejas de Jennifer Jones.

—Y tú —dijo mi padre, burlón y coqueto—, tienes las cejas y la nariz de la joven Joan Crawford en, digamos, *Grand Hotel*.

—Pues es la novena entre mis películas preferidas en la historia del cine —dijo Phlox.

—Siempre está haciendo *rankings* —dije yo—. Lo tiene todo calculado.

—Ya veo —dijo mi padre. Era ostensible, por el tono, que la consideraba, bien encantadora, bien la joven más frívola que hubiera conocido. Luego, por un instante, volvió a traspasarme con la mirada.

A lo largo del plato principal explicó la historia de la Diáspora y el método del carbono 14 (que Phlox habría podido explicarle a él con idéntica facilidad) e impartió una breve lección sobre la historia de la banca suiza. El café, y una embarazosa crónica de mi primera visita infantil al mar —que había confundido con una vasta extensión de zumo de frutas—, acompañaron a los *cannoli*. Mi padre estuvo maravilloso. Reímos y reímos. Todo funcionó exactamente como no había funcionado durante el primer encuentro con Claire. Bajo la mesa, Phlox no dejaba de administrarme suaves pellizcos de gozo.

Por fin se levantó y, excusándose, nos dirigió una sumisa mirada de modestia, indicadora, al parecer, de que no vaciláramos en discutir acerca de ella durante su ausencia. Y aunque en ese momento yo dudara terriblemente de los sentimientos de mi padre, y aunque supiera que no debía esperar, ni siquiera en las mejores circunstancias, un comentario de su parte antes de una noche entera de examen cuidadoso y jovial, el rubor de Phlox, su susurrante despedida momentánea, sus párpados bajos inspiraban tal confianza que era imposible temer ninguna opinión destructiva mientras estuviese ausente.

—¿No es simpática? —dije.

—¡Hummm! —mi padre me miró fijamente, las grandes cejas anudadas sobre el puente de la nariz rosa, y vi cómo se le trenzaban los músculos sobre la mandíbula. Empecé a retroceder aun antes de que empezara a hablar.

—¿Qué pasa contigo? No logro entenderte —agudizó la voz y dejó escapar las palabras rápidamente, aunque no muy alto. Yo sabía que el motivo del enfado no era Phlox. Mi padre se sentía herido, y mucho; de lo contrario también aquello habría esperado hasta el día siguiente.

—Lo siento, papá.

—¿Acaso no recuerdas a tu madre? Cuando falleció tenías casi trece años —furiosamente se limpió los dedos con la servilleta y luego la hizo a un lado.

—Claro que la recuerdo, papá. Claro que la recuerdo. Por favor, papá, ¿podríamos dejarlo para otro momento? No me importa que me hagas llorar de nuevo, pero preferiría que no fuese delante de Phlox.

—¿Acaso ella no te ha preguntado nada de tu madre? Es evidente que ha de haberlo hecho; a mí prácticamente me ha entrevistado —esperé que no fuese un insulto—. ¿Qué le dijiste cuando te preguntó todo lo que me ha preguntado a mí?

—Yo... —me temblaba la mandíbula. Observé cómo la luz roja del restaurante parpadeaba en mi copa de agua—. No lo sé... Le dije que... no tenía ganas de... hablar de ello. Tampoco nosotros... solemos hablar... ¿no es cierto? Así que... Por favor, papá... Mejor mañana.

Sentí que estaba tratando de contener todo lo pálido y ciego que habitaba las negras aguas de mis entrañas, y que si él volvía a hacerme otra pregunta llorosa en aquel tono lastimado sobrevendría un desastre. Estudié con toda la profundidad posible las gotas condensadas en los bordes relucientes de la copa. Luego oí pasos en la gruesa alfombra, a mis espaldas, y mi padre emitió un sonido raro, una especie de cloqueo. Recuperando el aliento, me volví para enfrentarme con Phlox y el consuelo. Pero en cambio me encontré con una gruesa barriga.

—¡Art! —dijo el tío Lenny Stern—. ¡Joe! Art y Joe, padre e hijo, hombre a hombre, ¿eh? ¡Ji, ji! ¡Hombre a hombre!

—Tío Lenny —dije yo, procurando no olvidarme de estrecharle la mano, que estaba tan sudada como siempre. No se me ocurrió que acaso siguiera esperándose que le besara la irritante mejilla. Al fin y al cabo no era realmente tío mío—. Esto parece un sueño.

Volvió a reírse; por un momento, sin embargo, yo me mantuve a medias serio. Pensé que estaba atravesando una pesadilla de metamorfosis en la cual mi Phlox de flores azules y blancas se había transformado en un gángster judío, bajito y risueño con forma de huevo. Ciertamente, lo que mi padre acababa de decirme era lo que a menudo yo le oía decirme en sueños. Pero entonces, detrás de Lenny, divisé una porción de Elaine Stern —el hombro, me pareció—, y detrás de ella una parte de Phlox, quien con las cejas levantadas y la boca abierta se quedó mirando cómo me engullían la tremenda mujer y su obsequioso miasma de Hombros Blancos. Los besos de la tía Elaine siempre le lastimaban a uno la cara; yo solía llamarla la Pinzas.

—En realidad —dijo mi padre— ésta no es en absoluto una conversación de hombre a hombre. Art, presenta a tu amiga.

Señaló a Phlox, y hubo un giro general.

—Tío Lenny Stern, tía Elaine, ésta es Phlox Lombardi. Phlox.

—¡Pero qué deliciosa! —dijo tía Elaine. Me machacó la nuca con los dedos—. ¿Y qué te parece este joven tan guapo, eh? ¡Si es un príncipe! —me sacudió la cabeza como si fuera un pompón.

—No son tíos míos de verdad —dije yo.

—Me gusta mucho —dijo Phlox, y le tendió una mano lacia y encantadora a uno de los más notorios gerifaltes del delito organizado de Pittsburgh. Les hicimos lugar en nuestra mesa, que llena de servilletas y manchas de salsa como estaba era una ruina, y nos trajeron dos menús y más café. Me incliné hacia Phlox para murmurarle que aún tendríamos para un buen rato.

—No importa —dijo ella—. Son muy agradecidos.

—Por favor —dije yo. Volví a enderezarme y miré al tío Lenny. Hacía mucho tiempo que no le veía. Agitando las manos, él sumió a mi padre en una conversación sobre fondos mutuos. Tenía en la piel un bronceado de Florida; cuanto mayor se hacía, menos tiempo pasaba en su ciudad de nacimiento, y el FBI más debía dedicarse a escuchar sus llamadas telefónicas desde West Palm Beach. Yo sabía que no era el único en el restaurante que le observaba. Girando la cabeza vi en una mesa lejana a un par de hombres de pelo oscuro, probablemente hermanos; ambos asintieron, y sin siquiera pensarlo busqué los bultos bajo las chaquetas, viejo reflejo mío, y de inmediato me embarqué en la igualmente antigua fantasía de correr al otro lado de la mesa para estrangular a Lenny Stern. No era que quisiese matarle realmente. Sólo era el deseo infantil de presenciar un pequeño tiroteo.

Elaine le hizo a Phlox un puñado de preguntas sobre «su gente», y a continuación recitó una impresionante lista de italianos de Pittsburgh con los cuales era «uña y carne». Resultó que la abuela materna de Phlox era tía de una mujer cuyo hogar y mesa Elaine había agraciado muchas veces con su presencia durante los años cincuenta. Tras esta revelación mis sentimientos, interrumpidos en un momento crítico por los recién llegados, y mantenidos en atónito suspenso durante los últimos diez minutos, empezaron a menearse, distenderse y hormiguar como pies helados bajo un chorro de agua caliente. Eran sentimientos muy mezclados. Me pareció raramente satisfactorio que, más allá de los nuevos y cruciales vínculos que me unían a Phlox, también existiera esa antigua y tonta relación entre familias. Experimenté el conmovido pero no perplejo amor del amante por todo aquello que sugiera la presencia de los antojadizos motores del destino.

Y sin embargo el nexo también confirmó que Phlox estaba irremediabilmente ligada a mi familia. No sólo había conocido a mi padre, cosa que yo no quería, sino a Lenny Stern, y le hubiese bastado con girar la cabeza para descubrir a Ellos, los dos desagradables hombres armados que eran el león y el unicornio de nuestro escudo de armas familiar. Me aferré al borde de la mesa. Toda la gente que yo más quería, aquella con la que pasaba más tiempo, en vez de ayudar a alejarme del mundo donde

había nacido, me precipitaba dentro de él: Phlox, prima de la difunta mujer de un mañoso, estaba cenando a cuenta de una de las Familias de Washington; el hombre gordo y poderoso que la miraba por encima de la mesa mientras palmeaba el brazo de mi padre era, si bien indirectamente, jefe de Cleveland; y resultaba que ahora hasta el propio Cleveland —recordé con alarma— amenazaba entrar en contacto con mi padre. Yo habría tenido serias dudas de lo que consiguiese, siempre y cuando no se hubiera tratado de Cleveland. Cuanto más pensaba en estas cosas, más sentía que la pesada comida, con asesina lentitud, se me iba deslizando estómago arriba como un paquete de hielo. Hay algunos que son capitales, y sufren por lo tanto de súbitas migrañas, y otros que son estomacales, por ejemplo yo.

—Ah, sí, Marjorie. ¡Dios del Cielo! —la voz de Lenny despegó de la tranquila conversación que mantenía con mi padre para invadir la mesa entera. Yo me puse rígido—. Sabes, Floss, es una auténtica vergüenza que no hayas podido conocer a la madre de Art. Era una muchacha estupenda. Tocaba el piano como un ángel. Era... era... bellísima. ¿Estás de acuerdo, Elaine?

—¿Y cómo no estarlo? Era un ángel. ¿No, Art? Un ángel.

Miré a Phlox, quien me miró a su vez como si me viese contrariado, y luego a mi padre, que soltó un suspiro. Repentinamente parecía muy cansado.

—La recuerdo muy bien —dije—. Perdonadme —me levanté y fui hasta el lavabo, donde me arrodillé junto al inodoro y vomité, una vez tras otra, durante doscientos cuarenta estruendosos tictacs del reloj de cuarzo que mi padre me había regalado el día de mi graduación.

—Art —dijo Phlox más tarde. Estábamos en la cama. Todo lo que nos rodeaba era el resplandor verde del dial de la radio y la débil, extraviada voz de Patty Page cantando *Old Cape Cod*— ¿Qué pasa? Anda, cuéntame. Marcharnos así fue de muy mala educación. Me has dejado confundida.

Respondí susurrando en la almohada, que olía a Opium y a jabón.

—Mi padre lo comprendió. Y por Lenny y Elaine no tienes que preocuparte.

—Pero ¿qué fue lo que pasó? ¿Fue por tu madre? ¿Por qué es imposible nombrarla sin que te pongas de mal humor?

De costado, el cuerpo como una cuchara, me apreté contra ella y hablé junto al suave, ligeramente húmedo lóbulo de su oreja.

—Lo siento —murmuré—. Todo el mundo tiene algo de lo que no le gusta hablar.

—En tu caso son demasiadas cosas —dijo Phlox.

—Esta canción me mata —dije yo.

Ella dejó escapar un suspiro. Luego se rindió.

—¿Por qué?

—No lo sé. Puede que sea nostalgia. Me hace sentir nostalgia de una época que

no conocí. En realidad ni siquiera había nacido.

—También yo te hago sentir eso —dijo ella—. Apostaría cualquier cosa.
Pero todo lo que yo amaba me lo hacía sentir.

EL MUSEO DE LA VIDA REAL

Era el día más caluroso del año y yo holgazaneaba frente a la Fábrica de Nubes, los hombros apoyados contra la cerca de alambre; el cielo aún era de ese amarillo grisáceo que suele tener en Pittsburgh, pero el sudor ya me empastaba el pelo contra la frente y me adhería la camiseta a la espalda. Cleveland llevaba diez minutos de retraso. Miré el negro flanco sin ventanas del Instituto Carnegie, observando cómo la gente bajaba por la escalinata trasera para ir a la cafetería del museo; había allí unas simpáticas mujeres eslovacas que usaban guantes de plástico transparente y servían *spatzle* con jamón y otras comidas indigestas. Pensé cuánto más me gustaba la cafetería aquella que los dinosaurios, los diamantes e incluso las momias. Luego contemplé la impenetrable Fábrica de Nubes, que, en plena actividad, una tras otra lanzaba por su válvula unas nubes ideales que florecían y en seguida se alejaban; en cierto modo parecían secas, blancas y crujientes contra el soso cielo húmedo. Eché la cabeza hacia atrás y, copiando el ritmo de los ruidos de la fábrica, expulsé el humo del cigarrillo en grandes volutas. Aquella mañana, después del desayuno, Phlox y yo nos habíamos gritado por primera vez. Ahora me temblaban las manos.

Se había negado a que abandonara su cama, o la mesa del desayuno, o su regazo, en el que me había sentado para atarme los zapatos. Pero yo me estaba poniendo ansioso; hacía tres días que no hablaba con Cleveland ni con Arthur, y tres días, calculé, equivalían al tres por ciento de mi verano, lo cual parecía una pérdida espantosa. El claro sueño de junio en tanticolor, de un verano pasado flameando cada vez más alto, como un avión de papel sobre el bullicio y el calor de Times Square, no se había desvanecido aún; la totalidad de mis estúpidas esperanzas seguía clavada en aquellos dos locos. Tenía que ver a Cleveland, así lo sentía, aun cuando acabase entrando en el mundo al cual había proclamado que no entraría nunca. De todos modos, lo que le había gritado a Phlox era otra cosa; no recordaba qué le había dicho, pero estaba seguro de que era irracional, desagradable y mezquino.

Un cigarrillo después oí la tos babeante y estrepitosa de la moto de Cleveland. Subió el bordillo al final del puente de Schenley Park y, aunque al principio fui hacia él, en seguida vi que apagaba el motor, se disponía a apearse y colgaba el casco del manillar; de modo que, frenándome, me paré a esperar un poco más.

No bien nos dimos la mano, siguió caminando hasta el portón de la Fábrica de Nubes, cerrado con candado, donde pasó los dedos por los resquicios con forma de

diamante y se quedó contemplando la válvula mágica. Me paré a su lado, pero mirando no la siseante producción blanca sino la cara de él, en los lentes de cuyas gafas se reflejaba sin embargo parte de las nubes. No se había duchado; tenía el largo pelo duro y pegajoso y una mancha negra en la mejilla. Algo en la expresión del rostro, los pliegues tensos de los párpados o los labios resecaos, decía que estaba con resaca; pero saludó a las nubecillas con una sonrisa y martilló el portón con los dedos, me pareció que alegremente.

—Cuidado —dije—. No vayas a echarlo abajo.

—Una vez lo hice.

—Te creo.

—¿Sabes? Esta maldita Fábrica de Nubes... —aferró el alambre con más fuerza y tiró.

—¿Qué?

Me miró. Noté que los nudillos se le ponían pálidos.

—¿Sabes adónde te llevaré hoy?

—Me lo imagino. ¿Qué pasa, Cleveland?

—Estoy arruinado, Bechstein. No tengo un céntimo.

Hablaba con voz arenosa.

—¿Y qué? Oye, yo sé bien por qué la gente empieza a trabajar para tío Lenny.

—No, no lo sabes —tiró aún más de los gruesos cables del portón—. No lo sabes. Al infierno con el dinero. Y desde el infierno con el dinero. Al y desde el infierno con el dinero. Estoy arruinado... —la voz se fue apagando—. Algo tiene que cambiar. Quiero a Jane, Bechstein.

Ahora me daba cuenta de que no tenía resaca; estaba borracho. Probablemente no se había acostado en toda la noche.

—Siempre me dices que quieres a Jane cuando estás borracho —no respondió—. Vale, vámonos ya, Virgilio. Sorpréndeme.

Fuimos hasta la gran BMW negra, dejando en la cerca dos bultos del tamaño de un puño cada uno. Aún hoy es posible distinguirlos a cincuenta metros de distancia: dos pequeños borrones en el dibujo de la alambrada.

Por calles extrañas nos internamos en una zona de la ciudad que yo apenas conocía. De hecho, sabía únicamente que por ahí había otro buen restaurante italiano; mi padre lo mencionaba mucho. No encontrábamos a los pies de uno de los barrios construidos en la colina; dispersas sobre la cresta lejana, las casas se apiñaban más y más al acercarse a la base, una encima de otra como en una catarata, pegadas o divergiendo o conectadas por escaleras y pasadizos absurdos, y todas precipitándose torpemente hacia el río, no estoy seguro si el Allegheny o el Monongahela. Divisé a unos niños jugando en una de las pocas calles anchas que cortaban la ladera, y luego un coche, y dos mujeres que conversaban en una galería.

Antes de apagar el motor Cleveland murmuró algo que no capté. En el repentino silencio le pedí que lo repitiera.

—Ésta, ésta es mi tierra —dijo él, haciendo con el brazo un amplio ademán a lo Charlton Heston—. Y ésta, ésta es mi gente.

Subimos por una de las escalinatas de cemento, que sin parar hasta la cima viboreaba entre los nudos de casas; el camino se presentaba largo.

—Hay una calle, pero me gusta aparecer de forma más taimada. No te preocupes, sólo hemos de ir hasta el segundo círculo —sostenidos y lentos, sus tacones repicaban en el cemento, y a cada rellano a ambos se nos aceleraba la respiración un poco más.

—¿Es un barrio pobre?

—A punto de empobrecer más.

—¿Cuánto más?

—Depende de la vigilancia.

—La vigilancia.

—Depende.

—¡Ah!

Por un rato no hubo nada más. Cleveland se paró una vez a enjugarse la frente con un pañuelo rosa. Dijo que los agentes del flujo sanguíneo se le estaban oxidando demasiado aprisa. Ahora estábamos en medio del caserío, y yo miré la moto, y más allá el río del color del agua de un frasco con pinceles usados.

—El encantador Monongahela —dije.

—Es el Allegheny, Profesor —dijo Cleveland—. Bien, ya estoy mejor. Vamos.

Unos minutos más de silencioso ascenso nos llevaron hasta un largo camino perpendicular a la escalinata. Hacia la izquierda bajaba en curvas hasta el fondo de la ladera, y hacia la derecha trepaba hasta la cresta, la cual, ahora podía verlo, no estaba tan despoblada como parecía desde abajo. Había allí arriba una iglesia con un gran cartel rojo proclamando que Jesús había hecho algo: salvar, habitar, dar; imposible discernir el verbo. Dos motos se acercaron con un tremendo rugido, y tuvimos que encogernos para apartarnos de su ensordecedor camino. Tan rozando nos pasaron, que la más cercana y su inmenso conductor con casco por poco no me cortan la cadera. Cleveland intentó patearle el guardabarros trasero.

—¡Gilipollas! ¡Jesús!, acabo de expulsar todos los cigarrillos que fumé en mi vida —dijo jadeando.

—Oye, Cleveland, ¿para qué me traes aquí? ¿Hace falta que vea esto?

—¿Qué piensas que vas a ver?

—Gente triste.

—Ver gente triste nunca hace daño. Y encima tendrás algo que contarle a tu papi.

—¿Sabes qué diría mi papi si le contara que he hecho la ronda con uno de los recaderos de Lenny Stern? «Quiero que te marches ahora mismo de Pittsburgh», diría. «Te han salido demasiados socios deshonorosos.» O no. Diría: «¿Qué pretendes con esto, Art? ¿Castigarme?»

Giró en redondo y me miró a la cara.

—Ya te he dicho que no soy nada de Lenny Stern.

—Vale, vale.

—¿Y qué...? ¿De qué se avergüenza tu padre?

—Soy yo el que se avergüenza.

—Bien, entonces tal vez tenga que contarle en qué hemos andado. Ya sabes que quiero conocer a Joe el Huevo.

A la mención del mote debí de dar un respingo.

—Eso me has dicho.

—Lo siento —dijo él en un tono no muy apenado—. Mira, hemos llegado.

Estábamos frente a la primera casa de una serie construida en la estrecha franja de tierra que mediaba entre el camino y el abismo. Por detrás, las casas se apoyaban en un sistema tan intrincado como aparentemente endeble de descascarados bloques grises que, caprichosamente, penetraban en plataformas incrustadas en la colina. También se estaba saltando la pintura verde de la primera casa de madera, que cerca del techo tenía una ventana cubierta con papel de periódico. Nos acercamos a la puerta por un crujiente pasillo adornado con un montón de juguetes viejos, la enorme caja de un televisor Sony y una empapada zapatilla rosa.

—De verdad que me gustaría hablar con tu padre —dijo él mientras llamaba.

—¡Cleveland!

Me dio una palmadita en el hombro y luego, con la misma mano, volvió a golpear la puerta.

La mujer que respondió a las tres perezosas llamadas de Cleveland tenía una simpática sonrisa que duró una décima de segundo, tiempo suficiente para darse cuenta de quién era el visitante.

—No está —dijo, mirándonos varias veces de arriba abajo, no nerviosa sino fastidiada, como si buscara memorizar nuestras caras.

—Bien, pero yo sí —había en la voz de Cleveland una maldad súbita y convincente—. Y también está aquí el hombre invisible que ha sido tan generoso con su hermano. En espíritu, pero está.

Ella me echó una mirada antes de comprender a quién se refería Cleveland: probablemente no a tío Lenny, o a quienquiera estuviese por encima de él, sino a alguno de los soldados de los Stern. La mujer —o muchacha, pues no parecía tener más de dieciséis años— había reducido el espacio entre la puerta y la jamba y hurtado el cuerpo hacia el interior, de modo que ahora sólo se le veía la cara.

—¿Quién es? —gritó un hombre dentro.

La chica se puso roja. Cleveland sonrió.

—Espera —dijo, y nos cerró la puerta en las mismas narices.

—¿Queréis pasar? No gracias, esperaremos aquí en la galería —Cleveland se volvió hacia mí, sonrió de nuevo, encendió un cigarrillo y se apoyó en la pared destartalada—. Pon buena atención a esta familia —dijo—. Es mi favorita. Siempre vengo primero aquí.

—Vaya gracia.

—Es la gente que le gusta a tu padre.

—Vamos, Cleveland, basta ya.

Esta vez abrió la puerta, y del todo, un joven en camiseta, alto, sin afeitarse y con el pelo negro tan largo como el de Cleveland. En vez de extinguirse como la de la hermana, su sonrisa se demoró demasiado, amplia, amarilla y dolorida.

—Pasad.

Entramos en la casa, que estaba llena de olores. Había un inmediato hedor acre y sudoroso de marihuana, y por debajo o trezado con él otros más débiles de salsa de tomate, sexo y muebles viejos. El lugar tenía un aire de limpieza, como de casa de abuela: hamacas, lámparas recargadas, un maltratado aparador para vajilla. La muchacha, de pelo tan negro como el del hermano, estaba sentada en un sofá junto a otra joven que tenía un niño en el regazo. El pequeño no nos miró: jugaba con un helicóptero de juguete. En el televisor, el público de un concurso aullaba su veredicto.

—¿Quién es este tipo? —dijo el hombre alto señalándome con la cabeza.

—Mi papá —dijo Cleveland—. No se creía que tengo un empleo fijo.

Nos reímos todos. Los hombres, mejor dicho; las dos mujeres miraban a Cleveland con furia. Luego oímos un rato la tele.

—Bien —dijo Cleveland.

—Dáselo y que se vaya de una vez —había sido la mujer con el niño; hablaba contra la coronilla de la cabecita calva.

—Por qué no cierras el pico —el hombre metió la mano en un bolsillo de los téjanos, sacó una cartera de plástico negro que parecía nueva y extrajo de ella dos arrugados billetes de veinte que entregó a Cleveland—. Esta semana no —dijo.

—No hay problema —dijo Cleveland, sacando a su vez un sobre de manila en el cual guardó los billetes—. No hay ningún problema.

—Dicen que antes de septiembre volverán a tomar a unos cuantos, sabes, así que, bien, en fin... —volvió a mostrar aquella horrible sonrisa.

El niño se bajó del regazo de la mujer y tambaleándose avanzó lentamente hasta topar con nosotros tres. Me miró arrugando una ceja y muy serio dijo unas cuantas palabras.

—Sí, ya lo sé —respondí.

Después de que la puerta se cerrara tras nosotros y abandonáramos el desvencijado pasillo, le pregunté a Cleveland qué encontraba de notable en la familia.

—Las dos son hermanas de él —dijo.

Mientras yo digería aquello hubo un breve silencio.

—¿Y el...?

—No lo sé. Tal vez ni siquiera el niño sea suyo. Sin embargo, deberías verlos en un buen día. Hoy estaban todos colocados. En un buen día la casa parece un circo.

Me puse furioso.

—Esto es atroz, Cleveland. Te aprovechas de un parado, entras en su casa una vez

por semana y les echas el día a perder, apuesto a que apenas te vas empiezan a pelearse como demonios, y encima te parece divertido. Maldito sea lo que consigues. Esa gente odia tu cara. Te detesta. ¿Cómo puedes soportar cada semana esa sonrisa de comemierda?

—El mundo entero de los negocios está construido sobre sonrisas de comemierda.

—Acaba con ese cinismo de pacotilla, Cleveland.

—Pues el economista eres tú. Tú sabes de qué va la economía.

—Me he olvidado.

—No te has olvidado. La economía es la medición precisa de la mierda consumida, la ciencia de la infelicidad. Y, mira, no tengo más remedio que considerarlo divertido, ¿no? Pues vale.

Se detuvo. Habíamos dejado atrás la mitad de la hilera de casas y el sol acababa de aparecer, redoblando el calor. Él se inclinó para despegarse de las corvas la tela de los téjanos, y entonces me di cuenta de lo pegoteado que estaba yo también, y me incliné a su lado.

—Vale, escucha una cosa. Te he traído, Bechstein. Nunca había traído a nadie. Ni siquiera hay alguien, salvo Artie, que sepa que hago esto. Jane no lo sabe. Y a Lecomte no le habría traído nunca. ¿Por qué? No lo sé. Se supone que no debo traer a nadie. Pero por alguna razón quería que tú lo vieses. Deberías comprenderlo. ¿No ves por qué lo hago? —hablaba casi a gritos, ostensiblemente más enfadado de lo que había estado yo unos momentos antes. Gotas de sudor se le habían acumulado sobre las cejas y le rodaban por las sienes. Pero yo no le creía. De golpe sentía como si tuviese el corazón de rayos X de Arthur, y advertía que de alguna manera Cleveland me estaba engañando, que sabía perfectamente por qué me tenía esa tarde junto a él en la colina, empapado en sudor, lleno de vergüenza y súbitamente furioso.

—Porque es fácil —grité—. Porque es fácil y lo pagan bien, y puedes pensar que eres mejor que la gente que explota.

Creí que iba a darme un golpe. Cerró los puños y a duras penas los mantuvo a los lados del cuerpo. Luego la rabia se le escapó por los hombros. Abrió las manos y sonrió débilmente.

—No. Te equivocas. Te equivocas. Lo hago porque es un trabajo entretenido y fascinante.

—Ah.

—Me gusta la gente, te das cuenta —airosamente echó atrás la enorme cabeza.

—Comprendo.

—Y también lo hago, y me sorprende, Bechstein, que no te lo hayas figurado, porque...

—Ya lo sé —dije—. Porque es Malo.

Él sonrió y dijo:

—Mi corbata es una serpiente de cascabel.

Me reí.

—Mi mano es un garfio —añadió.

Para mí era muy difícil admitirlo, casi tan difícil como me hubiera sido expresar admiración por el trabajo de mi padre y sus socios (no obstante lo cual aceptaba su dinero), pero lo cierto es que cobrar los intereses de préstamos ilegales, si bien quizá no divertida, era una ocupación fascinante. A mí siempre me había causado placer espiar casas extrañas. De pequeño, cuando al anochecer caminaba a lo largo de la infinita cadena de jardines traseros que llevaba desde el patio de la escuela hasta mi casa, a través de las ventanas vislumbraba mesas preparadas para la cena en los comedores; dibujos a lápiz pegados a las neveras y cartones de leche en los estantes; pies apoyados en taburetes, fotografías enmarcadas y sofás vacíos, todo iluminado por la suave luz del televisor; y aquellos fugaces retablos de muebles desconocidos, y de las vidas y las familias que cobijaban, me producían un éxtasis de curiosidad. Durante mucho tiempo pensé que si alguien se hacía espía era para fisgonear en las casas de los demás, para confrontarse con la simple, prodigiosa evidencia de otras cocinas, otros relojes y otras otomanas.

Cleveland me llevó a diez o doce casas de la colina, y yo entré en cocinas y patios con tan pocos deseos de mirar cómo con cada billete de diez dólares se entregaban la sumisión y el resentimiento, que acabé por fijarme, febrilmente, en todos los detalles de cada lugar: las flores de seda sobre el televisor, las imágenes de Nuestra Señora, los calcetines de bebé tirados en el suelo. Al principio quise suponer que Cleveland me estaba conduciendo por las galerías del Museo de la Vida Real, una serie de cuidadosas e inteligentes recreaciones de casas en las cuales uno podía imaginar casi, aunque no del todo, que sucedían cosas simples y horribles, como si se tratara de construcciones falsas, deshabitadas, hechas para mi diversión; pero al llegar a la séptima o la octava, siempre con su par de piernas varicosas, sus niños sucios, su hermana bonita, su almuerzo estropeado, tuve ganas de huir del museo. La «gente» de Cleveland me había hechizado. Ni ellos le tenían la menor simpatía, ni a él le importaba mucho lo que les pasaba; y sin embargo fluía entre ellos una familiaridad básica, ruda y genuina, una extraña clase de comodidad, que me hizo sentir que, en medio de aquel mundo de algún modo superior al mío, me estaban enseñando otro aspecto en el cual nunca llegaría a conocer a Cleveland.

—Cada día, Cleveland —dijo una anciana cuyo marido había obtenido un préstamo de ciento cincuenta dólares, a un interés inacabablemente ajustable, tanto tiempo atrás que recibía a Cleveland como quien recibe al cartero—, te pareces más a Russell. Me dan ganas de llorar —cuando llegamos estaba poniéndose los rulos y ahora llevaba un pañolón de plástico que crujía cuando meneaba la cabeza. La casa entera olía a huevos podridos.

—¿Y eso por qué?

—¿Sabes tú dónde está Russell en este mismo instante?

—¿En la fábrica?

—No, está durmiendo la borrachera allí dentro. Y tú tienes la misma cara demacrada que él. ¿Tienes novia?

—Sí —me sorprendió ver que se llevaba los dedos a la mejilla dubitativamente.

—Pues lo lamento por ella. Cada semana estás más feo.

LA CASA DEL MIEDO

Mientras cruzábamos las agrietadas lajas del jardincito de la última casa, Cleveland, rígido, se paró de golpe. Me lo llevé por delante con fuerza suficiente como para que se le cayeran las gafas.

—¿Qué pasa? —dije.

—¡Mierda! —siseó él, y dio un desafortunado paso en falso. Oí el chato crujido de las lentes aplastadas por el tacón—. ¡Mierda! —volvió a exclamar, moviendo las manos delante del cuerpo. Yo me apresuré a recoger los restos de las gafas Clark Kent y luego le seguí. Más adelante, entre las casas, había en el camino dos motos, una de las cuales casi me había arrancado la pelvis esa misma mañana. Apoyado en ella un hombre gordo estaba fumando un cigarrillo; y hacia él se había precipitado Cleveland tan torpemente. Justo en el momento en que le di alcance, él tropezó en un hoyo, cayó al suelo y boca abajo resbaló tres metros sobre el asfalto como una carroza de carnaval.

—¡Jesús!

—¿Te encuentras bien?

Al instante estaba de nuevo en pie y corriendo, si bien ahora oblicuo y renqueante, con el largo pelo cayéndole a un lado a cada paso. Yo le había visto sangre y restos de gravilla negra en las manos y corría tras él asustado por esa visión, por el estruendo del impacto y por su silencio. El gordo nos había divisado; de inmediato se había puesto erguido y, cuando ya nos acercábamos, tiró la colilla al suelo y la pisó. Cleveland no paró hasta plantar su cara a un centímetro de la del otro, no supe si para retarlo o por miopía.

—Feldman.

—Hola, Peter Fonda —dijo Feldman.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí?

Feldman, que debía de tener casi treinta años, llevaba una camiseta empapada; gotas de sudor le festoneaban el bigotillo negro. Tenía el pecho ancho y velludo, y en el grueso brazo izquierdo un tatuaje que decía GAMBERRO. Los ojos, la expresión toda del rostro eran avispados, maliciosos y divertidos; en cierto modo se parecía a Cleveland, a quien empujó ligeramente con las puntas de los gordos dedos mientras sacaba otro cigarrillo de detrás de la oreja.

—Estoy apoyado en mi moto —dijo. Encendió una cerilla con una sola mano y

sonrió—. Vaya tropezón que has dado, Fonda —soltó una risita, sibilante como el ruido que hace un flotador desinflado por un niño—. ¿Y éste quién es? ¿Dennis Hopper? —y me lanzó una bocanada de humo.

Desvié la vista, y reconocí la abollada regadera azul en la galería de la casa donde un feo marido llamado Russell estaba durmiendo su borrachera en una habitación.

—Maldición —dijo Cleveland, y de nuevo echó a correr, subió los escalones y entró en la casa, mirándome por sobre el hombro antes de desaparecer como si esperase que lo siguiera. Feldman, sin embargo, me puso una mano pesada en el hombro. Me volví hacia él, empezando a hacerme cierta composición de lugar.

—Hay alguien en la casa —dije.

—Por lo que yo sé, en este momento hay exactamente cuatro personas —dijo Feldman sin retirar la mano. Conté en silencio. Feldman había vuelto a recostarse en la moto, una elefantina Harley-Davidson; minutos después, con un rebote perezoso de la barriga, grande como una pelota de playa, se despegó y arrastrando los pies fue hacia el sendero. Era un gran racimo sudoroso de toscos amaneramientos en camiseta. Mientras se alejaba echó la cabeza totalmente hacia atrás y me miró desde esa extraña posición.

—¿Vienes, Bechstein? —dijo la cara al revés.

Dentro de la casa la situación era la siguiente: el olor a huevos podridos seguía inundándolo todo, pero se concentraba en el sofá de la sala, donde la anciana, resollante, aún tocada con el pañuelo de plástico, estaba extendida con una mano lívida y temblorosa en el pecho. Tenía los ojos abiertos y cuando entramos nos lanzó una mirada salvaje, pero no levantó la cabeza. Oí voces en la otra habitación, la de Cleveland entre otras, y luego el estrépito de un armario o una mesa derribados. Feldman, que sabía cómo me llamaba yo, empezó a pasearse por el vestíbulo como si estuviese en la casa de su infancia, pasando los dedos por las paredes o mirándose los pies igual que un niño que, aunque lo hayan enviado a su cuarto, no teme ni al castigo ni a su padre. Otro mueble crujió y se estrelló contra el suelo, y un ruido de cristales rotos llenó el aire. Di un salto. Cuando llegábamos a la puerta entreabierta al final del pasillo, oí rezongos, un arrastrar de pies, un insulto. Feldman empujó la puerta con la punta de su mocasín de piel de lagarto.

Cleveland y un gigante negro habían trabado los cuerpos y estaban arrancándose mutuamente el pelo y la ropa. El objetivo del gigante, que no debía de medir menos de dos metros, era al parecer el zarrapastroso viejo que, ovillado contra la pared en la cabecera de la cama, miraba con ojos dilatados de terror. A sus pies, rodeados de astillas de espejo, yacían los restos de un neceser, y en el antepecho de la ventana un viejo ventilador eléctrico giraba vanamente detrás de la parrilla cubierta de mugre. Cleveland se había interpuesto entre el gigante y la presa.

—Basta ya —dijo Feldman—. Suéltalo, Lurch —tenía un revólver en la mano y de pronto quedé paralizado, incapaz de moverme, pensar o tragar saliva. Infaliblemente, la abrupta certeza negra de un arma actúa sobre mí como una suerte

de linterna de caza: me paraliza. El gigante soltó a Cleveland, o se soltó de él, de inmediato. Cuando irguió el cuerpo, los oleosos, elaborados rizos tocaron casi el bajo techo de la habitación. Se colocó junto a Feldman y pasó un vasto brazo sobre los hombros distantes de su compañero. Se sonrieron a través de treinta centímetros de aire hediondo. Feldman bajó un poco el arma. El viejo no se había movido; tenía la barbilla mojada.

—Oye, Cleveland —dijo Lurch con una voz bella y profunda de locutor de radio—, ¿qué *problema* tienes? —ni siquiera estaba agitado. Cleveland, por su parte, era una ruina; casi no veía, le sangraban las manos, tenía la camisa rota, boqueaba. Sin decir nada, dirigió a Lurch una sonrisa. Era una sonrisa extraña. Perspicaz.

—Ah, Lurch, aquí tengo a alguien que hace rato deseabas conocer —dijo Feldman—. Te presento a Bechstein.

—¡Huau! —dijo Lurch. Tendiéndome una mano del tamaño de un diccionario me mostró los caros dientes—. Imagino que Cleveland te ha estado enseñando la otra cara de la tortilla familiar.

Detesto confesarlo, pero no estaba en mi ánimo la proverbial réplica chispeante; tenía los ojos fijos en el revólver.

—Oye, Feldman, no hagáis esto —dijo Cleveland, alisándose los pantalones con las manos ensangrentadas—. Es un viejo. Hace una hora que la mujer me dio la guita.

En medio de todo no pude sino admirar el argot de Cleveland. Guita. Tomé nota mentalmente.

—¿Cuánto te dio? —dijo Feldman. Había guardado el revólver no sé dónde y tenía las manos vacías—. ¿Setenta y cinco con cincuenta? No es suficiente.

—Se supone que nosotros no debemos marcharnos hasta que el señor Czarnic no haya retornado a cierta persona la suma de trescientos cincuenta dólares con treinta centavos, en efectivo. Más o menos. De lo contrario, Cleveland, nos veremos obligados a hacer con ese saco de arrugas un impresionante alarde de fuerza.

—A menos que... —dijo Feldman. Se volvió hacia mí.

—¿A menos que qué? —dijo Cleveland.

—A menos que tú nos digas qué piensas, oh hijo de Joe el Huevo —dijo Lurch.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué importancia tiene lo que yo piense? —miré las caras de ambos y después al viejo, que se había estirado e intentaba descolgar las piernas por el borde de la cama. Con una mano se tocaba cautelosamente la resaca—. Esto no es asunto mío.

—¿Acaso no eres el hijito de tu papá?

—Mi papá no vive en Pittsburgh. Vive en Washington D. C. —dije—. Hablamos por teléfono una vez por semana.

—Pero Dennis, eso es igualmente cojonudo —dijo Feldman—. Podrías ocuparte tú. Ahora mismo tu papi está en el Duquesne, Dennis. Habitación seiscientos veinticuatro, si no me equivoco.

¡Dios mío!

—Seiscientos *treinta* y cuatro —dijo Lurch. Se acercó al tocador del viejo, sobre el cual había calderilla, una pajarita de prendedor, una billetera, un frasco de Aqua Velva, una foto de la anciana cuando no era anciana. Barrió la superficie con la manaza y todo cayó al suelo. El cristal del retrato se rompió con un ruido hiriente. Miré a Cleveland, que parecía intentar observarme, aunque sin las gafas era incapaz de otra cosa que atisbar con empeño.

—¿Qué es esto, Cleveland? —dije—. ¿Una prueba?

Lurch cogió un raído sombrero de fieltro que colgaba del tirador de la puerta y se acercó al viejo. Inclinandose, le calzó el sombrero en la cabeza y tiró hacia abajo hasta que el fieltro se estiró y tomó la forma del cráneo, y los ojos desaparecieron bajo el ala arrugada. Lurch tiraba, el viejo empezó a gritar mientras trataba de agarrarle los tremendos brazos, el fieltro se tensaba más y más y al fin se abrió una raja.

—¡Para! —grité.

Lurch paró. Alzó el sombrero, abolló delicadamente la corona desgarrada y volvió a colgarlo del tirador de la puerta. El viejo se abalanzó contra Lurch y le asestó un febril puñetazo en el muslo.

—Larguémonos —dijo Feldman.

—Usted primero, señor Bechstein —dijo Lurch.

Salimos. Aparté los ojos de la repulsiva mirada de odio y agradecimiento que tenía el viejo: una mirada, en resumen, de respeto.

Nos llevaron hasta el pie de la colina, Cleveland en la moto de Lurch, yo disfrutando de un amplio panorama de la olorosa espalda de Feldman; como de costumbre las cosas sucedían a demasiada velocidad, y también como de costumbre yo vacilaba en reconocer las consecuencias; de modo que, contra el viento, me dediqué a hablar a gritos con Feldman, quien, a pesar de mi enfado con Cleveland, a pesar de que el miedo a las armas y la brutalidad aún me mantuviera tembloroso, me caía bastante bien.

Me dijo que Lurch y él habían sido miembros de bandas rivales de motociclistas —Feldman de la sección pittsburguesa de los Forajidos, Lurch de la pandilla negra llamada los Down Rockers—, que se habían cruzado en medio de una batalla racial, barras de hierro en las manos, insultos en los labios, y por alguna razón se habían echado a reír. A partir de entonces se habían vuelto inseparables. Habían dejado las respectivas bandas para trabajar en equipo, y los había contratado Frankie Breeze, el hombre cuyos «dominios» —sin duda no pertenecían a Cleveland— estábamos por dejar atrás.

Ya casi habíamos llegado abajo. Divisé la moto de Cleveland y empecé a oler el empalagoso, azucarado hedor de las algas que se asaban en la ribera.

—Dime la verdad, Feldman. Todo esto ha sido un montaje, ¿no?

—Pues claro.

—¿Por qué lo ha hecho?

—Bueno, Dennis, es amigo tuyo. Pero ¿sabes una cosa? —dijo con voz más suave, mientras giraba el acelerador—. Deberías ocuparte más de él.

Paramos detrás de la otra Harley, me bajé y nos dimos la mano. Luego se alejaron los dos por el asfalto hirviente. Durante un buen rato hubo silencio.

—Bien —dijo Cleveland por fin—, de modo que tu padre está en la ciudad. Muy interesante.

—Joder, Cleveland, me sacas de quicio. ¿Qué ha sido todo esto? ¿Qué sentido tenía?

—¿Sentido? El sentido era que, si se lo hubieras pedido, esos tíos te habrían hecho la manicura y preparado una tortilla de queso. Tu padre es un hombre listo, Bechstein; es importante. Ya te lo dije. Y por extensión tú también eres importante, ¿comprendes? Participas de la importancia de tu padre. ¿De qué tienes que avergonzarte? El sentido...

—Si piensas que ahora voy a presentarte a mi padre...

—No necesito que hagas la presentación, Dennis. Me basta con hablar por el teléfono rojo desde el vestíbulo del hotel —encendió un cigarrillo y sacudió la cerilla—. Oye, Art, supongo que es una especie de locura.

Me invadió una inmensa, fatigada sensación de alivio, la que siente alguien que se aferra a un clavo ardiendo.

—Sí, Cleveland. Es una locura. No lo discutamos más, ¿de acuerdo?

—Desde luego que no estás obligado a acompañarme. Si quieres te dejo en la parada del autobús. O puedes esperarme por ahí, matando el tiempo en el Kaufmann o donde sea. Después yo te llevo a casa.

—¡Ah!

—Pero a mí me gustaría que vinieras, ¿sabes?; sería todo mucho más sencillo. Porque, a ver: ¿de qué va todo esto? Somos amigos, ¿no? ¿No le presentas los amigos a tu padre? Tengo entendido que Phlox le conoce.

—Sí, le conoce.

—¿Pues entonces? Yo también quiero *conocerle*, eso es todo. Estrecharle la legendaria mano de hierro.

—No —dije—. No lo haré. No quiero hacerlo. No, Cleveland, tú no eres amigo mío. Has jugado demasiado conmigo. Olvídalo.

—Muy bien. Tendré que pedir una cita por teléfono.

—Realmente deberías ir solo.

Me alejé de él, bajé hasta la ribera y allí me quedé, entre hierbajos y latas oxidadas. Me sentía furioso, invadido por una somnolencia brutal, y ya hacía dos horas que debía haberme presentado a la cita prevista con Phlox. Comprendía que me había equivocado al pensar en mí mismo como un Muro, porque un muro se alza entre dos lugares, dos mundos, y los separa, mientras que yo, en caso de ser algo, más me parecía a un portal, cada vez más ancho, que se extendía a lo largo del corredor que llevaba desde mis padres hasta Cleveland, Arthur y Phlox, desde la hermosa

mañana de domingo en que mi madre me había abandonado hasta el agosto inimaginable que ahora, por primera vez, comenzaba a despuntar. Por lo demás, un muro dice no; un portal no dice nada.

—¿Soy o no tu amigo?

Cleveland se acuclilló a mi lado en la hierba. Una vieja y amarillenta hoja de periódico le envolvió la bota.

—Cleveland, ¿te das cuenta de lo que me pides? ¿Tienes idea de lo desdichado que me hace todo esto?

—No. No puedo tenerla —dijo él—. Tú no me dejas.

Le miré. Sonreía, casi, pero con los ojos fijos en mí sin pestañear y la frente arrugada. Luego echó a andar hacia la moto. Le seguí con las gafas rotas y él, lo mejor que pudo, unió los pedazos.

Es cierto, lo sé, que yo no había atinado a permitir que Cleveland se formase una noción real de mi mundo interior, el cual era y sigue siendo un mundo de secretos (aunque esto sería darle excesiva trascendencia; pues en realidad apenas era un mundo de cosas que yo no podía decir, o más bien *necesitaba* no decir), y tanto más lamento ese fracaso ahora, cuando me doy cuenta de que él —¡ah, Cleveland!— me abrió cinco veces de par en par las puertas de su extraño mundo. Cinco veces subí aquel verano a la moto de Cleveland, la cabeza exprimida dentro del casco amarillo plátano que en otro tiempo perteneciera a su hermanita. Y cada vez, cuando arrancábamos, yo me aferraba a la barra de metal a mis espaldas, aunque desde luego él conducía como un maníaco, esquivando coches a toda velocidad, pasando semáforos en ámbar, subiendo incluso brevemente a la acera para evitar atascos, de modo que para mayor seguridad siempre acababa cogiéndole las caderas mientras reía y aullaba contra su casco. Fue en esas ocasiones, esas cinco veloces, alarmantes ocasiones, que con los puños rellenos de hirviente cuero negro, con el casco golpeteando contra el suyo, me sentí más comprensivo y unido a él que nunca. Supe por qué hacía lo que hacía. Y entonces no existía más que esa espalda ancha, la risa de Cleveland y el vértigo de Pittsburgh fluyendo alrededor, cada árbol con un fugaz silbido. La velocidad, el bramido y la nada que nos aislaban eran más emocionantes, más verdaderos e íntimos que cualquier cosa que yo hubiese experimentado aquel verano con Phlox o con Arthur; ninguna sombra de sexo la volvía equívoca o la ahondaba. Tan sólo existían un miedo risueño y mis manos, así de simple, en sus caderas. Éramos amigos.

Fuimos a su casa para ducharnos y para que él se cambiara la ropa desgarrada y cogiera un par de gafas viejas. Si aún no he descrito la vivienda de Cleveland es porque la primera vez que la vi fue aquel día, cuando todo me resultaba nuevo y ominoso, y yo rebosaba de curiosidad y de un miedo apabullante. Arthur ya me había

hecho un breve bosquejo de lo que llamaba la Casa del Miedo, en oscura alusión a su siempre cambiante dotación de inquilinos, sus colapsos y fuegos menores, sus extraños animales, dunas y torres de ropas y platos sucios. «No es una casa», había dicho. «Es una implosión.» Se hallaba en medio de un bosquecillo, en el centro de una manzana del barrio de Squirrel Hill, un lugar olvidado al cual se llegaba por una entrada apenas visible desde la calle. Podría haberse dicho una casa embrujada, de no haber sido por el exterior decorado con gigantescos, tricolores grabados en madera del Gato Félix, Alicia la Tonta, Beany y Cecil, el señor Peabody y Sherman, y el ratón Ignatz y su ladrillo volador. Pero poseía gabletes, una extraña torrecilla desconchada, una reja de hierro, y con esos postigos que bailoteaban de una forma delirante, había en su fachada algo casi humano.

—¿Quién es el dueño de esto? —pregunté, mientras me apeaba de la moto y me desenroscaba el casco.

—Nadie lo sabe.

—¡Ah!

—Todos los meses, la primera noche de luna llena, dejo el dinero del alquiler en un sobrecito al final del sendero de entrada. A la mañana siguiente ya no está.

Subimos los escalones y atravesando el porche destartado entramos en la sala. Por todas partes, en las mesas, en el suelo, en los rincones, había pilas de libros de bolsillo, y yo eché un vistazo a los títulos, un ecléctico surtido que iba desde las crónicas de asesinatos famosos hasta Knut Hamsun, desde libros de dietas y horóscopos hasta novelas de Vonnegut y revistas de *cómics*. Supuse que semejante variedad era representativa de los diversos y multiformes inquilinos y ocupantes previos de la Casa del Miedo.

—¿Has leído todo esto?

—Por supuesto. ¿Para qué los iba a tener, si no?

—¿Y has comprado tantos libros?

—Yo no compro libros —proclamó él.

Esto fue antes de que yo conociese la mágica chaqueta de varios bolsillos que Cleveland tenía, capaz de albergar un inagotable fondo de cigarrillos, comida enlatada, libros, revistas y las eventuales víbora de goma o dentadura monstruosa robadas de una tienda de regalos. Acaso el mayor milagro nunca realizado por Cleveland haya consistido en liquidar en seis años el considerable legado de su madre sin haber comprado una sola vez nada más caro que la moto.

Nos duchamos y, mientras él se cambiaba, yo deambulé por los corredores, fisionando en las habitaciones vacías, cada una con su estereo y su colchón. No parecía hallarse en casa ninguno de los malvados inquilinos, si bien por doquier había huellas visuales y olfativas de su existencia. Algunas puertas tenían candado; otras, arrancadas de los goznes, estaban apoyadas en la pared. Entré en un cuarto y distraídamente me quedé mirando el cartel de promoción de una banda de *rock*, hasta darme cuenta de que figuraba un llamativo sacrificio azteca en lo alto de una

pirámide, con el corazón separado de su cuerpo y devotamente ofrendado. Pensé que debía llamar a Phlox, y la idea de Phlox me resultó tan atractiva que por poco no decidí ir a verla, escabullirme de la casa y dejar que Cleveland bajase solo al centro. Tal vez hubiese sido una locura aún mayor, si bien ahora es difícil discernirlo. El caso es que él asomó la cabeza por la puerta.

—Listo, Bechstein.

Me volví. Llevaba unas gafas de montura blanca y circular que le daban un aspecto algo excéntrico.

—Muy bien —suspiré—. Pero déjame llamar a Phlox.

Pero no respondió nadie. De modo que, montado por cuarta vez en la moto de Cleveland, fui con él al centro.

BYE

Camino del centro reflexioné sobre la posibilidad de acabar una vez más en el infausto restaurante italiano. Al menos habría servido para dibujar una suerte de grotesca simetría. Pero mi padre, resultó ser, se encontraba en su habitación del hotel con varios hombres más. Tenuemente los oímos reír mientras avanzábamos sobre la desgastada moqueta por el pasillo fresco y sombrío. Me palpitaban las mejillas por el ejercicio y la ansiedad. Y entonces Cleveland me asombró: cuando me detuve ante la puerta numerada y me volví hacia él por una última mirada de aliento, sacó una corbata de la cazadora de cuero y empezó a colocársela. Era una corbata gris-marrón, con un intrincado dibujo de cuadrados y óvalos insólitos.

—Serpiente de cascabel —dijo.

Del otro lado de la puerta hubo una nueva ronda de carcajadas. Esperé, tanto como para no provocar una ominosa o abrupta interrupción de la risa. Apenas oí el sonido final de la carraspera de mi padre, golpeé. Tras los varios segundos que les llevó la elección de un delegado, un hombre, uno de Ellos, abrió la puerta. Intenté echar una mirada a la habitación, pero había un vestíbulo blanco —un banco, un espejo y gladiolos en un jarrón— y nada más. El hombre, en mangas de camisa y pantalón de traje, tenía la cara pálida y un corte de pelo conformista. Me reconoció, y yo me pregunté cuántas veces le había visto. Sonrió y salió al pasillo, cerrando la puerta a sus espaldas.

—Caray —dijo—. Pero ¿qué me decís de esto? Si es el chaval de Joe Bechstein —me estrechó la mano—. Jimmy. Jim Breezy. La última vez que te vi eras un crío. Oye, Art, escúchame —poniéndome una mano en el hombro me atrajo un poco hacia sí, apartándome al mismo tiempo de la puerta; luego miró por sobre mi hombro y por primera vez dio la impresión de fijarse en Cleveland—. ¿Un amigo?

—Sí, has acertado. Me alegro de verte, Jimmy.

—Pues oye, Art, escucha... en este momento tu padre está atareado. Está reunido con unas personas. Eso es. Está ocupado.

—¡Oh, no!

—Pues así es, sabes. Creo que lo mejor sería que volviesses dentro de una hora, digamos quizá una hora y media.

—¡Ah!, vale, Jimmy, de acuerdo. ¿Digamos a las cinco?

—Claro —dijo él sin mirar el reloj, y volvió a entrar. La puerta se cerró.

—¡Oh, qué bien! —dijo yo—. A las cinco. Mi padre está ocupado.

Cleveland movió los ojos.

—Eres una gelatina, Bechstein. Una gelatina de pescado —dijo, y golpeó la puerta.

—¿Sí? —dijo esta vez Jimmy Breezy, aún sonriente.

—¿No podríamos ver al señor Bechstein ahora mismo, y no a las cinco? —dijo Cleveland.

—¿Y tú quién eres? —dijo Jim, de pronto serio.

—El amigo. Cleveland Arning.

—Hazles pasar —oí que decía mi padre.

Como un portón, Jim Breezy nos abrió el paso.

En la habitación había siete hombres, sin contarles a Ellos, sentados en diversos sillones alrededor de una larga mesilla de café sobre la cual se veían un periódico leído y vuelto a doblar, una llave y el billete de avión de mi padre: éste, con ropa de golf y una expresión dura pero serena; tío Lenny, también con zapatos blancos y amplios pantalones pastel; y cinco hombres más, uno de los cuales, también pálido, dio un respingo en la silla al ver a Cleveland. Tenía que ser Frankie Breezy, un pelín sorprendido de encontrar a un motorista empleado suyo en la misma habitación que él. Frankie era un hombre de apariencia frágil que, se notaba en seguida, se preocupaba por demostrar que había invertido mucho dinero en vestirse. Era el objeto más restallante de la habitación que, como todo el hotel, se veía anticuada, rancia, elegante y espaciosa. Los hombres estaban disfrutando de grandes cigarros y tragos diversos; mi padre y tío Lenny habían pedido los habituales cafés con hielo; los demás algo claro o con *ginger ale* provisto de agitador. Y cada uno exhibía una sonrisa, excepto Frankie Breezy.

—Hola, papá. Hola, tío Lenny —dije, resolviendo no besar la mejilla de mi padre. Saludé con la cabeza a los demás, y ellos respondieron asintiendo—. Siento molestaros. Éste es mi amigo Cleveland.

Levantándose, mi padre se me acercó y me dio un beso. Estrechó la mano de Cleveland.

—Yo conozco a Cleveland, Joe —dijo Frankie en un tono deliberadamente extraño. Mi padre me miró.

—Me alegro mucho de verle, señor Bechstein —dijo Cleveland—. Y si les hemos interrumpido de este modo la culpa es totalmente mía. Es que quería conocerle.

—Yo me alegro de conocerte a ti —dijo mi padre tranquilamente.

—Es uno de los míos —dijo Frankie.

—Art, ¿por qué no vais a divertir os por ahí un par de horas? Luego os invito a cenar —mi padre no parpadeaba.

—Así es, Art, algunos no tenemos vacaciones —dijo riendo el viejo Lenny—. Algunos hemos de trabajar incluso el día más caluroso del verano.

—Bien, caballeros, estoy ocupado. Hasta luego.

—Anda, Joe, déjales quedarse un minuto —dijo un hombre, un hombre mayor, calvo y en un tiempo rubio, que tenía amistosos ojos azules y la nariz destrozada por el boxeo. C cogió el periódico y lo puso a su lado. Era, aunque por entonces yo no lo supiese, Cari «Teca» Punicki. Entre las demás cosas que yo aún no sabía de él figuraban: primero, que era un receptor de joyas robadas de primer orden; segundo, que tenía un hijo, ciclista, a quien apreciaba y con el cual comía todos los domingos —. Nunca había visto a tu hijo, Joe.

Mi padre se había visto forzado a hacer negocios con aquel hombre; se volvió y me puso un brazo sobre los hombros.

—Arthur, te presento al señor Punicki.

Me paseó por toda la habitación. Yo estreché varias manos, y lo mismo hizo Cleveland. Vi que el señor Punicki miraba con paternal diversión la corbata de piel de serpiente que llevaba Cleveland.

—¿Y bien? —dijo por último mi padre—. ¿Simplemente habéis pasado de visita?

—En efecto —dijo Cleveland—. Así es.

—No —dije yo—. En realidad hay un motivo.

Debimos de intercambiarnos un par de miradas y-ahora-qué-hacemos estilo Hayley Mills, porque todo el mundo se echó a reír.

—Ese chico no tiene nada que hacer aquí. Es un matón —dijo Frankie—. Un empleado.

—Papá, Cleveland quiere un trabajo —dije yo.

Frankie Breezy se levantó y las manos, parcial pero tal vez automáticamente, se le transformaron en puños.

—Esto es una locura tremenda —dijo mi padre.

—Yo le daré un trabajo a Cleveland —dijo el señor Punicki. Sacó una pluma del bolsillo y escribió algo en el pliego coloreado del billete de avión de mi padre. Cortó limpiamente el trocito y se lo entregó a Cleveland.

—Te veré a las cinco —me dijo mi padre, casi en un susurro. Tenía la frente tan arrugada de ira que las dos cejas parecían habersele unido. Estaba muy rojo—. Solo.

Por un instante, pero agudamente, presentí que esa vez había ido demasiado lejos incluso para tener que aguantar otra maldita cena.

—No puedo, papá —dije—. Lo siento, pero tengo cosas que hacer —estuve por echarme a llorar pero me controlé; salió algo así como un bostezo—. Vamos, Cleveland.

—Apuesto a que será un trabajo mucho más entretenido —dijo Cleveland mientras cruzábamos el bonito vestíbulo—. Mucho más apropiado para mis gustos estrafalarios y mi idiosincrasia.

Esperamos el ascensor un buen rato. Había un terrible silencio en aquel pasillo helado. Por fin las puertas metálicas se abrieron. Mientras bajábamos, Cleveland encendió un cigarrillo justo frente al cartelillo que decía PROHIBIDO FUMAR, MULTA: 500 \$, lo cual, por una vez, me chocó por innecesario y teatral.

Bebí media cerveza sin darme cuenta. Los dos estábamos aturridos, aunque su aturdimiento era una suerte de ensoñación nerviosa, mientras que el mío se parecía más a la apatía. Cuando por fin el tenue sabor a pan amargo se dejó notar en mi boca, eché una mirada en torno sin recordar cuándo había entrado en el bar. Me hallaba junto a una ventana, en el último taburete, y podía ver la tarde luminosa y los ladrillos soleados de Market Square, y momentáneamente me permití relajarme bajo el aire tibio movido por los ventiladores y las tranquilas, saladas exhalaciones de mariscos que llenaban la atmósfera. Cari Punicki pasó por delante del bar sin mirar por la ventana. A punto de desaparecer, se pasó una mano por el pelo escaso y sacudió una vez los hombros. Una pulgada de ceniza cayó de la punta de mi cigarrillo temblequeante.

—Oh, Art —dijo Cleveland—. Ahora me doy cuenta. Lo siento.

—Bah —dije yo—. No es nada.

—En serio. ¿Crees que esto empeorará las cosas con tu viejo?

—Sí. No. No lo sé. Ya habían empeorado hacía mucho.

—¿Estás furioso conmigo, Bechstein? No lo estés —las gafas blancas le daban un aire travieso. Desenfadadamente dijo—: Tengo una sensación gloriosa —terminó la cerveza—. Las cosas me son favorables. Tan alto está el trigo que llega al ojo de un elefante.

Me reí y al fin le miré. En algún momento de aquel hirviente día de finales de julio, el más caluroso desde 1926 o algo por el estilo, mi amistad con Cleveland empezó a adquirir ciertos rasgos de *détente*, ese inquietante deseo de reírse de todo.

—Tengo que llamar a Phlox —dije, mientras pensaba: tengo que llamar a Arthur. Me deslicé del taburete y, palpando las monedas en el bolsillo, dejé atrás hombres y viejas fotografías rumbo al fondo del bar.

—¿Sí? —dijo, ¡Dios Santo!, Phlox.

—¡Ah, hola!

¡Operadora, operadora, ha habido un error!

—¡Ah! Eres tú.

—Hola, Phlox. Me siento realmente mal y no quiero hablar de esto. ¿Cómo estás tú?

—Enfadada —golpeteó el auricular—. ¿Dónde estás?

—En el centro. Con Cleveland.

—Perfecto. Quédate allí.

—¿Y qué te parece si voy a verte ahora mismo?

—No —dijo, más tranquila—. Creo que mejor no —la voz era fría—. ¿Por qué no llamas a Arthur?

—¡Phlox! Vale. Le llamaré.

—¡No, Art, ven!

—No, llamaré a Arthur, como has dicho —hubo una pausa. La computadora de la máquina de millón que estaba a mi izquierda simuló un orgasmo femenino. Me di cuenta de lo estúpido que era lo que acababa de decirle.

—Muy bien.

—¡Oh, Phlox!, déjame ir ahora mismo.

—No —dijo ella—. Ahora estoy demasiado enfadada para verte. Podría decir cosas que no quiero. Ven más tarde.

Las cosas estaban sucediendo demasiado aprisa para que hubiera un más tarde.

—Salgo ahora mismo.

—No —dijo ella, y colgó. Cuando volví a llamar, comunicaba. De modo que llamé a Arthur, que estaba durmiendo la siesta. Me dijo que fuera en seguida. Fui a avisar a Cleveland, pero se había marchado dejando una nota y un par de dólares arrugados. Leí la nota, me la guardé en el bolsillo y fui a coger el autobús para Shadyside.

Arthur dejó escapar una risita comprensiva al verme, y me tendió generosamente la mano. Le rodeé con los brazos y me apretó contra sí. Nos separamos. Tenía la cara morena de sol y muy despejada, con un débil copo de sueño en la esquina del azul ojo izquierdo. Se había comprado un frasco de Christian Dior de limón. Me alegró verle.

—Pobre muchacho —dijo—. Pareces muy desdichado.

—Lo soy —dije—. Abrázame de nuevo.

—Has de haber tenido un día particularmente perturbador.

—Estoy perturbado. Arthur, ¿puedo...?

—Hazlo, por favor.

No era tan diferente. Acaba de comerse una ciruela, pensé. Él me apartó ligeramente. Luego me retuvo.

—¿Estás en plena posesión de tus facultades?

—No puedo asegurarlo; no.

—Bueno, ya era hora —dijo. Me pellizcó la oreja—. Agotemos todas las posibilidades.

—¿Podríamos hacerlo despacio, por favor?

—No —dijo él, y tenía razón. Lo hicimos muy rápido, en la cama de la Mujer del Tiempo, pasando de los besos mordisqueantes a cada una de las descendentes y hostiles, pero familiares, estaciones en el antiguo camino a la cópula, que siempre seguía cerniéndose ante mí negra, brutal y sonriente, cada vez más hostil, más descendente y más familiar que todo lo conocido. Luego, acaso diez o quince minutos después de mi llegada a la casa, con la mano derecha aferrando un firme y esponjoso puñado de él y la izquierda apoyada en su vientre, me invadió un sentimiento merced al cual nuestro negro destino dejó de ser una amenaza. Partido en dos, al mismo

tiempo el corazón se me colmó de lujuria; estaba agotado, y cada minuto de lo que estábamos haciendo me encantaba. Ser por una vez el más débil era un sentimiento extraño y exaltador.

—Aquí —dije—. Aquí.

—¿Estás seguro?

—Sí. Por favor. Está todo bien. Si no lo hago ahora no lo haré nunca.

—Necesitamos algo resbaladizo.

—Date prisa.

Se bajó de la cama y correteó por el dormitorio arrojando papeles hacia todos lados, hurgando en los cajones, y luego desapareció en el cuarto de baño. Oí que abría el botiquín, en seguida un portazo. Volvió a pasar como un relámpago y le oí bajar estrepitosamente la escalera y tropezar en el último peldaño con su propia prisa. Yo permanecía entre las sábanas enmarañadas, mirando sin noción del tiempo las manecillas del reloj. La respiración agitada, y esa sensación de incauto deseo de que me jodieran, me producían punzadas de dolor en los flancos. El reloj se movía, el viejo visillo de la ventana ondulaba; volví a oír los pasos de Arthur en la escalera. Entró una vez más en el dormitorio, sin aliento pero sonriente y con una botella de aceite de maíz.

—Algo resbaladizo —dije, y mi risa fue como una burbuja iridiscente aflorando en una piscina de alquitrán fundido—. Vamos ya.

—Tranquilízate. Estoy sin aliento. Dame un minuto. Dame un beso —dijo él.

Dolió mucho, y el aceite me pareció frío y raro, pero cuando él dijo que había terminado yo no quise que parara. Se lo pedí, y él hizo todo lo que pudo, pero entonces me eché a llorar. Me abrazó, paré de llorar, y estábamos riéndonos del sonido que según él se me había escapado, los rostros a una pulgada de distancia, cuando se le agrandaron los ojos y bruscamente se sentó. Luego volvió a acercarse para ver mejor.

—Te está sangrando la nariz —dijo.

Se levantó, descorrió las cortinas y abrió del todo las hojas de la ventana ancha y alta. La brisa y el sol del atardecer entraron a través de la reja de hierro forjado, y sobre el suelo se proyectó una hilera de sombras delgadas. En mi almohada había sangre. Adrede, cuando me levanté a buscar un Kleenex, Arthur quitó la funda manchada y con ella en la mano se asomó a la ventana. Cuando volví seguía en el antepecho, sonriendo por la deslumbrante noticia que acababa de ofrecerle al vecindario.

PERSPICACIA

«Toda mujer tiene corazón de policía.» Más tarde, mucho más tarde, después de que el verano se hubiera marchitado y caído en fragmentos de ceniza y papel japonés, estuve una vez en un desierto pueblo costero de Bretaña conversando con un muchacho de París que me dijo ese aforismo. Dulce y nebuloso, amargo y sereno, bebía Pernod, y para ilustrar la máxima me contó una historia sobre las capacidades detectivescas de una vieja novia suya. Mientras estaban comprometidos, él vivía en el tercer piso de un antiguo edificio del quinto *arrondissement*, y en el sexto vivía una joven que le tentaba. Por las noches ella solía esperar junto a la puerta de él sin más ropa que una bata delgada, le dejaba flores y cintas de colores en el buzón, llamaba a su timbre a medianoche sin tener nada que decirle. Pero era una mujer pobre, y loca, contaba él, y él iba a casarse con la brillante hija de una importante familia judía de la élite socialista.

Me dijo que si bien la vecina era bonita, durante más de un año él se las había arreglado para eludir sus brazos, y nunca, desde luego, había mencionado el asunto a su adinerada novia. Luego, un domingo, sin motivo especial, se rindió. Después la vecina, levantándose de la cama, se puso el vestido y las sandalias para ir a la esquina por una botella de vino. En la escalera se cruzó con la novia, que había ido a sorprender al joven con un regalo caro. Las dos mujeres intercambiaron una mirada brevísima. La rica subió, llamó a la puerta y, cuando él abrió, le abofeteó la cara. Arrojó el regalo, un equipo de afeitarse enchapado en plata, contra el televisor, y no volvió a verle nunca.

Puede que el aforismo sea falso (suena bien, lo cual es el primer requisito de todo aforismo), pero no hacía cuarenta y cinco segundos que yo estaba en el apartamento de Phlox cuando, reuniendo las pistas que mi cara, mi voz, mi tacto —tal vez incluso mi olor— pudieran exhibir, cualesquiera que fuesen, me acusó de haber hecho lo que aquella noche yo había hecho por segunda vez a las dos de la mañana, tras lo cual Arthur se había dormido, y pese a lo cual yo no había podido imitarle, decidiendo al fin cruzar la desierta Quinta Avenida para volver a mi casa por las calles sin tráfico.

—¿Quién es? —dijo Phlox, apartándose y aferrándose al respaldo de la silla.

—Alguien que no conoces —yo no tenía suficiente fuerza para mentir con convicción. Todo lo que podía hacer era hundirme en el viejo sofá de ella y esperar con miedo la siguiente deducción. Me había despertado esa mañana con una llamada

y ya en su voz, en la urgencia con que me había citado en su casa, deshecho tras tres horas de sueño y una sola taza de café, palpataba la sospecha. Estaba de pie en el centro de su sala, con un raído chándal gris y shorts de gimnasia, y no decía nada. Empezó a llorar.

—Lo siento —dije, hablándole a mi camisa—. Fue algo sin ninguna importancia. Un error. Me sentía horriblemente mal, y solo, y me crucé con... esta chica que conozco hace mucho.

—¿Claire? —sollozó Phlox.

Alcé los ojos. No pude evitar sonreírme, o medio sonreírme.

—No. No, por Dios. Vaya idea. Escúchame Phlox.

Se acercó. La hice sentar en mi regazo y restregué la mejilla contra su suéter gastado, nudoso y blando. En la tela de los chándales anida el consuelo.

—Por favor, Phlox, tienes que perdonarme. Tienes que hacerlo. No siento nada por esa mujer. No ha valido la pena.

Se volvió violentamente, enfadada y curiosa, con los ojos irritados.

—¿Cómo es?

—Es rubia. Muy rubia y muy fría.

—¿Tan rubia y fría como Arthur?

—¿Qué me estás queriendo decir?

Me echó los brazos al cuello y dijo que no lo sabía. Luego me aseguró que podía contárselo todo; que creería cualquier cosa que le dijera. Durante el resto del día lloró sin cesar. Fue un domingo herido, lento y delicado; nos dijimos cosas cautas y tiernas, como eran nuestros sentimientos. Hacia el final de la tarde llovió. Medio desvestidos subimos a la azotea y nos metimos descalzos en los charcos, y bajo el agua fresca la brea aún se sentía caliente contra los pies. Por todo el vecindario tintineaban y gorgoteaban los desagües, y desde allí arriba se oía a los coches lanzar cortinas de agua sobre las aceras. Fumé un cigarrillo bajo la lluvia, que es la mejor manera de fumar. Miré el triste rostro lunar y las pestañas húmedas de Phlox. De nuevo abajo, nos secamos mutuamente el pelo y con tenedores de plástico comimos algo frío de unos tazones Tupperware. El día anterior Phlox había comprado una botellita de jabón de burbujas y una pipa de plástico, y llenamos el aire del dormitorio de esferas transparentes y pequeños estallidos húmedos; por la noche le tomé la foto. Resolví que no vería a Arthur durante toda una semana.

Cuando al día siguiente llegué al trabajo, Ed Lavella estaba delante de la caja marcando los cincuenta y siete dólares correspondientes a los veinte centímetros de libros y revistas comprados por mi padre, quien sostenía un billete de cien. Mi padre se había vestido para enfrentarse a los negocios, con traje azul y corbata sobria, y ostentaba la cara cerrada e inescrutable que solía adoptar a las diez de la mañana de

las jornadas que le cabía esperar plenas de ocupaciones. Yo sabía que despreciaba Libros Acera, de modo que si estaba allí era para hablar conmigo, pero a ambos nos bastó vernos para comprender que no era el momento. Él tenía trabajo y no le interesaba que las feroces palabras de su hijo le repicaran todo el día en los oídos, y en cuanto a mí, cualquier intento de obtener perdón o consideración se vería frustrado por su inexpresiva profesionalidad y el hecho de que todo el mundo nos mirase. Así que estuvimos un rato en el corredor, junto a la mesa de libros más vendidos, incapaces de articular palabra. Él olía a loción para después de afeitarse. Finalmente me invitó a cenar y al cine el miércoles por la noche, me deslizó un billete de veinte dólares y se fue. A la hora de comer me di cuenta de que todavía llevaba en la mano la pelotita verde. Le hice enviar a Phlox una docena de rosas a la biblioteca. Al salir de la floristería me topé con Arthur. Esa mañana se había cortado el pelo muy corto, si bien un mechón largo, elegante y sesgado le ocultaba el ojo izquierdo. Se le veía extraño, aniñado y gay.

—Estás vivo —dijo.

A ambos lados pasaban mujeres con sandwiches y cucuruchos de helado, charlando con las bocas llenas. Tras la lluvia de la víspera el tiempo estaba inusitadamente seco y agradable, y la clamorosa avenida Forbes repleta de enfermeras y secretarias que habían huido del aire acondicionado y las luces fluorescentes. Me reí porque el parloteo de aquellas mujeres saturaba el aire.

—¿Ya has comido? —dijo él—. Vamos a sentarnos frente a la Escuela de Derecho.

Sí, recordé mi decisión. Con una punzada.

—Bien, de acuerdo —dije. Le envié a la cara un soplido que levantó el mechón de pelo y por un instante desnudó el familiar arco amarillo de su ceja.

Esa tarde telefoneé a Phlox al trabajo y le mentí. Le dije que iría a cenar con mi padre, que era la noche prevista para los balances. Desde luego, no le conté absolutamente nada sobre la más reciente entrevista con él. A medida que iba mintiendo comprendía que la mentira aquella conduciría a otra completa ristra de mentiras, y que llegado el miércoles esa ristra desencadenaría una tercera cuando mi padre me dijese lo que pensaba de ella, cosa que sin duda iba a hacer si yo decidía acudir a la cita. Pero la primera mentira de la serie es la que uno dice con mayor ansiedad y más pesar. Por la voz, ella no parecía decepcionada ni celosa.

—Las flores llegaron hace menos de cinco minutos —dijo—. Eres maravilloso.

Después del trabajo fuimos hasta la escalera donde casi dos meses atrás habíamos

almorzado un mediodía, detrás del edificio de Bellas Artes, deseosos de andar pero sin saber aún dónde pasaríamos la noche ni qué haríamos. Yo había sugerido el Barrio Perdido. Nos apoyamos en la baranda y miramos hacia abajo. Arthur quería aparentar tranquilidad, pero yo le capté un destello de nerviosismo o de excitación; martilleaba el pasamanos con los dedos. Allá abajo, en el Barrio Perdido, estaban asando comida; el humo se elevaba en chorros deshilachados, y en los arbustos secos que rodeaban nuestro mirador dialogaban las cigarras. Arthur se rió. Atacado por emanaciones químicas, el cielo era anarajado y rojizo.

—Una vez estuvimos por allí Cleveland y yo —dijo—. Poco después de que me contara que tenía ese trabajo. Cruzamos el vertedero con la moto, esquivamos a los dos Perros Malvados e intentamos subir al barrio. Pero no pudimos entrar; fue divertido. Quiero decir, hubiese sido divertido *poder* entrar, pero Cleveland se negó. Había un montón de niños, y bicicletas caídas en la calle, y grandes neumáticos, y camiones de juguete. Apagó el motor y nos quedamos allí sentados. Cleveland quería mirar, supongo. Tengo hambre. ¿Dónde te parece que vayamos a cenar?

—Esta vez elijo yo.

—No, creo que esta vez me toca a mí —dijo él—. En realidad siempre eliges tú.

—Elige, pues.

—Un chino.

—Muy bien.

Fuimos. La comida era marrón, sinuosa y picante como el demonio. Maldijimos la sopa feroz mientras la comíamos. Los anacardos de la sopa de pollo eran como suaves islas de serenidad en un océano de pimienta. Los labios me ardían y acabaron por hincharse. Bebimos vaso tras vaso de agua helada y luego vaciamos tres teteras. Yo recogía del tazón pequeñas marañas de arroz valiéndome de los palillos; Arthur usaba el tenedor para ahogar el arroz en las salsas que le inundaban el plato. Era una comida que requería muchísima atención. Apenas si hablamos.

Después de haber fumado los cigarrillos y leído dos veces las respectivas predicciones de suerte —«la cuerda más floja es la que más tiempo suena», decía la mía— salimos a la calle. Eran las siete. Tiré hacia la izquierda, Arthur dijo «No», doblamos a la derecha y allí estaba Phlox, en la esquina de Atwood y Louise, con las manos en las caderas. Giró en redondo y se alejó, y yo corrí tras ella llamándola a voces. Le di alcance en la avenida y la cogí por el codo.

—Eh —dije, y entonces me di cuenta de que no podía pensar nada más. Durante un buen rato estuvimos mirándonos. Ella no lloró.

—Soy una imbécil —dijo—. Soy una imbécil completa. Una idiota. Y no me vayas a decir nada. Cállate la boca. Vete. Soy una imbécil.

Los dos nos volvimos en dirección a Arthur, que venía acercándose. Parecía serio, pero era pura falsedad; se le veía en la manera de entornar los ojos.

—Os odio. A los dos.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

En vez de contestarme alzó los ojos hacia Arthur, que se había parado a nuestro lado. Se midieron, Phlox furiosa, Arthur furtivo, desviando la mirada desde ella hacia algo que parecía haber visto a sus pies, y luego más allá.

—Estaba pensando en ir a tomar un sorbete de limón —dijo él por fin.

—Magnífica idea —dije yo—. Vamos los tres a tomar un sorbete de limón.

—¡No! —dijo Phlox—. No pienso ir a ningún lado contigo, Arthur —enderezó el cuerpo y echó los hombros atrás, y los ojos le chispearon con una suerte de altanería a lo Vivien Leigh—. Art, por favor, vente conmigo —enunció—. Es la última vez que te lo pido.

Miré a Arthur, quien encogió los hombros tranquilamente.

—De acuerdo, de acuerdo —dije. En la acera la gente volvía la cabeza para mirarnos—. Ya es suficiente. Ahora para, ¿vale? ¿Podríamos dejarlo así? ¿Sería posible? ¿Vale? Pues vale, mira, lo mejor será que arreglemos esto de una vez por todas —me sorprendía ser capaz de hablar. Volviéndome hacia Arthur, proclamé—: Arthur, quiero a Phlox —luego me enfrenté con ella—. Phlox, quiero a Arthur. Tendremos que aprender a estar juntos. Sé que podemos hacerlo.

—Idioteces —dijo Phlox. Sus dientes relampaguearon.

—Tiene razón —dijo Arthur.

—Te odio, Arthur Lecomte —se giró. La poseía una ira arrebatadora y atávica. Tenía los dedos rígidos, las mejillas encendidas—. Esto no te lo perdonaré nunca.

—Un día me lo agradecerás.

—¿De qué hablas?

—Ven conmigo, Art.

—Ve —dijo Arthur.

—Te llamaré.

—Está bien —dijo Arthur—. De veras. No te preocupes.

Phlox y yo nos pusimos en marcha, al principio sin discutir ni saber adónde íbamos. Estaba anocheciendo, y la catedral de Learning, fachada y almenas, proyectaba en el aire enormes rayos de luz, casi como un emblema de la 20th Century Fox. Quise tomar la mano de Phlox, pero ella se desprendió y seguimos caminando separados por la brisa.

—¿Fue *él* quien te dijo que íbamos a cenar juntos?

—¿Por qué me has mentado?

Me rodeó la mano con los dedos, le levantó y luego la arrojó como una botella vacía.

—¿*Por qué?*

—¿Cómo lo sabías?

—*Lo sabía* —dijo ella—. Eso es todo. Lo sabía.

—Te lo dijo Arthur.

—¿Tan estúpida me crees? —se alejó corriendo unos pasos y luego, el pelo enredado, se giró para mirarme. Habíamos llegado al puente de Schenley Park,

rumoroso de coches que lo atravesaban. Las dos chimeneas de la Fábrica de Nubes parecían de tinta contra el cielo entintado—. No hacía falta que Arthur me lo dijera. Cuando me envían rosas presiento que algo pasa.

—Compré las rosas...

—Olvidalo —dijo ella—. No me interesa. Volverás a mentir. Pobre mentiroso torpe —se dio la vuelta.

—... antes de saber que iría a cenar con Arthur —cada vez que le nombraba, volvía a oírle decir «No te preocupes» y me daba un mareo; era como asomarse al borde de un acantilado. Y ahora, mientras Phlox se alejaba, la tierra a mis espaldas empezaba a agrietarse y ceder. Pensé, me imaginé, que estaba parado en el aire, y que por primera vez en mi vida me hacían falta esas alas que ninguno de nosotros tiene. Cuando Phlox, quien había desaparecido en la oscuridad del puente, llegó al otro extremo, por un momento las farolas volvieron a alumbrarla: falda, pañuelo y piernas blancas. Luego se la tragó el parque.

EL GRAN P

Bechstein —oscuridad—. Bechstein —luz—. Bechstein.

—¡Eh! ¿Qué pasa? ¡Oh!

En una ciénaga de medialuz sangrienta, la enorme silueta de un hombre con las manos en las caderas ocupaba todo el claro de la puerta de mi casa. Levantó un brazo negro y a su alrededor rayos rojos despuntaron como varillas de abanico.

—¡Jesús! —parpadeando me apoyé en un codo—. Me alegro de que no estemos en una película de Sergio Leone.

—¡Bang!

—Parece que me quedé dormido. ¿Qué hora es?

—Está anocheciendo —dijo Cleveland. Vino a sentarse en el brazo del sofá, a mis pies; por el borde del bolsillo le asomaba el lomo de un libro y tenía un sobre blanco en la mano—. Pero mírate un poco. Estás todo sudado —dijo. Con un vasto suspiro matraqueante se recostó en la pared y empezó a palmearse la barriga—. ¿Qué tienes para comer?

Giré y me senté del todo. Por un instante la risa de Arthur me resonó en el oído y me di cuenta de que había estado soñando con él.

—Es probable que pueda fraguar alguna especie de sandwich de queso —dije. Intenté levantarme, me tambaleé un poco, desistí. Me dolía todo el cuerpo—. También debe de haber aceitunas.

—Estupendo. Aceitunas —encendió un cigarrillo—. ¿Estás enfermo?

—No, creo que no —Hannah, la niña de al lado, estaba practicando una vez más «Für Elise». En mi lujurioso sueño se había infiltrado el piano—. Te prepararé un sandwich. ¡Ejem!, ¿qué has estado haciendo?

Fui a la cocina a sacar los paquetes y recipientes necesarios. Dentro del frigorífico el clima era muy agradable.

—Oh, millones de cosas. Cosillas estúpidas, me temo. Esto, Bechstein, estaba en el umbral —dijo Cleveland, entrando ruidosamente en la cocina detrás de mí. Me entregó el sobre que yo ya había visto, sobre el cual sólo estaba escrito mi nombre con la escolar letra de Phlox, sin sello ni dirección. Mi corazón se agitó violentamente: dio un vuelco, se fue a pique. Todo esto es la misma emoción.

—¡Oh, es de Phlox! —dije—. Bien; ¡ejem...!

—¡Ejem!

—Bien...

—¡Ejem! —sonrió él—. Por Dios, Bechstein, ¿vas a leerlo de una vez?

—Sí, claro... O sea ¿por qué no? ¿Te importaría...? —dije señalando el sandwich sin montar.

—Desde luego. Veamos. Ah, perfecto: pan. Muy bien. ¿Sólo la corteza? Magnífico. Me encanta la corteza. Pan y queso; queso americano color naranja cadmio. Perfecto. Exacto. Eres un minimalista, Bechstein. Ve, ve a leer —se apartó para consagrarse a la comida.

Salí de la cocina con el sobre, procurando no imaginarme el contenido; luego lo abrí y desplegué la carta de dos páginas, escrita también a mano, en tinta púrpura oscuro, sobre hojas con el monograma de ella: PLU. «El pasado de *plaire*», le gustaba decir; su segundo nombre era Úrsula. Por un momento, antes de que pudiera frenarlos, los ojos me resbalaron por el papel y palabras como «sexo», «madre» y «horrible» asomaron para espiarme, como infelices prisioneros, a través del alambre de espino de los párrafos. Me obligué a empezar por el principio.

ART:

Nunca antes te he escrito, y la sensación es extraña. Creo que escribirte una carta va a ser difícil, y ahora intento comprender por qué. Tal vez sea porque sé lo inteligente que eres, y no quiero que leas lo que escribo pues pienso que lo mirarás de una forma demasiado crítica. Tal vez sea también porque cuando tengo que expresarme por carta me siento tiesa, confinada. Me da miedo usar frases demasiado largas o emplear mal las palabras. Y luego está el hecho de que, hasta ahora, todo lo que he querido decirte te lo he dicho al oído. ¿No debería ser siempre así? Escribir es tan artificial... De todos modos hay ciertas cosas que debo decirte, y como no puedo verte nunca más no me queda sino escribir.

Probablemente tengas miedo de que esté enfadadísima contigo, y lo estoy. Estoy furiosa. Nadie me había hecho antes una cosa así. No de este modo. No tan extraña y horribilmente. Art, he acariciado tu garganta y tu sexo, hemos hecho el amor con toda la ferocidad y hablado con toda la confianza que están al alcance de un hombre y una mujer. Debes saber que lo que estás haciendo me repugna.

Un millón de canciones de The Supremes (y no lo tomes como una estupidez) me resuenan en la cabeza sin parar. *En Nombre del Amor, No lo Hagas Más*, etc. Art, ¿cómo puedes acostarte con un hombre? Sé que habéis dormido juntos porque conozco a Arthur. No puede vivir sin sexo. Una vez dijo que cuando no puede tener las manos de un hombre sobre el cuerpo siente como si se muriese. Recuerdo claramente habérselo oído.

Oh, ¿cómo puedes hacerlo? Si uno se pone a pensarlo con seriedad es tan

antinatural, tan obviamente erróneo. Piénsalo, reflexiona. ¿No es absurdo? Se supone que hay un solo lugar en el mundo donde debes meter tu pene: dentro de mí. El caso es que ahora todo esto no tiene mayor sentido. Siempre me ha parecido evidente que en cierto modo estabas colgado de tu madre, pero no se me ocurrió que fuera tan grave. Créeme, Art; te lo digo porque me preocupo por ti: necesitas que te ayude un psiquiatra. Y con urgencia.

Aún te sigo amando, pero no seré capaz de volver a verte. Tú dices que me quieres, pero eso no podrá ser verdad mientras sigas viéndote con Arthur. No comprendes cuánto me molesta. Tienes que saber (creo habértelo dicho) que ésta no es la primera vez que me enamoro de un hombre débil que resulta ser homosexual. Es horrible. Después de pasarte tanto tiempo vigilando —no digo teniendo celos, sino simplemente prestando atención a las mujeres que rodean al chico que amas—, lo cual al fin y al cabo es normal, ¿no?, viene alguien y te lo quita por detrás. No hay nada peor.

No me vuelvas a llamar, cariño. Te amo. Espero que seas feliz. Perdona la carta, pero no habría sido capaz de decirte estas cosas. De este modo ha sido más fácil. Llámame alguna vez, quizá dentro de mucho tiempo, dentro de unos años, cuando hayas comprendido.

PHLOX

—Vayamos a sentarnos fuera —dijo Cleveland, señalando con una aceituna sin hueso ensartada en el índice. El queso de su sandwich tenía una pulgada de grosor—. Da la impresión de que no te vendrá mal un poco de aire fresco, Bechstein. De veras, parece que no te encuentres nada bien.

—¿Cómo? Oh, no, no. Sólo ocurre, ¡ejem!, algo.

—¡Ah, bueno! *Algo*. ¡Qué alivio!

—He pasado mal la noche.

Nos sentamos en los escalones agrietados y me pregunté si no estaría realmente enfermo. Eran casi las ocho de la noche. Tenía el vago recuerdo de haberme levantado por la mañana, caminado hasta la sala y vuelto a deslomarme en el sofá; había dormido unas diecisiete horas. Cleveland sacó el libro del bolsillo y me lo depositó en el regazo. Era una selección barata de Poe, de segunda mano, que tenía una calavera y un murciélago en la cubierta.

—*Diez relatos de tensión y terror* —leí.

—Estoy relejendo al Gran P —dijo él con la boca llena de queso—. En una época me volvía loco. Me creía la reencarnación de Poe —se levantó el flequillo lacio para mostrarme la frente pálida—. Diantre, Bechstein. Te diré una cosa —metió el pulgar en el agujero de otra aceituna y luego se la disparó en la boca—. El malvado Cari Punicki es un individuo súper legal. Tiene una risa quizá demasiado estridente, y despilfarra quizá demasiado el dinero, y me palmea la espalda quizá demasiado a

menudo, pero se puede trabajar con él.

—¿Ahora trabajas con él?

—Me da miedo contártelo.

—¡Oh!

—Así pues, ¿qué *hiciste* anoche? —dijo, mirando de soslayo la carta medio echa un bollo que yo tenía en la mano.

Le observé. Había estado farfullando, comía el sandwich de queso sin darse tiempo siquiera a tragar, y me pregunté si estaría fumado. La acostumbrada telaraña de venas rotas bajo la piel de la cara, al borde de los ojos y de la nariz, parecía más oscura que otras veces; tenía los ojos enrojecidos y el pelo mugriento. Aunque parte de mí quería contárselo todo, me molestaba que estuviese tan al margen, que se hubiese puesto a hacer para Punicki algo sin duda peor que lo que había hecho para Frankie Breezy; y por último temía que fuera a burlarse de mí o, quién podía saberlo, incluso a enfadarse. Y además, ¿qué *había* hecho yo la noche anterior?

—Sí, voy ciego y he estado todo el día bebiendo. Tengo una turca considerable —dijo—. ¿Vale?

—O sea que viniste porque en tu casa no tenías comida.

—Exacto.

—¡Caray!

—Gilipollas. No he venido por eso. He venido a conversar.

—¿En serio?

—Pues claro —estiró el brazo y me palmeó el muslo. Luego me quitó la carta de entre los dedos flácidos—. ¿Noticias alarmantes?

—En realidad no estoy seguro. Noticias confusas.

—¿Puedo?

—No. Anda, Cleveland —quise arrebatarse la carta pero él alzó la mano sobre la cabeza, lejos de mi alcance—. No puedo creer que vayas a trabajar para ese monstruo de Punicki. No me gusta, te estás jodiendo la vida...

—Me he normalizado, Bechstein. Mira, tú estás deprimido; algo no va bien. Aquí tienes —me devolvió la carta, poniéndomela sobre la rodilla—. ¿Por qué no me dices al menos parte de lo que contiene?

Mi vecinita volvió a darle a su Beethoven. Cleveland tenía una expresión, aunque turbia, muy sincera; sólo había en ella una débil traza de burla.

—Es una nota de rescate, ¿me equivoco? Se ha secuestrado a sí misma. «Querido Art» —dijo, mordiéndose el labio de abajo y poniendo los ojos en blanco—. A ver... «Deja a Arthur en una bolsa de papel sin señales en el compartimento 38 de la consigna de la estación de Greyhound, o no volverás a verme nunca.» ¿Es eso?

—Oh, toma —dije. Mientras leía la carta purpúrea de Phlox, cosa que hizo muy despacio, como si le costara comprenderla, yo escuchaba la música de al lado mirando una plateada hebra de lanilla que él había cogido en una telaraña, y en el extremo de su diminuta correa, giraba como un molinete. Cleveland haría un bollo

con la carta y me la tiraría al suelo; se levantaría y me escupiría a la cara; y luego también él se iría de mi vida para siempre. Lo había echado todo a perder.

Unos minutos después levantó la enorme cabeza para mirarme. Sonrió.

—¡Ah, zorrilla!

Me reí a medias, por la nariz, como hace uno cuando también está llorando.

—¡Oh, para, pedazo de bebé! ¿No ves que no habla en serio? Todo el asunto es ridículo. Primero dice que nunca le habían hecho una cosa así y luego dice que siempre le pasa lo mismo. Te está cruzando los cables.

—No quiere volver a verme.

—Bobadas —descuidadamente dobló la carta y la deslizó en el sobre arrugado—. *Parece* que te estuviera enviando al diablo, pero no es más que un maldito ultimátum. Todas estas cartas los son. «No quiero verte nunca más. *A menos que...*»— Jane lo hace todo el rato. Cada cuatro meses. Tranquilo. Si quieres, puedes llamarla esta noche —dijo, y recogió un trocito de queso que se le había alojado en una arruga de la cazadora—. *A menos que...*

Permanecimos unos minutos en silencio, sin hablar de Arthur.

—¿Y bien, Cleveland?

—Bueno, no me sorprende.

—¿De verdad?

—Tenía que suceder. Es gracioso que en la carta ella diga eso de «te lo quitan por detrás». ¡Ja, ja! No seas tonto, Bechstein. ¿Y ahora por qué lloras? Basta ya. No soporto que la gente llore. Cuéntame qué pasó.

Le relaté, muy brevemente, los eventos de la tarde anterior.

—Arthur me dijo que no debía molestarme en volver a llamarle.

Cleveland gruñó.

—También en ese mensaje había un tremendo «a menos que» —dijo—. Los dos están subiendo las apuestas. Para de llorar, maldita sea —se metió la mano en el bolsillo y sacó una raída pelota de Kleenex usados—. Ten. ¡Joder! No los has perdido a los dos. Tienes que elegir a uno. ¿Era lo que querías oír?

—Supongo —el simple peso de la malhumorada dedicación de Cleveland me había hecho sentir más repuesto, despejado, incluso sano—. Gracias —dije—. Lo siento. También me ha irritado un poco saber que trabajas para Punicki.

—Que trabajo *con* el Malvado «Teca», Bechstein: hemos llegado a un acuerdo. Pero Jesús, Bechstein, no es para llorar. Me están admitiendo en el seno de un gremio antiguo y honorable. Aprenderé un oficio valioso. Y ahora vale ya, aparta eso un segundo y escucha.

—Ya sé, ya sé. Si me olvido de Arthur para siempre y llamo a Phlox...

—Podrás, como dirían ella o Diana Ross, encontrarte de nuevo en sus brazos en menos de una hora. De veras. Pero imagino que realmente tendrás que olvidarte de Arthur. O bien al revés.

Volvió a coger el sobre y se golpeteó con él el dorso de la mano.

—¿De modo que a cuál de los dos quieres? ¿A Phlox o a Arthur? Es decir: ¿a cuál quieres más?

—No lo sé. Los quiero igual —respondí.

—Respuesta no válida —dijo Cleveland—. Prueba de nuevo.

Pensé que él tenía razón: que mi sentimiento hacia Phlox, que llamaba amor, no podía ser en verdad el *mismo* que el que experimentaba hacia Arthur, al cual también daba el nombre de amor. Recordé la amplia, tersa frente de ella, su armario lleno de faldas espectaculares, el perfume de su habitación, y como aquello no me impulsaba a decidir velozmente, recordé su ternura y sus cuidados, el afecto obvio y persistente que me brindaba. Me pareció que no hacía falta pensarlo tanto. Entre Phlox y yo mediaba algo —yo mismo, acaso— que convertía la posibilidad de amarla en un esfuerzo perpetuo. Ella era una copiosa colección de pequeños detalles ardientes que yo me debatía por conservar en la mente, en cierto orden, a fin de repetirme una y otra vez la lista si no quería que, con la pérdida de una peculiaridad de su sonrisa o sus frases, el conjunto entero se hiciese añicos. Era posible que al fin y al cabo yo no amase a Phlox; que tan sólo la conociese de memoria. Yo había memorizado a mi amiga.

O acaso sólo fuera presunción y vanidad por mi parte, o por parte de Cleveland, suponer que Phlox volvería a aceptarme. Acaso había dicho basta y realmente significaba basta.

—¡Ejem!, Cleveland... ¿No te parece que la gran cuestión es ésta?

—¿Qué cosa?

—Que probablemente yo... sea... Yo pueda ser...

—¿Marica? —dejó la carta sobre Poe y, estirando los brazos, se levantó como para abrazar la oscuridad creciente; soltó simultáneamente un eructo y un pedo—. ¡Aaahh! Haz esto a menudo e implosionarás.

—¡Ja!

—¿Marica como mi más viejo amigo? ¿Como mi padre?

—Bueno...

—La verdad sea dicha, Bechstein, no creo que lo seas. En mi deteriorada opinión, apenas estás haciendo el payaso con tu equipo de química sexual. Pero no te detengas... Date un descanso de la Enfermera del Amor Maligno. Podrás llamarla cuando... ¿Cómo lo dice? Dentro de muchos años... «cuando hayas comprendido».

Me quejé de que no se lo tomara con la seriedad que el asunto tenía para mí. Me dieron ganas de explicarle algo de lo que sentía por Arthur, pero recordé las torpes protestas de su amor por Jane y me callé la boca. Le tenía delante, unos escalones más abajo, y en la penumbra casi no lograba distinguir sus rasgos.

—¿Y qué hiciste *tú* anoche? —dije, aguardando otro relato de excesos y comicidad.

—Anoche —dijo, mientras el confín azul del cielo se teñía de púrpura— aprendí a desactivar un sistema de alarma.

—¡Jesús!

—Bonito, ¿eh?

—¡No! ¿Para qué demonios?

—Para conseguir una medalla al mérito. ¿Pues para qué te parece? Para meterme en las casas. «Teca» tiene cinco joyerías en Mon Valley.

—Es un bribón.

—Es el más grande, Bechstein.

—Y tú vas a robar para él —me levanté.

—Como el mejor. Sin bromear: como Cary Grant en *Atrapa a un ladrón*.

Pasé junto a él y había bajado la mitad de los escalones, huyendo de mi propia casa, cuando me volví. Cleveland era una silueta vaga recortada contra la luz que se filtraba desde la cocina.

—¡Es ilegal, Cleveland! Es raterismo. ¡Raterismo! Podrías ir a la cárcel.

—Tranquilo —bajó unos escalones y nos miramos tensamente a la cara—. Sodomía —dijo.

Eso provocó un largo silencio, hacia el fin del cual él giró para seguir bajando.

—A fin de cuentas no me molestó tanto ni me comporté como un imbécil —dijo en un fuerte susurro—. Y sin embargo podría haberlo hecho. Era lo que parecías esperar. Así que por qué vosotros no me dejáis hacer lo que se me antoje; tal vez entonces podamos seguir siendo amigos —empezó a alejarse; luego, frenando, se volvió una vez más y murmuró—: Y no se te vaya a ocurrir que puedes detenerme —me cogió por el hombro y apretó; me estaba haciendo daño—. No intentes dar el chivatazo —me sacudió una vez—. No vayas a contárselo al padre celestial.

—¡Cleveland!

—Calla. Porque con la misma facilidad podría chivarme yo.

Con un crujido de la muñeca me soltó el hombro, y yo me derrumbé en los escalones.

—¡Por el amor de Dios, Cleveland! —susurré.

Con un gesto veloz, obviamente desconcertado, se apartó el pelo de los ojos.

—Bien, pues nada más. Gracias por el sandwich de queso. Buenas noches.

Le miré atravesar, menguante, tres retazos de luz de gas: enorme primero, luego muy grande, grande después, por fin un punto. Luego volví a la casa, encendí una de las bombillas del porche y me quedé parado en el centro de la sala con las manos furiosamente hundidas en los bolsillos; sentí en la izquierda el roce de un papel que, al sacarlo, resultó ser la servilleta de cóctel que Cleveland había dejado en el bar, pegada al borde húmedo de mi vaso de cerveza, después de nuestro primer encuentro con Cari Punicki. Mientras, distraído, releía las tres palabras del mensaje —TENGO QUE PENSAR—, recordé la carta de Phlox: ¡tang! Pero afuera, en el escalón, no había nada más que las grandes sombras vertiginosas de las polillas que venían a romperse la cabeza contra la bombilla. Cleveland debía de haber cogido la carta en la oscuridad, al agacharse para recuperar el libro. Le llamaría a la mañana siguiente.

Todo saldría bien. Entré en la casa, por un largo rato me paseé en círculos, leí parte de un periódico viejo y volví a pasearme. Por fin busqué una moneda en el bolsillo y la lancé al aire. Cara era Phlox; cruz, Arthur. Salió cara. Llamé a Arthur.

LA VIDA EN VENUS

Dormíamos juntos. Por la mañana él se levantaba para precipitarse rumbo al trabajo, revolviendo las pilas donde se mezclaban pantalones y calzoncillos, metiendo la cabeza bajo el grifo, dando un portazo de despedida, y una vez que se había marchado yo disfrutaba el lujo de mi hora extra en la bañera con patas de la Mujer del Tiempo, rodeado de cosas ajenas. Vivíamos bien. Arthur preparaba cenas complicadas; en la nevera siempre había pasta con los colores de la bandera italiana, una variedad de vinos extraños, alcaparras, *kiwis*, ignotos pescados de nombres hawaianos y espárragos, la comida predilecta de Arthur, en esos manojos que él no dejaba de llamar gavillas. Mandábamos la ropa sucia a la lavandería y nos la devolvían como un regalo, envuelta en papel azul. Y todo lo a menudo que podíamos nos íbamos a la cama. Yo no pensaba que fuera gay; por regla general, no pensaba. Pero todo el día, desde el instante blanco en que abría los ojos por la mañana hasta el último, oscuro instante de conciencia del desmayado aliento de Arthur sobre mi hombro, me sentía nervioso, lleno de energía y de temor. La ciudad se había renovado, y con ella los peligros, y yo recorría velozmente las calles, eludiendo las miradas de la gente, como un espía que, en una misión de lujuria y felicidad, lleva el secreto dentro de sí pero siempre en la punta de la lengua.

La joven pareja rica —que debía regresar el último día de julio— había empleado a una mujer negra para que limpiara la casa. Se llamaba Velva. A las ocho de la mañana del único miércoles que yo amanecí en la casa de la Mujer del Tiempo, Velva entró en el dormitorio y lanzó un grito. Tras un momento de agudo examen, salió precipitadamente diciendo que lo sentía. Arthur y yo nos separamos, recuperamos la calma, nos reímos. Encedimos cigarrillos y discutimos la estrategia a seguir.

—Quizá debiera bajar —dijo él.

—Ponte un pantalón.

—¿Qué iré a hacer? —dijo él—. No la conozco tanto como para predecirlo. Los negros me desconciertan.

—Coge el supletorio.

—¿Por qué?

—Tal vez esté llamando a la policía.

—O a una ambulancia.

Imaginé a mis gordos amigos de Libros Acera llegando en su camioneta para

aplicar electrodos a la iracunda, apoplética mujer de la limpieza tendida en la alfombra de la sala. Arthur levantó el auricular, escuchó, volvió a colgar.

—Tono de marcar —dijo—. Yo no pienso bajar. Ve tú. Dale cinco dólares, o algo así —me empujó y yo caí de la cama arrastrando las sábanas. Una hebra de la colcha se enredó en una lámpara, la tiró al suelo y atenuó el bang de la bombilla hecha añicos. Nos miramos con los ojos muy abiertos, con los músculos tensos, con los oídos atentos como dos niños a quienes se había advertido que no despertasen al bebé. Pero el estallido de la bombilla fue la única consecuencia del incidente. Mientras desayunábamos, y hasta que nos fuimos, Velva se las arregló para estar en otras zonas de la casa, y el desarrollo de los acontecimientos indicaría que nunca había contado nada. A lo mejor no le importaba; yo fantaseé con que era la resignadísima madre de Lurch. El caso es que tuvimos suerte. Como todo espía eficaz, yo me sentía continuamente afortunado y temeroso.

También Pittsburgh era presa de un frenesí de humedad. Al día siguiente de mi decisión por moneda, el sol había desaparecido tras un perpetuo muro gris de vapor que no acababa de condensarse en lluvia, pese a lo cual el calor seguía siendo terrible; de modo que el aire espeso, húmedo y sulfuroso parecía hervir en torno a uno, y a media mañana velos humosos empezaban a elevarse del asfalto. Arthur decía que era como vivir en Venus. Cuando yo iba andando al trabajo —para llegar empapado, con la camisa colgando como un trapo ajeno— la catedral de Learning, marrón por lo corriente, parecía negra de humedad, pastosa, sumergida, atlántica. Aquella semana hubo tres tiroteos absurdos y dos choques múltiples en la autopista; un jugador de los Piratas, en un discutidísimo lapsus de deportividad, le partió tres dientes a un desafortunado rival de Filadelfia; en un cubo de basura de Bloomfield fue encontrada una criatura viva.

Y en la cama, a medida que la última semana en casa de la Mujer del Tiempo se acercaba a su fin, nuestros encuentros se iban volviendo cada vez más rotundamente venusinos. Llaves, mordiscos, incluso ligeros golpes se abrían paso en nuestro repertorio sexual: me descubrí marcas violáceas en los hombros. Es el tiempo, me dije; o bien, añadí —una sola vez, y por un instante, pues seguía oponiéndome tenazmente a toda reflexión— se trata de que con los hombres es así.

Le había dado a mi padre el número de teléfono de la Mujer del Tiempo, y me preguntaba qué imaginaría él que estaba haciendo en aquella casa cuando tenía una muy habitable. Hacía ya varios días que le eludía, incómodo con él no sólo a causa de Cleveland y Punicki y Phlox y mi madre y mis flamantes actividades deliberadamente irreflexivas, sino por el filo de súplica que delataba su voz cuando hablábamos brevemente y la flagrante autenticidad de su deseo de verme. Durante sus visitas anteriores, los encuentros no habían sido ni una prioridad ni algo a evitar. Nos veíamos simplemente, siempre que pudiéramos, y luego él regresaba a Washington. Esta vez él había llegado al punto de prolongar la estancia por unos cuantos días innecesarios, y la singularidad de su determinación de no marcharse sin haberme

llevado al cine tornaba más aguda la distancia que me separaba de él, la pena por el estado a que habían llegado las cosas. No me gustaba ver a mi padre inclinándose; no era propio de él. Y por la tarde del miércoles en que Velva se horrorizó, al volver del trabajo encontré un mensaje en el contestador de la Mujer del Tiempo, y el encanto triste de la voz de mi padre, su diversión ante la máquina, su terrible embarazo, me hicieron temblar.

—¡Ejem! Art, soy tu padre —decía la voz—. ¿Me oyes? ¡Ejem! Bien, me alegro de saber que te has pasado al equipo del contestador automático. Hoy es la... ¡ejem...! última noche del Festival Joe Bechstein y nuestros informes indican que no has utilizado todavía tu billete. ¿Qué te parecería esa película de ciencia ficción que tiene a medio mundo enloquecido?

—¿Ése es tu padre? —dijo Arthur, sorprendiéndome por detrás y rodeándome el cuello con los brazos.

—¿No es una buena idea? —continuó la voz.

—Sí —dije yo—. ¡Chist!

—¡Tiene voz de tiple!

—Calla, no me dejas oír —rebobiné la cinta—. Quiere ir al cine.

—Parece la voz de Winnie-Pu.

—¿... buena idea? Porque yo me marcho mañana por la mañana. Art...

—Claro, vayamos. Me encantaría conocerle.

—¡Calla! No te burles de su voz —volví a rebobinar.

—... mañana por la mañana. Art...

—¿Está enterado?

—Por favor —dije.

—... ¿marchan bien las cosas?

Le llamé y le dije que llevaría a un amigo. Un amigo nuevo.

—Desde luego —dijo mi padre; y de pronto, una vez más, me sentí sin ganas de verle—. ¿Pero es necesario? ¿No podríamos estar una noche los dos solos?

—Bien...

Yo estaba sentado en el borde de la cama. Arthur se arrodilló y empezó a desabotonarme el pantalón.

—¿Tienes miedo de encontrarte conmigo a solas, Art?

—Puede que sea eso, papá. No —empujé la insistente cabeza de Arthur.

—¿Que no, qué?

—Nada. ¡Oh! Sí. No lo sé.

—Art, he de hablar largo y tendido contigo, y no son cosas que me guste discutir delante de un amigo tuyo.

—¡Ah! —murmuré yo, empujando, jadeando—. ¡Por favor!

—¿Art?

¡Jesús!

—Ah, sí. Pues entonces... ah... olvidémoslo, ¿eh, papá? De todos modos

probablemente no me interese oír lo que quieres decirme, ¿no? No, probablemente no me interese —¡Jesús!—. Vuélvete a Washington. Dale recuerdos a la abuela. ¡Ah! — ¡Ah!

—Art —la voz de Winnie-Pu era terriblemente aguda, cargada de privación, de falta de control—. ¿Qué te pasa?

—Lo lamento, papá —dije, sintiendo que me deslizaba, me deslizaba entre dedos y más dedos, en una ola de impiedad. Caí de espaldas en la cama; con toda precisión Arthur colgó el teléfono. Se puso en pie, se limpió las comisuras de los labios, y por último me subió la cremallera con pulcros gestos profesionales.

—¿A qué otro amigo ha conocido? —preguntó.

—A Cleveland —resbalando hacia adelante me arrodillé ante el teléfono, con la cabeza gacha.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué yo no lo sabía?

—Calculo que te ha fallado el servicio de inteligencia —le miré fijamente. ¿No se daba cuenta de lo que... de lo que yo acababa de hacer? ¿De lo que acababa de hacer?

—Me parece que el salario de los muchachos es muy bajo —dijo él, y sonrió tristemente.

—Bueno. Debo de haber olvidado contártelo.

Cleveland. Si en los últimos días había pensado en él, sólo había sido una vaga ansiedad, fácilmente disipada por la menor sílaba o caricia de Arthur, y en aquel momento se me antojaba posible —no, perdonadme, pero se me antojaba deseable— que, con su nueva carrera a cuestas, se hubiese desvanecido en el agonizante mundo de mi padre, dos osos polares a la deriva sobre un bloque de hielo entre retazos de niebla blanca. Entonces yo podría no ver a nadie más que a Arthur, mi caprichoso Arthur, una y otra vez.

—¿Por qué sonrías?

—Soy libre —dije.

Arthur estaba sorbiendo el último centímetro de vino, yo fregaba la moteada película de mantequilla de los platos de la cena y habíamos decidido ir a dar un paseo, cuando sonó el timbre.

—¿Quién podrá ser?

—Creo que olvidé avisarte —dijo él, poniéndose en pie para ir hasta el vestíbulo. Paré el agua para poder oír, pero Arthur cerró la puerta de la cocina, cosa que no solía hacer. ¿Quién sería? Me pareció oírle saludar con una voz inusitadamente morosa; luego creí oír que una mujer decía «Hola». Algo pesado se depositó en el pasillo y en seguida hubo un estruendoso ruido de besos. Dejé el estropajo, me sequé las manos en el pantalón y salí.

Arthur, completamente sonrojado, remolcaba a una mujer intentando llevarla hasta la sala. Los ojos de ella eran tan azules y fríos como los de él, si bien ceñidos por círculos oscuros; tenía la misma nariz recta, y la misma boca grabada entre dos líneas profundas, y el mismo pelo rubio, aunque largo y espeso y vetado con las incoloras marcas de la edad; las ropas apagadas no le sentaban bien, y un diminuto Cristo de plata se retorció en una cruz que le colgaba del cuello. En el declinante movimiento de la cabeza, en la rojiza devastación de las manos, latían las huellas de una sumisión al trabajo duro y al dolor, y de pronto me miró como si esperase que yo le diese una noticia muy penosa.

—Art Bechstein, te presento a mi madre, la señora Ondine Lecomte. Madre, éste es mi amigo Art —hizo las presentaciones velozmente, con un movimiento extraño y cortante de las manos, y en seguida continuó empujando literalmente a la mujer hacia la sala.

—Oh, hola, señora Lecomte, encantado de conocerla —dije yo, obstinado. No estaba dispuesto a que Arthur me negara esa clave, esa mirada al más secreto de sus mundos secretos. La señora Lecomte, con todo, rehusaba mirarme a la cara; bajó los ojos hacia las ruinosas manos y las mejillas se le tiñeron de un rosa brillante, una peculiaridad de Arthur cuya fuente me habría complacido descubrir, de no haber sentido una terrible vergüenza de mí mismo. Era como si yo hubiese sido el corruptor de Arthur; sentía el peso de la palabra «corromper».

—Sólo he venido a traer unas cosas que Arthur me dio para coser —murmuró ella—. Aquí tienes las camisas, cariño. Les he puesto botones nuevos. He arreglado este cuello.

—Magnífico, mamá. Gracias. Bueno, pasemos a la sala. La casa es muy bonita —mientras se alejaban, Arthur se volvió hacia mí—: En cinco minutos iré a ayudarte con los platos. Luego podemos dar un paseo.

—Comprendo —dije, pero no quería ceder. Puse agua a calentar, en cinco minutos preparé en una bandeja cafetera, tazas, cucharas y un bol con azúcar, y la llevé a la sala, donde les sorprendí cuando estaban levantándose.

—¿Café? —dije.

Lentamente volvieron a instalarse en las sillas de diseño científico, los dos al mismo tiempo y con idéntico aire de haber sido atrapados. Serví el café; la cruda realidad que era la madre de Arthur me decepcionaba, conmovía, perturbaba y me hacía sentir juzgado. Yo había mitificado a aquella mujer, y puede que en ello radicara el origen de la desilusión y el desconcierto; pero lo verdaderamente perturbador era que su triste rostro arrugado y su gastado vestido me obligaran a reconocer que, en un sentido fundamental, yo no sabía nada de Arthur. Había dado por sentado, sin que él lo confirmara, que sus modales, su ropa y sus gustos eran producto de una educación en la abundancia, con residencia de verano, tres coches, tutor y tés danzantes. Ahora empezaba a vislumbrar que en gran medida eran invención suya.

—No sé cómo haces para meterte en esta clase de casas —dijo la señora Lecomte, mirando las elegantes molduras con una sonrisa delgada—. Siempre tan grandes, tan vacías, tan bonitas. Son como...

—Sí, mamá.

—Señora Lecomte —dijo—. Realmente me alegro de conocerla. Había oído hablar tanto de usted.

—Oh —encogiéndose, sorbió el café y clavó los ojos dentro de la taza. Nosotros cogimos las nuestras y nos dedicamos a mirar, mientras cuatro o cinco ángeles de silencio atravesaban la sala—. ¿Fuiste a misa el domingo? —dijo ella por fin, agachando la cabeza aun antes de oír la respuesta del hijo.

—Ah, no, mamá. No fui. No he vuelto a ir desde el Miércoles de Ceniza —aquello era mentira, y me sorprendió. Desde que yo le conocía Arthur había ido a misa varias veces, aduciendo siempre, sin el menor embarazo, que le hacía sentir bien—. ¿Sabes lo que se dice del Miércoles de Ceniza, Art? —me preguntó—. Que el martes por la noche se juntan todos los curas...

—Por favor —dijo la señora Lecomte, la taza temblequeando débilmente en el exquisito plato.

—... y montan una juerga descomunal.

—Arthur —la mujer dejó la taza en la bandeja.

—Y luego, el miércoles por la mañana —continuó él con su sonrisa más dura—, vacían todos los ceniceros en una gran fuente...

—Me marchó, Arthur —dijo ella, y temblando se puso en pie, y entonces me di cuenta de que, como ocurría con todas las relaciones de Arthur, aquello era un juego que jugaban los dos. Lo más probable era que él siempre se acercase todo lo posible a la blasfemia, momento en el cual ella se echaría a llorar. Entonces acaso hubiera un ritual de perdón.

—Oh, por favor, no se vaya —dijo—. Acépteme otro café, señora Lecomte.

—No, he de marcharme —dijo ella, mirándome al fin, por uno o dos segundos, con esos ojos graves—. Mañana debo levantarme temprano. Pero gracias igual, cariño.

La última palabra apenas si se oyó, y posiblemente fuera automática, pero no dejó de conmoverme. Al fin y al cabo era la madre de Arthur, y yo no quería que me considerase un Enviado del Infierno dispuesto a pervertirle el hijo o algo por el estilo. Normalmente las madres me consideraban un buen chico.

—¿De veras? —dijo—. ¿Y qué hace usted?

Arthur se acercó a su madre y le puso un brazo sobre los hombros. De nuevo empezó a empujarla.

—Gracias por haber venido, mamá. Gracias por coserme las camisas.

—Limpio casas —dijo ella—. Como ésta.

Lanzó una última mirada nostálgica y burlona a la platería reluciente y las flores de plástico de la Mujer del Tiempo; luego Arthur le dio un beso en la mejilla y la

acompañó hasta la puerta. Una vez la hubo cerrado, se apoyó en ella con los brazos abiertos y jadeando levemente, como hace la gente en las películas cuando por fin consigue librarse del pelmazo de turno o la atroz criatura del fango.

Como de costumbre, acabamos en el dormitorio; sólo que ahora, por primera vez, los ritmos estaban desfasados, las lenguas y las manos no producían efecto alguno y pronto se volvió evidente que algo no marchaba.

—Ya no te atraigo —dijo él, cubriéndose los ojos con un brazo.

—Tonterías —dije yo—. Eres más fascinante que nunca.

—¿Porque mi madre es una criada?

—Porque la madre de tus sueños es una duquesa —dije, y le describí la niñez y la crianza que tan claramente parecían sugerir sus modales y su aspecto.

—Pero si ése es Cleveland —dijo él—. Tutores particulares, casa de verano. Él sí que los tuvo. ¡Ja! Y mírale ahora.

—Quizá os cambiaron cuando nacisteis.

—Lo que has visto esta noche no es lo que yo soy —se sentó apoyado en un brazo y duramente fijó en mí los ojos, como administrándome una reprimenda o una lección esencial.

—No.

—Uno se convierte en lo que debe, sea lo que sea.

—Espero que tengas razón —dije, pensando en él y no en mí.

—¿Por qué? ¿Qué es tu padre al fin y al cabo? ¿Neonazi judío? ¿Proctólogo?

—Vistámonos —dije—. Vamos a dar un paseo.

—No, espera un minuto. ¿Qué es tu padre, Art? Dímelo. Anda, sé justo. Ahora me llevas ventaja.

—Te quiero —dije, saltando a ponerme los pantalones.

Anduvimos largo trecho, dejando atrás las fragantes, oscuras calles de Shadyside, donde había que apartar ramas bajas y salvajes para atravesar telarañas que colgaban sobre las aceras y dejaban hebras pegajosas en los labios y las pestañas. Nos adentramos en East Liberty, donde el barrio empezaba a deteriorarse y la vegetación raleaba hasta desaparecer, y al fin nos encontramos en una esquina comercial, en medio de una ociosa nube de negros desdichados que reían frente a la taberna y una hilera de tiendas cerradas con persianas, barras y candados. Mientras, serenos, nos deteníamos al borde del vecindario reticente, y Arthur opinaba que era mejor dar la vuelta, oí ladrar a un perro. Una camioneta había parado en el semáforo, y en la caja había un doberman furioso que echaba espumarajos de odio líquido. Cada explosión de risa nerviosa de los hombres de la esquina volvía a azuzar al animal.

—¡Jesús! —dijo Arthur.

—Ya —dije yo—. Ese perro está loco.

—Es Cleveland.

—Oh, vamos, no es para tanto —dije, pensando que acaso también él se había encontrado con Cleveland en los últimos días, y que no me lo había contado; pero

entonces, al fijarme en la cabina, vi que Cleveland iba realmente sentado junto al conductor, riendo, con un cigarrillo en la mano que asomaba por la ventanilla.

—¿Qué hace? ¿Con quién va? —dije, intentando reconocer al hombre sentado al volante. El perro seguía emitiendo una y otra vez el mismo ladrido amedrentador, sin variaciones, como una máquina diseñada especialmente para someter a negros risueños.

—No nos ha visto —dijo Arthur—. ¡Eh, Cleveland!

Cleveland giró la cabeza, la mandíbula se le descolgó, y luego, sonriendo, agitó complacido la mano y dijo algo que no llegué a captar. Cambiaron las luces, la camioneta arrancó y el doberman apoyó las patas delanteras en el borde de la caja para hundir la cabeza en la ráfaga de viento.

—¿Y ahora en qué se habrá metido? —dijo Arthur—. ¡Vaya perro!

—¡Vaya perro! —dije yo—. ¿Quién sabe?

Nos reímos, pero camino a casa, mientras Arthur seguía contando y lanzando exclamaciones yo apenas si abrí la boca, y nada pudo hacer él por animarme; de hecho su charla me molestaba, pues, olvidando todo lo que había vivido aquella misma tarde, no sentía otra cosa que miedo de no ver a Cleveland nunca más. Más tarde hicimos el amor, y fue tan feroz y silencioso como siempre, pero cuando acabamos y él me recordó que sólo nos quedaban tres días antes de que la joven pareja rica regresara, volví a ponerme rígido.

—¿Y luego qué? —dije. Era la primera vez que se me ocurría esa pregunta.

—Sí: ¿y luego qué?

—¿Adónde irás?

—Bueno, he estado pensando en esa casa maravillosa que tienes en el Terrace y que en los últimos tiempos ha estado tan vacía.

—No lo sé —respondí mientras, con un gruñido interior, volvía a experimentar el familiar sentimiento de presión. Sin embargo, él sólo dijo «Bueno» y me dio la espalda.

Así pues, el domingo siguiente, muy temprano y no del todo despiertos, abandonamos la casa de la Mujer del Tiempo; y, puesto que yo ignoraba lo que quería, Arthur se quedó conmigo tres días tensos e insulsos, hasta que la red del cuidado de casas le envolvió una vez más y se marchó.

EL FIN DEL MUNDO

Una mañana, cuando un nuevo y extraño agosto llevaba una semana de vida, me despertó la llamada de una mujer de la Biblioteca Hillman, quien, en un tono asombrosamente glacial, me dijo que se me habían enviado varias notas informándome del vencimiento del préstamo de las *Cartas Escogidas de Sigmund Freud a Wilhelm Fliess*, el cual se había producido el 10 de junio; que si no devolvía el libro de inmediato se congelarían mis trámites de graduación, poniendo en peligro mis futuras oportunidades de empleo; y que si aquello no me persuadía, transferirían el asunto a una agencia de recolección.

—Devolví ese libro en el mes de julio —dije, frotándome los ojos. Recordaba perfectamente el día. No había recibido ningún aviso, pero, habiéndome mudado a comienzos del verano, supuse que se habría extraviado.

—¡Ejem...! Bien —dijo ella, y por un instante la voz se fundió—. Siendo así, tendrá que personarse usted en la biblioteca. En efecto, para iniciar un trámite de Búsqueda y Recuperación.

Claro está que yo había evitado cuidadosamente acercarme a la Biblioteca Hillman. Para ir al trabajo tomaba calles secundarias, almorzaba en el almacén de la libería y estaba continuamente alerta y dispuesto a huir corriendo no bien avistase cierta cinta transparente. Arthur y yo, por medio de un acuerdo tácito, no hablábamos de sus jornadas de trabajo, y si durante aquel período tuvo algún encuentro desagradable junto a los ficheros o la fuente de agua, si circularon viciosos rumores en torno a él por las secciones de Referencias, Adquisiciones o Donaciones e Intercambios, yo nunca me enteré. Le supliqué a la bibliotecaria justiciera que me permitiese iniciar el trámite por teléfono, pero no quiso saber nada. Colgó dejándome en la mitad de una frase.

Arthur tenía día libre. Tras encontrar el papelito donde me había escrito el número nuevo, le llamé para preguntarle qué sabía de Búsquedas y Recuperaciones; lo que me encontré, sin embargo, fue su voz soñolienta en el contestador automático. Se había ido a pasar el día con la adorable Riri, recordé, a la casa de un primo de ella en Latrobe, algo que venía prometiéndole desde hacía meses.

—Soy Art —dije después de la señal—. Estoy a punto de aventurarme en la boca el lobo.

De modo, pues, que me resigné, calculando que al menos sería más sencillo que

él no estuviera presente en el momento de mi regreso a la biblioteca, el cual se concretó media hora después. A los aficionados al inconsciente les interesará destacar que había tenido buen cuidado de vestirme a la perfección, con colores veraniegos: pantalones caqui con pinzas, camisa blanca con festones salmón, corbata de algodón de Hong Kong y nudo flojo. Me apresuré a dirigirme hacia el sujeto alto y teatral que trabajaba en el escritorio de la entrada, mirando cautelosamente en torno a medida que me acercaba.

—He venido a iniciar un trámite de Búsqueda y Recuperación —dije.

Pestañeó ostentosamente.

—¿Co-cómo dice?

—Esta mañana me ha llamado alguien diciendo que debo iniciar un trámite de Búsqueda y Recuperación —por encima del hombro eché una mirada hacia los ascensores; en cualquier momento podían divisarme y darme caza.

—¡Ah! —dijo el hombre—. Comprendo.

Las bibliotecas, yo lo sabía, suelen estar pobladas por esquizofrénicos retorcidos, farfullantes y paranoicos que se pasan el día investigando grandiosas conspiraciones, de modo que no pude sino sentirme incómodo por la mirada del tipo, la cual sugería que mi insistencia en un trámite de Búsqueda y Recuperación probablemente se debiera a la ferviente creencia de que Richard Nixon, Stephen King y Anita Loos se hallaban relacionados con el hundimiento del *Titanic* y la desaparición del hijo de Errol Flynn en Camboya.

—Se supone que debo llenar un formulario —dije.

—¿Ah, sí? Pues no lo había oído nunca. ¿Sabe usted con quién ha hablado? ¿No lo sabe? Quizá le convenga ir hasta Administración y preguntar allí.

—¡Ejem! Es que me temo... Esperaba... ¿Le parece que podría ir usted? ¡Ja, ja! Es que, vea, en ese despacho trabaja alguien que no me gustaría encontrarme.

Se le iluminaron los ojos y alzó las cejas. Con dramática deliberación, cogió un banquillo que tenía detrás y se sentó. Tomó un lápiz y se golpeó suavemente la sien.

—Coraje —dijo.

Fue perfecto. Me paré en seco a la entrada del pasillo del ascensor y allí estaba ella, detrás de las rejas, vestida para matar: perlas, vestido azul. Tenía el pelo más claro que nunca, casi rubio, atado en un moño que, tieso como una palmera, se alzaba sobre la cabeza y dispersaba las puntas en un rocío locamente encantador. Levantó el rostro, bronceado y casi sin pintura, el moño se balanceó, y cualquiera que fuese la expresión que yo esperara —rabia, embarazo, indiferencia—, faltó a la cita. Luego sonrió. Otro tanto fue todo lo que yo pude hacer, bajo el relámpago de esa sonrisa conocida pero inesperada, para no precipitarme a apretar la cara contra la reja de la ventanilla que tanto amaba. Me controlé, pues, y avancé lentamente, cohibido, con las

piernas repentinamente rígidas, las manos tendidas como para coger una pelota de playa. Al pasar frente a los ascensores las flechas de subida se encendieron y titilaron una, dos veces. Las puertas se abrieron con un susurro aprobatorio y a mis espaldas el pasillo se colmó de un pequeño público.

—Phlox —dije, a treinta centímetros de sus labios—. ¡Oh, Phlox!

—¿Me amas? —dijo ella, sentada aún, radiante de paciencia y expectativa, y obviamente sabedora de que me tenía en un puño. El tono de voz ligero, despreocupado, bien podría haber servido para preguntar: ¿Puedo ayudarle en algo?

Sin detenerme a pensar le contesté que sí.

—Espera —dijo ella. Se levantó, dio la vuelta, meneando las caderas abandonó el despacho y salió al pasillo, donde nos cogimos las manos, entrelazamos los dedos y apreté mis labios contra los suyos. Después de habernos besado un minuto, con todos sus compañeros de trabajo observándonos por la ventanilla mágica, ella se apartó para mirarme sin rastro de pena o rencor en la cara. Sólo se notaba un regocijo semirreprimido, el rápido parpadeo de la incredulidad. Inclino la cabeza hacia un lado.

—Lo siento tanto —dije.

—Calla —dijo ella con una risita—. Ven.

Tomándome de la mano me arrastró por el corredor hasta la escalera, los tacones blancos repiqueteando contra las baldosas. Por un segundo cerré los ojos para disfrutar de ese martilleo prometedor, para volver a pensar: Ah, he aquí de nuevo una mujer; una mujer se acerca. Nos besamos bajo la escalera, apretando las caderas. Entonces se nos empezó a ocurrir la misma locura; con las dos manos ella aferró una de las mías y tirando me arrastró escalera arriba, hasta el tercer piso, donde a todo lo largo del muro exterior había unos despachitos oscuros, con minúsculos escritorios, que la biblioteca alquilaba a los graduados.

—Están cerrados con llave, ¿no?

—Éste no —dijo ella, empujándome hacia una puerta que abrió con un giro de la mano sonrosada.

—¿Cómo lo sabías? —murmuré deslizándome tras ella, y cerré la puerta.

—¡Chist! —dijo—. Lo sabe todo el mundo. Siéntate. Tendremos que darnos prisa. Siéntate aquí.

Se inclinó para desabrocharme los pantalones, como una niña que desviste a una muñeca. Los pantalones resbalaron hasta quedar arrugados alrededor de mis tobillos. Me senté.

—¡Ay! —dijo Phlox, conmovida, al ver mi erección—. Qué encantadora es.

—¿De verdad?

—Es tan guapa, tan educada —se levantó el vestido. No llevaba bragas.

—¿Te habías preparado? —dije. Francamente, sólo en aquel momento me invadió la sospecha.

—Hace una semana que vengo preparándome —dijo ella cogiéndome los dedos

—. Siente qué preparada estoy.

Se colocó encima de mí, moviéndose, haciendo los ajustes necesarios, y entonces, otra vez, allí estuvieron la disponibilidad, la bienvenida de la piel que se ofrece, el calor, la humana y fragante humedad, y suspiré como si hasta el último músculo me doliera y estuviese sumergiéndome en un baño caliente. En sesenta segundos todo había acabado, y volvía a empezar.

Pero fue diferente.

Esa tarde Phlox llamó para invitarme a cenar, y sin titubeos yo respondí que iría en seguida. Dejando esta vez la corbata de lado, me cepillé los dientes, cogí las llaves y me eché tres *flaques* de colonia bajo el cuello abierto. En el momento en que cerraba la puerta volvió a sonar el teléfono pero, sabiendo que probablemente fuese Arthur, me tapé los oídos y bajé de dos en dos los veintiséis escalones. Mientras recorría las calles rumbo a su casa, como tantas veces antes —pasando frente al buzón, frente al vigoroso, rampante macizo de dalias, frente al viejo, también, de los tirantes y el pomerania, cumpliendo el viejo trayecto al borde del eterno charco oleoso, por el lado del ginkgo pestilente—, me sentía lleno de una exaltación frágil y triste, que en realidad hubiera debido tomar como lo que era, y acaso frenar de inmediato; pues no era sino nostalgia, y aquello que inspira nostalgia está muerto hace rato. Cuando llegué no había nada que comer, absolutamente nada, y nos lanzamos uno contra otro y juntos caímos en la alfombra áspera. Esta vez no nos levantamos por dos horas, hasta que ella no pudo retener más las aguas.

—Mau Mau —le dije cuando volvió del lavabo. El nombre prohibido se me escapó pese a que hasta entonces lo hubiera olvidado por completo.

—¡Oh, Art, ha pasado tanto tiempo!

Le dije que sí, que había pasado mucho tiempo, pero acaso habláramos de cosas diferentes.

—¿Qué nos sucede? —pregunté—. ¿Qué es esto?

—Lujuria —dijo ella—. Creo que es una lujuria frenética —soltó una risita.

—¿Esa llamada de esta mañana fue un invento tuyo?

—¿De qué llamada hablas? —dijo ella, mirándome a los ojos pero sonrojándose un poco.

—Mau Mau. Antes nunca había sido así, Mau Mau.

—Tenemos que volver a estar juntos.

—Yo he vuelto —dije. Y en aquel momento, tendido junto a ella en el suelo, con el brazo bajo su cabeza, con su aliento contra el hombro, mientras la colcha naranja del anochecer caía sobre la alfombra, por un minuto creí que verdaderamente había vuelto. Me sentí débil, lánguido, como si hubiese estado nadando. Phlox me hablaba al oído, disculpándose, riñéndome dulcemente, y mientras lo hacía una brisa me

erizaba el vello húmedo de las ingles, y era como si sus palabras me erizaran la piel de los brazos y las piernas, me provocaran suaves escalofríos, y me enroscué en su cuerpo y dije una vez más—: He vuelto —y sin embargo, a medida que el efecto de la droga del sexo empezaba a disiparse, a medida que retornaba el sentido del mundo, a medida que la circulación se cortaba en mi brazo y la mano se me dormía, comencé a dudar, a preocuparme, a interrogar a mi corazón. No sabía si estaba sinceramente enamorado de Phlox o simplemente quería consumir las últimas reservas de combustible heterosexual. Con un agujonazo de culpa pensé en Arthur, y recordé haberle oído cierta vez decir que la bisexualidad no existía, que se era una cosa o la otra. Supongo que entonces aún creía en los absolutos. Ignoraba qué iba a contarle cuando volviera a verle, e incluso si en ese mismo instante no debía decirle algo a Phlox, antes de que las cosas se desbocaran. Constreñido en sus brazos, sobre la alfombra tosca, empecé a ponerme más y más incómodo. Quería un cigarrillo; me picaba la piel y quería despegarme de la de ella. Cuando se puso a hablar de la carta que me había dejado en el umbral, riendo como si hubiesen pasado veinte años, me senté de golpe.

—¡La carta! —dije.

—Ya lo sé, y lo siento muchísimo, Artefacto. Ven, vuelve —dijo, tirándome de los hombros—. Ni siquiera me acuerdo de lo que escribí. Estoy segura de que era de lo más tonto.

—¡No!

—¿De veras que no?

—No. Yo... bueno —avergonzado, me levanté, buscando vanamente la camisa que había arrojado no sabía dónde. Tomé aliento—. La perdí.

—¡Art!

—Es decir, no. La tiene Cleveland —la camisa estaba al otro lado de la sala, el tabaco en el bolsillo, y me puse a jugar con el paquete casi vacío. Cualquier cosa antes que mirarla a los ojos.

—¡Cleveland! ¿Y por qué tiene él mi carta?

—La recuperaré, no te preocupes. La cogió por error —la cerilla relumbró—. Y en los últimos días no le he visto. Ha estado, ¡ejem!, ocupadísimo.

—Yo le vi el otro día —dijo Phlox con lentitud—. No me contó nada.

Ahora sí me volví hacia ella.

—¿Le viste? ¿Dónde?

—Pero estaba muy raro, Art. No habrá leído mi carta, ¿verdad?

—¿Raro? ¿Por qué? ¿Qué hizo?

—Art, ¿leyó Cleveland esa carta extremadamente privada y personal? —se levantó, las manos en las caderas desnudas, y sacudió la cabellera. Ya casi no había luz en la sala.

—No —dije—. Por supuesto que no.

—Bien —se acercó, me rodeó con los brazos, me besó; yo acababa de tragar una

bocanada de humo; nos separamos y la exhalé agradecido, odiándome por haber mentido y esperando con impaciencia que el beso se terminara—. Supongo que en realidad no importa tanto —dijo ella.

—Y es que tal vez la haya leído —dije mansamente—. Algo conozco a Cleveland.

—No importa —volvió a besarme: un chasquido feliz, definitivo—. Me muero de hambre. ¿Qué te parece si encargamos una pizza?

Nos pusimos algo de ropa y nos sentamos uno a cada lado del alféizar, vigilando la aparición del hombre de la pizza.

—He andado mucho, Art —dijo ella pasándome un dedo por la barbilla—. He dado largos paseos desde... desde que tuvimos problemas. A veces me ayuda a analizar las cosas. Otras veces camino y camino sin un solo pensamiento en la cabeza.

—¿Sola? —pregunté. Era difícil imaginarse a Phlox partiendo sola a dar una larga caminata, y en realidad a hacer cualquier cosa.

—Sí, sola. Últimamente me llevo mucho mejor con la soledad.

—Apenas han sido diez días, Phlox. Hablas como si hubieses dado la vuelta al Cabo de Hornos.

Apartó los ojos; fingía mirar los dos petirrojos que saltaban en el parchecillo de césped, aunque al principio yo no me di cuenta de que estaba fingiendo. Al principio sólo vi su perfil, ese contorno que tan bien conocía, la tenue luz que caía sobre la oreja, la masa de sombras y destellos familiares, la oscuridad en el flanco de la nariz recta, las minúsculas chispas en el vello del labio superior, y me gustó ese perfil, como siempre me había gustado, tanto que me sentí impulsado a estudiarlo mejor, a recorrerlo con la mirada como se recorre una pintura reproducida en un libro, a intentar discernir el todo y las partes al mismo tiempo, a retener en la memoria la regularidad sin olvidar el efecto egipcio de la barbilla ligeramente puntiaguda, la hermosa juntura del lóbulo con la mandíbula, el hueso bajo el ojo, y a medida que miraba el perfil dejaba de ser un perfil, pues en el fondo los perfiles no existen; se había convertido en el rostro de Phlox; y yo lo había amado. Y luego, de repente, advertí el movimiento: la tensión del labio inferior, el temblor de la aleta de la nariz, las lágrimas que rodaban por la mejilla; y fue entonces cuando me di cuenta de que sólo fingía mirar los pájaros.

Cuando más tarde nos acostamos, todo volvió a ser estridente y rápido, de nuevo ella asumió el control y yo, acaso inevitablemente, me encontré doblado, a gatas sobre los codos y las rodillas; ni más ni menos. Retorciéndome, hundí la cara en las sábanas. Entonces ella, con una voz extraña y clara que lo traspasó todo, dijo que le gustaría poder follarme, que tenía que haber una manera, y dentro de mí algo muy primitivo

se despertó con un respingo. Me di la vuelta, jadeante, pero ya no pude seguir. Phlox empezó a sollozar y, abriendo los puños, me pregunté si lloraba porque lo que había deseado la asustaba, porque era imposible de realizar, o porque, habiendo cambiado yo de algún modo, ahora podía conseguirlo.

—No iba en serio —dijo, derrumbándose en la cama.

—Ya ha pasado —dije yo. Me arrodillé a su lado y le acaricié el pelo descolorido. Murmuré cosas que olvidaba no bien me salían de la boca. En diez minutos habíamos vuelto a empezar, y aunque esta vez yo hubiese querido que fuese más suave, hubiese deseado abrazarla, demorarme, en seguida se convirtió exactamente en una lucha; nos mordíamos y gritábamos, y al fin me encontré sujetándola en la misma postura en que había estado yo un rato antes. Recorrí con la mirada la espalda brillante, hasta llegar a la remota cabeza enmarañada.

—¿Puedo? —dije.

—¿Quieres hacerlo?

—¿Puedo?

—Sí —dijo ella—. Más te vale. Ahora mismo.

Abrí su atiborrado neceser y saqué un tubo de frío gel de petróleo; preparé todo lo que Arthur me había enseñado tan bien a preparar; pero apenas hube penetrado en ese contraído, simple orificio de tan poco carácter se me fueron las ganas, sencillamente porque no entendía qué estaba por hacer; aquello no era hacerlo por detrás ni por delante, o a lo mejor las dos cosas al mismo tiempo, pero me confundía demasiado para seguir deseándolo, y entonces dije:

—Esto es un error.

—Qué va —dijo ella—. Sigue. ¡Ah! Despacio, cariño.

Una vez acabamos, después de caer rendidos, dijo que le había dolido y había sido bueno, que daba miedo, como a veces puede dar miedo el sexo, y yo contesté que lo sabía. Dejamos de hablar. La sentí adormecerse, oí que su respiración se hacía más lenta. Deslizándome de la cama, empecé a buscar mi ropa. Por un instante, mientras me vestía furtivamente en la oscuridad, mientras me ponía los calcetines, me sentí muy feliz, como si estuviera levantándome a las tres de la mañana para ir de pesca y hubiera que empaquetar los bocadillos y la manzanas. Decidí no dejar una nota.

Me hallaba a medio camino rumbo a mi casa bajo el claro cielo estrellado y las farolas sin halo, falto aún de un solo pensamiento coherente, de cualquier plan de acción, cuando se me ocurrió que había olvidado preguntarle a Phlox cuál era la cosa extraña que Cleveland había dicho o hecho, y comprendí que en realidad no me importaba. De pronto, como en un espasmo, escupí y deseé que el verano ya hubiese acabado. En seguida sentí vergüenza; me tapé la boca como si hubiera blasfemado o algo así. Pero me invadió un intenso deseo de huir, de coger esa misma mañana un avión e irme a México, como Arthur había hecho una vez, y vivir irresponsablemente en un hotelito rosado; o a Italia, a pasar las siestas cegadoras durmiendo en una villa

medio derruida; o de desaparecer entre los raíles desolados de Norteamérica. Sólo me entendería con prostitutas y taberneros. Enviaría postales sin remitente.

—No —dije en voz alta—. No te rindas —pero seguía fantaseando fríamente con los lugares que podía visitar, y con la vida sencilla que llevaría, cuando al llegar a la puerta de mi casa oí que dentro sonaba el teléfono.

—¿Qué tal Lecomte? —dije.

—¿Habías salido?

—Sí, he ido a... —estaba a punto de mentir pero, por una vez y con estremecedora claridad, vi las consecuencias de cualquiera de los estúpidos inventos que se me pudieran ocurrir. No lograría sino envolverme una vez más en la tediosa ridiculez de hacer malabarismos con Arthur y Phlox. Miré el reloj, respiré y le dije que lo mejor era que viniese.

—No —dijo él—. Encontrémonos.

Arthur cuidaba ahora la casa de un profesor de varias ciencias que vivía en las colinas del norte de Oakland, de modo que nos encontramos más o menos en un punto medio: el monumento a Johann Sebastian Bach, frente al Instituto Carnegie, no lejos de la Fábrica de Nubes. Para ser una noche de verano hacía fresco; parado en la acera, bajo un Bach verde y gigantesco, temblé, lamentando haberme puesto nada más que un suéter y que estuviéramos tan lejos uno de otro. Lamenté también la frialdad del aire, y el hecho de que aun bajo las mejores circunstancias él no hubiese podido rodearme con el brazo y estrecharme, porque estábamos en Pittsburgh, y ante la Escuela de Derecho, y podía vernos alguien; de modo que mantuvimos las manos en los bolsillos: dos jóvenes luchando por el amor y dispuestos a aclarar las cosas.

—Me he acostado con Phlox —dije.

—¡Oh, Jesús!; vamos a otra parte —se había vestido deprisa; las zapatillas no hacían juego con la ropa, llevaba la camisa medio salida: había estado a punto de resignarse antes de que, al llamar por última vez, yo atendiera el teléfono. Y que, de admitir que fue justo entonces, mientras balbuceaba mi confesión, mientras la cara de él, descuidada y sin afeitarse, se agrietaba en una suerte de remilgada molestia, cuando sentí el primer titubeo en la emoción que me disponía a revelar.

—¿Cómo sucedió?

—¿Tú qué crees? —repliqué irritado, pues me pareció que así rodaban las cosas—. No, Arthur, lo siento; en realidad sucedió de una forma muy extraña. No alcanzo a entenderlo.

Pasamos frente al Shakespeare de bronce con la cúpula sobre la cabeza, frente al Stephen Foster de bronce eternamente homenajeados por el negrito del banjo de bronce, y comprendí que acabaríamos en el acostumbrado mirador sobre el Barrio Perdido, cosa que hicimos en silencio, ocupando los acostumbrados puestos contra la

baranda de hierro. Hacia el sur, sobre las fábricas, el cielo resplandecía con destellos anaranjados como si hubiese una batalla entre dioses de fragua o, tuve la impresión, se hubiese desatado el fin del mundo; tan anaranjado, tormentoso y final era el panorama.

Él me aferró firmemente el codo instándome a darle la cara. Una vez más esperé encontrar rabia, y una vez más me decepcioné.

—Art, no me abandones —dijo con una expresión desconocida, las mejillas vacías, los ojos inquietos. Nunca antes aquel rostro me había revelado nada—. Tenía tanto miedo de que esto ocurriera. Cuando te llamé y no estabas lo supe en seguida. Lo supe.

—No me di cuenta de lo que hacía —dije yo—. Fue como un gran accidente. O, mejor dicho, fue ella quien lo planeó. Yo caí en la trampa. No sabría decir qué significa. Fue todo tan raro, Arthur —se me hizo un nudo en la garganta. Los combates sexuales del día, la confusión del último asalto con Phlox, la ternura de su habitación con encajes y el poder de su rostro se habían acumulado dentro de mí y afloraban ahora en forma de lágrimas.

—¿Qué pasa, Art? Vamos. No llores.

—Ya ni sé lo que soy —dije—. Hago tonterías.

—¡Chist!

—No me pidas que elija, por favor.

—No lo haré —dijo él rápidamente, como si le costara cierto esfuerzo—. Pero no me abandones.

El llanto cesó. Todo parecía estar patas arriba. El Arthur que yo creía conocer hubiera debido burlarse de mí, ridiculizar a Phlox y obligarme a admitir que me había engatusado. Hubiera debido forzarme a reconocer que si no amaba a Arthur F. Lecomte, con su experiencia, los perfectos contornos de la vida que llevaba, su sarcástica brillantez, sus ásperas diversiones y, sobre todo, la compañía masculina que era capaz de ofrecerme, se debía a que yo era un estúpido, un perdedor, un obediente hijito de papá, maldito y condenado a perder lo que mi padre había perdido: arte, amor, integridad y quién sabía qué más. Pero se había producido un viraje. En cierto modo ahora todo dependía de mí, y quería saber por qué.

—¿Te ha pasado algo más hoy? —dije—. ¿Algo con Riri?

Arthur se sentó en un escalón y contempló las diminutas luces del Barrio Perdido.

—He dado esa prueba —dijo—. No te lo quise contar. Me presenté al examen del servicio diplomático. Me fue mal. En realidad lo supe al salir, pero la carta me llegó esta tarde.

Me senté junto a él y le apoyé un brazo en los hombros.

—¿Y qué hay con eso? Puedes presentarte de nuevo, ¿no? —intenté calcular cuándo podía haberlo hecho.

—Tengo veinticinco años. Todavía estoy en la universidad. Soy marica. Mi amante está a punto de dejarme por Deanna Durbin —arrojó una piedra—. Y a hace

mucho tiempo que persigo las mismas cosas.

—Te quiero —dije.

—Eres un diletante sexual —dijo él—. No te enteras de nada.

Hicimos el amor en la escalera. Vomité. Él me acompañó a casa, me contó un chiste malo, y nos acostamos en mi cama angosta. Dos horas después amanecía en los cristales y en un cielo de porcelana.

LA BESTIA QUE SE COMIÓ A CLEVELAND

Supongo que fue el veintitrés de agosto, poco antes de la hora de cenar, cuando Cleveland reingresó en el mundo de su primera infancia resuelto a dañarlo. Hasta unos días antes, creo yo, no había pisado Fox Chapel durante años y años, no al menos desde la distante mañana de invierno en que los Arning se había trasladado al campo y él, con botitas de goma y un sedoso capote acolchado, se había acomodado en el asiento trasero del coche familiar, mirando perplejo cómo desaparecía la desnuda ventana de su habitación. Ahora las botas eran de cuero negro, el aire olía a césped fresco y él, el Demonio Encarnado, sabía perfectamente adonde se encaminaba. Conducía despacio, apretando sólo un poco el acelerador para que los terribles rugidos del motor alemán no despertaran demasiada atención. Como si el casco opaco no fuese disfraz suficiente, se había cortado el pelo muy corto, había cambiado las gafas por lentillas y la cazadora negra por una americana de sarga, y al detenerse en el aparcamiento de un centro comercial de falso estilo Tudor, cuyas simpáticas y rústicas tiendas vendían objetos de ninguna utilidad práctica, popurrís, huevos de piedra, adornos para la piscina, se esforzó por parecer un descarriado, aventurero hijo de familia respetable de Fox Chapel —una de esas ovejas negras locales que se pasaban el tiempo derrapando en las curvas al volante de coches italianos, vomitando de noche en campos de golf, zambulléndose borrachos y vestidos en acequias y arroyos: algo que en definitiva él era. Sólo que en mi caso, pensó mientras apagaba el motor, es algo más que mala conducta. Es un programa moral e intelectual. Es la voluntad de grandeza.

Se quitó el casco; dejó la moto en una explanada detrás del centro comercial, allí donde acababa el Tudor y empezaban los bloques de hormigón. Luego se detuvo un momento para palparse la americana. Guantes, petaca, linterna, navaja, Poe. De las correas que la sujetaban a la silla extrajo una pata de cabra y se la deslizó bajo la manga hasta alojarla en el sobaco.

Detrás del centro comercial se extendía un bosque denso de robles y zarzas, cruzado por pequeños riachuelos; pero él sabía que ocultaba claros repentinos, que era posible atravesarlo, y que se alargaba casi tres kilómetros hasta interrumpirse abruptamente en cierto muro de cemento cuyas dimensiones, para entonces, conocía perfectamente. Sonrió ante la vista de la columnata de árboles, paladeó durante uno o dos minutos los rápidos latidos de su corazón y el calor que le invadía el estómago.

Aunque reconociera que había sido una estupidez hacerlo, al fin y al cabo él era quien era; de modo que por el camino había parado en un bar a beber un doble de whisky irlandés Jameson, y ahora, sorbiendo una tibia media pulgada de la petaca mientras contemplaba el oscuro, encantador mundo en el cual se aprestaba a entrar, se sentía pleno de coraje alcohólico. Con una habitual sacudida de la cabeza echó a andar hacia los árboles, despertando crujidos a cada paso; pero ya no tenía la flamante cabellera larga, y sólo le quedó frotarse la pelusa de la nuca.

El viaje entre los árboles le llevó algo más de una hora, con lo cual tuvo tiempo de sobra para pensar en lo que se disponía a hacer; y, de todos modos, me parece que le encantaba el acto de considerarse ladrón de joyas (más o menos así: «Soy un ladrón de joyas»); pues estaba aprendiendo un oficio y, como ocurre con médicos, sacerdotes y el resto de los escasos profesionales verdaderos —gente, quiero decir, entrenada para reconocer el peligro—, el mero hecho de pronunciar las palabras «ladrón de joyas» le servía, como una palmada de ánimo, para recordar de inmediato sus varias destrezas y responsabilidades. Le impulsaba a una ávida presteza, en un efecto parecido al del movimiento de muñeca que libera la siseante hoja de la navaja.

Dos o tres veces el extraño silbido de un pájaro, el chillido de un grajo, le hicieron frenarse en seco y ocultarse unos segundos tras un árbol, alerta y jadeando. No le daban miedo los muchos problemas que podían surgir en el curso de un trabajo, porque en ellos, y en los gruesos fajos de billetes, más o menos consistía todo. Pero la inusitada ansiedad que su maestro Pete Areola había revelado en los dos días previos le había despertado preocupación e incluso miedo. Alguien había advertido a Punicki que vigilara a sus protegidos, que le siguiera los pasos a él, y aunque «Teca» se había reído y había dicho a Pete que le dijera a Cleveland que no se preocupase, aquella misma noche, más tarde, había tomado elaboradas precauciones respecto al tráfico de las joyas. Areola, ex Fuerzas Especiales, entrenado para robar por el ejército y devuelto luego al mundo, dijo que probablemente se tratara de vagas amenazas de Breezy, «probablemente faroles», pero Cleveland albergaba la leve sospecha de que mi padre podía estar moviéndose tras ellos, y en ese estado de ánimo aferró una rama y aguzó el oído.

Cuando se hubo acercado a la casa, sin embargo, se le volvió a despejar la mente, el corazón se le fortaleció y empezó a aplicarse a la tarea. A poco más de metro y medio de la base del muro de cemento había un roble joven; aferrándose a la rama más baja se encaramó en ella, para luego trepar hasta encontrarse casi al nivel del filo del muro. Estudió la casa que se alzaba a unos quince metros de su frente ya empapada. La rama se mecía bajo sus pies. Era una gran casa de ladrillos, roja y cubierta de hiedra, con dos docenas de ventanas solamente en la parte trasera y tres chimeneas. Areola la había elegido días atrás, durante el viaje de observación, porque parecía no haber perros guardianes. Es posible que la última aventura de ambos con la ruidosa perra de la camioneta hubiera acabado casi en un desastre, o que el animal ya no estuviera en celo por entonces; como fuera, habían comprendido que de

momento no estaban preparados para trabajar con dobermans. Cleveland, por otra parte, amaba a los perros, y nunca hubiera aceptado utilizar la salchicha envenenada.

Todas las luces de la planta baja estaban encendidas; todas las de la superior estaban encendidas, como había esperado y previsto. Era la hora de la cena y Cleveland podía verles a todos —Papá, Mamá, el Hijo, la Nena, el Bebé— sentados alrededor de la vasta mesa del comedor provista de maravillosa comida; podía ver a la criada de uniforme sumergiéndose en la cocina por la puerta de vaivén (un vislumbre de ollas de cobre, de papel floreado), y la visión familiar del padre y del hijo, de la mantequilla que pasaba de uno al otro a través de un silencio sin puentes, le produjo una breve añoranza. Escupió saliva manchada de whisky; luego saltó al borde del muro y allí permaneció agachado. A lo largo de la cara interior del muro miró hacia abajo, escudriñando la hierba en busca de algún signo de la existencia de alarmas, si bien sabía que, de haber un sistema, a aquella hora de seguridad y bienestar seguramente se hallaría desactivado. De todos modos no había signo alguno, y se dejó caer lentamente en el territorio hostil del cuidadísimo jardín.

Avanzó de arbusto en arbusto, eludiendo las franjas de luz de las ventanas, que cruzaban la medialuz para proyectarse en la hierba; evitando la ventana del comedor; tratando de decidir cuál de los rectángulos oscuros de la planta alta correspondía al dormitorio principal. Dormitorio principal, pensó. Por alguna razón la frase le recordó a los padres de Jane, y mientras estudiaba la docena de cristales se permitió, por uno o dos segundos, entregarse a profundas fantasías. Con un fajo de billetes lo bastante grueso se compraría nueve metros de caravana Airstream cromada y recorrería la Patria con Jane, culminando el viaje en Mount Rushmore, donde ambos superarían a Cary Grant y Eva Marie Saint mediante la consumación del hecho sagrado en la capilla situada junto a la oreja derecha de Teddy Roosevelt. ¡Allí estaba! En el extremo de la casa opuesto al del comedor: dos ventanas altas y estrechas, casi puertas, detrás de una baranda de hierro espiralado, a unos tres metros de altura. Cada mañana, sin duda, el dueño de la casa las abriría para contemplar satisfecho sus dominios.

Fue en aquel punto cuando empezó a desear que alguien le hubiera acompañado. Seis meses atrás Pete Areola había perdido una pierna en un accidente automovilístico, y Cleveland —decía Areola— era el primero de los chavales descubiertos por «Teca» que valía la pena entrenar. Punicki protegía únicamente a los verdaderos artistas y artesanos pittsburgueses del robo de joyas, los cuales no eran en total más de tres o cuatro. Ahora Cleveland habría necesitado alguien que se agachase para usarlo como plataforma, o que juntase las manos para darle apoyo. Agazapado bajo la ventana, la estudió.

Mientras bebía otro trago de la petaca se dio cuenta de que la ventana que tenía enfrente estaba abierta. ¡Caray! Metió la cabeza en una habitación vacía e iluminada a medias, biblioteca o estudio con un gran escritorio en el centro, sobre el cual había una pequeña lámpara con forma de garza. La lámpara difundía la luz apenas

necesaria para distinguir los miles de libros de derecho que cubrían las paredes. Se puso los guantes. Haciendo el menor ruido posible entró en la biblioteca, que olía a pipa, y se llevó los tomos más gruesos y voluminosos que pudo encontrar. Las bibliotecas frías y plutonianas como aquélla le disgustaban intensamente, y se sintió muy contento de encontrarse de nuevo fuera, encaramándose al fin a la pila de libros como Buster Keaton, para coger firmemente la barandilla de hierro forjado. Consiguió subir.

Sacando ahora la delgada pata de cabra, forzó la ventana de la manera paciente, progresiva y silenciosa que Pete le había enseñado; luego entró en el dormitorio fresco, perfumado, callado, negro; resollando, con la boca ardiendo por el whisky que el estómago no digería, esperó a que los ojos se le habituaran a la oscuridad; acto seguido fue hasta el tocador de Mamá y cogió la silla. Suavemente la colocó contra la puerta, apretando el botón de bloqueo. La parte fundamental también era la más fácil y rápida. Parte de los relojes y brazaletes estaban sueltos, por ahí, como monedas; sintiéndose el Hombre que Robó la Navidad, se hizo con ellos, para luego revisar las medias y calcetines de la cómoda antigua y el cofre funerario, hasta reunir dos buenos puñados de reliquias y regalos de aniversario del señor.

¿Dónde ponerlos? Consideró la posibilidad de un calcetín, pero inclinándose por una sábana o una funda de almohada se volvió de puntillas hacia la cama. En la mesilla de noche de la izquierda había otro brazaletes de oro (¡zasss!) y una vieja muñeca rubia, de ésas que cerraban los ojos para dormir un sueño de muñecas cuando las acostaban de espaldas. Sonrió, separó la cabeza con un ruido hueco más bien inquietante y guardó todas las joyas en el cuerpo vacío. Le llevó un minuto atroz volver a enroscar la cabeza; entonces agitó una vez la monstruosa maraca e, incapaz de resistir, se recompensó con otro sorbo de la petaca, pues al fin y al cabo se hallaba bajo una tensión considerable. Y así fue como el poderoso Cleveland realizó al fin, con un exceso de calidad, la brillante demostración de su poderosa impavidez. Hubiera debido postergar el momento de exaltado regocijo; hubiera debido marcharse un poco antes. Al saltar a la hierba con el menor ruido posible, oyó el primer aviso de las sirenas.

Acaso a estas alturas quepa decir que mi padre, a partir de nuestro último y extraño amago de conversación, había ingresado en un estado de cólera al parecer terrible, bíblico y patriarcal en su desnuda contención, en el miedo y los temblores que despertaba. Mi padre estaba furioso. Hizo saber, por medio de Lenny Stern, que Frankie Breezy debía ponerse en contacto con él de inmediato, y cuando veinte minutos después Frankie Breezy lo hizo, mi padre le alentó a hacerse cargo de que Cleveland era responsabilidad suya. Frankie se hizo cargo. ¿Cuál habrá imaginado Frankie Breezy, acaso un tanto perplejo en el momento de colgar el teléfono, que sería la causa del repentino y maligno interés de Joe el Huevo por ese ex recadero, un estúpido motorista al fin y al cabo? No podía ignorar lo que sabía todo el mundo: que, desde la muerte de su esposa, Joe Bechstein había vivido preocupado por su chico.

Ahora el chico había acabado jugando en el barro con el resto de los críos, y Joe el Huevo lo contemplaba llorando. Le había dicho a Frankie que diese una lección a Cleveland, pero es probable que al oírle el matón sonriese, pues sospechaba a quién iba dirigida la lección en realidad.

No tenía razones para negarse, por lo demás, si se tiene en cuenta que a la sazón Punicki era la persona que menos le gustaba en el mundo. Envío unos cuantos espías a la calle. Muy poco tiempo exigió tener noticia del trabajo de Fox Chapel; y una llamada anónima realizada al atardecer, incluyendo una sugerencia general sobre la dirección, completó limpiamente la treta. Los polis llegaron al vecindario estrepitosamente y Cleveland, haciendo mucho ruido, tanto que el Señor se dio por enterado, arrojó la muñeca por encima del muro y luego lo escaló. Oyó cómo detrás se le rasgaba la chaqueta. A través del bosque se precipitó, con el Bebé bajo el brazo, perdiendo pie dos veces. Podía imaginarse la escena allá atrás, en la casa: los niños llorando, Papá corriendo al jardín, el Hijo Mayor en la calle. ¡Policía, policía! Una rama le hizo un rasguño en la mejilla, cerca del ojo, y vio un relámpago de sangre. Por fin alcanzó el pavimento del aparcamiento desierto, arrancó la moto y partió.

Fue al tomar la carretera, girando irreflexivamente a la derecha, cuando se dio cuenta de dos cosas: no sabía adónde ir y había bebido demasiado. Durante la carrera por el bosque el alcohol le había abandonado, pero ahora regresaba con el feroz rencor del Te-lo-había-advertido, y tuvo que dar la vuelta para lanzarse en otra dirección, hacia Highland Park, incapaz de decidir qué hacer, porque para pasar por el almacén de Cari era temprano; y de todas formas antes debía recoger a Pete en Oakland. Mientras se preguntaba si saltarse una señal de stop y aminoraba hasta casi parar, se le ocurrió que no sólo la policía debía estar buscándole; y pensó en mí, pues tuvo la vaga, salvaje idea de que acaso yo podría hablar con alguien y sacar algunas castañas del fuego, si es que había fuego; después pensó en Jane, en ese otro mundo tierno y seguro, y se preguntó si podía arriesgarse a volver a su casa, donde no había estado desde hacía dos meses.

Rugiendo, la moto pasó junto a dos coches patrulla que iban en dirección opuesta, y Cleveland oyó cómo, gimiendo en la distancia, viraban para perseguirle. Con la muñeca aún bajo el brazo cruzó el Allegheny resuelto a perder a los policías de vista. Diez minutos después, a horcajadas en la moto, se encontraba en un aparcamiento desierto de East Liberty, detrás de un amasijo de construcciones viejas que le ocultaban de la calle, rodeado por tres lados de muelles de carga, canastas vacías y un elevador sin base. Sobre el cuarto lado había un pequeño remolque que servía de despacho y una cabina telefónica iluminada alzándose entre hierbajos. Vació la petaca de un trago y sacó un cuarto de dólar del bolsillo.

—¡Cleveland!

—¿Qué haces, Bechstein? —dijo—. Déjalo todo.

Yo había estado tendido en el sofá, intentando leer un ensayo sobre la notoria transitoriedad de los baterías de The Clash, y de los baterías en general, pero me

había visto continuamente distraído por la evidencia de carecer de planes para la noche, y de planes en general desde el viernes anterior, una velada con Phlox que había estropeado en virtud de mi flamante y aterradora incapacidad para interesarme por las palabras o el cuerpo de ella. Había habido, también, una velada similar con Arthur, aunque menos grave, y estaba empezando a dudar de la consistencia de mi sexualidad, sin prefijo alguno. Ignoraba si la falta de planes era una condena o una bendición. La nota ambigua que había marcado mi última despedida de Cleveland — la riña en la escalinata de mi casa— parecía ahora insignificante, una ambigüedad pasajera, y su llamada prometía la salvación.

—¿Dónde estás? —dije—. ¿Qué pasa?

—¿Cuánto tardarías en llegar a la Fábrica de Nubes, Bechstein?

—Quizá veinte minutos. Cinco si encuentro un autobús. ¿Para qué? ¿Para qué?

—Tú ven.

—¿A hacer qué?

—Necesito cobijarme bajo tu égida —dijo él secamente—. Ven y no preguntes.

—Estás borracho —dije.

—Joder, Bechstein, ven de una vez. Es tu gran oportunidad —un débil temblor de súplica en la voz—. Ven, te digo.

—¿Hay Delito de por medio?

—Iré a buscarte yo —dijo—. Prepárate —ruidos y zumbidos se desataron cuando colgó.

Me afeité y, llevado de un impulso indefinible, me vestí con lo que consideraba mi ropa de combate —si es que así era posible llamarla—: téjanos, camiseta negra con bolsillo, zapatillas negras de caña alta. Luego me paré frente al espejo lamentando mi escualidez y, riéndome, procuré apretar los dientes y endurecer la mirada. Me sentía mareado, ansioso y lo que en un tiempo se hubiese dicho alegre, pues daba por descontado que se aproximaba el mismo sabor a miedo, iluminación e insólita libertad que había conocido en nuestras dos anteriores rondas por el Delito. Fui corriendo hasta Forbes Avenue para esperarle, y sufrí la primera decepción al ver que me había equivocado de atuendo. Con aquel *blazer*, Cleveland daba la impresión de dirigirse a una comida de compromiso con una tía solterona. Yo hubiera podido ser el energúmeno que asolaría la casa y le robaría los alimentos de los pájaros. Habíamos intercambiado uniformes. Se levantó la visera. Vi la feroz marca roja en la mejilla, bajo el ojo.

—¡Vaya pinta! ¡Ja! —sonrió medio segundo—. Sube.

Temiendo preguntar por la muñeca, subí, le rodeé con los brazos y me agarré con fuerza; era evidente que algo pasaba; se sentía en la brusquedad fatalista de las palabras de Cleveland. La eterna aura alcohólica de haberse propasado despedía ahora un olor malsano.

—Tu padre es un borde —dijo; y luego, rápidamente, gritando contra el viento, me contó lo que había hecho y de quién creía estar huyendo.

—¿Y qué puede importarle eso a mi padre? —grité yo—. Eres un paranoico. ¿Qué le importa a él lo que hagas para Punicki?

Aminoró la velocidad al doblar en Schenley Park y por un instante cesó el viento.

—¡Porque es un gilipollas! Porque, diablos, yo te he corrompido. No lo sé. Te enseñé el corral que había detrás de la tocinería de la familia. Dios sabe que allí se ve mucho más de lo que uno puede soportar. Él probablemente se moriría.

No respondí. Llegamos a la Fábrica de Nubes, mal iluminada por las farolas, y empezábamos a bordearla cuando en la distancia, junto a la biblioteca, asomó un coche de la policía. Ambos lo vimos. Cleveland entró en el aparcamiento del museo y ante la puerta de la cafetería apagó el motor.

—Esperaremos aquí un segundo —dijo, volviendo la cara hacia mí de modo que un buen vaho de whisky me dio de lleno—. Bechstein, quiero que te pegues a mí por un tiempo, ¿de acuerdo? Por favor —recordé que, por principio, «por favor» era una expresión que Cleveland rechazaba—. Tienes que ser mi pata de conejo.

El coche patrulla pasó; con cierta lentitud, pero pasó, y dentro las sombras de los polis parecían serenas y ociosas. Solté el aire.

—De acuerdo —dije, libre de dudas por primera vez en cuatro días. Le apreté el hombro con todo el afecto con que un hombro puede apretarse—. Lo haré. ¿Qué hay en la muñeca?

La agitó.

—Ya veo —dije. La verdad era que me hubiese encantado ver. Joyas robadas. ¿A quién no le excitan estas dos palabras?

—Espera un minuto —dijo, apeándose de la moto. Se alejó con la muñeca rumbo a la Fábrica de Nubes.

Le miré desaparecer colina abajo. Nunca se me había ocurrido que el éxito en mantenerme alejado durante tanto tiempo de los negocios familiares pudiera ser fruto no sólo de mi voluntad sino también de la de mi padre. Siempre había creído que la vergüenza, la falta de interés y el adolescente desprecio que yo mostraba eran para él una decepción. Y entonces pensé: Un momento, no irán a arrestarte, ¿no? Asegúrate de todo.

—¿Dónde la has metido? —dije cuando Cleveland regresó con paso suelto, palmeándose los bolsillos de una chaqueta que le iba demasiado pequeña—. ¿Te ha visto alguien?

—Ahora n-no hay p-pruebas contra mí —dijo, exhausto y casi liquidado—. No me ha visto nadie. Dios bendiga la Fábrica de Nubes y cuide de mi bebé. Y ahora escúchame. Te diré lo que vamos a hacer. Yo tengo que pasar por Ward Street para reunirme con mi mentor. Cogeré su camioneta —tiene una camioneta preciosa— y volveré a buscarte.

—¿Y por qué tengo que esperar aquí?

Me agarró el codo con una mano, el brazo con la otra y despegándome diez centímetros de la silla me sacudió en el aire. Dolía bastante.

—Bájate —dijo, obligándome bruscamente a ponerme en pie. Un observador habría pensado que estaba a punto de pegarme—. Te quedarás aquí porque mientras yo no esté tendrás mucho que hacer —hundió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó media docena de monedas—. Ten —dijo—. Empieza a marcar todos los números mágicos que conozcas. Llama a todos los listillos. A tu tío Lenny, a quien sea. Pídeles, con la humildad filial que te caracteriza, que se aparten de esto. Como un favor hacia ti.

—No conozco a ningún listillo, Cleveland. Y no puedo llamar a tío Lenny.

Poniéndose el casco, montó en la BMW. Detrás de la celada, su voz se tornó lejana y nasal, como si estuviese hablando desde dentro de una botella.

—Claro que puedes —dijo—. Si hace falta, llama a tu papá —saltó violentamente sobre el pedal de arranque y el pie borracho, resbalando, dio contra el asfalto—. ¡Jesús! A cobro revertido.

—No es un buen plan, Cleveland. Es muy malo. No puedes ni poner la moto en marcha —me di cuenta de que procuraba incumplir la promesa de ayudarle. Sonreí—. Vas de mal en peor.

Él volvió a saltar y la moto inició sus controladas explosiones.

—Soy grande —dijo, golpeándose el pecho con un dedo—. Volveré en diez minutos.

Acunando en la mano las húmedas piezas de metal, le miré atravesar las sombras entre una farola y otra, el cuerpo encogido sobre el manillar. Con un dolor extraño y agudo deseé haberle besado la mejilla.

Con un cuarto de dólar al borde de la ranura y la mente convertida en una maraña de preámbulos y estrategias, decidí con firmeza, pero también con cierta perplejidad, que no llamaría a tío Lenny. Tendría que ser mi padre. Digo perplejidad, porque seguía sin creer del todo que la prematura aparición de la policía tuviera algo que ver con mi padre, y no veía razón alguna para llamarle salvo el hecho de habérselo prometido a Cleveland. Si alarmar a mi padre por una buena razón ya resultaba intolerable, tanto más lo era por las locuras de mi amigo. Muerto de miedo introduce la moneda, preguntándome si no era mejor aprovechar la llamada simplemente para saludar. Leí quince veces una inscripción obscena que había en el marco de aluminio de la cabina.

—Llamada para Joe Bechstein a cobro revertido, de parte de Art —dije, y un minuto después oí decir a mi padre que no aceptaba. Un segundo antes de que el corazón me zozobrara, pensé en lo extraño que era oír la aguda voz familiar y no poder hablarle, como si en realidad la operadora hubiese convocado a un fantasma o un oráculo sordo; pues aquella mujer controlaba los cables e interruptores que podían comunicarnos. Mi padre colgaría y luego lo haría yo, y ella permanecería donde fuera

que estuviese.

—¡Por favor, papá! —dije—. ¡Contesta!

La mujer interrumpió la conexión y se produjo un silencio repentino; y luego, mientras ella me sugería que marcara directo, oí el ulular de las sirenas creciendo en la distancia. Con un ruido metálico el auricular cayó y eché a correr hacia el aparcamiento. Por unos segundos divisé la moto, muy lejos, poco antes de que se perdiera de vista. Debía de haber pasado por el peor lugar, junto a dos polis que llevaban una descripción y una orden de captura. Uno, luego dos, tres coches patrulla se precipitaron tras él, las luces rojas titilando. Durante los minutos siguientes me moví desesperado hacia delante y atrás, di saltos, subí la escalera del museo intentado ver algo, sin conciencia de otra cosa que de las incesantes corroboraciones del efecto Doppler. Tan escasa idea tenía de qué hacer, que incluso se me ocurrió llamar a la policía.

—Auxilio —murmuré—. Auxilio.

Entonces vi a Cleveland emerger de una calle por detrás de la biblioteca, la calle que yo había tomado en mis esfuerzos por eludir a Phlox, y simultáneamente percibí el zumbido y la terrible agitación de cientos de alas de palomas. Suspendido a pocos metros del suelo, el helicóptero dirigía su único foco hacia Cleveland, y con voz metálica lanzaba una orden incomprensible. Cleveland vaciló un instante, atónito probablemente de encontrar un tumulto de viento y resplandor sobre su cabeza, y en seguida, mientras a sus espaldas aparecían los coches patrulla, salió disparado hacia mí, hacia la Fábrica de Nubes. El helicóptero dio un brinco en el aire y se lanzó a perseguirlo. A menos de veinte metros de donde estaba yo, Cleveland alcanzó el bordillo, dejó caer la moto y, mientras la rueda trasera seguía girando, se precipitó hacia la Fábrica de Nubes perseguido por el haz luminoso. Corrí tras él.

—¡Vuelve! —dijo el helicóptero—. ¡Apártate!

Cleveland trepó a la cerca de alambre, se meció un instante en lo alto y luego le perdí de vista. Los policías frenaron, se bajaron de los coches y se acercaron a mí entre chasquidos y tintineos. Uno de ellos se separó del grupo y, torciéndome el brazo y dándome un empujón, me puso bajo arresto. No podía decirse que yo no tuviera nada que ver con aquello.

Mi policía y yo miramos. El reflector enfocó a Cleveland, que trepaba torpemente por una escalera de hierro, borracho y aterrorizado, con un destello de rosa blanquecino bajo el brazo. Lancé un grito. Baja, pensé, baja de allí. Pero él siguió trepando, corriendo salvajemente por cada pasadizo hasta la escalera siguiente, siempre prisionero en el sólido tubo de luz, hasta que alcanzó una escalerilla unida al propio muro del edificio, apenas una serie de barras como renglones dibujados en los ladrillos.

—¡Baja! —grité.

—No puede oírte —dijo el policía—. Cállate.

Los perseguidores ya escalaban el edificio por los cuatro lados cuando Cleveland

alcanzó la cima de la Fábrica de Nubes. Le vi a la sombra de la válvula mágica, las piernas separadas, una mano extendida hacia el helicóptero para protegerse de la luz, la otra aferrando la muñeca desnuda. En el largo segundo antes de que perdiera pie y cayera rodando en el aire, la luz del reflector le iluminó extrañamente, y su cuerpo arrojó una breve sombra enorme contra las nubes perfectas, y en la cabeza inmaterial el pelo pareció ondular como un estandarte negro. Durante un segundo Cleveland se alzó por encima del helicóptero que le atormentaba; se elevó sobre el edificio, sobre mí, sobre la ciudad de secretos ciudadanos hogareños que se extendía a sus pies, mientras la enorme sombra de la muñeca chillaba pataleando.

XANADÚ

Parece ser que cuando Cleveland cayó me resistí al policía y tuvieron que arrastrarme violentamente. No tengo de esto ningún recuerdo, ni de nada de lo que ocurrió antes del soleado instante en que me desperté, entre sábanas crujientes como blancas bolsas de compra y con mi nombre atado a la muñeca, bajo los efectos de algo que al principio me pareció una resaca atroz pero resultaron ser las consecuencias de dos secos golpes en la cabeza con una cachiporra de goma. No miento si digo que podía ver el dolor: una telaraña de fosforescencias tras los párpados. Mientras intentaba sentarme oí un profundo suspiro de placer. Volví penosamente la cabeza para encontrar a tío Lenny junto a la cama, hundido en una silla blanca demasiado grande para él. Me sobresalté.

—Por fin, muchacho —dijo, dando una patadita en el aire, pues las piernas no le llegaban al suelo—. ¡Je, je! ¡Buenos días! ¿Y bien? ¿Cómo está esa cabeza? ¿Mejor?

Aparté la mirada demasiado rápidamente y una negra ola estrellada me rompió en los ojos.

—¡Ay! —dije.

—¿Y? ¿Te gusta la habitación? No está mal, ¿no? Es privada. Carísima. Te coloqué nada más enterarme.

Esperó un momento a que se lo agradeciera.

—Vale, Art, no te preocupes. Tu padre está al caer. Ya debe de haber bajado del avión. No te preocupes por nada. La policía no tiene nada contra ti. Te sobran amigos, Art —gruñendo, adelantó el torso para tocarme el hombro con dos dedos bronceados—. Y puedes contar con tu tío Lenny. Y con tu tía Elaine. También ella ha venido. Está abajo. A darte ánimos.

Entonces empecé a tener conciencia de un dolor diferente, más profundo y más agudo que la sensación de congoja que a veces las resacas desvelan en el corazón.

—¿Qué pasó? —murmuré. Nueva y densa, la voz se me agrietaba. Al otro lado de la ventana se veían las cascadas de casas sobre las altas, distantes riberas del Monongahela, el disperso y sucio tartán rojinegro de Oakland. De modo que me hallaba en el Hospital Presbiteriano.

—Te golpeó un policía, un mugriento policía polaco. Ya nos ocuparemos de él.

—Magnífico —dije—. Ocupaos de todo —de modo que tenía Amigos. Tenía Amigos que poseían comisarios, que mataban, que hacían todas aquellas cosas que

siempre me habían parecido parte de un argumento televisivo alarmante, desafortunado y poco atractivo que no me apetecía mirar. Y resultaba que ahora mi padre y el resto de mis Amigos venían a recibir las gracias por haberme echado una mano, por haberme ahorrado una buena cantidad de problemas terribles. Busqué el botón de llamada y recordé, o me pareció recordar, que Annette, la compañera de piso de Phlox, trabajaba en el Presbiteriano. Me sentía atrapado, aunque sin saber de qué forma exactamente; había perdido la noción clara de cuáles eran las alianzas y fisuras entre mis conocidos, de qué lado de mí ocupaba cada uno y bajo qué forma de relación; lo cual, si uno lo piensa, equivalía a ignorar quién era. Por un momento, mientras miraba el botón que no me atrevía a apretar, me sentí aterrado, desconectado, cayendo, y para protegerme invoqué automáticamente el único nombre mágico que conocía. ¿Qué hubiera hecho Cleveland en semejante situación?

Hubiera llevado las cosas aún más lejos.

—Oye, tío Lenny —dije—. ¿Por qué hizo mi padre matar a Cleveland?

—¡Eh, Art! ¿Qué dices? Te han machacado la cabeza, chaval. Tu padre no tuvo nada que ver con ese asunto. Tu amigo, pobre chico, pues no lo sé, era un novato, tuvo un descuido. Se echó a la pasma encima —se tiró nerviosamente de la oreja.

—Lenny, estoy en el hospital con la cabeza rota. Estoy sufriendo, tío Lenny. Al menos no me mientas —le conocía lo suficiente para saber que la invocación al sufrimiento causaría cierto efecto. Tía Elaine, que solía quejarse despiadadamente de migrañas, cálculos biliares, reumatismo y calambres, con los años había transformado a su esposo en una suerte de paliativo humano; todos los apetitos de dinero, poder, renombre que Lenny hubiese albergado se habían satisfecho con admirables frutos largo tiempo atrás, y el único deseo que le quedaba —destinado a la frustración en la Florida de los ancianos— era que todo el mundo mejorara.

—¿Quién le vendió a la policía? —dije, y gemí.

—¡Oh, Dios! ¿Quién puede saberlo? Seguro que el muchacho robó algo —su largo lóbulo le seguía absorbiendo, pero era evidente que yo había logrado preocuparle. Intenté emitir otro gemido, y me encontré incapaz de parar durante cinco minutos—. ¡Dios mío, Art! ¿No quieres llamar a la enfermera?

—Estoy muy bien. Tú contéstame. Cleveland dijo que mi padre le había denunciado. ¿Es verdad?

—Mira, Art, tu padre llegará en cualquier momento; puedes hacerle todas las preguntas que quieras. Yo llamaré a la enfermera para que te dé una píldora —trabajosamente abandonó la silla y me miró con la cara torcida, como imaginando el dolor que me ocupaba la cabeza, y las manos tendidas, abiertas e indefensas—. Art, lo único que quiso hacer tu padre fue velar por ti. No le gustó que te mezclaras con esa gente. Supongo que se cegó. Sí, estaba verdaderamente furioso. ¡Jesús! habrías debido oírle por teléfono. Tenía que mantener el auricular a esta distancia de mi oreja. Mira, ya sabes cómo se preocupa por ti desde que, quiero decir, desde que...

Me incliné hacia adelante, olvidando el dolor, y extendí la mano para cogerle por

la nudosa manga del jersey, tal como hubiera hecho Cleveland.

—¿Desde que *qué*, Lenny? ¿Desde que en lugar de matarle a él mataron a mi madre? —por un instante aquello pareció explicarlo todo y luego, abruptamente, se extinguió.

Lenny retrocedió hasta la puerta, triste y alerta, bronceado y viejo.

—Voy a buscar a tu tía Elaine —dijo lentamente, palabra a palabra, como si yo, enloquecido, estuviera agitando una pistola—. ¿De acuerdo? Tú espérame aquí. Saldré un momento.

—¿Qué ocurrió con mi madre, Lenny? ¿Qué ocurrió con mi padre? ¿Qué ocurrió conmigo?

Lenny salió. Mi dolor de cabeza había menguado ante las crecientes convulsiones de mi estómago. Apreté el botón de llamada, recordando preguntarme, a pesar de todo, si la enfermera sería Annette; la que entró, sin embargo, era una mujer mayor, de apariencia dispuesta y alegre, con la cofia blanca sobre la cabeza como una paloma embalsamada.

—Creo que voy a vomitar —dije, y lo hice, aunque no tenía mucho dentro. Me recosté en las sábanas crujientes—. Hoy no podré ver a nadie —añadí, aceptando un vaso de agua dulce—. No me encuentro nada bien.

Mi valerosa enfermera (a quien ahora doy las gracias tardíamente: un beso en cada mejilla maquillada, Eleanor Colletti; N. del A.) resistió el asedio de gladiolos y de intensos ataques de preocupación paternal hasta que se hubo cerrado el primer turno de visitas, si bien cada vez que yo oía la aguda, suave, contrita voz de mi padre en el pasillo me sentía terriblemente tentado de ceder, pues mi tendencia, como he dicho antes, es aceptar siempre las disculpas, que alimentan la nostalgia. Durante toda la tarde una tormenta se derramó tronando sobre la ventana, en tanto yo oía a mi padre prodigar amenazas, ruegos y suspiros; miraba la puerta de la habitación, que permanecía firmemente cerrada, anhelando dolorosamente que todo regresara a su condición anterior, en lo cual consiste la falsa promesa de la disculpa. Pero sabía que si él se quedaba demasiado tiempo sería yo el que acabaría excusándose; y esto era algo —exactamente así me lo planteaba— que Cleveland no habría hecho nunca. A las siete la enfermera Colletti, con un rictus sombrío en la mandíbula, entró a anunciar que mi padre se había ido, y con él el ramo. Con un soplo se apartó de la frente un mechón grisáceo.

De hecho, fue la continua exigencia de pensar como mi amigo muerto la que finalmente me arrancó de la cama para llevarme hasta el pequeño ropero de la habitación, en el cual encontré mi uniforme de combate. Me vestí lentamente, entre el tenue tintineo de las perchas, débil y triste en la tristeza de mi vestimenta. Encontré el reloj, la billetera, las llaves, me deslicé fuera de la habitación y subí al ascensor.

Informalmente registré mi salida del hospital, trámite no muy difícil de cumplir a las siete y treinta, y cogí un autobús hasta Squirrel Hill.

Viajar en autobús haciendo el mismo trayecto ciudadano que uno ha hecho al salir del trabajo, del cine, de un centenar de cenas chinas, con el mismo sol tardío descendiendo sobre los mismos edificios desconchados y el mismo olor a humedad caliente en el aire después de un chubasco, puede ser, bajo el peso de una catástrofe, bien una pesadilla surrealista de lo cotidiano, bien una inmersión en las cálidas aguas de una bella rutina. Mirando los cuarenta pasajeros acalorados y sencillos, vi que una madre peinaba el cabello de su hija en dos coletas firmes y tiernamente atadas con bolillas elásticas, y cuando cerca de la parada del Terrace hice sonar la campanilla, ya estaba convencido de que todo iría bien y pronto, muy pronto, sería capaz de llorar.

En mi buzón no había cartas; abrí la puerta y me encontré a Arthur sentado en el sofá, hojeando una revista, con la larga maleta a cuadros descansando junto a él en el suelo. En los dedos finos le temblaba un cigarrillo. Me acerqué a él, nos abrazamos, lloramos mojándonos mutuamente los hombros y cuellos, nos sonamos cien veces las narices.

—Tengo un problema —dijo él por fin, resollando. Sentí cómo de pronto se le ponían los hombros tensos—. Y en cierto modo es culpa tuya.

—¿Cómo? —dije.

—Unos socios de tu padre fueron a visitarme hoy. A la casa de mi madre —vislumbré, a través de la palidez y las sombras de su cara, un destello de la habitual expresión de sequedad. Aún era capaz de bromear—. No me habías contado que eras semejante, bien... semejante retoño.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué buscaban?

Con un gesto señaló la maleta.

—Querían decirme, en primer lugar, que podía considerarme afortunado si no me destrozaban la bonita cara de marica. Luego me pidieron que me marchara de la ciudad.

—¿Y cómo...? ¿Qué piensas hacer?

—Me voy. Me marcho a Nueva York. No me quedaba más que despedirme de ti y vaciar mi cuenta corriente. ¿Puedo pasar la noche aquí? —se esforzó por sonreír—. ¿Estamos a salvo?

—No tienes por qué marcharte.

—¿Ah, no? ¿Puedes hacer algo?

Medité un momento.

—No —dije—. No puedo hacer nada.

Me concedí un minuto para sentirme alarmado por el descubrimiento de mi padre, pero no lo conseguí.

—¿Cómo habrán...? Oh, la carta.

—Creo que fue eso —dijo él.

—¿La tendría él cuando... cuando le encontraron? ¿Pero por qué?

—¿Qué era?

—Una carta de Phlox. Muy loca.

—Tal vez se la hubiese guardado para burlarse.

Con una idea súbita me puse en pie, echando una mirada al apartamento marcado por el verano y todas las cajas que no había llegado a abrir, todas las pilas que se habían formado.

—Me imagino —dije—... me imagino que habrá... bueno, un entierro. Y bien. ¿No piensas ir?

Arthur se miró las rodillas. Vi cómo el color subía por el cuello hasta las puntas de las orejas; sin embargo no se estaba sonrojando.

—No —dijo—. Me parece que no. Todos los entierros son estúpidos, pero el de Cleveland será el más estúpido del mundo.

—Yo quiero ir.

—Magnífico —dijo él—. Ya me contarás cómo es.

—Es que quiero ir contigo.

Hubo una pausa. Levantó la cara.

—Estoy asombrado —dijo, aunque por supuesto o parecía estarlo en absoluto. Solamente se veía la mirada esquiva, brillante, y el arco leve de la ceja izquierda—. Pensé que ibas a reunir los deshilachados despojos de tu heterosexualidad.

Me senté junto a él, muslo contra muslo en la estrechez del sofá.

—Bueno, no lo sé. Podría ser. De todos modos, ¿puedo ir contigo?

—Yo había pensado en España, quizá —dijo él.

Tal vez tanto miedo fuese una tontería, pero yo también hice una maleta y pasamos la noche en un hotel; y tal vez fuese una tontería no cuidarnos más, pues lo cierto es que, bajo el nombre de Saunders, fue en el Duquesne en donde alquilamos la habitación. Los pasillos tenues, débilmente susurrantes, las cortinas inmóviles de la ventana, me recordaron mi última visita al hotel junto a Cleveland. Todo, en realidad, me hacía pensar en él, como si en su testamento me hubiese legado el mundo entero. Cuando llegó el momento de deslizarme en las fragantes sábanas de la segunda cama desconocida del día, yo estaba demasiado dolorido, demasiado dolorido para abandonarme a la deriva, y no pude sino caer de inmediato en un sueño intranquilo, y soñar con los gritos de mi padre.

Entre las pocas cosas que llevé conmigo —ropa, pasaporte, un cuchillo militar suizo, trescientos dólares antiguos e inviolados, recuerdo de mi *bar mitzvah*, convertidos en cheques de viaje de un azul etéreo— encontraron lugar una fotografía de Phlox y un calcetín de lamé dorado que en algún momento de julio ella había olvidado en mi cuarto de baño. Desde entonces he pensado a menudo que si quise a Cleveland y Arthur, no me cabe duda, fue porque me transformaron; sé que Arthur se encuentra

debajo de la ausente distancia cortés que mantengo con las personas; que detrás de cada transgresión repentina y conmovedora de esa distancia se encuentra Cleveland. He tomado de ellos mi vocabulario, mi manera de vestir, mi amor por la conversación ociosa. De Phlox, en cambio, no conservo huella alguna; ni hábitos, ni aficiones, ni ademanes, ni frases, y durante mucho tiempo me he preguntado si la quise o no. Pero al haber descubierto que puedo enamorarme totalmente de un hombre —besar, llorar, hacer regalos— también he descubierto cuál es la huella que deja una mujer, la que me dejó Phlox, y sé que es mejor que la de un hombre.

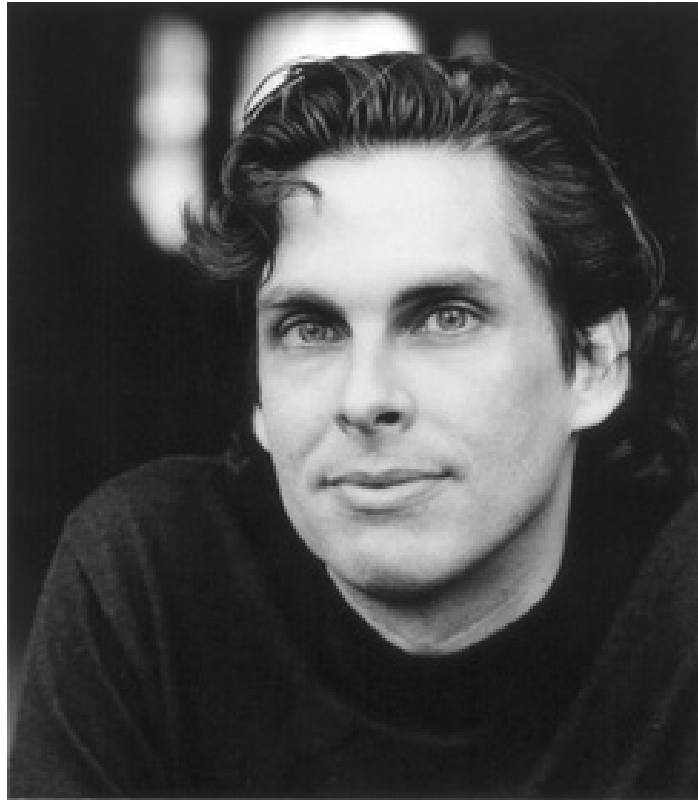
A mi padre no volveré a verlo nunca, Cleveland ha muerto y Arthur, creo, está ahora en Mallorca. Pero justamente porque con tanta facilidad puedo encontrarlos dentro de mí —dilo de una vez, Bechstein— ya no les necesito. Uno puede aprender, por ejemplo, a ser padre de sí mismo. Pero yo nunca podré aprender a ser un mundo, como lo era Phlox, con sus propios minerales y su flora, con su atmósfera y sus pájaros. Como le ocurriera a Coleridge con su inútil poema soñado, sólo me quedan un calcetín brillante y un recuerdo, escogido balance de la visita a su planeta, además de la incertidumbre de lo que allí se traslució y de por qué exactamente tuve que marcharme. Afirmar que amé a Phlox no acarrea ninguna lección, no implica necesidad o falta de necesidad alguna. Ella es un mundo que conquisté y perdí. Tengo la foto, el calcetín, y eso es todo. Me hubiera gustado verla una vez más.

De todos modos, lo que realmente nos esquivo no es el amor sino la amistad. Arthur y yo viajamos a París y llegamos luego hasta Barcelona, conociendo a un puñado de mujeres y hombres jóvenes, haciendo breves incursiones en sus mundos, antes de encontrarnos en el punto en que casi no hablábamos entre nosotros; cuando por fin lo hacíamos, era para recordar a Cleveland, como si fuese lo único que nos seguía uniendo, y entonces ambos hundíamos tristemente los ojos en las copas de vino español oscuro como el mar. Sólo imperfectamente cerrábamos filas, pues cada uno era sujeto tanto de un afecto sincero y radiante como de una profunda desconfianza hacia el otro.

Me contaron, por cierto, que el funeral de Cleveland fue un asunto raro; que asistieron borrachos, una misteriosa morralla y su sombría familia al completo. Feldman, Lurch y una docena de motociclistas más aportaron la habitual formación ceremonial en torno al coche fúnebre. El servicio en sí fue oficiado por un tío abuelo de Cleveland, el reverendo Arning, que es enano; Anna, que había volado desde Nueva York, se mantuvo junto a la tumba cubriéndose con la chaqueta de su hermano; el amante del padre, Gerald, se echó a llorar como un histérico y hubo que llevarlo al coche. Mohamed, según relato propio, rodeó todo el tiempo con su brazo los hombros de Jane, temiendo continuamente que se echara a llorar; pero, al igual que la amante de un canceroso condenado desde hace mucho tiempo a morir, ella se mostró fuerte y resignada, y sin agachar la cabeza contempló impertérrita las apenadas manecitas del reverendo y las remisas bufonadas de la muchedumbre. Llevaba un vestido negro y puntiagudo que cuarenta años antes usara su madre en la

Virginia rural, de modo que también ella aportó un toque de triste comicidad a aquel rito que el propio Cleveland no hubiera podido concebir mejor. En cuanto a mí, ahora lamento habérmelo perdido. Me hubiera gustado decirle adiós.

Cuando recuerdo aquel verano vertiginoso, aquel verano torpe, estúpido, maravilloso, fatal, siento que entonces yo comía mis almuerzos, olía las pieles de otros, descubría una sombra amarillenta y hasta sencillamente permanecía sentado con un deseo más intenso y una mayor expectativa: que deseaba con más fe y esperaba con más entrega. Las personas que quería eran celebridades rodeadas de rumores y fanfarria; los lugares donde estaba con ellos, escenarios de cine y monumentos. No cabe duda de que todo esto no pertenece a la verdadera memoria sino a la ruinosa labor de la nostalgia que oblitera el pasado; y tampoco cabe duda de que, como de costumbre, yo lo he exagerado todo.



MICHAEL CHABON (Washington D. C., 24 de mayo de 1963). Se convirtió en joven prodigio literario con sus primeros relatos publicados en la revista *The New Yorker* a mediados de los ochenta, antes de cumplir los treinta años. Poco después saboreó el éxito con su primera novela, *Los misterios de Pittsburgh*. Es también autor de las novelas *Chicos prodigiosos*, *Las asombrosas aventuras de Kavalier y Clay* (premio Pulitzer 2001) y *El sindicato de policía yiddish*, y de los libros de relatos *Un mundo modelo* y *Jóvenes hombres lobo*.

Notas

[1] En castellano en el original. (N. del T.) <<

[2] *Happy* significa «Feliz». (N. del T.) <<

[3] «Solecillo». (*N. del T.*) <<

[4] *Twister!* es un juego que en castellano podría denominarse «El Torcido» o «Tuércete». Consiste en ocupar posiciones con piernas y brazos sobre un tapete, sin perder el equilibrio, según el azar dictado por una ruleta. (N. del T.) <<